Lola Beccaria

La luna en Jorge

Finalista Premio Nadal 2001

La Luna en Jorge es una novela que expone la realidad desde el interior de sus personajes, Jorge, Sofía y Ramón, seres normales y corrientes que irán descubriendo que dentro de sí mismos existe un ser especial y único que pugna por salir y ser conocido. La novela narra el miedo y la excitación, el drama y el juego irresistible, la diversión y la aventura enloquecida, que este proceso les produce, y que atañe a las facetas más fundamentales del ser humano: el amor, las relaciones de pareja y de toda índole, los problemas con el sexo, la infidelidad etc., y, sobre todo, narra su deseo irrefrenable de poner en práctica todos sus sueños e ilusiones pendientes, por más imposibles que parezcan.

Lola Beccaria

La luna en Jorge

Áncora & Delfín - 921

ePub r1.0
Titivillus 17.02.2023

Lola Beccaria, 2001

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Octubre

«Los pasajeros tomen tierra con las alas desplegadas. El avión bajará por la puerta trasera al llegar. La temperatura aérea es de 120 000 pies. Sentimos informarles de que sus equipajes están nublados. El capitán Terminal les desea que repitan su viaje con otra compañía. Feliz estancia en el cielo».

Dueño de todo el tiempo del mundo el capitán Terminal no entiende el mundo. En el aire es diferente. Las nubes no ofrecen resistencia. No existe mayor prueba de la magia. La tierra en cambio es dura. Abajo hay que fingir, andar, materializarse.

Ahora Terminal es un parado que escribe poemas y los vende por las noches y los bares. «Yo era piloto, ¿saben?», dice. «La voluntad, gracias», añade. Y entrega un papel escrito en tinta negra del calamar en que querría convertirse para poder salir nadando envuelto en una espesa negrura. Querría poder vender sus poemas con un calcetín en la cabeza, ocultando su rostro en la tiniebla del tejido, haciendo las veces de secuestrador de avión en tierra, enarbolando sus papeles como pistolas con sordina, tan solo por revivir sus vuelos.

En la ciudad hay un mercado negro de poesía. Negro, porque además de no tener licencia de poeta, de ser un fuera de la ley, un proscrito por lo escrito, Terminal lo hace de noche, en bares escasamente iluminados, con capa de vampiro metido a vendedor ambulante.

En la ciudad no se puede volar. Los rostros de los extraños anclan a Terminal, lo varan en la acera. Todas las noches

naufraga al pie de una barra, haciendo compañía a servilletas y colillas, huesos de aceituna, barrillo espeso en días de tormenta. Cuando volaba de noche su meta era la luna. De día su avión se bronceaba más cerca del sol que los veraneantes en las playas. Ya no le quedan brillos, guiños lunares. Las gentes que habitan su nuevo círculo disparan el revólver con prisa y sin mirar. El alcohol y los versos tienen mucho en común, son hermanos de sangre. Y, sin embargo, en la meca de las copas no queda tiempo para rezar a las musas. Solo existen monederos crueles que jamás se plantean invertir en poemas.

Aquella noche, Jorge Rainer, piloto de líneas aéreas, había tenido una pesadilla imposible. Perdía su empleo por culpa de un ataque de locura repentina pilotando un avión, e incapaz de encontrar otro trabajo, se veía obligado a escribir poemas y a venderlos por los bares. Él no había escrito un verso en su vida y siempre le habían parecido unos infelices esa rara secta de peregrinos que de vez en cuando entraban en los sitios de copas e iban colocando, sobre las mesas, papeles con sus poesías garabateadas, en espera de un donativo.

Mientras Rainer se prepara el café matutino, dejando los malos sueños atrás, oye la puerta de la calle abrirse, escucha unos pasos cada vez más cercanos, y finalmente es la asistenta quien entra en la cocina.

—Buenos días, don Jorge.

El piloto, que se halla en ese momento atareado removiendo con la cucharilla el azúcar en la taza, levanta la vista, observa fijamente a la mujer y le responde:

—Buenos días, doña Mercedes. ¡Qué triste entre estas paredes tu rostro afectado veo! En materia de cocina detergente es desenlace; el espejo del lavabo, de limpieza es mi deseo. Anda, hija, dale al trapo, que buena falta que hace.

Jorge Rainer lleva unos días muy callado. No es para menos. Si aquella mañana se hubiera levantado hablando japonés, no le

habría extrañado tanto. Es que cada vez que abre la boca se expresa en términos extranjeros. Por ejemplo, al ruido de tripas lo llama zureo de palomas; al dolor de cabeza, gritos de la materia gris; a la tostada del desayuno, paquebote del amanecer del náufrago; a la taza del váter, trono papal; y así sucesivamente. Además, cuando se descuida, habla solo, en voz alta. En esos casos, se recuerda a un príncipe escandinavo de una obra de teatro que fue a ver un sábado, toda llena de ideas profundas, frases enrevesadas y rimas.

—No es más sabio aquel que por madrugar seduce a la espera del alba, mientras cruje la quijada del jergón desesperado, bajo estas vestiduras de arruga furiosa atravesadas por un combate nocturno de grave y turbia mirada *(en la cama, antes de levantarse)*.

—¡Descúbrete, oh líquido almibarado de la lluvia que caes en la cubeta higiénica para sumirte en un pozo de cobre alambicado, laberíntico, rumbo a la muerte del mar! *(en la ducha)*.

—¡Ah, cómo arde la vasija que contiene el arábico néctar! *(al quemarle la taza de café hirviendo)*.

—Los duelos del cajetín que baja a los infiernos se hallan agazapados en el interior de cada salida al mundo, y es el azar, en fin, el que impone este ritmo atormentado al descenso en que me veo obligatoriamente sumido por expeditos agravios de la ingeniería mecánica *(al no funcionar el ascensor cuando sale de casa)*.

—¡Máscaras de la mañana, rostros del asfalto, brillos secos y cortantes que siempre asomáis al filo del agua embalsada por entre las grietas callejeando, decidme qué camino debo escoger, qué medio es preferible y, por encima de todo, qué destino me aguarda hoy! ¡Si debo seguir o no, si llegaré a tiempo, si tomaré la ruta equivocada, si habrá embotellamiento en las avenidas, decidme! El caballo en que viaja la inmensa mayoría, o el mulo alquilado, o la yegua propia, ¿cuál es en realidad mi destino? *(al dudar en la elección del tipo de transporte matutino)*.

—Veo despejada la vía principal, y además el tiempo me acecha con su cortedad de miras. Pues allá voy, auriga actual, en mi carro de combate donde veinte bestias aletargadas encarrilarán los sueños de un motor que renace un día más *(cuando se decide por el coche*

propio).

—¡Canalla insoportable, malditos bellacos! ¡Inmundos descerebrados! ¡Apartad de mi camino o me haré una tarrina de *mousse* con vuestros hígados! *(cuando insulta a los taxistas que interrumpen el tráfico para recoger o descargar parsimoniosamente a un viajero)*.

—¡Cuán hermosa luce Cibeles vestida de leones, desgranándose fieros, desde el corazón del carro helado, sobre el ambarino asfalto de la mañana! *(al pasar por la plaza del mismo nombre)*.

Jorge Rainer se despertó en mitad de la noche. Se miró las manos, el cuerpo debajo de las sábanas y, más allá de la almohada, dirigió la vista a la mesilla de noche donde un reloj digital de números fosforescentes iluminaba con un matiz verdoso las paredes de su dormitorio. No se atrevía a abrir la boca, y por no atreverse, no osaba tocarse el paladar con la lengua, por si su lengua fuera una intrusa. Tampoco se atrevía a recopilar datos en su cerebro, y por no atreverse, no se atrevía a dejar ningún pensamiento salir de su cabeza, por si acaso no resultase idea suya. Y así, sin atrever a atreverse, sin saber quién era, permaneció despierto como un búho el resto de una travesía nocturna que habría de llevarlo a las primeras rendijas de cierta luz amoratada y pálida que habría de traspasar las persianas mal cerradas y las cortinas semiabiertas de su ventana.

Cuando por fin sonó el despertador por la mañana pensó que podría él haber despertado a su propio reloj, y lo pensó todo de un golpe y aparentemente normal. Entonces sacó un pie por fuera del edredón y sintió un poco de frío y se alegró de que hiciera frío a finales de octubre; por todo lo cual decidió levantarse como si tal cosa, e incluso silbó un poquitín, pues a nada le comprometía una música sin letra. Lo cierto es que la tonadilla escogida no le era familiar, y sin embargo no sospechó en absoluto que pudiera tratarse de una melodía ajena.

Se duchó, desayunó, hizo funcionar su maquinaria humana como todas las mañanas, cerró la puerta con dos vueltas de llave, abandonó el ascensor tras bajar los ocho pisos de costumbre y se cruzó con el portero, que barría la acera e instalaba cuidadoso

decenas de hojas muertas en su recogedor de plástico rojo.

—Buenos, días, don Jorge.

—Buenos días, Ernesto —respondió Rainer, distraído—. Llueve y llora sobre la ciudad, esta ciudad que amo y odio, que pervive en mis manías, en las neuronas de la masa, en el lado negro de la soledad del cuerpo solo, en la portentosa derrota del cielo por el hormigón, que empala dulce y cruel las resacosas nubes y obliga al uso de cobertura antinatural, artificiosa. Por tanto, vuelvo al hogar en busca de mi paraguas.

El portero quedó allí inmóvil, parado de improviso ante un grupo de hojas arracimadas junto a sus pies, con la escoba en vilo y el recogedor desatendido. Rainer, obviando el rostro petrificado del empleado de fincas urbanas, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el ascensor. De cara ya al espejo interior del cubículo, no pudo eludir mirar aquellos ojos que frontalmente lo miraban a él desde la penumbra de una bombilla coja.

—¿Quién es usted? ¿A qué piso va? —Parecía preguntarle el ascensor, a través de su propio rostro reflejado en el espejo. Y Rainer no fue capaz de contestarse a sí mismo. Quiso despertarse por tercera vez en la misma noche, pero semejaba estar ya muy despierto; no le quedaban pieles de sueño que quitarse. Era una cebolla desnuda, sin más ropa que su propio asombro, sin capa pero embozado totalmente de desolación.

El piloto salió del ascensor andando hacia atrás, con la mirada espantada y fija en el espejo, arrastrando los pies. Al tiempo que la puerta cedía a la presión de su espalda, entrevió que el mundo era un campo minado y que él mismo llevaba adosada a su pecho una bomba de relojería. Sacó las llaves de casa del interior del bolsillo y abrió su fortaleza blindada con la escueta precisión de un autómata.

Avanzó rápidamente, y una vez dentro, empujó la puerta y cerró con dos vueltas. Por un momento se sintió aliviado, solo y protegido. Al cabo de un segundo murió su endeble seguridad y la enterró debajo de la alfombra del vestíbulo. Sin embargo, su trabajo de enterrador no había hecho más que empezar. Era incapaz de dirigirse a cualquier zona del piso temiendo alguna represalia de su nueva condición, así que permaneció allí de pie por espacio de una hora y cuarto, con la gabardina puesta, sudando fríamente. Hubiera jurado que el recibidor era más grande; vio un desconchado

imperceptible en el techo. Lo cierto es que todo eran subterfugios para eludir que las ganas de orinar lo estaban matando. Pero no quería, de ninguna manera quería moverse. No quería ver el trono papal, la cubeta higiénica, ni el jergón desesperado o el pozo de cobre laberíntico; no quería oler los restos del arábico néctar. Soñaba con la escueta taza del retrete, la parca ducha, la sencilla cama, el crudo desagüe, el café solo. No alcanzaba a comprender de dónde le venía ese peculiar modo de nombrar las cosas y a qué amplio nivel el carácter formal de las designaciones podía cambiar el sentido de los conceptos. Si hubiera tenido *unas ganas de mear de la leche*, hubiera podido ir a mear sin tropiezos, pero lo que en realidad deseaba era *evacuar una micción de calibre hiperbólico*, lo cual era evidente que impedía la meada a cualquiera.

Por fin se le ocurrió una solución con la que supuso disminuiría el horror de su cansada mente: iría al baño a ciegas para evitar comprobar que las cosas invariables podían ser tan diferentes si se las miraba con ojo impropio. Así emprendió el camino en improvisado método braille, con los párpados dolorosamente apretados el uno contra el otro, palpando las paredes, los cuadros, las cortinas, los marcos de las puertas, las bisagras y los interruptores. Arribado su bote a la puerta del cuarto de baño, y con aspecto de náufrago, palpó el radiador, el lavabo, el toallero y finalmente la tapa levantada y la cisterna del váter. Se desabrochó el pantalón y deslizó una mano hacia abajo para circundar con los dedos, a tientas, la superficie y el borde de la loza, calculando a bulto las dimensiones del recipiente para poder apuntar lo mejor posible.

Rainer percibió al cabo cómo su bálano desprendía las gotas amargas de su delirio, cómo estallaba aquel apéndice carnoso y se desbordaba la presa contenida por tanto rato. Oyó el líquido caer y chocar contra el agua del fondo, escuchó el rumor de una fuente y sintió el estruendo lejano de una cascada. Supo de pronto que su polla ya no era *polla*, sino *bálano*, y turbado hasta la náusea se echó a llorar como un niño.

Se abrochó el pantalón, se sorbió los mocos, se restregó la nariz con la manga de su uniforme y abrió los ojos, pues era inútil seguir consintiéndose aquella pantomima. El reborde del retrete quedó mojado por varias lágrimas, y Rainer no secó el llanto caído. Se

dirigió al dormitorio y se metió debajo de la cama, donde permaneció todo el día oyendo el teléfono sonar, sin salir de su escondrijo a contestarlo.

A veces, de pequeño, Rainer se escondía debajo de la cama, sobre todo cuando quería estar a solas, en el momento en que su entorno familiar se le hacía invasión insoportable. Entonces se exiliaba durante un tiempo bajo el jergón y aquel rectángulo que cubría la estructura de la cama devenía en reino independiente, donde él gobernaba sin injerencias. No es que estuviera enfadado o dolido, y tampoco se guarecía en esa cueva a llorar sus desdichas, sino que necesitaba sentirse dueño y señor de su existencia. Esa parcela era suya, su castillo, su dominio. Luego salía de allí con la afirmación de su individualismo renovada, dispuesto a sentarse a negociar lo que fuera necesario. E incluso si no había posibilidad de diálogo, si se le ordenaba hacer esto o lo otro sin explicación coherente alguna, se sentía entonces más capaz de aceptar el destino de la obediencia ciega a la autoridad paterna, porque en su país imaginario había ya realizado su santa voluntad, y eso le aportaba grandes dosis de moral para seguir viviendo. Por eso, en su reino independiente no lloraba, se lo había prohibido a sí mismo. No mancharía sus posesiones con lágrimas de tristeza. En su territorio no. Esa era una zona declarada de felicidad obligatoria.

De todas formas, ahora lo recordaba, de niño había llorado escasamente. No tener motivos era su excusa. Y por no sufrir lo suficiente, por no contar con razones justificadas para llorar, las inventaba de vez en cuando y lloraba por dentro, recreándose en ellas, sin mojar jamás los pañuelos que tan bien planchados por su madre llevaba en el bolsillo. Era su explicación para llorar sin manifestaciones externas, sin dejar huella. Era su motivo para entregar los pañuelos al cajón impolutos, sin la arruga desmañada o el pegote mocoso de unas lágrimas infantiles.

Había heredado sin embargo la blanda bondad de su padre, y cuánto abominaba de ella. No soportaba la caridad, ni a las buenas personas, ni a los samaritanos ni a los misioneros del África, pero cada vez que veía un pobre por la calle, algún legado genético lo obligaba a sacar unas monedas y entregárselas embarazosamente al

pedigüeño de turno. Asomaban a sus lagrimales algunas gotas de pena cuando veía en televisión escenas de hambre y sufrimiento. Pero nunca había llorado para sí mismo, en su propio honor. Asentado sobre una a todas luces felicidad modélica, siempre intuyó que esa felicidad era en cierto modo ficticia, o una paradoja, porque —en una vuelta absurda de la lógica— le impedía sentirse desgraciado. Él no quería sufrir por no sufrir, sino sufrir con todas las de la ley y bajo los auspicios de una entera coherencia; pero nunca había logrado conseguirlo.

Hasta ese día concreto, en que de golpe se le había echado encima el dolor de toda una vida.

Ahora se encontraba sufriendo extremadamente, y lo cierto es que no le resultaba en absoluto placentero. Porque el sufrir era tan horroroso como se describía en los anales del sufrimiento. Era feroz y sin sentido. Era una zozobra del alma dando de latigazos a las vísceras por dentro. Era una masa de miedo encallada en la garganta, haciendo llaga, incapaz de tragarse, de seguir su viaje vulgar hacia los sumideros naturales del hombre, hacia los subterráneos mundos del desecho intestinal para ser crudamente expulsada del paraíso a través de un angélico ano; engrudo sin esperanza, sarta de moléculas de vitriolo todopoderoso esparcidas por el sacrosanto conducto de la sangre de la felicidad, infectándolo todo, impidiendo la marcha, el cielo, la continuación, la consumación. Y el recuerdo de que pocos días antes su vida no era así lo mantenía tenso y aferrado a la memoria, desesperado de angustia, sumamente sorprendido de la marcha de los acontecimientos, podrido de envidia de su propio pasado.

Lloraba a caudal corto, con delicadeza y clase, despiezado. Traicionando su antigua promesa de no licuarse en el reino independiente de su cama. Presentía sus límites, pero se perdía en brazos del dolor. Encamado debajo del lecho, descamado a flor de piel, desollado de lástima. Sus ojos eran cálices de dedos enlazados reteniendo buches de lágrimas benditas con que calmar el miedo. Si hubiera estado sencillamente *jodido*, la perspectiva hubiera sido *cojonudamente* distinta. Pero esta enfermedad que padecía le afectaba precisamente al lenguaje. Que los hombres no lloran, el tópico manido, le daba que reír. Su residencia de lo viril no presentaba goteras ni desconchones; la base principal de su

quebranto tampoco era la vista, ni sus pestañas acuosas o sus legañas mojadas, sino que su desorden habitaba en el gusto, la lengua, el paladar, las voces que ajenas a su parecer y estilo remedaban extrañas y postizas su antigua forma de expresión verbal. Vocales y consonantes se arreglaban de largo, se ponían esmoquin, se acicalaban hasta la náusea para salir por su boca disfrazadas de absurda seducción y cursis lentejuelas. Sellaría hasta el fin sus labios traicioneros.

Se acordó de la víspera, cuando su asistenta Mercedes, discreta, disimuló un visaje de extrañeza y evitó hacer cualquier comentario, pero no paraba de mover la cabeza de un lado a otro, como negando aquello de lo que había sido testigo, mientras hacía la colada. Se acordó del portero, de la dependienta de su óptica, de todos y cada uno de los seres que formaban parte del paisaje de siempre y para los que él era paisaje de siempre; justamente aquellos para los que él había trocado, de un golpe, su bendito paisaje de siempre en extraña tierra ignota.

El piloto, encadenado a la tierra de su piso, echaba de menos el cielo, y añoraba a las azafatas. Nunca había sentido nostalgia. Echar de menos lo consolaba en cierto modo. Y súbitamente, Sofía. Aquel nombre de mujer comenzó a picotearle el cerebro, intruso de pronto en su pensamiento. Sofía. No sabía por qué. El armazón de la cama se le ajustaba perfecto, la nariz encajada entre dos de las tablillas transversales del somier, las manos pegadas al suelo, tocando tierra. Porque había arena bajo su lecho, arena fina y suave, incluso caliente, como la de la playa. Y después llegaron las olas, primero delicadas, que lo taparon como una sábana mortuoria, y al poco fieras, que querían arrastrarlo a mar abierto. Se aferró como pudo a las patas de hierro del cabecero y quedó allí crucificado, aguantando el embate del agua.

Finalmente el cansancio se cebó en su cuerpo y las manos se soltaron y se lo llevó la mar. Pasó por debajo de la cama arañándose la piel; la gabardina se desintegró y el resto de la ropa, el uniforme de piloto, se hizo jirones y harapos, de los cuales la mitad se fueron con él y la otra mitad quedó en su cuarto. Cuando salió a través de la ventana, transportado por las olas, Rainer se despidió de su casa, dijo adiós a todo cuanto lo anclaba con el pasado y su sincero llanto pasó desapercibido a la tormenta. Estaba

seguro de que moriría, así que relajó el conjunto de sus músculos y el mar fue caldo para sus huesos. De postre, encalló en la muerte. Al llegar a puerto llamó al práctico, que apareció remando con guadaña montado en una barca remendada. El piloto le pidió instrucciones para instalarse en el reino de no volverás, pero recibió la siguiente respuesta del barquero: «Vuelve por donde has venido, necio aprendiz de moribundo. ¿Quién te ha dicho que te has ganado el derecho a mudarte a este lugar? Hemos estudiado tu expediente y tus méritos no solo no han nacido, sino que ni siquiera han sido fecundados. Busca, pues, un vientre donde los engendres, si es que eres capaz de aprender a hacerlo. Mientras no lo consigas, vete de vuelta a tu mundo, porque aquí no tienes crédito ni lo tendrás en mucho tiempo. Es más, dudo que lo tengas nunca. Morir es un privilegio, un arte. Tú solo eres un chapucero, un grosero mecánico de la nulidad que no merece otra cosa que una defunción barata con parada en la morgue y luego nada, el más absoluto de los olvidos. Si quieres morir, vete a morir a otra esquina. La entrada en este infierno no se gana en una rifa, se modela primorosamente, se devana en la rueca de un encomiable estilo. Equivocaste grandemente el camino: aquí vienen a morir los especiales. Sin aval no hay plaza».

Rechazado en el más allá, Rainer detestaba volver al reino de los vivos, donde sus posibilidades de supervivencia parecían mínimas. Inmensamente ofendido, en medio de la nada hizo el muerto sobre las aguas, desorientado, mal piloto en aquel mar del exilio. De pronto la humedad, rudo colchón de su terrible entumecimiento, se le desvaneció bajo la espalda. Recordó allí súbitamente, incrustado debajo del somier, amarrado a sus manos para no ser engullido por la corriente, la figura de su abuelo, a quien jamás evocaba. Él tenía la culpa de todo, por aquel cuento suyo. La marea había bajado y el suelo de nuevo parecía alojarlo en firme. Soltó una mano del cabecero con cierta precaución. Cuando hubo comprobado que el único líquido navegable allí era el riego discontinuo de sus lágrimas, soltó su segunda extremidad y tocó la tierra. Ya no había arenas; se habían mudado de playa. Alguien había cerrado la llave de paso del mar que fluía por debajo de su cama y ni rastro alguno de las antiguas cataratas chocando contra su cuerpo. Sin noticias tampoco de la mortaja de harapos en que sus ropas se habían

transformado. En pie de guerra su uniforme de piloto intacto. Ni siquiera el recuerdo de un algo de salitre. No vestigios de su tragedia. No hay goteras. En realidad, un sueño.

No hay mayor perdición que el hecho de no poder perderse con dignidad, pensó Rainer. Y a pesar de que todo semejaba un espejismo producido por los gases deletéreos de su tálamo de agua, que se le había ido a pique y se le había vaciado por encima de su persona, la zozobra del recuerdo, el poso del sueño, la sombra de la duda, el misterio de su historia, lo humillaban dolorosamente. Nada más vejatorio que un naufragio sin agua. Ninguna pesadilla igual a la de ser rechazado por la muerte. De manera que no tenía currículum; así que no era digno ni de su propio entierro; ni era especial ni tenía méritos. Hay que joderse, reflexionó Rainer en voz alta bajo su cama; hay que joderse, repitió en un tono enojado, envalentonado, sintiéndose vivo como nunca se había sentido jamás.

Acto seguido visitó a trasmano su cabeza aquel cuento que su abuelo le relatara una noche, y que al despertar por la mañana había considerado un sueño. Inmediatamente después lo había olvidado, como se olvida todo lo que pasa justo antes de dormir. Cuento o sueño, la historia le rebotaba ahora en el interior del cráneo sin poder evitarlo, con la voz de su abuelo en *off*:

Esto era el reino del mundo al derecho. Imagina: el juego del tenis no conocía el revés, las monedas eran iguales por las dos caras, y los regnícolas carecían de culo, aunque como contrapartida poseían recto. Nadie tenía reveses en la vida, nadie iba nunca de culo y nada era una cruz para nadie. Todo estaba vertical, así que no había inclinaciones. Nadie se torcía o desviaba. Darle la vuelta a un razonamiento se consideraba una ofensa. Ponerse boca abajo era una perversión y ver el otro lado de las cosas, un vicio feo. Por otro lado, tener derechos era obligatorio; quien no los tuviera iba a la cárcel, y además estaba prohibido tumbarse. Los capitanes tenían órdenes severas de no escorar sus barcos. La torre de Pisa era una broma a veces, y otras, ejemplo de arquitectura fatal. Los cuadros jamás aparecían

torcidos, la madera no se alabeaba, los sombreros no se ladeaban y los viejos no se encorvaban. Y en fin, todo tenía bastante fácil remedio, menos lo de los viejos, así que los mataban. Y este cuento se acabó.

Rainer tenía treinta y nueve años. Era rubio, de melena ondulada, ojos claros y no muy alto, pero bien proporcionado y en conjunto atractivo. Y de pronto Sofía.

Bosque de los bosques, haces que las babosas recuerden ángeles y que los champiñones parezcan setas de cuento. Duermes en mí y quisiera tenerte despierta, real. Estás cerca, porque te tengo dentro, pero estás lejana porque no puedo despertarte. El camino hacia ti es un laberinto de mis propias vísceras, tierra desconocida, tierra que yo he creído estéril, tierra que yo he despreciado desde siempre. Porque las vísceras eran innobles y ahora se me antojan paradisiacas al intuirte en ellas. Eres un feto que me crece día a día; y sin embargo, deseo que tú me des a luz, que tú me alumbres. Si estás dentro de mí y yo estoy dentro de ti, no podremos salir jamás de esta locura de vientres. Incompatibles. Aunque eres la reina de camisones; no, quiero decir, de corazones. Hada madrina de los hígados, eres la hija de mis entrañas y la madre de mi proceso, lo cual anuncia un futuro incestuoso. Nada es, ni será fácil entre nosotros. Pero creo que por tú no nacimiento se me prohibió una muerte digna. Si naces, podré morir, pero tal vez ya no quiera morir si tú estás a mi lado. Ponme a prueba, Sofía mía. Es esta obligación de ser feliz que heredo del pasado la que me llama a buscarte, y en ti el sufrimiento es un hecho, historia de amor con muerte. Te propongo salir de mí para que yo salga de ti a dúo, en mitad del horror de no saber si nuestra cama, si nuestro tálamo nupcial será cuna de parto o lecho mortuorio. ¿Y si rompo las reglas, no agacho la cerviz, me cago en el destino, desoriento la brújula de los dioses a mi albedrío, dispongo de lo nuestro y lo acomodo todo de la mejor manera en un catre de esposos infinitos? ¿Qué me dices, amor, te convence? Hoy por hoy no tengo solvencia ni en el cielo ni en el infierno, pero espera y verás. Me haré grande por ti, princesa. Por ahora solo dime si te has mojado ahí dentro, si te han herido las olas, si estás cómoda. Es la primera vez que estoy embarazado; me

siento torpe y feliz, novato indigno. Empezaré a fumar y beberé a destajo para que nazcas bien, te cuidaré sin duda.

Debajo de la cama se piensan cosas extrañas, porque Rainer no conoce a ninguna Sofía. En realidad, conoce a todo el santoral femenino, y también y sobre todo a las que no son santas sino más bien humanas en exceso. Pero le falta una mujer en su lista, esa mujer a la que habla en voz alta y de esa descabellada guisa.

Cada vez que Rainer piensa en la patada que le han dado en el infierno, enferma de ira. Y lo siente desde el estómago, hinchado y sudoroso. Debajo de la cama no voy a ganar ninguna medalla. Vendrán a desahuciarme, me mudaré al arroyo. Viviré debajo de un puente, me crecerán la barba y el pelo, tendré las uñas permanentemente sucias, vestiré una zamarra tiñosa de color indefinido y leeré siempre el periódico atrasado, porque será el ejemplar que otros tiren y que yo necesitaré no para enterarme de las noticias sino para abrigarme del frío, que el papel de periódico da calor. Dormiré en una cama de páginas del pasado y desarrollaré una artrosis de tomo y lomo y concluiré mi peregrinaje con los pulmones en escabeche; amaré a una botella y solo celebraré cada día que salga el sol; y la cabeza se me desencajará de su sitio metafóricamente hablando, y los ojos se me hundirán en sus cuencas de tal forma que ya solo veré un pasadizo lúgubre y oscuro y perderé el horizonte y como no tendré dinero para comprarme un periscopio e instalármelo en una de las cuencas ya no podré ver la luz jamás. Y soñaré con tener por lo menos un ojo a cambio de los dos agujeros negros, y preferiré ser feo, deforme, y ver algo, que ser normal y no ver nada. Pero nadie me regalará un ojo, ni siquiera una córnea… Viviré en el abismo y ya no tendré miedo a caer en él. Esa será mi única ventaja, junto con lo del sol cuando salga. Pero entonces habré adquirido ya un incurable mal neurológico que me impedirá recordar, que me hará gritar de forma incoherente, que me dislocará incluso el abismo, que me llenará el cuerpo de señales violentas sin que yo resuelva lamérmelas siquiera. Cuando se desea la muerte, tarda en llegar. Yo nunca he dado importancia a los cartones, pero siempre he tenido en cuenta al abismo. De pronto tendré que cambiar mi jerarquía de valores y el abismo me importará bien poco, porque será el único amigo que tenga, y el cartón se convertirá en mi bien amado, en el primer escalón de mis

aprecios. Se me afinará el tacto para los adoquines, el asfalto, los bancos, los recovecos del metro, los escalones de mármol de la entrada a las tiendas, la tierra de los parques. Porque cuando se desea la muerte, tarda en llegar. Me quejaré diaria y amargamente de que los programas de caridad no incluyan cursillos gratuitos para bien morir. A cambio, no tendré que pagar impuestos.

Tantas lecciones en un solo día no han conseguido agotar a Rainer, que trajina sin cesar con los conceptos debajo de la cama. La siguiente máxima que concibe y enuncia es que creerse alguien es no ser nadie. Él se tenía en muy alta estima, y no lo quieren ni en el planeta de las guadañas. Sin embargo, el proceso contrario no es tan sencillo, esto es, que para ser alguien hace falta creerse nadie. Rainer no es nadie, se cree nadie pero es nada. De nada a nadie hay un buen trecho; de nadie a alguien, toda una carrera de obstáculos. Con la identidad en barbecho, el piloto se encuentra la mar de incómodo, enrabietado. Construirse desde el vacío se le antoja tarea enorme. Revisa, repasa, recuerda; se trata de dirimir el paso futuro. Su cama es una prótesis, un fardo innoble. Parece un caracol debajo de su concha; es como un pollo adulto jugando a bebé dentro de un huevo. Es vital romper la cáscara. De un plumazo gallina prepotente, hercúlea, Rainer picotea con fuerza su envase, que por fin salta en pedazos. La cama se eleva por el aire como una hoja seca y, lanzada contra la pared, se quiebra sin una duda. Su lugar primigenio lo ocupa un gigante, que se despereza como un niño. Y siendo nada y nadie todo en uno, Rainer se maneja ahora como un lanzador de pesas que acabase de batir el récord de distancia.

Baja a la calle hecho un brazo de mar con el uniforme rasgado, que nunca le sentó tan bien; la corbata hace un mohín altanero retorcida de medio lado. Se dirige al estanco, entra en el establecimiento y pide un paquete de tabaco. Menudo fichaje han hecho: una mujer extrañísima, lúdica o loca, sonrientísima, le pregunta de qué marca. Él le pide consejo, porque es la primera vez, dice. Ella, que no se asombra, le recomienda su marca favorita. Rainer ultima sus compras en el estanco con la adquisición de un mechero electrónico de color camel, que según la nueva dependienta está de moda. Sale de la tienda con un cigarro humeante en la boca, satisfechísimo y boyante de expectativas, aspirando fuerte y tosiendo al unísono. Un dardo de picor en la

garganta le despierta el recuerdo de una imagen adolescente: un culo de pitillo que empieza a saber demasiado bien y la censura tácita de sus padres al tabaco. Cruza la acera y se acerca a paso acelerado a una farmacia, la habitual, donde se introduce y le atiende de inmediato la hermosa manceba que allí trabaja. Está más guapa que nunca, refulgente y morena, fabulosa.

—Perdone, por favor, es la primera vez y estoy un poco perdido. Yo me encuentro fenomenal, pero nunca se sabe. Supongo que en estos casos habrá que tomar algo. Es que… sin haber follado, sin semilla ni pastilla me he quedado… ¡embarazado!

Acto seguido, empujado por una imparable sensación de plenitud y exhibicionismo, comienza a quitarse la ropa y se va desnudando del todo ante el rostro pesaroso y descompuesto de la chica. Ya solo le resta la corbata, que parece no querer desasírsele del cuello, quizá por pudor, para no dejarlo totalmente en bolas. Pero Rainer, mientras tararea una canción insinuante y mueve las caderas bam bum, provocativo, va deshaciendo el nudo a cámara lenta y libera la corbata finalmente con un elegante *loop* de avioneta. Aterriza la prenda sobre el expositor de Vichy, entre botes para combatir la celulitis, cremas hidratantes *for the body*, desodorantes sin alcohol y potingues varios dedicados a las pieles sensibles, las manos secas y los pies descamados.

Noviembre

—Me llamo Ifigenia y estoy muerta. Ya he intentado suicidarme. Pero el mío no es un caso de capricho. Es la mera salvación, el único camino que veía asomada a la ventana. Murió mi padre y con él morí yo. No puedo soportar el recuerdo. Ver los objetos de mi padre, todo lo que fue suyo: el paraguas, un bastón de puño de plata, su cepillo de dientes, su bandeja de bolígrafos y lápices, sus herramientas viejas, su cartera, sus corbatas colgadas en el armario, y toda su ropa inerte, que parece que la ropa se muere con el muerto a un tiempo, y observar como todo eso, todo eso que ayer eran objetos cotidianos sin significación alguna, desde que mi padre ha muerto se han convertido en reliquias, en objeto de culto, en recordatorio nefasto de una presencia que fue y ya no es, que ya no se puede besar o preguntar por ella, que ya no se puede ver ni tocar, ni acariciar, ni hablar con ella, ni discutir, ni pedir, ni regañar, ni odiar. Pero sí amar por el resto de la vida. Y sigo obsesionada con sus papeles encima de la mesa, los sobres a su nombre que todavía trae el cartero, empeñado en recordar lo inexorable. Y el vacío es tan grande, el hueco es tan negro, el dolor tan energúmeno que no puedo soportarlo. Por eso quiero estar muerta, yo también, para estar con él y gozar donde él goza, o sufrir donde él sufre, o ser nada donde él es la nada. Y mientras tanto su sillón vacío, rajado de parte a parte por el rictus de olvido con que murió mi padre sobre el asiento. Mi padre murió en mis manos, agarrado de mí, y yo tranquila y enferma a un tiempo, acompañando aquella muerte atenta, mimando su partida, acicalando el vómito, susurrando el adiós, trampeando el chantaje

de no dejarlo ir, tira y afloja de quédate, papá, y de marcha con todo tu bagaje a donde quieres ir en paz, a donde te has abandonado ya, a donde con naturalidad se encamina la osamenta de tu espíritu, que sabe Dios… Y no puedo soportar este dolor, esta amenaza constante de quebrarme en cualquier momento, de desgajarme y partirme, de aniquilarme de pena, de querer ir con él y no ver sus objetos, y no tener así que recorrer forzosa sus camisas, sus calcetines, su vida, sus tesoros, sus fotos, o sus radiografías, perdida tras la imagen que no me satisface porque no es sustituta siquiera del roce de la página abierta del último periódico que leyera mi padre.

—Me llamo Judith y estoy perdida en un bosque. Soy virgen. No conozco el amor. Tengo veintisiete años. Duermo en el mismo cuarto que mi madre, que se divorció temprano, cuando yo tenía cuatro años, que no puede dormir sola, que se apena por todo, que no sabe hacer nada sin mí. Desde pequeña me convertí en su sombra, en el lazarillo de su ceguera, que yo la veía ciega aunque ella viera todo con perfección de lince, incapaz de salir adelante, de buscar otro marido, de satisfacerse los placeres más elementales; y yo heredera de todo cuanto mi madre cultivaba, me volví como ella, incluso a veces la odiaba, pero no podía dejarla porque me daba miedo. No sabía conocer hombres, ni tener relaciones, ni ligar, ni tan siquiera maquillarme. Una vez me atreví a hacer una escapada a una peluquería muy moderna, diferente de aquella del barrio, tan cutre y tan vieja y tan rancia, a la que iba con mi madre, y me arreglaron el pelo, me hicieron un recogido griego, creo que se llama, me arreglaron las uñas, que qué gusto da, me dieron un masaje en los pies, y me maquillaron los labios, las mejillas, y yo era como vaporosa, como esas fotos difuminadas de las modelos que salen sin una arruga y con un tul de plata y de preciosidad en la cara. Me di varias vueltas por la zona, parándome en los escaparates, entrando en las tiendas y preguntando por el precio de este bolso o de aquel zapato, y solo para que me vieran, porque me sentía como una reina por un día. Y tuve que meterme en el servicio de un bar y quitármelo todo,

borrarme de un plumazo la belleza del rostro, el arreglo maravilloso que me habían hecho, porque me daba vergüenza que ella me viera, que ella me censurara, que ella me rompiera el hechizo de un sueño imposible. Y así seguí hasta ahora, con la cara lavada, con el himen intacto, y a solas con mi madre, dependiendo de ella, como un apéndice de carne y hueso.

—Me llamo Dafne y por las noches sueño que soy del tamaño de un dedal y me arrojo al interior del cubo de la basura. Pero voy tan lenta como un caracol y tardo horas en llegar al borde del cubo. Yo no soy gran cosa. Ni valgo para mucho. No soy especial, como los que son un genio en algo. Y muchas veces soy torpe. Mi marido me pega, por mi torpeza. Es que es un perfeccionista y odia mi lentitud y mi inutilidad. Se exaspera enseguida, se pone de los nervios y ya está zurrándome, sobre todo cuando tardo en decidir algo. Porque a mí me cuesta decidir las cosas. Me lleva mucho tiempo escoger. Es que quiero hacerlo muy bien, para no crisparlo, y entonces pasan los minutos y las horas y yo sin decidirme y ya está cabreado. Y cuando no quiero hacer el amor, me pega también porque dice que es para lo único que sirvo y que hasta ahí podíamos llegar. Luego me viola. No es malo, Jacinto no es malo, solo tiene nombre de flor. Y no me gustan las flores. Odio los ramos de rosas, los de claveles, los de nardos y margaritas. Odio también los jacintos. Si por lo menos se llamara Apolo podríamos ser una pareja de libro, los protagonistas de una historia de fantasía. Y todo sería diferente. Mi vida es tan vulgar que no sé qué hacer con ella. Tal vez si yo fuera más atractiva, o sofisticada, o si supiera bastante sobre algún tema, Jacinto me admirase. Solo quiero eso, que me admire un poquito, que se sienta orgulloso de mí.

—Me llamo Silvia y duermo con un ojo abierto, como los perros. Siempre estoy vigilante. Porque me descuidé y lo perdí todo. Mi novio me dejó al pie del altar. Es que no podía más, el pobre, reventó de golpe, justo el mismo día de la boda. Hay gente que revienta, que no es capaz de aguantar el tirón, y yo era fuerte,

quería ser fuerte por los dos. Creía que todo me lo podría echar a las espaldas, pero Carlos era muy gordo, como un saco de patatas, pesaba como un muerto, vamos. Pero cuando se marchó, cuando me dejó, me quedé como una pluma, tan ligera que me llevaba el viento, sin ataduras, leve, incapaz de anclarme en ningún sitio. Carlos, a pesar de ser un tonel, por lo menos me aplastaba contra la tierra, me pegaba al mundo. Ahora no puedo salir a la calle sin temer que un ave de presa me agarre con el pico y me secuestre y me encaje en su nido como en un rompecabezas, junto a su prole de boquitas hambrientas, abiertas como buzones de correos. Y por eso vigilo siempre. Para que no me lleven, para no perder lo poco que me queda.

—Me llamo Aída y cuento las baldosas de la cocina, los barrotes de la cama, los peldaños de la escalera. Me paso el día contando, y lo cuento todo. Es como una obsesión. Tengo miedo. Sé que mi nombre es de una ópera. Esa mujer era una esclava, y yo lo mismo. Soy esclava de mi propio cuerpo, que es incontrolable y me amarga la vida. No puedo evitarlo. Porque enseguida me lleno de grasa y me pongo como una foca. Y las focas no ligan, no se comen una rosca. Las rechazan, se quedan en una esquina esperando las migajas de los feos, de los que no tienen nada de interesantes. Y a mí me gustan los hombres interesantes. Pero en general todo es deprimente, nada es bello y exótico, como el capitán egipcio que ama y libera a Aída. Eso no pasa en la vida de verdad. La ópera es una farsa asquerosa. Deberían prohibirla. Y encima las cantantes están gordas como ballenas. ¿Quién se puede tragar entonces que alguien se enamore de ellas? Y el cine también habría que prohibirlo, porque es contradictorio, y eso no ayuda a vivir. Todos son guapos y delgados, pero de repente te sacan la típica historia sentimental en que un gordo consigue la felicidad y eso no es más que una trampa. Una concesión a los feos entre millones de casos de guapos cinematográficos. Y porque yo sé que los sueños no se cumplen por arte de magia, sino que solo existe lo que uno consigue con el propio esfuerzo, soy capaz de controlar mis

carnes, y no engordar, y así sobrevivir en este mundo injusto y mal repartido. Yo sé lo que hay que hacer, y lo tengo muy estudiado. Todo es cuestión de disciplina, de imponerte unas normas y seguirlas a rajatabla, como en el ejército. Me gustan las reglas. Son útiles y ayudan a vivir. Aunque es durísimo, máxime cuando toda la gente te dice que te estás matando, y que para qué quieres estar más delgada, que estás muy bien así, y que estás anoréxica y que eso es una enfermedad. ¿Qué sabrán ellos? Por más que me lo repiten yo no lo vivo de esa forma. Y mientras mi madre, que es una gorda asquerosa y romántica, que no atiende a ningún control, se empeña en que me alimente, en que estoy guapa con michelines, y que hay algunos hombres a los que les gustan rellenitas. Cerdos rijosos, los llamaría yo. Cerdos poco elegantes, piara que yo no he de cuidar, lo juro. Y luego está la gran mentira, eso de que lo bello reside en el interior de uno, en el espíritu, y no en el aspecto físico. Eso es puro romanticismo, del más nefasto y repulsivo, de ese que te infla de kilos y te pone como una mesa camilla. Y las mesas camillas no se mueven del cuarto de estar, no viajan, no salen ni se divierten y su futuro es una mierda. Solo pueden soñar, mientras no viven.

—Jorge es mi nombre y busco mi destino. Soy piloto anclado en un ancho mar de dudas. Aunque nací hace tiempo, todavía no me reconozco en el espejo, donde las más negras tormentas sustituyen a mi rostro. Todo mi pasado era una línea recta y limpia, extrañamente aséptica y perfecta. Sin embargo era un trazo fallido, porque vino a borrarlo la lluvia con tan solo una gota perdida del lagrimal de las nubes. Yo me sentí de pronto hercúleo, vestido con la piel de un gigante y sosteniendo el mundo, pero el fardo era de tal pesado calibre que decidí soltarlo y cayó a mis pies, haciéndose mil fragmentos sobre mi vida, una vida simple que no resistió la carga, una vida de cristal, espejo frágil y suspendido en la nada, que se desintegró en segundos y perdí para siempre. La nueva vida me quiere salir de dentro a borbotones; no voy a buscarla por los mares del sur. Este oleaje interno que trafica constante con la desembocadura de mi cuerpo para poder

volcarse a la deriva de la luz. Por eso me consideré embarazado, preñado de nuevos aires y enfoques, pero era una metáfora obviamente. La metáfora es genial. Se trata de un recurso poético que está al alcance de cualquier individuo y que se manifiesta no solo en el seno de la poesía sino también en el mismísimo devenir diario, a cada paso de la existencia, hasta en los detalles más nimios y corrientes del hábito cotidiano del hombre. Todos la manejamos. Por ejemplo Aída, cuando dice que no quiere ser una mesa camilla, está empleando una metáfora, que le sirve adecuadamente para expresar cómo se siente. Yo estoy encinto de Sofía, una mujer ignota. Mi extralimitación en la farmacia fue debida a la euforia de reconocer mi estado. Me despojé de toda vestidura, bailé una danza encantadora y sufrí el ataque de la policía. La manceba, artificiera ignorante, no entendió mi explosión y el simbolismo de mi actitud. Acabé varado por fin en esta playa.

—Si me asomo a mis recuerdos el cielo está nublado y no veo demasiados detalles. Sin embargo, hay uno que destaca sobreimpreso en la niebla del pasado. En las fiestas de disfraces siempre me vestía con el traje de mi primera comunión, que yo había pedido que fuese una réplica de los uniformes de combate de las fuerzas aéreas alemanas en la Primera Guerra Mundial, a lo que añadía un gorro de piloto a juego. Nací con un sueño ya elaborado; porque si me pongo a escarbar en el apolillado retrato de mi infancia y paseo por su superficie la lupa de aumento del análisis más exhaustivo, no soy capaz de localizar el punto de origen de mi deseo de volar. Debió venir conmigo de fábrica. Probablemente volaba ya en el interior de mi madre, cuando todavía era un proyecto de ser humano.

—Es difícil describir mi estado —prosiguió Rainer—. Tal vez mi problema haya sido pasar tantas horas en el cielo. Cuando digo que nada me va mal, no miento. Y sin embargo, cuando afirmo que algo me va mal tampoco miento. Todo es ir bien y mal. Por eso estoy aquí, y porque un buen amigo me recomendó que viniera. Lo último que hice, lo que me dio la pista de que necesito ayuda fue

desnudarme delante de una dependienta de farmacia, acabar detenido y pasar finalmente unas horas en unas dependencias policiales. Y luego está este explicarme en lengua extraña, que creo que tiene que ver con esa dichosa sensación de embarazo, que me enloquece. Lo cierto es que hoy por hoy nada de lo que hago o digo se acomoda a mi lógica trayectoria vital. ¿Ves a lo que me refiero? «Trayectoria vital». Antes ese par de palabras yo no las hubiera escogido jamás. Estoy desesperado.

—Dime qué sientes ahora, Jorge, mientras hablas.

—Siento que quiero huir, pero que ese mismo huir me llevaría justo a donde no deseo. No puedo escapar, ¿adónde? Y no puedo matarme. Sé que es difícil de creer, pero en el más allá no me aceptan. La única solución parece la terapia. No vengo por gusto en absoluto, porque es grande mi incredulidad ante esta forma de arreglo para las averías de la mente humana. Pero me resulta insufrible verme en este estado, que es como la locura. Por otra parte, nunca he necesitado ayuda. No me gusta pedir. Yo soy mi propio artífice, y creo que no he errado. Cumplí mi sueño. Soy piloto, vivo cómodamente, gano con amplitud y me emparejo con quien me place. Lo único que no encaja es este algo en mi interior que reclama su salida, y el discurso extraordinario que inconexo y sin control se me sale por los labios.

—¿Te das cuenta de lo que haces con las manos mientras hablas?

—Es cierto, me acaricio el vientre y siento náuseas.

—¿Qué llevas dentro?

—La poesía.

—¿Qué llevas dentro, Jorge?

> —Puede que sea yo mismo
> quien se halle dentro de mí.
> Pero el de fuera de mí,
> ¿quién será sino yo mismo?
> Soy arena y soy espuma,
> Soy fiel y traidor en suma.

Rainer lleva tres semanas de terapia en un centro de psicología.

Después de varias sesiones individuales, su terapeuta lo ha incluido en un grupo de varios pacientes, porque opina que le conviene comunicarse con los demás en su nuevo idioma. En el grupo solo hay mujeres. Él sigue yendo a trabajar, pero en los vuelos, con la tripulación de a bordo, casi no abre la boca, tan solo lo imprescindible para hacerse entender y así sobrevivir, intentando no llamar la atención más de la cuenta, esforzándose por reconstruir su antigua imagen a golpes de desesperación e incapacidad absoluta. Nadie conoce su secreto inconfesable. Él calla como un reo sin lengua. Vive su condena a rastras, sin saber cuál ha sido su pecado. Odia la terapia, porque le recuerda que no es normal, y agranda su diferencia; pero lo ayuda en cierto modo, tanto que cuando acude al centro y se pone a hablar delante de aquellas mujeres, ya no se siente tan mal, sino acompañado de otras locas, como él, pero locas atentas, dispuestas a escuchar su necedad, o su necesidad, sin hacer cálculos de sorpresa, sin deducir escándalos, sin reparar en gastos de comprensión callada, sin añadir escollos a su dislate, sin proponer su muerte bajando todas al unísono el dedo gordo de la mano en señal de sacrificio. Aquellas locas han llegado incluso a emocionarlo, porque parecen hechas de una pasta similar a la suya, locas que como él consiguen salir de allí, manejarse en la calle, en el trabajo o en sus casas, y vivir hasta la semana siguiente, para volver de nuevo a aquella sala triste, subidas a la rueda de la fortuna psicológica, esa noria de curso infinito que arrastran a ciegas cada nuevo martes, el día de la guerra, cuando en forma de herradura se disponen para contar sus vidas sobre unos asientos de diseño minimalista. Y en ese improvisado hipódromo donde la existencia es el obstáculo más arriesgado, las apuestas son tan fuertes que no les cabe el cuerpo en la piel.

Rainer ha reestructurado su vida de forma novedosa. No ha ocurrido ningún milagro, no ha recuperado sus viejas palabras, ese estilo desenfadado y hasta algo vulgar con que seducía al mundo. No. Sigue con sus voces raras, con su aliento convertido en *anhélito*, o su treta en *estratagema*, su vida en *existencia*, su cama en *tálamo*, su espejo en *azogue* o su modo de ser en *trayectoria vital*. Y cuando bebe néctar africano u oye en el interior de su vientre zureo de palomas o se sienta en el trono papal con el fin de defecar, es cierto que al pasar el líquido por su garganta o al sentir

el bombeo de los gases en el estómago o al escuchar el golpe seco y el salpicar del zurullo de mierda al zambullirse en el agua embalsada de la taza del váter, añora las palabras de entonces, sus palabras viejas, aquellas que lo definían incluso más que sus actos. Pero ya no añora sin embargo las acciones que designan, porque ahora puede ejecutarlas sin pensar de antemano en su denominación de origen, y logra convivir por fin con los recientes sinónimos, con los epítetos que como moscas cojoneras se le vienen al discurso, o aquellos sustantivos cultos que de forma impropia se le cuelgan de los labios y se despeñan de viva voz, en alto, por la sima de lo dicho.

El otro día, por ejemplo, que salió del centro de terapia un poco más animado que de costumbre, se le ocurrió llamar a una de las candidatas de su agenda de ligues. Hacía tiempo que no salía con nadie y decidió probar suerte con Alicia. No figuraba entre el grupo de las más despampanantes, pero era una mujer bastante comprensiva. La tenía en su agenda telefónica *por si. Por si* se quedaba colgado una noche y no le quedaba nadie a quien recurrir, *por si* quería sexo sin compromiso, *por si* quería desahogar sus penas, *por si* necesitaba unas orejas mullidas y bien abiertas para escuchar sus problemas. Lo cierto es que cuando necesitaba una chica *por si*, casi siempre llamaba a Alicia. No complicaba las cosas, sabía acompañarlo, conocía los límites, no exigía más de lo que él estaba dispuesto a dar. Y aun a pesar de que era de segunda clase, «para un apuro» —así lo hubiera definido Rainer antaño—, la conocía desde hacía una porrada de años, y siempre volvía a ella, como un imán constantemente atraído a su metálico número de teléfono. Alicia era cómoda. *Cómoda*, sí, casi como imitando al mueble cuya denominación coincidía con ese mismo adjetivo femenino. Tenía cajones amplios donde meter sus risas intrascendentes, su conversación animada y sus chorradas de cualquier calaña, y su rostro era un espejo donde él se veía atractivo, por la mirada, que era infinitamente cálida y admirativa. Poseía una buena armazón, de madera noble, diría él, y cierto estilo decadente, como una distinguida pieza de época. Además no se había casado. Ni siquiera parecía tener vida afectiva, o por lo menos no hacía gala de ello. Alicia no era un delirio de belleza, pero su rostro era fuente asegurada de matices infinitos. Su mirar

desvalido cohabitaba en extraña paradoja con un alto coeficiente de inteligencia; y sus dulces ojos grises saboreaban —normalmente con inadvertida obscenidad— el espacio financiero mundial en todas y cada una de sus vertientes, al tiempo que su esmaltada voz diseccionaba la economía con el erotismo de una línea telefónica porno.

Rainer la llamó esa tarde y quedó con ella para cenar. Se sentía seguro, porque más o menos había generado algunos recursos lingüísticos para superar su trauma poético. Cada vez que le salía algún verso o alguna frase alambicada, se lo tomaba como a guasa, dando a entender que estaba bromeando, que era su nuevo juguete para hacer unas risas. Eso le iba funcionando, pues la gente que lo conocía no alcanzaba a imaginar que aquella forma de expresarse fuera parte indisoluble de su persona desde hacía unos meses. Lo aceptaban rápidamente como la nueva gracia de Jorge.

—¿Alicia?

—Sí.

—Oye, soy Jorge. Que hace tiempo que no nos vemos y he pensado que si te apetece salir a cenar esta noche.

—Vale.

—Te recojo a las diez.

—De acuerdo.

—Hasta luego.

—Adiós.

Rainer se maravilló de lo escueto. Alicia era estupenda. Lo devolvía a los viejos tiempos. Quizá estuviera curado.

A las diez en punto estaba llamando Rainer al telefonillo de casa de Alicia. Ella bajó enseguida. Se metió en su coche y Jorge arrancó rumbo al restaurante. Era un chalet de la zona norte, un asador elegante. Nunca habían estado allí. Alicia estaba guapísima, repasaba Rainer, inmerso en el más profundo silencio, mientras esperaban al *maître*, de pie en la entrada. Ropa de moda. Tipazo. Corte de pelo nuevo. Un buen polvo, sí. Brevedad, sí, brevedad y realismo. Nada de ñoñerías, cursilerías, sensibilidades, gilipolleces, mariconadas. Maciza, Alicia estaba maciza. Esa noche tenía asegurado el rollo, el polvo, un acojonante polvo, y no la cópula

maldita o el fornicio siniestro. No quería copular ni fornicar, que así no podía, que así no se le ponía, quería… ¡fooooollar! A secas. Como antes. Como siempre.

Sentados en una mesa recoleta, entre una columna y un biombo antiguo, con el menú en la mano, Alicia y Rainer se reconocían mutuamente, casi se olisqueaban como dos chuchos recién presentados en el parque. Alguna nueva fragancia destilaba Jorge, porque Alicia se mostraba turbada, casi embarazosamente tímida, en sus movimientos, cuidadosos y lentos, en su mirada, huidiza y curiosa simultáneamente. Parecía andar sobre arenas movedizas y no hacía más que mover las pestañas con suavidad, y agrandar la mirada, llena de cándida sorpresa, fijamente, sobre los ojos de su acompañante, como si sintiera la necesidad de volver a seducir a aquel hombre que sin saber por qué se le asemejaba otro distinto al que llevaba registrado en la memoria. Nada en Rainer, sin embargo, indicaba hasta el momento algún cambio en su personalidad. Se sentía locuaz, pero también desarmado. No se atrevía a hablar mucho, por miedo a desvelar sus incapacidades, su mutilado espíritu, su desfondado ego. Así callaba sumido en la cautela.

Y mientras Rainer callaba, Alicia, contrariamente a su actitud habitual, soltaba amarras en la conversación. Había entrevisto vientos favorables y un hermoso día para dejar navegar su lengua, y levó anclas y habló, habló con Jorge todo lo que nunca había podido decirle. No eran cosas importantes, nada que destacar demasiado, ninguna acción heroica, ninguna aventura manifiesta, pero habló de sí misma y describió quién era, pues nunca se le había ofrecido tal oportunidad con él.

—Siempre he admirado en ti lo que a mí me falta —exponía en aquel instante Alicia—. Lo mires por donde lo mires, soy una mujer convencional. No he vivido más que en el pequeño y mezquino agujero de mi existencia, siempre a resguardo de todo peligro, sin desafueros, sin aventurarme a asomar la nariz fuera de mi guarida.

Conforme Alicia se expresaba en estos términos, Rainer se veía obligado a callar para evitar que se le salieran por la boca aquellos sapos y culebras poéticos que tanto detestaba, y mientras se esforzaba en no abrir el pico, se veía asimismo obligado a escuchar, por primera vez incapacitado para abortar el discurso de su interlocutor con su propia locuacidad. Sus orejas ampliaban el

campo de acción y se le abrían como antenas parabólicas, y notaba como se iba desarrollando en él una capacidad de percepción hasta el momento desconocida. Nunca había tenido buen oído. Iba a conciertos, e incluso a la ópera, porque era síntoma de clase, elevaba el pedigrí, sumaba puntos a su imagen. Ahora escuchaba a Alicia como si aquella mujer recitara un aria de Puccini traducida a su idioma. Intuyó a medias, como jugando con el absurdo, que oyendo a Alicia podría llegar a amar la ópera.

—… Y me sentía inferior contigo —seguía ella—, sencillamente porque yo no era capaz de hacer las cosas que tú hacías. Todavía recuerdo el día en que fuimos a aquella fiesta de disfraces, la de romanos, ¿te acuerdas?, en casa de Santi. Te presté mi falda de tenis y te pusiste el peto de plástico de un traje de soldado de tu primo. La falda te quedaba extremadamente corta, lo justo para taparte el culo y poco más. Al cabo de una hora me revelaste que no llevabas nada debajo, que ibas en bolas. Yo me reí, porque no te creía. Pensé que bromeabas. Ante mi respuesta de incredulidad me cogiste una mano y la llevaste debajo de la falda. Allí toqué tu culo desnudo, suave, la pelusa de tu piel de gallina, y me quedé fascinada de tu osadía. Enamorada de tu culo para siempre. Amigos y parientes revoloteaban a tu alrededor, creyéndote un tipo serio. Y tú te reías de todos, inconsciente, loco, como sin ataduras morales. Y llevaste tu juego al límite cuando me guiñaste un ojo, me dijiste que observara atentamente y acto seguido te tiraste al suelo. Entonces pensé horrorizada que todos iban a ver lo que yo había tocado a escondidas, que iban a saber quién eras, y lo que llevabas dentro, pero te moviste ágilmente, con tal habilidad que no se te vio nada, y volviste a levantarte como si tal cosa. Y nadie vio quién eras de verdad, excepto yo misma.

Rainer sintió un escalofrío delgado, como un rayo tibio atravesando su espalda, y recordó la escena que describía Alicia, por entre la bruma fangosa de su recuerdo. Habían pasado ya más de diez años. No imaginaba la repercusión de sus actos. No sabía qué lo había movido a aquel gesto. Pero era cierto que aquello había ocurrido exactamente como lo narraba su acompañante.

—Y también recuerdo aquella tarde en que hicimos el amor en el baño de Horcher. Me seguiste sin que yo lo supiera, te metiste en el lavabo de señoras, abriste la puerta de golpe y me pillaste con las

bragas bajadas. Me dio un vuelco al corazón, pero no pude articular palabra, ni el más mínimo sonido; y mientras yo intentaba contener la respiración para que no se nos oyera, me penetraste casi como si estuvieras poseído, a lo bestia, descontrolado, otra vez burlándote de las normas, como si fueras otro, y no el clásico pijo que acostumbrabas a interpretar. Y no he vivido nada parecido desde entonces.

De nuevo el calambre en la espalda, y una náusea en el estómago de Rainer, sellados sus labios y abiertos sus ojos como los platos del postre que ya estaba trayendo el camarero a la mesa.

A duras penas tragó el piloto la primera cucharada de su *mousse* de limón. Mientras paladeaba la porción de crema alojada en el interior de su boca, comenzó a notar algo extraño en la consistencia del dulce y llamó entonces al camarero.

—Perdone, yo he pedido *mousse*, y me han traído un postre de arroz.

—No, señor, de ninguna manera. Le he servido *mousse* de limón. Ese postre no lleva arroz.

—Le digo que incluye arroz —insistió algo irritado Rainer—, o si no, ¿de qué son estos pegotes, de densidad tan atroz, que noto en su contenido? —Y hacía aspavientos con la boca cerrada, como si la tuviera llena de objetos no identificados.

—Haré que venga el chef, señor —acabó cediendo resignado el camarero, con cierta altanería en el porte y un deje de desprecio en el tono, mientras arrancaba hacia el fondo del restaurante y finalmente se perdía a través de la puerta de muelles que comunicaba con la cocina.

—Te juro, Alicia, que este postre lleva arroz.

—Si tú lo dices…

Por fin un individuo grueso, con un uniforme cuyos botones negros le reventaban la sucia y grasienta tela blanca, tocado con un gorro ridículo en la cabeza, se acercó a su mesa y muy airado le dijo que eso era *mousse* de limón y que por supuesto su receta no llevaba arroz, ni la de cualquier otro chef de alto nivel.

—¿Pudiera ser que, de arroz, le hubieran caído dentro unos granos por error? —insistió Rainer, intentando encauzar el diálogo por el camino de la lógica y tratando de sacarlo del terreno de la ofensa, en que parecía enfangado sin remisión posible—. Tal vez

cerca de otro postre que llevara esa materia le cayó por accidente —sugirió él mismo una salida verosímil y digna al problema.

—Imposible, señor —dijo tajante el cocinero, totalmente ofendido y groserísimo.

—Pues yo le aseguro que de arroz este postre tiene granos —explotó finalmente el piloto, harto ya de que se le pusiera en duda.

—Demuéstremelo —expuso desafiante el cocinero, con una sonrisa ligeramente cínica y burlona en el semblante—. Localíceme uno.

—Vale —dijo Rainer. Y acto seguido se metió una cucharada del postre en la boca y empezó a remover su contenido con la lengua, como intentando pescar algún grano de arroz del interior de sus fauces. Por fin parece que encontró lo que buscaba; se llevó los dedos a los labios, abrió la boca y extrajo su botín con cuidadosa reverencia. Algo parecido a un bulto de color pardo y consistencia grumosa asomó de entre sus garras.

Ni el chef ni el camarero podían dar crédito a lo que estaba ocurriendo, mientras Rainer los miraba con abierta sonrisa, la cabeza alta y signos de haberles ganado la partida, enarbolando la masa babosa entre sus dedos gordo e índice y amenazando tácitamente con pasearse por todo el local mostrando el resultado de su hazaña al resto de los comensales, que ya llevaban un buen rato extasiados con lo que sucedía en la mesa de la pareja.

—De acuerdo, señor, habrá sido una equivocación de la cocina —terminó claudicando el cocinero, con la cabeza gacha y el rostro sombrío—. ¿Desea que le traiga de nuevo la carta de postres para elegir uno nuevo? A cuenta de la casa, por supuesto.

—No, muchas gracias —renunció Rainer a un nuevo postre—. Tenemos algo de prisa. Traiga, por favor, la cuenta.

—Inmediatamente, caballero.

Alicia, sentada junto a Rainer en el coche, iba en silencio, ataviada con un brillo infantil en los ojos que la rejuvenecía enormemente. Miraba de reojo al piloto y volvía a mirar al frente. Le gustaba mucho. Siempre había estado enamorada de Rainer, pero siempre Rainer le era inexpugnable, indomable, ajeno.

Alicia tenía en su haber treinta y cinco años más un trabajo de

bróker. Un buen sueldo. Casa propia. Videoportero. Cama de matrimonio enorme para ella sola. Ordenador de mesa, Mac portátil, impresora, fax, cámara digital, televisión de pago, minigrabadora, teléfono inalámbrico, thermomix, batidora americana, ionizador, humidificador, telescopio, acupuntor digital, freidora, sandwichera, slendertone, cafetera italiana exprés, masajeador eléctrico, bicicleta estática, vibradores, y mucho más en la lista, todo haciendo compañía. De vez en cuando algún hombre en su vida. Toda la gama. Solteros. Casados. Divorciados. Bastante mayorcitos. Viejos incluso. Ninguno por más de cinco meses. No todos imposibles. Alguno hubiera podido ser no temporal, probablemente fijo; pero ninguno el *adecuado* para alcanzar junto a él la eternidad.

Mientras Alicia iba valorando a Rainer desde la perspectiva del hombre perfecto, y sin querer lo vestía de chaqué y lo subía junto a ella al altar de la iglesia que se había montado en su imaginación, este conducía por el centro urbano sin rumbo fijo, en estado de cierta ebriedad y manejado por unos hilos tenues de locura transitoria, de extravagancia leve. Los colores de los semáforos brincaban en el cielo negro de la ciudad. Una fuerza extraordinaria no hubiera podido cerrar su boca aquella noche, en aquel instante.

—Alicia de mis vapores, qué digo, de mis amores, no sé por dónde empezar, de mis cuitas centenar, y yo te embarco en la mar.

Ella se reía con aquellas incongruencias, a carcajada limpia, y amenazaba con hacerse pis en el coche si Jorge seguía provocando sus risas, mientras él jugaba a decir chorradas, camino de la calle de Alicia, horrorizado de que su terrible secreto se pudiera poner de manifiesto antes de cumplir con sus deseos más ardientes. No se llevaba al huerto a una mujer desde hacía casi dos meses. No porque no tuviera huertos a mano, huertos que trasegarse con sabiduría de agrícola amante, huertos donde sembrar su deseo, donde regar sus cosechas de amores saltarines, donde recoger el grano de su pasión por centuplicado, sino porque su técnica de hortelano no le bastaba para paliar la falta de combustible de su cosechadora, inservible máquina desde hacía dos meses. Porque no conseguía que se le levantara. Pero en aquellos instantes se le había puesto el motor en marcha de golpe, enredado en pensamientos visuales, táctiles y olfativos que viajaban directos de los bajos a su

cerebro. El cuerpo de Alicia era una flor que llenaba de aromas su coche, era la tentación del universo puesta en su escote, la imagen de una estrella fugaz pasando por sus ojos como un tren de luz ciega. Allí, en su escote, se hubiera metido él si pudiera menguar mágicamente, abrigado de todo, aspirando olores femeninos, mullido en blandas carnes con sábanas de ropa interior culminadas de encaje.

El camarero prendió fuego al postre, *los enteros subían y bajaban a golpe de ofertas vociferadas*, y mientras lo flambeaba, *el pánico afloraba*, de la fuente saltó una llama, *las alzas caían en picado*, que a su vez prendió fuego al vestido de Alicia, *la política conservadora*, y Alicia comenzaba a arder ya a la vez que el dulce hilo de su discurso, *el estado de la economía mundial, el repunte de la divisa*, se abrasaba en segundos y su saliva se iba evaporando paulatinamente por efecto del calor, *pues nunca se debió invertir tanto dinero en el mercado asiático*, y ardía su vestido escotado, *este año era un riesgo*, los botones saltaban y se deshacían, *el capital del 80 % hipotecado*, la cremallera se fusionaba con la carne dejando el tatuaje de sus dientes marcado como hierro candente sobre el barniz de su piel, *el índice Dow Jones se volvió loco*, y ardían sus pupilas encendidas, *en la Bolsa de Tokio*, bajo las llamas del postre flambeado, *la escalada espectacular del petróleo*, y mientras él horadaba esa boca con sus labios de fuego, *totalmente a cubierto del desastre financiero*, y le metía mano a ese cuerpo ardiendo, *cubría las pérdidas de la filial*, se derretía el helado sobre los pechos de Alicia, *la operación ventajosa*, le mojaba la lengua en el dulce, *que suponía el aumento*, al tiempo que se empalmaba caliente, *entregado a otras actividades más florecientes*, e iba sorteando las brasas más allá del ombligo, *poniendo en entredicho*, para encontrar el cráter de la hoguera, *la repercusión del precio*, y saltar al vacío con su manguera en ristre, *con el fin de justificar los presupuestos*, e ir a penetrar al rojo vivo, *por el agujero negro*, entrando y saliendo de aquel fuego, *salvando la bancarrota*, eyaculando el líquido finalmente, *la celebración* del orgasmo,

conforme ardían los pezones de Alicia en la Bolsa de Nueva York, que se corría.

Mientras Alicia fuma un cigarrillo, vuelto hacia ella, Jorge incorporado en la cama. Jorge mirando su escote, ya más tranquilo, pero incapaz de quebrar la dirección de su mirada. Jorge mirando a Alicia constantemente, a la nariz, al cuello enrojecido de tanto beso con diente y lengua, a los síntomas del placer tatuados en las huellas de su carne, al pie, a la mano, a las albas lúnulas de sus uñas, al hueso del tobillo, a las piernas enteras, entretenido y disperso, totalmente embobado, sin cerebro y feliz, Jorge.

Y de pronto Jorge explicando su problema, extrañamente afectado por los acontecimientos, Jorge sincerándose con Alicia, que sigue fumando y escucha el discurso de su amante como quien oye el cuento de las habichuelas mágicas, hasta que poco a poco va entrando en materia, y poco a poco también va distanciándose de la broma y arrinconándola en el interior de su mente, y poco a poco va dibujándose una aproximación bastante exacta de lo que de verdad le ocurre a su piloto. Y Jorge sigue explicando.

—Sí, Alicia, es como una enfermedad, es como un agujero negro que me absorbe y me abduce, siniestro y cómplice a la vez, dulce y amargo, porque no me gusta hablar así, pero cuando hablo de este modo, como que me salgo de mí mismo y puedo decir cosas que antes no sabía que anidaban en mi interior. Pero lo odio, porque me ha cambiado por completo. Y además es muy incómodo para comunicarse con la gente.

—Pues yo te sigo entendiendo.

—Ya. ¿Y tú sabes lo que es el zureo de palomas en el estómago?, o lo que es lo mismo, ¿el crujir de una gruesa y envejecida maroma de barco atada al muelle de la tripa?

—No, no sé lo que es, Jorge. Pero suena muy bien. Parece poesía.

—Es poesía. Eso es lo malo.

—Pero la poesía es bonita. Piensa en todos los poetas de la historia. Y los hay muy famosos. Podrías poner todo lo que dices por escrito.

—Sí, y ser el hazmerreír de la Compañía.

—Pues que se vayan a la mierda. Si se ríen será por pura envidia. Porque ellos son incapaces de crear nada. Yo te apoyo, Jorge.

Y mientras Alicia decía esa última frase, clavando los ojos en sus pupilas de la forma más naíf que jamás habitara en un adulto, el piloto sintió una especie de estallido de luz roja en mitad del pecho, alarma y locura nuevas, de otra materia que la poesía. Una suerte de prosa dulce, tierna y suave, empalagosa como la miel. Pero prosa. Se sintió a gusto por primera vez en mucho tiempo; casi podría apostar que nunca se sintió así, con esa densidad prosaica tan acogedora, con esa mujer temblando de candor, atada con lazos de colores a su mirada, como una niña grande, capaz de hablar de la Bolsa con la frialdad de un cirujano, y vuelta a su pequeñez frente a él, a su infancia, a las palabras sencillas, al pan pan y al vino vino, pero no de aquella forma pedestre que le era habitual antes de volverse poeta, no, con una prosa convertida en azabache de ojos de Alicia, en el recuerdo del cuerpo de Alicia, que él quería, que él iba a disfrutar otra vez porque si no se moría, que él iba a despejar sus dudas literarias en ella, sobre ella, pero de una forma jamás pensada, no imaginada, espejismo acaso, eso creía. Eso vendría.

Diciembre

—Y cada vez me duele más, porque el dolor no se acaba yendo, sino que asciende en intensidad, recobra fuerzas, recoge otros dolores que vivían olvidados, que se unen al coro de los que lloran, que se cuelan en este entierro y malmeten en mi duelo; y vuelve el dolor a la carga de pronto, cuando menos lo quiero. Y creo ver a mi padre en todos los hombres mayores que cojean por la calle, que van despacio, muy despacio, arrastrando los pies, con la cabeza un poco gacha, tortugas adorables, vulnerables, tan delicadas que parece mentira que se tengan en pie, y que un soplo de viento no los derribe y mate, como mató a mi padre la falta de viento y de aire, porque dejó de respirar muy poco a poco, como un fuelle sin fuerza, que yo no pude ni quise insuflar ni ayudar, que yo no permití entrar al viento por la ventana, y dejé a mi padre…

> —… Que cortara con todo,
> lentamente y callado,
> con los ojos perdidos,
> dominando la escena,
> candidato perfecto
> para la muerte en vena.

—Pues aunque mi padre murió cuando yo era pequeña, me emociona oírte, Ifigenia. Entiendo tu dolor. No recuerdo demasiado qué pasó entonces. Se me ha borrado de la mente. Mi madre estaba allí para recogerme, para ampararme, y me refugié en ella desde ese momento. Y ahora parece que se han invertido los papeles, porque ella no puede vivir sin mí, y es asfixiante. Por eso también echo de menos a mi padre. Me contaba unos cuentos preciosos. Todos inventados por él. De eso sí me acuerdo. Si hubiera estado con

nosotras, vivo, yo no sería virgen todavía.

—O sí. Nunca se sabe.

—Pues yo creo que no, porque a mí me toca hacer el papel de mi padre, y si mi padre estuviera vivo lo haría él mientras que yo podría hacer el mío.

—Pero ¿cómo que haces el papel de tu padre? Es que me parece muy raro. ¿Fumas en pipa y llevas corbata y bigote postizo en casa? ¿Te tiras a tu madre?

—No hombre, no es eso, pero casi. Soy como su pareja, solo que sin sexo.

—Ya, justo como un matrimonio que ha dejado de hacer el amor.

—Exactamente.

—Pues eso es bastante corriente.

—Sí, pero en mi caso nunca lo hubo.

—Pero eso no te impide salir por ahí y buscarte un novio.

—Si digo que somos como una pareja es que lo somos y eso sería una traición que mi madre no vería con buenos ojos. Es muy absorbente. Y además celosa.

—Pues ponle cuernos. No tiene por qué enterarse.

—Lo peor es que me entero yo. No tengo valor.

—Esto es ridículo, Judith. ¿Tú sabes cuántos años tienes?

—No me lo recuerdes, Silvia. Veintisiete.

—¿Y tu madre?

—Sesenta.

—Podrías ser su hija.

—¿Y qué te crees que soy? ¿Estás pirada?

—Su esposo. Eso es lo que nos has explicado.

—Bueno, eso es verdad. Pero además soy su hija.

—No me extraña que vengas al psicólogo. Nadie puede ser hija y marido a la vez sin tener un problema grave de coco.

—Oye, ¿y por qué no le pides el divorcio?

—¡Pero si no estamos casadas, Jorge!

—Y además viviendo arrejuntada. ¿Qué te parece? ¿No habéis pensado aún en formalizar lo vuestro? Ya va siendo hora.

—¡Yo no estoy enamorada de ella!

—Pues entonces la dejas.

—Esa es la cuestión, que no puedo. Soy incapaz.

—Pues búscate un amante.

—¿Cómo voy a buscarme un amante si estoy soltera y sin compromiso?

—¿Lo ves? ¿Entonces en qué quedamos? ¿Tu madre es tu pareja o no? Si es que no te aclaras, mujer.

—Mira, déjame en paz, ¿quieres? Me vas a volver loca.

—Creo que estás más cuerda que hace cinco minutos. Por lo menos has reconocido que no estás casada con tu madre.

—¡Vaya novedad!

—Oye, hablando de otra cosa, me gustan mucho tus versos, Jorge. Deberías publicarlos, porque además te metes mucho en el papel, lo haces como si de verdad sintieras el dolor de Ifigenia, y le pones palabras que dan intensidad a lo dicho, que hacen que el dolor se represente con una realidad extraña, como materializado. Me gustaría saber expresar así mis sentimientos, aprender el manejo de las voces, porque yo en lugar de voces me salen coces por la boca, en realidad las coces que me da Jacinto, esa horripilante flor que me encasquetó el destino y que tengo por marido.

—*E-sa ho-rri-pi-lan-te flor / que me en-cas-que-tó el des-ti-no / y que por ma-ri-do*
ten-go
. ¡Vaya, pero si tú también haces versos, Dafne! ¿Te das cuenta?

—¿De verdad? No me lo puedo creer.

—Eso es rima asonante. Mira cómo queda, por ejemplo, dicho a partir de una elegante y clásica redondilla:

> *Esa horripilante flor*
> *que me encasquetó el destino,*
> *¿es marido o desatino?*
> *Es Jacinto al por mayor.*

—¡Qué bonito! Dicho así no lo siento tan horroroso.

—Es que la poesía es una forma de embellecimiento del espanto, y ayuda a vivir.

—Yo no entiendo de poesía, porque mi vida es prosaica al cien por cien. Pero sí entiendo lo del viento que dice Ifigenia, lo de que

el viento se lo lleva todo, y nos deja huérfanos, miserablemente. A mí el viento me persigue, no sé escapar de él, y por eso siempre he buscado un hombre que me pise, como el que pisa un billete de mil pesetas antes de que una ráfaga de aire se lo arrebate. Pero al final todos levantan el pie y te dejan marchar. Ninguno tiene estilo para mantener la suela firme. Y me gustaría pesar dos toneladas para dejar de tener miedo al viento. Del viento huyo y el viento se empeña en perseguirme, como a ti el dolor, Ifigenia. Y entiendo lo de tu padre, que fue cosa de vientos, porque en el viento está todo, desde lo más vital hasta lo más destructivo, hasta lo que no se puede asir, o lo estúpido del aire.

—Pues yo también entiendo lo del viento, pero justo al contrario. Quiero estar tan delgada que me pueda llevar el viento con toda facilidad. Yo no quiero pesar, y a ti no hay quien te entienda, Silvia, porque vamos, no desear estar así de delgada es como un pecado, chica. Ya lo dice el refrán: «Dios le da pan a quien no tiene dientes». La verdad es que vaya refrán asqueroso. Mejor me iría si no tuviera dientes, porque no podría comer. Claro que entonces me aplicarían una sonda y hale para adentro litros y litros de grasas e hidratos de carbono. Y lo de que necesitas que te pisen como a un billete es una indignidad. Yo jamás permitiría que un tío me pisara, para nada.

Enero

Sofía tiene el cerebro reblandecido, el cráneo, los cartílagos. Todo está como desparramado y cae hacia abajo. Las costillas se hacen patentes y los músculos se distienden y se crispan a intervalos. Cuando piensa en él respira en dirección al cielo pero expira en dirección a la tierra, y se muere literalmente. Y como no acaba de morir del todo, como no la entierran, opta maquinalmente por cerrar los ojos y revive el beso. Lo único que hay que revivir esa mañana. Lo único que habrá que revivir esa tarde. Esa noche. El resto del año. De la vida. Ese beso que gira alrededor de su recuerdo, una y otra vez. Ese beso que se inició en su cuello, como un gusano mojado, salido de una boca generosa, una boca de terciopelo, una boca llena de expectativas. Una boca enferma de esperar. Un beso antiguo, que es como una reliquia, aquel beso que no tuvo lugar, que se gestó durante veinte años en el vientre de una mirada. Un beso así es para pensárselo. Un beso así es una carga mayúscula. Es un fenómeno singular. ¿Cuántos besos alcanzan ese tiempo? Como el vino viejo: cosecha de besos del setenta y ocho. Los besos normales nacen, crecen, se reproducen y mueren en segundos de acción y deseo. Lo quiero, lo hago, beso y ya está. Y luego a otra cosa, mariposa. Pero no, este beso es de rompe y rasga. Es beso de artistas de la espera, de acróbatas del masoquismo. Es trágico y avaricioso. Es un beso rácano, porque solo un beso en veinte años ya puede, ya vale. Y este es un beso que afronta responsabilidades enormes; un beso así tendrá que ir al psiquiatra, no le queda otra, irremediablemente. Un beso como este es de los de película. Quedan inmortalizados. Y luego se exigen mucho a sí mismos, porque vamos a ver, ¿qué nivel puede alcanzar el siguiente? El próximo beso tiene el listón muy alto. Pero este beso, ¡qué beso! Así lo siente ella. Y ese gusano mojado que inicia su

escalada sobre la piel del cuello, que horada la carne, mordiendo lo que pilla, y que se posa décimas de segundo en cada milímetro, como si fuera a echar a volar, como si fuera a desaparecer después de veinte años, el muy cabrón, el muy desalmado, como si fuera a volatilizarse sin llegar a su boca, cansado a mitad de camino, arrepentido acaso de tamaña osadía, ese gusano mojado se mete por fin entre sus labios y busca su lengua y come del fruto prohibido, levantada la veda después de veinte años. Y sabe a gloria bendita. Sabe a Dios sabe qué saben los besos que se esperan veinte años. Sabe a arroz con leche de la abuela, que murió justo hace veinte años, y ya no ha vuelto a probar un arroz con leche como el que ella hacía hasta que él le dio su beso. Algo así. Qué rico está el arroz con leche de su abuela pasado por la boca de su amante. Y ese gusano mojado lame sus labios con la baba de veinte años, y es tan suave como una mermelada casera, como compota de manzana de hace veinte años. Sin colorantes ni conservantes añadidos.

Ese beso gusano, subterráneo, es el néctar de la tierra, el barro húmedo, agazapado debajo de las lenguas, que sale de la garganta, a gritos que no puede más, que lleva allí larvado veinte años, atado a esa condena, a esas paredes lechosas por donde llueve de todo menos lágrimas de felicidad.

Y Sofía quiere meterse algo al cuerpo y no sentir. Quiere meterse en vena una botella de vino, la mejor que pille, para anestesia local de la lengua, de la garganta, para acallar a ese gusano que pía y pía, que no sabe estar, que no es elegante, que está mojado y es feliz y corre por el cuello y besa el condenado, y agarra con sus patas el mundo de los dos. Y que quiere más y más y los pone de acuerdo solo para unir sus labios, solo para chuparse el uno al otro las babas del amor.

Y ella no vive, está horrorizada, maltrecha y con un fuerte dolor de tripas. Porque además de que engaña a su marido, además de que ayer se quedó sin cenar, por mentirosa, el otro no hace más que teorizar sobre hacer el amor. Y le ha puesto la proa a aquello de la unión física. Coto vedado de folle. Que no, que no se folla, que aquí no se folla, repito. Él ha dicho que no deben hacer el amor por ahora, que quiere preservarse, que quiere que todo vaya por sus propios pasos, poco a poco, sentenciosamente, sin exagerar, sin pasarse, sin sacar las cosas de quicio, porque lo cierto es que si él

hace el amor se cuelga. Eso ha dicho su amante. Se cuelga. Y lo dice como si pudiera llegar a tomar la forma de una percha, o una gabardina o un ahorcado, o una pinza de la ropa sobre la cuerda. Se cuelga como un trapecista sin red. Y luego se suelta y se estrella. Se despeña. Se rompe los huesos, los tendones, revienta su bazo, su hígado, su espalda, y finalmente su cerebro queda pegado a la pista, desparramado. Y es que si el primer beso fue así, ¿cómo será el primer polvo que se echen? El primer polvo tendrá que irse también disparado al psiquiatra después de pedirle al beso la dirección de su terapeuta, que ya estará en camino de cura cuando el polvo se cruce con él hacia el loquero. El polvo trascendental, el polvo único, cósmico, el polvo con mayúsculas no podrá soportarlo, no podrá, joder, que otra responsabilidad más y lo matan, seguro que no lo dejan llegar al orgasmo, aplastado bajo el fardo de la duda y la grandeza, porque en una situación como esa, de tantísima responsabilidad, ¿cómo va a ponérsele dura? Imposible. Y él pondrá cara de circunstancias, y permanecerá muy hosco y reconcentrado, trascendido en el polvo imposible, el polvo que nunca llegó a crecer. Echándole en cara a ella que no sabe lo que es tener paciencia, que se ha precipitado todo, que se ha estropeado, que se ha chafado la ilusión.

—Prohibido anunciar desgracias —pontifica Sofía, solemne y con tono sombrío, a través del teléfono, aprovechando que su marido no está en casa y que puede despacharse a gusto con el otro individuo de su vida.

—¿Quién lo dice? ¿Tú? Que eres la extremista, la negativa, que siempre esperas el advenimiento de un suceso siniestro a la vuelta de la esquina —le replica una voz masculina al otro lado—. Que ahora mismo tienes los ojos de cervatillo temblón, que yo lo sé; se te dilatan las pupilas, y se te ponen enormes y preciosos. Me gustan tus ojos, Sofía.

—Perdona, pero el apocalíptico aquí eres tú, ¿eh? ¿O es que no te acuerdas ya de lo que dices? Tienes el cerebro hecho un guisado. O si no, ¿a qué viene lo del cuelgue ese, oye?, que ya me parece que te estoy contemplando con rostro de abrigo arrugado y contrito escorado en la barra de un perchero viejo. Que tienes menos clase

que un gabán del siglo pasado.

—Yo lo único que digo es que si hacemos el amor me cuelgo, que lo sé, que yo me cuelgo, que me conozco. Y creo que puedo intuir cómo vas a reaccionar tú. Recuerda que estás casada.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo voy a reaccionar yo, si puede saberse? Porque me gustaría predecir el futuro, pero ya que tú puedes, pues adelante. Aclárame lo que ha de acontecernos, pobres desgraciados de nosotros.

—Pues que tú te cansarás de mí en un par de meses y yo acabaré hecho un guiñapo tristísimo, tirado en la cuneta.

—Con maldiciones como esa estamos apañados. Ya has sentenciado lo nuestro, y quieres destruirlo, no hay duda. Destruirlo antes de empezar. Bueno no, antes de empezar no, es en el medio y medio, *coitus interruptus* más bien, lo empiezas y luego lo jodes, vamos, que me llamas y me besas y luego a joderlo, a frenarlo, a pisotearlo. Quieres pisar la rosa, para no olerla, para no ver su belleza. Quieres matar la rosa antes de que te haga disfrutar tanto que ya no puedas dejar de desearla siempre. Porque para ti disfrutar es igual a sufrir.

—Es presentir el sufrimiento. La vida es un equilibrio que hay que pagar.

—Esa es la verdadera maldición. Crees que tienes que pasar por el sufrimiento y la fealdad equivalente a la cantidad de placer y belleza que consigas. La ley divina, el karma, el reparto siniestro del destino, todo junto. Por eso tienes que matar la rosa antes de disfrutarla, para no tener que pagar por ella.

—En cierto modo es así.

—Pero hay algo más.

—Sí. Es la continuidad. Me enamoro de la rosa, me cuelgo de la rosa. Y lo que me pasa es que llega un momento en que me pierdo en la rosa, porque quiero ser parte de la rosa, solo olerla, adorarla, y no veo más allá de la rosa, y ya no sé dónde estoy yo ni dónde la rosa. Y se pierde el aroma, se va al carajo todo. Es como si tuviera una caries en el cerebro, un defecto que me impide trazar mi propia vida sin esta constante amenaza de perderme en la rosa.

—Me parece que contigo hay que desenvainar el sable inmediatamente.

—Tú y yo no estamos en guerra, Sofía.

—No es la guerra contra ti, sino por ti. Necesitas que te coja de la mano y que con el sable en ristre empiece a matar ramas a diestro y siniestro, para hacer un agujero en la maleza, desentrañar la selva, buscar un horizonte y salvar el claro del bosque de las dentelladas de tu noche negra.

—Qué encantadora eres. Y qué poética.

—En eso nos parecemos.

—Eso nos une.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, quiero.

Este ha dicho que sí, reflexiona Sofía, pero ahora queda el otro, el fijo, el de verdad, el que comparte cama, casa, comida, llaves del piso, sobresaltos, obras, economía, pinchazos, dudas, fines de mes, cuestas de enero, facturas, nublados, vecinos, cotilleos, sábanas y toallas con descuento, vajilla descabalada, cubertería de su padre y de su madre, tazas desportilladas, cortinas que hay que cambiar, pintura que hay que renovar, bombillas fundidas, cisterna en mal estado, y juntas de comunidad para rematar el catálogo.

Justamente acaba de leer en el suplemento dominical del periódico un reportaje sobre el adulterio femenino. Parece ser que poner cuernos era en un principio patrimonio del hombre, y ahora la mujer se está poniendo al día en el asunto. Es la libertad, la emancipación, la igualdad. Bueno, pues ¿qué quieren? ¿Les parece mal? Que se aguanten, piensa. Pero lo peor es que ese artículo no expone lo mal que se pasa. Es lo que ocurre con la prensa, que parece que todo es muy liso y llano, y que poner cornamenta es un deporte o una reivindicación feminista como otra cualquiera. Unas cuantas frases tópicas, incluso alguna gracia de propina, más un par de estadísticas y fuera. Pero nada sobre el dolor de estómago, sobre la angustia como potaje de garbanzos del día después, sobre cómo debe mentirse para que suene verídico y convincente, que se te pone un tono como de sobreactuación cuando dices que te vas a cenar con unas amigas a las que no ves desde hace cinco años o sencillamente que no existen. No, de eso no dicen nada, que mira que es difícil realizar un reportaje de interés mundial y de primera necesidad. Y mientras tanto, a fajarse con el dolor de tripas, a lidiar

con el tono de impostación, de falsedad, de horror.

—Mi vida está llena de separaciones, Jorge, siempre separaciones.

—Reencuentros, Sofía, reencuentros.

—Lo nuestro fue una separación, por mucho que lo niegues.

—Lo nuestro es un reencuentro en toda regla.

—Somos el día y la noche, las dos caras de la moneda, y ni siquiera de la misma: yo de un país y tú de otro, yo de una cantidad y tú de otra, yo de una aleación y tú de otra.

—Por eso mismo no conviene precipitarse. Vamos a conocernos despacio, vamos a acomodarnos poco a poco. El truco reside en ir encajando lentamente y verás como funciona.

—Es extraño oírte hablar de forma positiva, tú que eres el mayor cenizo de la historia.

—De eso nada, querida, yo veo la realidad, veo cómo acaba todo, soy adivino y no quiero que se estropee lo nuestro.

—¿Y se puede saber dónde sacaste el título de vidente, pitoniso mío?

—En París, hace un par de semanas. Hice un máster en la Sorbona.

—Entonces no me vale. Eres casi un novato.

—Fue un curso muy intensivo.

Jorge se ha quedado esa mañana sin frenos. Casi se mata, le cuenta por teléfono, aprovechando que el marido de Sofía está en el despacho, currando a semejanza de un galeote, y llegará tarde y cansado, como para ponerse a sospechar de nada, si no le quedan fuerzas ni para sacar el llavero, abrir la puerta de la calle y llegar a duras penas al final de la tarde, arrastrándose como un rinoceronte malherido para acabar sentándose derrengado sobre el sofá del salón, con la corbata ajada, la chaqueta hecha un higo y el encefalograma plano.

—De pronto pisé el freno y no funcionaba, y yo como un loco dale que dale al pedal. Pensé que había llegado mi última hora.

—No puedo soportar la idea de perderte, ahora que estás de vuelta, después de veinte años. No entiendo por qué llamaste, Jorge, todavía no lo entiendo.

—Pero si te lo he dicho ochenta veces. Porque quería saber de ti.

—Sí, vale, pero ¿por qué después de tanto tiempo? Si ni siquiera

hablamos durante aquellos años más de una frase seguida. Nos pasábamos el día mirándonos sin decir nada, cruzando nuestros ojos cada vez que podíamos con enfermiza ansiedad, hambrientos de la mirada del otro. El colegio fue un lugar de aprendizaje duro, y la adolescencia mató todos nuestros sueños. ¿Por qué ahora te atreves a resucitar este que nos compromete hasta la médula? ¿Y si es solo una ilusión que se desvanece de golpe? ¿Y si viene a rematar lo poco que queda de mis fantasías, las que aún permanecen como larvas en mi corazón, las que nunca viviré pero me son necesarias, aquellas que no valen para nada pero sin las que no podría respirar más? Creo que esto puede acabar conmigo, Jorge, lo presiento. Que cuando uno se queda vacío de sueños, que cuando uno queda hueco por dentro, se desmorona como las casas viejas y se muere. Que no sé por qué lo sé pero lo sé, mi amor. Te aviso y me aviso. Constantemente me estoy avisando de mi propia peligrosidad. Estoy aterrada. Y tú tan tranquilo, como si no intuyeras la catástrofe, como si hubieras viajado a algún lugar donde viste el futuro y por eso no te inmutas. No tiemblas como yo, que lo hago constantemente desde que me llamaste. Como un niño recién salido del mar. Y no te castañetean los dientes, ni te forman haces las pestañas mojadas, ni la carne se te pone de gallina agarrado a una toalla de colores que te tapa la espalda, los brazos, el torso y la barriga pero te deja las piernas a la deriva del frío. ¿Es que vienes de otro lugar, Jorge, qué te pasa? ¿Por qué me da la sensación de que no sientes temor alguno, de que no tienes un ápice de miedo?

—Porque yo no soy el mismo. Soy mejor y más avispado. Ahora soy el práctico del puerto, encanto, y antes no era más que un bote agujereado, encallado en la arena.

—Bueno, vale, estoy harta de tus palabras en clave. No puedo aguantar más tus secretismos, Jorge. No puedo. Viene Ramón. Adiós.

A estas alturas de lo nuestro, tras veinte años y dos meses, me sales con que a lo mejor te vas, que estás aburrido de tu trabajo, de tanto hacer de aviador autómata, que quieres buscarte a ti mismo en los brazos de otra ocupación, de otra ciudad, que podrías ser piloto de avionetas, apagando incendios o llevando

pasajeros a las islas Caimán. Vale, de acuerdo, no entiendo nada pero me hago cargo. Eres libre, libérrimo, el más libre de los libres. Cada minuto más cerca de mí, cada minuto más libre de irte de mi lado. Hermosa fue la tarde en que me ofreciste tu cama: el miedo de tocar lo que se ha de perder, el miedo a desangrarme de placer, el miedo de colgarme yo también, colgada de un cordón muy grueso, de un nudo muy gordo y corredizo, de un árbol del ahorcado. Pero ahora es tarde. No puedo rescatarme, no puedo descolgar el aparato, no puedo cancelar y darle al intro, no puedo desdecirme, no puedo recorrer lo andado y cerrar la cancela, tapiar el vano, echar el candado, no puedo manejarme como un grifo, cerrarme cuando quiero, anularme el pedido, desecarme las aguas del deseo. No puedo, definitivamente no puedo. Estás dentro de mí, reducido para navegar mi sangre, microscópico amante que recorre mis venas, que pasea mi aparato digestivo, que vigila lo que como, que analiza mi orina. Y en tu cama aprendí otras lecciones de amor: lo que un escalofrío es capaz de remover en la piel, todos los poros abiertos y excitados, intercambio de jugos, pies que quieren ser manos para tocar por cuatro, roces y alientos y pelo y nudos de dedos, y al mismo tiempo me llevas de la mano, siempre me coges de la mano. Voy de tu mano. Es lo único que al final me importa.

Si algo me enternece, si algo me llama a querer morir en tus brazos, a no tener sentido más que en tu carne, a no mojar mi boca en otros labios, a no beber más agua que tu saliva, a no comer más uñas que las tuyas, a no sentarme en otro sitio que tu regazo, a no dejarme llevar ni por mi coche, si algo me enternece es cuando me coges de la mano y me arrastras contigo. Iría sin mirar, como una ciega que confía en su perro para viajar el alambre, para andar los trapecios del universo. Si algo es hermoso, y limpio, y sereno, y placentero, es la paz de tu mano. De tu mano voy, seguramente, al centro de mi corazón, que nunca he visitado de forma tan nítida y certera como cuando es por tu mano. En tu mano me dejo, por tu mano me entrego, hacia tu mano tiendo todos los minutos de las horas del día, contra tu

mano nada, para tu mano todo, ante tu mano me inclino, me subordino, me rindo, bajo tu mano la tierra palpitante, sobre tu mano temblando el cielo, cabe tu mano mi paso, según tu mano mi ritmo, desde tu mano el terrón de azúcar que como y me alimenta. Sin tu mano el horror, la pena, el negro.

Y para ti estas palabras de amor. Porque no sé qué hacer, dónde dejar caer el lirio armado de mi piel cuando la tocas, y en qué jardines crecen, cuál es la dirección y encargo miles de besos, de lirios, de lenguas por si me dejas, por si te vas de aventura a los mares del sur y no vuelves hasta dentro de otros veinte mil años. Llenar hasta los topes la despensa para cuando la herida de la nostalgia me impida ir al mercado. Hacer compota de caricias en conserva. Enlatar goces y gritos de placer. Envasar al vacío tus jugos y humedades. Tu semen en un banco de Suiza. Y luego el armarito de reliquias: uñas y pelos a buen recaudo, que como afrodisiaco son geniales. Si se te cae algún diente, por favor me lo guardas, me lo mandas por fax o mensajero. Más que nada por revivir tus mordiscos en mi cuello. Recuerdo cuando me dijiste «Cierra los ojos y sentirás el beso de una mariposa», y fue verdad, porque a tu modo nunca mientes.

No se puede encerrar a un pirata en un bolso de seda. Se marchita, se agria, se apena, se tumba, se torna de color sepia, se vuelve foto antigua, se diseca, se muere. Necesita su bandera de huesos y calavera, su dramático horizonte a lo lejos, su timón y su espuma, su dama en la memoria. En verdad es un profesional de la saudade: necesita saber que esa mujer está haciendo mermelada con su tristeza a mil leguas de distancia, pero tan cerca de su corazón que late en su mirada, que resuena en las yemas de sus dedos cuando golpea rítmicamente la marea. No se puede encerrar a un pirata en un bolso de seda. Vale. Pero tampoco hay derecho a cortarle las manos a una mujer desnuda por ponerlas de trofeo en el mascarón de proa. Y para terminar, escucha a esa mujer, que es una rebelde de todos los destinos y viene con el viento a su favor, de vuelta de pagar un curso de vender acelerado: «Pirata,

atiende, te invito a cambiar de rumbo, ven a mi playa y navega por el ancho mar de mis regazos. Pica el anzuelo. Encontrarás en mi cuerpo y en mi alma más aventuras que en alta mar. Garantizado. Te devuelvo el amor si no quedas satisfecho». Punto y final abierto.

Y en el otro, ese hombre llamado Ramón, ese hombre que pasaba por allí, que puso su rostro de frente y los ojos abiertos en forma de ofrenda azul, se refugió Sofía una noche, como un náufrago en una isla diminuta, como una lisiada comatosa, como una convaleciente de la pena, jamás curada de todo, nunca entera y verdadera, sino la pura imagen, la pura muñeca cogida con alfileres. Se acogió a sagrado, porque entró en él como quien entra en una iglesia perseguido por la ley, y allí acampó por años. Hasta ahora. Y ahora su cuerpo invierte en la pena. Pone toda su energía en estar triste, en dejarse dominar por la pena, y ya nada importa más que esta melancolía terrible que la invade de pronto, pensando en Jorge, tal vez amando a Ramón sin amarlo o sin saberlo, o sin querer amarlo, o sin saber amarlo, tal vez. Pero amando a Jorge, eso sí, eso lo siente en la médula o en la garganta o en el estómago. Eso lo siente a sangre y fuego.

Y por fin en la cama, de tu mano pero bajo las sábanas, de tu mano pero desnudos, de tu mano pero tu mano en mi seno, de tu mano pero tu mano tocándome entre las piernas, de tu mano pero tú dentro de mí, de tu mano pero tus brazos rodeando mi cintura, tus manos aferradas a mi piel, y tu boca mordiendo mi nuca, mordiendo mi pelo, mordiendo mi herida de amor, y de tu mano, pero tú dando golpes furiosos de cadera contra mí, sin hablar.

Eres un instante de cielo estrellado que le he robado a la noche. Eres mi compulsión, mi estertor, mi vahído, mi náusea más auténtica. Eres mi amor. Eres mi amor. Eres mi… No hablas, no dices una sola palabra. Mientras yo no paro de hablar, como un loro, como una radio de programa continuo, dada cuerda, con

marcha para meses, con energía triple y whisky doble. Porque no paro de querer comentar esta dicha que se me va por momentos.

—Que se te viene, Sofía, que se te viene.

—Que no, Jorge, que no, que la vida se me va, Jorge, se me va sin sentir.

—La vida se viene, Sofía, la vida viene a tu encuentro.

—¿Eres real o un fantasma?

—Creo que soy real, tan real como tú quieras que sea.

—Pruébalo.

—Pruébame.

Y otra vez dentro de mí, tan carnal y tan hermoso, tan irreal al cabo. Y de nuevo los golpes de cadera, que no hay nada en la vida que yo haya sentido con tal intensidad como estos golpes y esta cadera que hace posible la mía, y el rostro de Jorge mirándome desde lo alto, erguido y golpeando mi cadera, bam bum bam bum, rítmicamente, como un músico que adorna mi carne de corcheas, y esos ojos tan fijos, tan irreales.

No la llama. Jorge no la llama. No marca las cifras de su teléfono, no quiere aparecer al otro lado del auricular. Se mide, se vuelve avaro de sí mismo, se raciona y se ajusta el precio, la cantidad de tiempo que se gasta en Sofía. Eso es lo que ella piensa que él piensa.

Rainer ha quedado a comer con Alicia para darse un respiro. Con Sofía es todo muy intenso, es tan intenso que agota. Está cansado y rígido. Después, a la terapia.

—Por mí puede desaparecer la humanidad entera. Ventaja: desaparecería mi marido.

—¿Y tú?

—Pues yo también, pero merecería la pena.

—¿Y si resulta que se muere todo el mundo menos él y tú, y al final sois los dos únicos supervivientes?

—¡Puagh! Voy a vomitar. No quiero ni pensarlo.

—Tendríais que reuniros para sobrevivir a la catástrofe. No habría nadie más con quien hablar. Y encima tendríais que follar a todas horas para reproduciros como conejos y sacar adelante a la humanidad. Imáginate, Dafne.

—Eres especialista en ver las cosas todavía más negras, Judith. Me está dando una grima horrorosa. Me siento hasta mal y con la tripa revuelta.

—Es que la vida es así de siniestra en ocasiones. Te juega malas pasadas.

—No, si visto así es cierto que todavía puedo llegar a estar peor de lo que estoy.

—Y es que muchas veces las cosas no salen como uno las planea.

—Si yo lo único que quiero es encontrar una solución a este infierno. Porque mi marido no para de pegarme y ya no puedo más. Siento que estoy a punto de reventar. ¿Veis cómo tengo el pecho? Las flores no pegan, pero mi Jacinto arrea unos leñazos que me deja baldada. Y lo peor es que me lo merezco. Soy una mierda. No tengo valor para enfrentarme a él. Por eso quiero desaparecer del planeta.

—Pues yo preferiría tener un marido así que no tener nada. Porque vamos a ver, ¿ese tío te folla o no te folla?

—Pero Judith, joder, hay que ver qué pragmática eres. ¿Qué crees, que con las palizas que me arrea esa bestia tengo ganas de hacer el amor con él? Ese cabrón me viola por las noches. Viola. ¿Sabes lo que es? Por supuesto, no se trata del instrumento, cariño, ni mi marido el director de orquesta. Bueno, en cierto modo sí, porque él es quien «dirige» la operación.

No es como Jorge cuando toca sobre la piel de piano de Sofía. Que besa su cuerpo como quien roza el arpa y saca sus mejores sonidos, que trata a Sofía con la adoración de un violonchelista abrazado a la cadera de su chelo.

—Yo sin embargo, hago el amor con Sofía y es intenso. Es que ella es extraña, dice que se le va la vida, vive al límite de morir siempre un segundo después del segundo presente. Eso es lo que ella dice. Yo no lo vivo así, la verdad. Me agobia. Me pierdo en ella. No es como con Alicia. Con Sofía es algo que viene de lejos, de hace veinte años. Me decidí a llamarla porque quedaba en mí el recuerdo de ese amor adolescente que nunca materialicé, ese deseo enconado, denso y constante, sin fin. Es como ver el rostro del

pasado y hacer el amor con él, con esas piernas, con esas caderas entre mis manos, esos huesos del fantasma de mi recuerdo. Alicia, sin embargo, es el presente. A Alicia me la follo, mientras que a Sofía la penetro buscando algo más. Pero es hermoso sentir su pasión, su deseo. Ella dice que es el mundo al revés.

—Pero Jorge, esto es el mundo al revés. Lo normal es que los hombres se acerquen a las mujeres para tirárselas sin piedad, buscando sexo y solo sexo, sin recordarlas más allá del día siguiente, y ahora que te ofrezco unir nuestros cuerpos, que te pido, que te ruego que me hagas el amor hasta morirme en tus brazos, para recuperar el tiempo perdido, me sales tú con que te dé tiempo, con que vamos a controlarnos, vamos a ir despacio, vamos a qué diablos. Si se nos va la vida a cada paso, a cada instante.

—Se nos viene, Sofía, se nos viene.

—Es que no se puede ser más pringada, Dios. Soy una pringada de mierda. Me echo un amante y mira lo que me echo, un inútil romántico y blando que cree que la vida viene. Así, sin más. La vida, Jorge, no viene, hay que tomarla, robarla, arrancársela al tiempo, moldearla, sobarla, cobrarla como quien cobra una pieza de caza, y siempre me verás, Jorge, siempre me verás en primera línea de fuego, con los dientes clavados a la vida como un perro de presa.

—Eso es lo que dice Sofía, pero me parece que exagera o miente sin darse cuenta. Es hermoso oírselo decir, es cierto, pero me supera. Yo no siento las cosas así. Soy de otra pasta, de otra madera. Ella es como un río salvaje y yo soy un estanque profundo. Soy denso, lento, y me vienen los sentimientos despacio. Tengo que madurarlos, rumiarlos como las vacas rumian la hierba en el interior de su aparato digestivo. Me atrae tanto Sofía que a veces no puedo pensar con claridad. Me nubla la opinión, me nubla el corazón, mi propio corazón, y sobresale el suyo por encima de todo

mi horizonte, como un sol rojo y brillante que despega hacia el cielo tan rápido como una bengala. No alcanzo a ver más que un corazón tan grande que se superpone al mío. Es una sensación intensa vestir el corazón de otro por acción del amor. Me gustaría darle mi corazón al unísono, pero Sofía no se deja. No se deja hacer fácilmente. Es rebelde, y se le escapa la vida mientras tiene toda la vida por delante.

Alicia recoge a Jorge a la puerta del centro de psicología. Va en su coche nuevo, que ha comprado hace un mes. Lo compró para ir a buscar a Jorge todos los martes, pero nunca lo reconocerá ante él. No quiere que piense que está enamorada, que está loquita por sus huesos de ave, no quiere que piense que desayunaría, comería, merendaría y cenaría las carnes prietas de ese extraño pájaro llamado Jorge, mondando sus huesos hasta el límite. Porque Jorge es extraño. A veces habla mucho, cuando está conectado a la red, como un ordenador, de tal forma que parece estar encendido y con la lucecita roja parpadeando, acogido a la vida. Y otras veces calla profundamente, con la sangre espesa y los párpados bajos, y sus pupilas brillando por entre las pestañas. Parece un monje budista meditando, y eso no lo hacía antes, cuando ella lo conoció. A Alicia le gusta meter las manos en sus bolsillos, o arreglarle la corbata, o tocarle la oreja en broma. Esos actos la alejan, por algunos segundos, de su propia existencia.

—Joooor, anda, llévame a bailar.

—Vale.

Arranca el coche y Jorge se acomoda mejor en el asiento.

—Esto de ser copiloto es nuevo para mí, guapa. Ya puedes conducir bien, que si no me tiro en marcha.

—Vaya histérico, oye. Pues bájate ya si quieres, que no me da ninguna pena —grita Alicia un poco harta de tanta suspicacia—. Y añade suavizando el tono:

—¿Sabes lo que me ha pasado hoy en la ofi?

Cuando está con Alicia, cuando va en su coche, o cena con ella, o se la tira, Jorge no pierde el corazón. Sigue en su sitio a buen recaudo. Y sentir el corazón ahí dentro es algo agradable; acompaña, sujeta, manda. Y cuando la escucha atentamente, no

pierde el alma, no se le escapa por la mirada, ni se desfonda, ni se vacía para llenarse de ella. La ve a distancia, y la ve bien, sin distorsiones de locura pasional. A veces incluso se le cae la baba cuando la oye hablar, sobre todo, cuando le habla de finanzas, que no sabe por qué pero es algo que le excita. Será por la gracia de ver a Alicia, tan mona, hablando de alzas, de subidas y bajadas en el parqué. Sin duda, Alicia se la pone dura.

En la tarde del domingo de Sofía nace la flor de Ramón una y otra vez, un nardo marchito que pugna por recobrar su perfume original. Ramón está agotado, y no sabe qué hacer. Ve a Sofía deambular por la casa, y ese deambular es la tónica vital de toda la semana, que el domingo llega a su mayor nivel, insoportable.

Se acerca a besarla, porque la desea. La besa dulcemente. Con la lengua mojada y esa boca de terciopelo que tiene Ramón cuando la besa.

—Me has besado con la boca de otros tiempos —dice Sofía, y en su rostro encendido se puede observar de pronto, salido del trastero del amor, el brillo del flechazo que los unió aquel día en que se conocieron—, con la boca de nuestro primer beso.

—Es que no me lavo la boca desde entonces —contesta Ramón desvergonzadamente, bromeando con lo más sagrado, y a la vez imitando el tono romántico y lánguido de Sofía.

Así es Ramón. Es un cachondo. Y Sofía se echa a reír de golpe, a carcajada limpia, y contagia a Ramón, y de pronto están unidos por una risa floja que no pueden parar, y lloran de risa, y ja, ja, ja, ja, ja…, y no sigas haciéndome reír que me meo, y el uno amenaza al otro que si no para que se le va la orina, y notan la presión en la vejiga y no pueden parar de reír. Con Ramón es así, siempre así. Siempre está escapando, y su válvula de escape es la ironía. Cuando la situación se pone un poco romántica, él hace una broma y se rompe el hechizo de lo cursi, porque él odia lo cursi, ese es su argumento. Pero para Sofía es pura huida. Ella palpa su evasión, aunque esté allí muriéndose de risa con ella. No hay verdadera intimidad entre ellos. Cuando hacen el amor es puro sexo, y enseguida a fumarse el cigarrillo, nada de abrazos de después, o caricias retroactivas, no hay tequieros, solo el humo del tabaco

inundando la penumbra de la habitación.

—Sofía ya no es la misma de antes, Carlos. No te puedes imaginar cómo ha cambiado nuestra vida. Ya no hacemos el amor. Se niega a follar conmigo. Lleva un par de meses así, en este plan, y yo no sé qué hacer. Lo he intentado todo, y estoy tan desesperado que no sé de lo que soy capaz. Me rechaza constantemente. Cada vez que me acerco a ella da un respingo. Cuando la toco me esquiva con la excusa de que le hago cosquillas o que la agobio. Solo quiere que la abrace, pero nada de rozarle los pechos, o más abajo del ombligo. Y yo de abrazos no vivo, tío. Tú me conoces. Para mí el sexo es lo más importante, y todavía soy joven. Es de los pocos placeres que da la vida y no quiero enterrar mi juventud con una loca que ha perdido el gusto por el sexo.

—¿Por qué no la dejas?

—Porque algo me obliga a permanecer junto a ella, algo más fuerte que yo mismo. Será que la quiero a pesar de todo, o igual espero que se arregle un buen día, como si estuviera estropeada y volviera a funcionar al cabo de un tiempo, porque es caprichosa y voluble, y tal vez si me armo de paciencia pueda conseguir que se le ilumine el cerebro de chorlito que tiene. Porque, tío, te juro que está algo mal de la cabeza, o es que antes fingía y no me deseaba, o se le ha ido la olla.

—No creo que esté loca, Ramón, es bastante improbable. ¿Has pensado si hay otro?

—Pues no se me había ocurrido. Me parece imposible que Sofía me engañe. Es una mística que anda todos los días dándole vueltas a su pasado, diciendo que solo cuando lo entienda podrá mantener una relación plena conmigo y que será incluso más hermosa que la que teníamos. Y yo le digo que con la que teníamos me apañaba, que no quiero ninguna relación nueva, que no quiero que sea distinto, que precisamente lo que quiero es que vuelva la antigua Sofía a mis brazos para poder tirármela como antaño. Lo cierto es que me desquicia, que la mataría con mis propias manos. Me enferma verla y no poder tocarla. Es un martirio. Fíjate si estará loca, que no sabes lo último que me ha propuesto. El otro día tuvo la desfachatez de ofrecerme un trato. Que como ella no podía

satisfacer mis necesidades eróticas, que me buscara un apaño fuera, que ella no iba a molestarse por ello. Claro, que el trato implicaba que ella tendría la misma libertad que yo de liarse con otro.

—¿Y no te parece esa la mayor prueba de que puede tener a otro?

—¿Y tener tanto morro como para ofrecerme esa solución? Joder, pues no lo había pensado.

—Pues vete pensándolo, porque a mí me parece obvio, Ramón.

Los dedos de Ramón pasan las páginas endebles y de mala calidad de la guía telefónica. Se moja el dedo índice con la lengua y arrastra cada hoja amarilla con el pavor de un delincuente novato, dejando cada sístole y diástole de su corazón marcadas sobre los anuncios, tatuaje de horror y miedo, de estrés de estar cometiendo un delito contra la virginal Sofía. Se para en *Detectives Privados* y empieza a repasar la lista. Cierra de golpe la guía y la vuelve a dejar en la mesita donde estaba. Permenece inerte y dubitativo, mientras trata de dejar los ojos en blanco. Pero las imágenes que no quiere ver se le agolpan en la mirada, son fotos de Sofía desnuda, de Sofía besándolo, de Sofía la primera vez, de Sofía devorándolo de pasión. Y luego llegan las fotos de Sofía rechazando sus abrazos, sus caricias, de Sofía evitando su lengua, de Sofía eludiendo sus manos buscadoras de tesoros oscuros y recónditos. Son fotos de su mundo al revés, dado la vuelta, destruido. Coge la guía de nuevo, irreflexivamente, ciego y lleno de venganza, deseo y odio. Y telefonea al azar.

La señora llamada Sofía Balmar Erín, de 38 años, tiene hábitos corrientes. Trabaja como profesora de dibujo en una escuela privada de Bellas Artes tres días a la semana, lunes, miércoles y viernes. Esos días sale temprano a trabajar, sobre las y vuelve por la tarde, sobre las Come en un restaurante vecino a la escuela, acompañada de otro profesor llamado Benito Torras, que es profesor de escultura. Al salir de clase se dirige al metro y vuelve a casa, sobre las y ya no suele salir, a no ser para ir a

hacer la compra, o a cualquier otro recado. Va alguna vez al cine sola. Sale con amigas a tomar una caña. Alquila películas de vídeo. No se la ha visto acompañada de otros hombres, a no ser sus propios alumnos o el susodicho profesor de escultura, que —por lo que he podido averiguar de él— es homosexual
8.30 h,
17.00 h.
17.40 h,
.

Me gusta mi trabajo. Mirar. Reconocer la presa. Vigilar atentamente. Apretar el acelerador y conducir por las calles siguiendo a ese taxi, a ese coche, a ese autobús. O bajar atropelladamente por las escaleras mecánicas, perdiendo el culo detrás de una mujer infiel o un marido adúltero, engullidos por la boca del metro camino de su meta, o devorados ya por otras bocas más reales, llenas de dientes y lenguas que chupan y succionan el lento desgastarse de los atardeceres que se van en un segundo de pasión, impacientes por llegar a la hora justa de entrega, de entrega de los cuerpos; impacientes porque se les va la vida, el tiempo, los minutos, las horas del roce, libertad condicional para hacer lo que desean. Porque debe de ser eso, a eso huelen de lejos estos adúlteros, a la libertad de ahora hago lo que me da la gana, lo que me sale de las narices, y principalmente lo que me está prohibido. Pobres desgraciados de mierda. Pero me gusta mi trabajo. El cotilleo pagado. Porque luego están los otros, del otro lado de la moneda, los cornudos, que encima tienen que apoquinar el servicio. Y me cuentan su vida, intentan explicarse, los muy jodidos, los muy cabrones, los que creen que me voy a enganchar a sus excusas impresentables. Sí, sí, lo comprendo, usted no se preocupe. Vaya marrón. Porque cómo le digo al gilipollas de turno que no, que en realidad yo no entiendo nada, so gilipollas, que es su problema, joder, que se lo ha buscado, tronco, que es su puta vida y que no me complique, que yo hago esto por pelas, y también porque me gusta mirar.

No quiero comprender nada. Si me meto a comprender me hago hermanita de la caridad o me voy de misionera a la India. Tuve mi

momento de pringue, de sometimiento, de entenderlo todo, todito. Es verdad que lo tuve. Bueno, tal vez no sea exacto lo que digo, porque lo que tuve fue mi momento de creer que lo entendía y ahora sé que no hay dios que lo entienda. Ese es el truco. Saber, asumir que no se puede entender. El amor es una poza de arenas movedizas. Es una boca enfermiza, bulímica, gigante, que te empieza a comer y jamás se sacia, y por eso te come entera, te traga sin masticar, y luego la digestión se te hace pesadísima, imposible, y te vomita de golpe, con arcadas repugnantes, envuelta en un líquido amniótico de jugos gástricos, y ahí te deja, hecha un verdadero asco, sobre un pañal de vergüenza, sobre tus propios excrementos, porque encima te cagas viva de miedo cuando te ves expuesta a semejante visión, al vacío, al fresco de afuera, porque la boca era asfixiante, pero era cálida, era refugio de todo, era un arcón de deseos ilimitados y nunca satisfechos, pero eran deseos, vivos, enteros, crudos y con patatas. Y de nuevo afuera peladita de frío y llena de mierda hasta la bandera. Y vas con el dodotis a todas horas, mientras te dura la incontinencia de tu propia miseria, a la deriva pero con el dodotis bien ensartado para no dar el cante. Y lo peor llega cuando la boca bulímica quiere de nuevo amarte, en su sí no sí no, ahora sí ahora no, ahora sí ahora no te quiero. Ahora sí te quiero. Ven. Y te traga otra vez, y te dejas, imbécil de ti te dejas, porque está caliente y te succiona seductoramente, y te lame las heridas, o eso es lo que sientes y crees idiota de ti, y te dejas, vaya que si te dejas, encantada, vamos, a tope. Lámeme, lengua sedienta de mí, devórame, boca ansiosa de mí, mastícame y no dejes rastro de mi paso por el mundo, inscríbeme en tus nervios, en tu menú de pasión, y roe mis huesos hasta la extenuación. Volatilízame en tu interior, que afuera no tiene sentido nada, básicamente sin ti. Y la boca bulímica, obediente, hace lo que le pides, porque ella también lo desea, ese es el único momento de complicidad verdadera, cuando la boca y tú, tú y la boca sois uno en un solo mandato y un solo deseo, y creéis que ese es el sentido de la palabra amor, la materialización de la idea, y entonces te traga de nuevo, y tú otra vez dentro, asfixiada pero caliente, con bufanda hasta el ombligo, amada, amada, amada. Pero la boca intempestiva quiere vomitar otra vez, porque está llena, porque te comió rápido y sin masticar, sin saborearte, y la digestión es pesadísima, y vuelta a empezar. Y te

vomita, parece increíble pero la boca te vomita en esta segunda oportunidad, entre asquerosos estertores, contra la tapia del cementerio, cada vez más cerca de tu losa, tu lápida, tu agujero de tierra donde vas a morir. Y en ese proceso, cada vez más rápido e imparable, el amor te traga y te vomita ocho veces por segundo hasta que ya no puedes más, hasta que prefieres morir antes que ganar y perder tu deseo a tal velocidad, y pides que paren el amor, y lo cortas, lo cercenas, lo matas con tus propias manos y cierras esa boca bulímica de un martillazo atento, justo, mortal.

Luego viene el duelo. Lloras una temporada y te vas apañando, con la discreción oportuna, para llorar en cada portal desierto, en cada esquina negra, en cada callejón solitario, en cada retrete cerrado a cal y canto. Tantas lágrimas que el diluvio no cesa hasta que asimilas que te has quedado sin alma, o algo así, por fin. Y entonces ya no necesitas pañal, ni paraguas, ni papel secante para la tinta que dejó tu llanto sobre el mundo. Cuando todo se ha secado, es que tu corazón se ha secado finalmente. Ya puedes vivir, ya puedes mirar. Por eso yo miro, y me gusta mi trabajo. Ver cómo se fagocitan estos seres estúpidos los unos a los otros, cómo destruyen sus vidas, sus matrimonios, ver cómo trajinan luego con sus desechos y cómo se las apañan para sobrevivir. Puro darwinismo. En este mundo sobreviven los que han sabido dejar de amar con más arte y con más técnica, con mayor rapidez e inteligencia. Si no amas, los cálculos te salen mejor. Así que mientras no ame, estoy a salvo; mientras no ame, habrá tajada para mí en esta vida. La tajada de mirar. Que no es poco. El mundo es de los que no aman.

Y esta tal Sofía es una tía guapísima, la verdad. Me gusta un montón. Me la tiraría. Mira qué caderas redondas, qué culo maduro como un melón lechoso, y ese aire descuidado, como montaraz y agreste, de campo. Seguro que huele a romero, a tierra mojada, a pelo de yegua en celo. Pero esta no se la pega a su marido, y ya es raro. No hago más que seguirla y nada. Creo que me apuntaría a seducirla, para que el gilipollas del tal Ramón tuviera motivos de estar celoso. Solo que cuando descubriera que su santa Sofía se la pega, en lugar de con otro, con otra, tal vez se abriría las venas, el muy mamón.

—Joder, Jorge. Mira que eres cazurro, chico. Vámonos a la cama, vamos a quedar para hacer el amor, vamos a follar juntos. Vamos a…

—Que no, Sofía, que no. Que no me gusta esta situación. Que no quiero ser el segundo plato del banquete de bodas. Que estoy harto de esta historia de engaños y mentiras.

—¿Pero es que no me deseas?

—Pues sí, mira por dónde, te deseo. Pero se trata de eso precisamente. Parece que solo te importa el sexo. ¿Y dónde queda mi corazoncito? ¿Dónde quedo yo? Dime. Porque yo no soy un objeto sexual, ya te lo he repetido ochenta veces.

—Y yo te he repetido ochenta veces que no eres mi objeto sexual. Bueno, miento, sí eres mi objeto sexual. Pero no solamente eres eso. También me gusta tu conversación y eres muy simpático.

—Sí, ¿eh? Pues parece que no te interesa nada hablar conmigo.

—¿Pero es que no te das cuenta de que nos pasamos la vida hablando por teléfono? Este régimen de abstinencia sexual no hay quien lo aguante. Un polvo, únicamente un polvo en veinte años. ¿Tú crees que con eso me conformo después de lo que ha pasado, después de que por fin te decides a llamar con dos décadas de retraso para quedar conmigo? ¿Y aún te extrañas de que te desee?

—Si el problema, insisto, es que parece que lo único que quieres de mí es mi dichosa polla, esa polla que esperas que te penetre y te haga mujer de nuevo.

—Estoy de tus ironías hasta las bragas.

—Vaya, Sofía, qué fina te has vuelto.

—Sí, finísima. Te hablo de estas bragas que espero que rasgues con tus manos febriles y luego me apartes con fiereza pasional, hechas un puro harapo por tu deseo, para dar entrada a tu dichosa polla, enhiesta y dura, en el interior de mi cueva oscura y mojada.

—Sí, eso. Todo eso está genial, muy erótico y atrayente. Me pone, no te miento. Pero le veo una pega bastante gorda.

—¿Cuál, cariño?

—Estás casada, *darling*.

—Jorge, yo soy una mujer adulta, en disposición de decidir sobre mi vida. ¿Entiendes? Ya no soy la adolescente que te miraba arrobada y sin abrir el pico desde la otra punta de la clase, pegada al pupitre con superglú, incapaz de moverme un milímetro y

deseándote con auténtica desesperación, más callada que un muerto, inútil para hablar de mis propios sentimientos por pura vergüenza y miedo, lo mismo que tú, rico. Ahora tengo boca y puedo hablar, pedir, desear y buscarme la vida para conseguir lo que anhelo. Ahora, Jorge, ya soy adulta.

—¿Adulta? Tú lo que eres es una adúltera.

—Eres un cabrón, Jorge.

—Sí, lo soy. Pero es que te lo buscas a cada paso. Además tu Ramón está triste, y eso me deprime un montón.

—¿Cómo sabes que está triste?

—Ayer me cogió el teléfono y aunque le colgué en las barbas, sin decir nada, pude escuchar el tono de sus palabras. Tiene la voz triste. O no sé, tal vez soy yo, que tengo el oído triste.

—Otra vez lo mismo, siempre igual. Ya no puedo más, te lo juro, ¡no puedo más! Si ya lo digo yo: el mundo al revés. Es el mundo al revés. Ahora el muy patético se deprime porque oye —cree que oye — que mi marido tiene la voz triste. Valiente gilipollez, Jorge. Mira vete a la mierda. Te lo digo por última vez, vete a la mierda. No quiero volver a hablarte. No me llames hasta que no sea para llevarme a tu cama, ¿me entiendes?, y para penetrarme hasta el fondo con tu polla enhiesta y dura. ¿Estamos?

—¿Lo ves como me tratas como a un objeto sexual, Sofía?

—…

—¿Sofía, Sofía?

—Me llamo Fermín y vengo por primera vez a esta terapia. Me decidí a venir porque no estoy bien. Lo cierto es que yo más o menos me arreglo con mi vida, y también con mis particularidades, pero parece que la sociedad no está conforme con que tipos como yo anden sueltos por ahí, aunque yo no hago ningún daño, desde luego, ni molesto a nadie, y en realidad tampoco estoy tan mal, no me encuentro mal, no estoy deprimido ni nada por el estilo, la verdad, pero no debo estar bien de la cabeza, fundamentalmente por lo que hago.

—¿Y qué demonios haces, si se puede saber? Que no podemos más de la curiosidad.

—Eso, eso. Habla tú primero y luego te contamos los demás,

porque aquí cada uno tiene algo que rascar, no creas.

—Me da un poco de corte deciros así, de sopetón, lo que hago. No tengo ninguna confianza con vosotros.

—Lo cierto es que te comprendo. A mí me pasó lo mismo cuando llegué aquí por primera vez, y además porque soy hombre, frente a todas estas mujeres, que eso impone mucho. Si quieres te cuento yo, para romper el hielo, el motivo de mi presencia en este grupo de terapia.

—Te lo agradezco.

—Pues mira, yo soy piloto comercial. Vivía una vida relativamente feliz. Tenía todo lo que se supone que un hombre de mi edad podía desear. Un curro que me daba pelas, más cierta capacidad de seducción que me permitía ligar con chicas más o menos interesantes y atractivas, para luego llevarlas a cenar a los mejores restaurantes. Salía los fines de semana llevándome alguna presa femenina al Parador de turno, donde me la pasaba por la piedra convenientemente. Y les hacía regalos de lencería *sexy*. Me gustaba la ropa de marca, leía algún que otro libro, bebía *whisky* con agua, me iba con mis amigos a jugar al golf los viernes por la tarde, y luego al mismo *pub* de costumbre, donde le dejaba el Porsche al aparcacoches y al entrar el camarero me saludaba con un «Buenas noches, don Jorge». Y vivía en general sin preocupaciones, follándome alguna nativa cada vez que volaba a otro país y hacíamos escala en alguna ciudad extranjera, sin tener novia fija ni ataduras sentimentales, ni perro ni gato, y básicamente sin creer en nada. De vez en cuando alguna sesión de rayos UVA, algún masaje, un poco de gimnasio, alguna gripe curada a base de mucho cine de videoclub y calditos de mi madre, y hombre, sí, también, cómo no, tenía algo de estrés, los atascos, la ciudad agobiante, la crisis de estar llegando a los cuarenta, un poquillo de agobio —aunque nada grave— por no tener todavía una familia a mi edad, las típicas cosillas, en fin, una vida, como ves, buena, pero normal y corriente, sin complicaciones.

—Sí, desde luego, buena no, cojonuda. Aunque a mí no me iría en absoluto. Por eso estoy aquí, porque solo a un enfermo no le vendría bien esa vida, ¿no crees? Sobre todo por la cantidad de tías a tu disposición. Eso que describes, más que la vida, es el paraíso.

—No te creas, que lo cierto es que no debía de irme tan bien. Un

buen día me levante de la cama convertido en poeta.

—¡Hostia! ¿Un poeta?

—Sí, sí, un poeta. Ahora ya casi no se me nota, porque se me ha ido internalizando y ya no es tan descarado. He conseguido asimilarlo poco a poco y he acabado por aceptar que esa manifestación poética era la prueba evidente de una carencia brutal, de un agujero que había en mí por donde se me escapaba lo más importante, el mundo de mi fantasía, de mi capacidad para crear, de hacer de mi vida algo diferente y nuevo, cargado de intensidad y sentimiento, esa parcela que me he estado negando desde niño. Digamos, según me ha explicado mi terapeuta, que lo de convertirme de pronto en poeta fue como una urticaria, que por lo visto las urticarias te salen cuando tienes necesidad de ser acariciado y no te das ese gusto con nadie, y el cuerpo reacciona para que te des cuenta de que está ahí, de que existe tu piel y de que tiene carencias. Bueno, pues en mi caso me salió lo de la poesía porque mi vida era demasiado prosaica, eso creo.

—Vaya, hombre, pues sí que suena intenso todo lo que cuentas, e incluso verosímil, aunque me cueste creerlo, la verdad. Pero tú pareces convencido, porque te expresas con una claridad científica que asombra y no deja duda. Aunque entonces ¿para qué sigues viniendo a terapia? Yo te veo curadísimo, más que un jamón de bellota.

—Sigo viniendo porque aunque he llegado a ese convencimiento, no he conseguido asimilarlo del todo, y me vuelven ramalazos de mi personalidad antigua, como en una lucha a brazo partido entre mi viejo yo y el nuevo, que está desesperado porque no sabe qué hacer, cómo luchar con las tácticas de antaño, con el pijo que juega al golf, o el piloto que se folla lo que pilla, y el nuevo ser que ama desesperadamente a una mujer imposible y al mismo tiempo no sabe si se ha enamorado de una chica que no tiene aparentemente nada de especial. Sigo viniendo, en resumen, porque quiero encontrar el equilibrio justo entre poesía y prosa.

—Pues a mí lo que me pasa es como un cuento. Yo creo que soy la otra cara de tu moneda. Tengo demasiada fantasía y vengo aquí para ver si pierdo alguna, o aprendo a dosificarla, vamos.

—Pero ¿qué demonios te pasa si se puede saber?

—Pues que estoy mal programado.

—¿En qué sentido?

—Estoy hecho al revés que los demás.

—¿Por qué?

—Lo más fastidioso es lo que me pasa con la muerte, por ejemplo. Yo voy a un entierro, veo un muerto y me entra la risa.

—Ya, pero eso es risa nerviosa, le puede pasar a cualquiera.

—Que no, que la cosa va más allá. Es que además me pongo cachondo.

—¿Te excita? ¿Sexualmente hablando?

—Sí, pero no es lo que parece. Yo no soy un pervertido. Es que en presencia de un fiambre me entran ganas de hacer el amor. Y en cambio, cuando estoy en la cama con una mujer pienso en la muerte.

—Ese sí que es un problema, chico.

—Y tanto. No sabéis lo que sufro y los conflictos que me acarrea. Una vez me enamoré locamente de una mujer, y ella me correspondía. El caso es que yo no conseguía empalmarme ni a tiros, porque cuando me la llevaba a la cama me echaba a llorar de pena porque empezaba a pensar en mis seres queridos fallecidos. Y claro, eso no hay mujer que lo aguante. Un día, desesperado, se me ocurrió llevarla a un funeral con la excusa de que el muerto era amigo mío. Y funcionó. Me puse tan cachondo que quería tirármela allí mismo. La arrastré hasta la sacristía con la disculpa de que tenía que firmar unos papeles y allí me puse a besarla apasionadamente. Nos pilló el cura en mitad del beso y nos echó a la calle. Fue un auténtico fracaso. Y ella, como es lógico, acabó huyendo de mi lado.

—¡Qué horror! Yo no podría vivir con esa angustia.

—No te creas, no sería tan horroroso si la gente no reaccionara así. Yo no lo vivo mal. El único defecto es que tengo los escenarios trastocados y las mujeres no se adaptan a mis especiales circunstancias. Son poco comprensivas.

—Hombre, es que fíjate tú la papeleta. Poder echarse un polvo contigo solo en iglesias o cementerios. Porque me imagino que los cementerios ya son el colmo del disfrute para ti, ¿no?

—Sí, eso es cierto. Pero todavía no me he atrevido a sugerir a ninguna mujer que practique el sexo conmigo al pie de una tumba. En ese aspecto soy un cobarde.

—Aún te queda un poco de sentido común.

—Pues yo creo que si una mujer te ama de verdad no debería importarle dónde hacéis el amor. Si yo me viera en esa situación la fuerza del deseo acabaría obligándome a aceptar incluso un cementerio para desfogar mis ganas. Y en cierto modo es muy romántico. Imaginaos: noche de luna llena, tumbas diseminadas por entre los árboles, hermosas y sentidas dedicatorias, artísticas lápidas de mármol brillando a la luz mortecina de las estrellas, y una pequeña parcela de prado como lecho amoroso. Además los cementerios no suelen estar muy concurridos. Son lugares íntimos y discretos, no como las iglesias o las catedrales, que siempre hay mucha gente y no tienes sitio donde meterte. Bueno, siempre te puedes colar dentro de un confesonario y hacerlo allí. Esa tampoco es mala idea, ahora que lo pienso.

—Pero Silvia, ¿tú sabes lo que dices o estás de broma?

—Solo intentaba ver el lado positivo.

—No, si lo más grande es que tiene razón. Estoy de acuerdo con ella, y de hecho es lo que llevo buscando toda la vida. Una mujer que me comprenda.

—Pues Silvia está soltera y sin compromiso, oye.

—¿Qué haces a la salida?

—Pues justamente tengo que asistir al funeral de un tío segundo por parte de mi padre.

—¿Estabas muy unida a él?

—Apenas sí lo conocía. Vivía en el extranjero y su viuda ha repatriado el cadáver. Quería ser enterrado en su país.

—Si quieres te acompaño.

—Basta ya de bromitas, que esto es muy serio.

—Más serio es mi problema.

—Pero ¿no dices que no lo vives mal?

—En sí mismo no, ya digo, es por las mujeres. Reaccionan histéricamente. Por eso he decidido venir a terapia. A ver si me curo y puedo mantener alguna relación normal.

—Y puedes echarte algún polvo, que estarás bastante necesitado.

—Y que lo digas.

—¡Vaya lío! Yo no sé qué aconsejarte. Me parece una pesadilla.

—Pues yo insisto: me parece que el remedio pasa por que encuentres a la mujer adecuada, más que nada porque a ti no te veo solución.

—Algo se podrá hacer, digo yo.

—No lo creo. Pareces feliz con ese rollo. En el fondo te va. Lo encuentras natural. ¿Por qué renunciar a él?

—Entonces, ¿tú no crees que estoy como una cabra?

—No más que otros. Cada uno tiene sus manías.

—Nunca lo había visto desde esa perspectiva. Muchas gracias.

El lunes día 30, la señora Sofía Balmar visitó una tienda de antigüedades en el barrio de Salamanca. Estuvo cerca de dos horas escogiendo lo que parecía un regalo, pues finalmente le envolvieron en un elegante papel con un lazo dos pequeños elefantes de marfil y ébano, que llevó a una agencia de transportes urgentes y certificó rumbo a una dirección desconocida. Se fue después al Parque del Oeste, donde paseó como si esperara a alguien que nunca llegaría. Parecía nerviosa, pero también anhelante. Se había arreglado de una manera especial. Nadie acudió, sin embargo, a la cita.

Sigo vigilando a Sofía. No hay novedades en mis informes, que son de una vaguedad extrema para mantener la expectación. Intento adornarlos con algún tipo de detalle extraño o un cabo de hilo borroso y poco claro que enganche a mi cliente a seguir con la vigilancia, o incluso le meto escenas de mi propia cosecha, pues lo cierto es que vivo inmersa en un desierto de información morbosa. Porque en realidad siempre es lo mismo. No hay donde rascar. Y no deseo abandonar el seguimiento de esta mujer. Me atrae bastante.

Llevo demasiado tiempo durmiendo sola. Dormir con la almohada es gratificante, porque tengo toda la cama para mí, y me agarro a la almohada, y abrazada a ella paso las noches hablándole de mí en silencio, pero la almohada es materia inorgánica, y yo quiero dormir con materia orgánica entre mis manos. Es más interesante. Se aprende. Yo aprendo de mis conquistas. Me interesan las vidas. Saber qué mueve a los humanos. La de Sofía, por ejemplo, es más aburrida y vulgar que la trayectoria de un repollo hasta la cazuela, pero esa mujer esconde deseos que van a

reventar de un momento a otro. Está llena de magma de la densidad del turrón recién batido. Es un volcán que se quema por dentro, insatisfecha, como todas esas tías casadas que todavía no tienen ni cuarenta años y ya viven como si fueran a morir mañana. A modo de ancianas que hubieran arribado al final de su existencia, como viejas indias que se entregasen a morir porque el horizonte de sus expectativas ha llegado a su último anochecer. Y se suben la colina renqueando sobre un par de pies cansinos en busca de un árbol bajo el que tumbar su postrer aliento. Y una vez allí, acostadas boca arriba bajo un techo de estrellas, observan las luces finales del sol sobre la pradera y descubren un hueco negro en su interior. Y no pueden evitar sentirse atraídas por ese agujero ignorado hasta entonces, que no es el túnel de luz de los ancianos moribundos, el umbral de la muerte, aunque podría confundirse con él, y así lo creen ellas, desdibujado su espejismo y desnortado su espíritu, erradas en su apreciación de los ritmos del universo, sino que es la tarta nupcial de los vivos, el laberinto que desemboca a empujones en el festín de la vida. Y se levantan entonces de un plumazo, con bríos sementales de adolescencia dormida, y se escopetan para abajo, hacia las luces de la ciudad, olisqueando el rastro que el perfume de las alcantarillas de la pasión riega por las aceras nocturnas. Y esa soy yo también, para qué negarlo. Esa que quiere dormir con materia orgánica entre las manos, con carne y músculos, tendones y arterias agolpadas de sangre joven, pechos de pezones como caracolas, una mujer orgánica de pechos caracola, de piernas suaves y fuertes, de culo culo, culo redondo de crema de chocolate, para lamerlo hasta la náusea de pegar mi nariz a ese merengue y llenarme los orificios con la mejor coca del reino, el culo coca que esnifo hasta la muerte, culo de mujer hermosa, culo de Sofía, ¿por qué no? Culo de mi reina de copas. Copas para beber con ella, en su zapato. Copas donde su mano sumerge la sortija de oro de mi deseo. Y yo en los dominios de mi reina de copas soy una copa más, espada de filo dulce y etéreo, cortando la coca de su culo para no dormir nunca, despejarme mirándola, viendo su culo por delante, su culo por detrás, sus nalgas amalgamadas de muelles sobre los que esnifar mi coca mientras suena el vapor de la marcha triunfal por el puerto de Sofía. Barrios solitarios donde hacerla mía. Donde me dejaría morir. Donde muero enferma de deseo, y veo que si no me

masturbo voy a reventar.

Ramón se hace una paja oficial. Oficial porque se lo ha comunicado a Sofía, le ha notificado de viva voz que se está matando a pajas y que quiere que asista a una de ellas oficialmente. Así que se ha puesto delante de ella, con un cabreo de órdago, se ha bajado la bragueta, se ha apartado el calzoncillo hacia abajo y se la ha sacado, ha empezado a meneársela y se ha ido desnudando poco a poco, tras encender el equipo de música e introducir un CD en su interior, música lenta de fondo, marcadamente sugerente, perfecta para un estriptis. Enmascarada rápidamente su primera impresión de sorpresa bajo un rostro que intenta ser de esfinge, Sofía mientras tanto lo mira con desapego, como si no fuera con ella el asunto, enunciando sus labios un rictus de indiferencia y casi casi repugnancia, pero observándolo directamente a los ojos, muy fija y serena, advirtiéndole con la mirada que no le tiene miedo, que no admite sus ataques infantiles como parte del plan de chantaje a su libertad de no hacer el amor con él si no le viene en gana.

—Sigue, cariño, sigue, no te pares, sigue, sigue, no te pares, por fa, Ramón —repite Sofía con sorna, rítmicamente al son de la música, con un tono de voz más que procaz, cambiado de pronto su rostro en una especie de risueña fiesta en atención al estado erecto del pene de su marido—. Que me excita verte así, mi amor, que me pone, mi cielo, anda, córrete sobre mí, hazlo, lo necesito, hazlo sobre mí, por favor, hazlo…

Y Ramón, que en esos momentos ha dejado el carnet de pensar dentro de la cartera, cartera que a su vez ha sido estibada del bolsillo del pantalón, directamente al suelo, justo hace cinco minutos, y que ha dejado —por un lapso de tiempo contado de empalme— de ser animal racional para adoptar la condición de mono erectus, no es capaz de matizar el tono de sarcasmo de su mujer, y va y se lo cree todo, y va y se acerca a ella peligrosamente en celo, con ideas más que libidinosas llenándole el cerebro hasta los topes, rebosándole el semen las meninges, resueltamente decidido a hacerla suya, creyendo en su mascarada, que con meridiana intención no quiere ser oculta sino clara broma, pero que se le ha ido de las manos, es evidente que se le ha ido a Sofía el

control de la escena, y de pronto ella se calla, porque el inocente marido, víctima de una tórrida ironía, es un mártir que va cantando a la expiación, un cordero directo hacia las fauces de su lobo más temido, con la polla en la mano, una sonrisa estúpida y feliz en los labios, un caminar poco airoso con los pantalones trabándole las piernas, especie de buey arando la alfombra, pesadote y encantado, felicitándose internamente por haber tomado la decisión, por haber dado el paso, por haber tenido una ocurrencia creativa, como decía Sofía, justo lo que afirmaba Sofía que le faltaba, e iba él y de pronto se le ocurría esta genialidad, que no sabía cómo no se le había pasado antes por el cerebro de asno que tenía, que mira que era asno por no haberlo pensado antes, coño, que hay que ver, pero que menos mal, que más valía tarde que nunca, y que allí estaba, excitado hasta la médula, y con su Sofía dispuesta para el sacrificio, excitada también, por lo que parecía, y que ahora mismo, ahora se va acercando a su esposa, está casi llegando a ella, casi casi la roza, y la va a desnudar aceleradamente, y la va a agarrar con la fuerza de sus brazos, con todo el deseo acumulado de días y días de abstinencia, que ya casi se le ha olvidado cómo es Sofía sin ropa, mentira cochina, la recuerda fotográfica y milimétricamente, escaneada cada micra de su piel, cada detalle de figura y de fondo, de forma y de contenido, cada anécdota de su carne, cada meandro de su cintura, cada gota de su jugo, cada fragancia de sus oquedades alojada en la memoria, cada palmo de Sofía impreso en su mirada, Sofía a Sofía, deseo a deseo sumados uno tras otro, haciendo del deseo un objeto numerable, contable y lleno de plurales infinitos, deseos al por mayor, que Ramón puede hoy mismo abrir una cadena de tiendas de deseos, que ahora es mayorista y regenta una nave de deseos, que cree que va a gastar su colección de deseos de un solo golpe en este instante, vertidos sobre Sofía, dilapidados todos en un inminente intercambio sexual con su pareja, y sigue meneándosela cada vez más dura, más pasado de vueltas y está llegando al final de la alfombra, al borde del sofá que ocupa Sofía callada como una muerta, expectante y rígida, sin saber ni por asomo de qué va el asunto, sin adivinar qué le pasa por la cabeza al otro, solo ve que se acerca con la polla en la mano, muy dura parece, y la manipula constantemente, venga para arriba y venga para abajo, y cuando más cerca está mayor cara de idiota

pone, y ya está aquí encima de ella, y de sopetón él grita, entre complacido y cabreado, que no sabría ella decir qué prevalece en ese grito ambiguo, extraño, incomprensible, cuando nota una humedad pringosa, como semen, que es semen, vaya, que no cabe duda porque Ramón se le acaba de correr encima de la blusa a Sofía, y ella lo ha visto y lo ha notado, y puestos a decirlo todo, sin duda también lo ha oído.

—… Y entonces voy y me masturbo porque ya no aguanto más.

—Perdona, oye, pero vamos a ver que yo me entere, que no entiendo nada, hombre, pero lo que se dice nada. ¿Me lo puedes contar desde el principio?

—Pues que mi mujer no quiere hacer el amor conmigo, que se niega, vamos, que no hay manera de que me la pueda tirar.

—Vale, ¿y qué? ¿Es que el sexo es lo único importante? ¿Es que la gente solo piensa en el sexo?

—Para mí el sexo es lo único. Si no tengo sexo, la vida carece de sentido. Y aunque todavía soy joven, ya tengo cuarenta y cuatro años. Y no quiero perder el poco tiempo que me queda de vida sexual sin comerme una rosca por lo menos una vez a la semana. Ya no soy el mismo de hace veinte años, que me ponía cachondo enseguida, pim pam y ya está, ya estaba empalmado y dándole caña a alguna maciza que anduviera a tiro. Ahora noto que me cuesta más, que no duro tanto, y que cuando me corro ya no vuelve a ponérseme dura hasta un par de horas después. Y como no lo aproveche, bien gilipollas sería.

—¡Esto es el colmo! Otro que cree que el sexo es lo principal.

—Oye, tío, que me estás empezando a tocar las narices, ¿eh? ¿Qué mosca te ha picado? ¿Es que tú no piensas así?

—Pues claro que no, hombre, que no todos los tíos somos así, ¿sabes? Mira, yo por ejemplo, prefiero estar bien con una mujer, salir con ella, hablar, disfrutar de su presencia, mirarla, sobre todo mirarla y escucharla, que follármela sin más.

—Pues eres un espécimen raro, chaval, francamente, un caso especial de la naturaleza, o eres un poco… bueno, no quiero ofenderte, pero ¿no te has planteado que podrías tener, en fin, ciertas tendencias ocultas, vamos, ya sabes a lo que me refiero…?

—Eso es lo que te gustaría, verdad, que yo fuera gay para quedarte tranquilo. No, claro, para el extraterrestre este el sexo no es lo principal porque es gay y no lo quiere admitir. Mira, no me seas ingenuo. No quieras pensar que somos todos como tú, porque te equivocas totalmente.

—Todo hombre normalmente constituido considera que el sexo es lo principal, y eso no me lo va a quitar nadie de la cabeza, por más que me claves un hacha en ella para intentar convencerme de lo imposible. Y te aconsejo que ya que estás aquí haciendo terapia, que de paso te hagas una revisión, la ITV del cerebro, que te hace falta, chico.

—Claro, y tú pasabas por aquí, ¿verdad? Tú eres perfecto. No tienes ningún problema, y por supuesto, tu cabeza está correctamente puesta sobre tus hombros y funciona con toda precisión y lucidez.

—Bueno, es cierto que mi matrimonio no va cojonudamente a estas alturas de la película, pero no es por mi culpa, te lo aseguro. Si en mi pareja hay alguien normal, ese soy yo. Mi mujer está como una chota, y no sé qué hacer con ella.

—Claro, y como tu mujer está como una chota, vienes tú al psicólogo.

—Pues… sí, aunque te parezca una gilipollez o una contradicción, vengo yo. Y vengo porque, te lo repito, no sé qué hacer con ella, no sé cómo comerme su falta de deseo.

—Bueno, yo entiendo que si es tan importante para ti el sexo, y con ella no lo tienes, lo mejor que puedes hacer es separarte, ¿no?

—Es que no es tan sencillo, joder, que no es tan simple. ¿Cuántas veces lo tengo que repetir?

—A mí es la primera vez que me lo dices.

—Sí, pero es que todo el mundo me dice lo mismo, que por qué no la dejo. Y no es tan fácil. Si lo fuera ya estaba yéndome de su lado, pero es que me siento incapaz de dejarla.

—¿Y no será porque en el fondo la quieres? ¿No será porque el sexo, aunque es importante, no lo es todo?

—Lo que pasa es que me quedo por si mientras tanto ocurre un milagro y todo vuelve a ser como antes.

—Veo que no quieres admitir que la amas.

—El amor es un sentimiento fugaz, que aparece y desaparece

rápidamente, y solo se siente algunos instantes de la vida, bien pocos y escogidos. Y el resto del tiempo se vive con esa persona, se comparte una casa, se folla con ella. Nada más.

—¡Menuda imagen del amor!

—Tampoco pido nada más. Soy realista. ¿Qué hay de malo en ser realista? Peor es ser como tú, un débil mental, que cree en los cuentos de hadas, sentimentaloide y barato y cursi, y… ¡maricón!

—Oye, que aquí el único maricón que hay eres tú, que no puedes ni follarte a tu mujer, imbécil, que eres un imbécil, que no te has mirado al espejo, cretino de mierda… Seguro que tu mujer te pone cuernos, cornudo, que eres un cornudo…

—¿Cornudo? ¿Cornudo yo? Te voy a dar una hostia que se te van a caer los dientes todos de un golpe, mariconazo, hijo de…

—Mira, Sofía, te voy a presentar a un tío repugnante que se ha apuntado a mi grupo de terapia hace una semana, y que creo que te iría como anillo al dedo.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué se parece a mí, si puede saberse?

—Solo piensa en follar. Como tú, vamos, igualito que tú. Si quieres le pido el teléfono y os pongo en contacto. Que te folle una temporada y así tú y yo podremos quedar después, tranquilamente y sin problemas, una vez saciada de tu vicio favorito, de tu obsesión imparable.

—Eres un impresentable, Jorge. No te aguanto más. Esto es tan ridículo que ya ni me da risa, se me ha pasado de rosca y ahora lo único que quiero es despertarme de esta pesadilla, porque no me digas a mí que no es absurdo lo que nos está pasando.

—Y tan absurdo.

—Pues la culpa la tienes tú.

—O tú, según se mire.

—No, la tienes tú sin duda.

—Vale, la tengo yo. ¿Y qué más, a ver?

—Pues no se me ocurre qué más, pero ya con esto creo que tenemos suficiente.

—No, no, no me basta, quiero más, quiero ser culpable de más cosas, que una sola no me llega.

—Jorge, yo te quiero, eso es lo único que sé.

—Si lo «sabes», mal vamos, Sofía, que el cariño no es algo que se «sabe», es algo que se «siente», sin que medie el cerebro en este entierro.

—Me vas a volver loca.

—No creo.

—Está bien, Jorge, está bien. Sé que te quiero, y lo sé con el cerebro, pero eso no significa que no lo sienta con el cuerpo. Precisamente eres tú quien me está obligando a usar mi cerebro demasiado, porque no uso mi cuerpo, no usas mi cuerpo, no me dejas sentir el amor, sino que me obligas a estar constantemente pensándolo, imaginándolo, sin sentirlo realmente, sin sentir ese cuerpo tuyo junto al mío, restregándonos de pasión, ardiendo cada uno en la hoguera del otro, y quemarse es sentir, el amor es sentir el fuego pasearse por dentro de las tripas, y vivir alimentado de ese calor a diario, minuto a minuto.

—Ese calor, Sofía, se vive dentro, se encuentra en tu interior sin necesidad de estar follando todo el día. Y eso es lo que yo quiero, Sofía, a alguien que sienta ese calor porque le viene de dentro, y no de fuera. Y no es que yo no te desee, encanto, que sí lo hago, y mucho. No te imaginas cómo te deseo. Es que creo que el deseo es de uno, propiedad indivisible de la persona, no viene del mundo exterior, sino que le surge a uno de sus entrañas; y nadie tiene que alimentarlo, porque posee una batería infalible, un generador inconsciente y poderoso que se autoalimenta mecánicamente, y está encendido a todas horas, en presencia y ausencia del amado, casi casi con independencia de su existir.

—¿Qué quieres decir, Jorge? ¿Que podrías desearme aunque yo no existiera, aunque estuviera muerta o no me hubieras llamado después de veinte años?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

—Pero eso es el colmo, Jorge, no podrías haberme dicho nada más horrible y cruel.

—No entiendes nada, Sofía, nada de nada. Tú eres para mí algo más que un buen polvo con una tía estupenda. Eres un símbolo, la razón de mi cambio, de mi metamorfosis. Tu figura ha atizado la llama del sentido de la vida en mi existencia, la ha hecho arder con alegría y fiereza, me ha puesto en otro camino más interesante, más lleno de sabiduría, de entendimiento. Me ha ampliado el horizonte,

ese horizonte mío que era plano y prosaico, rabiosamente vulgar. Me ha conectado con el verdadero ser que vive en mí, lo que llevo dentro, lo que yo soy, lo que existe sin duda, y ese ser es el dueño de mi deseo, el deseo que vive en mi interior, el deseo que no puede nacer ni morir dependiendo de la realidad de fuera, sino que habita en el pozo profundo de mi alma. Mi deseo, Sofía, en ese sentido, es mío, y tú solo puedes graduarlo en intensidad, que no en poder ni en radio de acción. Mi deseo es mío, y yo te deseo.

—Vale. Eso suena precioso. La teoría me gusta. Pero ¿dónde está la práctica, si puede saberse? Porque esa teoría tendrá una parte experimental, digo yo.

—La tiene, claro que la tiene, pero contrariamente a lo que tú piensas, la teoría y la práctica no van necesariamente unidas. Ni siquiera el deseo sexual es la única expresión práctica del deseo teórico.

—Pues para mí es lo más importante.

—Ahí está, Sofía, el quid de la cuestión. Que hasta que no me desees en todos los sentidos, no podré hacer el amor contigo a gusto, porque hoy por hoy siento que solo me quieres para satisfacer una necesidad para la cual valdría casi cualquiera que responda a tu modelo físico de hombre. Y eso te acerca más a tu marido que a mí, aunque no lo creas.

—¿Cómo puedes decirme eso, Jorge? Si estoy tan alejada de él que ya ni hacemos el amor. Solo quiero acostarme contigo, y eso no es puro deseo sexual, sino un sentimiento más profundo. Y no me vale cualquiera, eso no, en eso no estoy de acuerdo en absoluto. Te quiero a ti. Lo que ocurre es que tienes miedo. Estás cagado. Desde el principio te has cagado con esta historia. No sé por qué me llamaste. Creo que me estás volviendo loca. Tú empezaste esto, Jorge, así que búscale una solución. Te lo pido por favor.

—Yo quiero hablar contigo, Sofía, conocerte y que me conozcas. Quiero que tu deseo, tu deseo completo, sea para mí, y no para cualquier otro, o para tu marido.

—Estás celoso de mi marido. Eso es lo que te pasa, ¿verdad?

—Sí, lo estoy. No puedo soportar la idea de que vivas con otro. No me importa que te lo folles, pero no puedo soportar que os acostéis en la misma cama, y que compartas todo con él. Es ese «todo» lo que no resisto. Todo con él. Y conmigo solamente los

polvos. A mí me quieres para aliviar tus impulsos sexuales. Y luego vuelves con él, a su guarida, bajo sus alas. Eso me lleva la vida. Me come por dentro. No quiero hacer el amor contigo si no puedo tener el resto de ti. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo.

—Serás cazurra, Sofía. Te lo he dicho en todos los idiomas.

—Pero entonces ¿qué diablos quieres de mí?

—Todo, lo quiero todo.

—¿Quieres que deje a mi marido? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí. Ya te he dicho que lo quiero todo de ti.

—Pues yo no puedo dártelo todo hasta que no me sienta unida a ti por todos los vínculos amorosos que me importan. Y para mí los vínculos se generan desde el deseo sexual. Yo me enamoro en la cama. Me enamoro de tus huesos, de tus ojos, de tus manos tocándome, de tus labios besando mis labios, de tu pene entrando en mi cuerpo, de la química. Es el chute de química lo que me hace enloquecer, y enamorarme perdidamente. Es así como yo me entrego. No sé otro camino. Lo desconozco. No soy como tú, tan metafísico, tan teórico, tan extrañamente desapegado de los goces del cuerpo. Soy sensual, sexual, corporal, y todo lo que acaba en —*al*. Eso significa fundamentalmente que no puedo dejar a mi marido sin haberme acostado contigo varias veces, sin haberme ligado a ti en la cama. Hoy por hoy te deseo, eso es lo único que sé. Pero no puedo decirte que te amo hasta la muerte, que iría a vivir contigo, que compartiría toda mi vida contigo. Eso no puedo asegurártelo. Acuéstate conmigo, déjame crear mis lazos, y ya veremos.

—Yo prefiero los nudos marineros.

—Son los lazos los que dan sentido a la vida.

—Los lazos son endebles y poco seguros. Aunque no lo creas, son los nudos marineros los que aguantan más. Son mucho más resistentes, y además tienen la ventaja de que, a pesar de su aguante, en un momento dado se deshacen rápido, ¡zas!, de un solo golpe, para bien del marino, que se juega la vida en ello.

—Pues si se deshacen rápido, vaya mierda de nudos. Prefiero los lazos, que serán una mierda, pero por lo menos no se desatan con mirarlos.

—Los lazos son puro adorno, solo valen para eso. No aguantan los embates de la tempestad, de los malos y difíciles momentos. Un

nudo ata más, es más fiable, más reconfortante, más sólido. Y debe ser así, al mismo tiempo debe poder desatarse con facilidad, para dejar un respiro, una salida para salvar la piel a quien lo ha trenzado, a quien depende de él. Justo cuando uno debe retirarse como un caballero, en el instante en que todo se ha perdido ya.

—Pues hazme un nudo marinero en la cama, Jorge, átame con nudos a tu cuerpo. Átame a tus músculos, a tu piel, anúdame y hazme tuya, por favor. Es tan hermoso lo que dices, y tiene tanto sentido, aunque yo no acabe de comprenderlo del todo, aunque yo no pueda hacer más que aceptarlo y entenderlo desde mi intuición, pero no desde mi cerebro. Y lo único que puedo escuchar es el grito de mi instinto diciéndome que te deseo tanto que voy a morir. Sé que voy a morir si no me haces tuya y me atas y me anudas y me follas con amor.

—Yo también te deseo, Sofía. Pero no puede ser, hasta que no lo entiendas, hasta que no me quieras del todo, no puede ser.

Ramón entra por la puerta de la calle arrastrando los pies. Apesadumbrado. Como si llevara encima el mundo entero sobre sus hombros, a modo de atlante que cargara con el peso de sí mismo más el de su circunstancia, globo terráqueo incluido, todo en el mismo paquete.

—¿Qué te ha pasado, Ramón? ¿Te has caído? ¿Has tenido un accidente? ¡Te has pegado con alguien! ¿No es cierto?

—¿Y a ti qué te importa?

—Pero hombre, claro que me importa. Sobre todo si llegas descalabrado a casa.

—No, a ti no te importa, a ti no te importa lo que me pasa. Ya no te importo nada, Sofía. No me mientas, que no estoy para bromas.

—Pues vete a la mierda, Ramón. Por mí como si te mueres. Yo tampoco estoy para bromas.

La señora Sofía Balmar sigue yendo a su trabajo diariamente. Come en el restaurante de siempre y vive una vida tranquila, en apariencia rutinaria y corriente. Según mi experiencia, ese tipo de

comportamiento es para maliciar, porque un sexto sentido me dice que sospecha que la vigilan, y por eso intenta aparentar una serenidad y una normalidad que está muy lejos de gobernar su vida actual, máxime después de lo sucedido el otro día en el Parque del Oeste. Cada vez que sale a la calle mira a un lado y a otro, con una desconfianza meridiana, clavada en su rostro crispado. Y anda rígidamente, a veces incluso encorvada, como si le pesara la vida, como si tuviera tantos problemas sin solucionar que no pudiera con el mundo. Es posible, pues, que esté peleada con su amante, y que este le diera plantón en el Parque. Por eso recomiendo continuar con su seguimiento y vigilancia, porque en mi opinión, tarde o temprano tendrá que citarse con él, aunque solo sea para montarle una escena. Acabará reventando sometida a este estado de nervios, y para cuando lo haga, allí estaré.

Y ya no sé qué más poner, porque creo que esta tía no le pone cuernos a su marido, el Ramón este, que vaya elemento. Pobre mujer, la verdad. Es una desgraciada, y casi me dan ganas de animarla a montárselo con otro. Su marido es como todos. De hecho, su marido es la razón de mi cambio de dirección sexual. No su marido concreto, eso no, claro, sino los hombres como él. Los hombres en general. Todos. Esto es la guerra. Me pone enferma. Nunca me he entendido con ellos. Ya sé que es un tópico, y me jode caer en los tópicos, ser vulgar, no ser capaz de solucionar el enigma femenino, de firmar el armisticio y arreglar los desaguisados del combate. Con ellos. Supongo que debe existir un remedio. Tiene que haberlo. Pero que levante la mano quien lo haya conseguido encontrar. Antes convierto el plomo en oro, que conseguir la fórmula de entendimiento entre hombres y mujeres. El que lo encuentre se forra. Y mira que no hago más que pensar en ello, y me fijo, y cotilleo aquí y allá, que género tengo para observar. Pero lo malo es que el género que me viene a los ojos es el más podrido, el que parece que no tiene ya remedio alguno, directo para ir a la sala de despiece del matadero. Todos los que me contratan buscan la respuesta a su falta de felicidad en la base de unos supuestos cuernos. Creen que no puede ser por otra causa, que nadie puede

marchitarse o alejarse por puro hastío o pura incomunicación con el otro. No, tiene que ser porque se han liado con el repartidor del butano, o con la secretaria. Y el hecho es que el amor se degrada más rápidamente que un conejo muerto al aire libre. Amor en el desguace, cementerio de amores. Ese es mi negocio. Y tengo en mi currículum un amor miserable como prueba evidente de que mi trabajo es efectivo. Es una caseta de feria donde voy a tirar al blanco, a derribar las cabezas y a colgarlas en la pared, trofeos para los cornudos, fotografías de consumación. Álbum de recortes de infidelidad. Y yo estuve con un hombre, enamorada, encaprichada. Atontada. Loca por él. Separado y con dos hijos. Y lo dejé por seguir siendo libre. Porque no sé mantener un proyecto a largo plazo. Por miedo al contacto estrecho, a la peligrosa proximidad, día tras día. Por que nadie dependa de mí ni yo de nadie. Y lo dejé por cómo lo miró su mujer cuando llegué a encontrarla. Porque ella era la mala. Un buen día se largó, dejándolo colgado con los niños, y yo la encontré a petición de su marido. A cambio me quedé con él, enfangada en la trampa de la ternura. El día que los reuní ella no dejaba de observarlo con rostro bovino, con un cansancio infinito, colmada su paciencia desde la noche de los tiempos, como anestesiada por el aburrimiento. Era un hastío denso, que procedía de la repetición de un estado de cosas hasta el vómito, que venía de los últimos años de su matrimonio. Podía verse, olerse, palparse en qué había acabado aquello. Sin broncas, sin pasiones, acabó con la paz bovina que los separó más y mejor que un buen lote de platos rotos y unas buenas hostias lo hubieran hecho. Así que aquel enamorado que se había quedado sin amor me vino a las manos, y como quedaba vacante, pues me hice cargo de él, embargada por su tristeza, seducida por su bondad de fondo. Y era encantador. Eso sí. Un encanto. Dulce. Simpático. Pero un peligro, porque los encantos se pagan caros. Los encantos son una trampa. En cuanto te descuidas se hacen las víctimas y si les reivindicas cualquier asunto, por nimio que sea, te conviertes en una bruja. Porque son unos pobrecillos corderos. Y lo cierto es que se parecía a Ramón, el de Sofía. Esa monada. Sofía. Hermosa. Dorada. Adorada Sofía. A Sofía sí que le ponía yo un apartamento. Me fascina. Tiene vida interior. Si no tiene amante poco le falta, o anda por ahí buscando como un perro de presa. Se le nota, lo presiento. Tal vez pueda convencerla

de que los hombres no son el remedio adecuado, que los hombres no alimentan el alma, que no se puede confiar en ellos, que no comprenden ni hacen un esfuerzo por comprender lo que pasa por nuestro corazón, que ni siquiera se lo montan bien en la cama, que es un error de la naturaleza, o más bien su único interés, eso de emparejarnos. Para procrear. Perpetuar la especie. Pronto lo haremos por inseminación artificial y seremos todos maricas y bolleras. Eso sí es lo lógico. Lo útil. Lo comprensible. Pero hasta que ese punto llegue, me tengo que conformar con lo que pillo, las de mi ralea. O pervertir a alguna que se deje. Esto es cansado, triste, melancólico a tope. Me encapricho, siempre me enamoro de las mujeres de mis clientes, esas pájaras que no se acomodan en el nido, que vuelan inquietas de acá para allá, más perdidas que nadie, disfrazadas de putas por las calles, buscando soluciones que no existen en el hombro de hombres que no existen. Huyendo del cajón de la manteca rancia, del deseo caducado, del morbo cero. Y se ponen de cero a cien en diez segundos cuando llegan a puerto, al puerto de otros brazos peludos, de otro torso, barrigón a veces, maduro, calvo, impotente incluso, que las hay tontas, masocas, que creen que se puede amar a un impotente, o a un tío que se corre en diez segundos con solo un lametón al glande, sobre una cama cutre de hotel antilujuria, antirromanticismo, antitodo. Y ese inútil se corre en diez segundos porque viene de otro lugar donde le pasa lo mismo, y él ha sido quien en este caso ha tomado la delantera en la recta de los cuernos a su santa esposa, y se une a otra mujer que es como la suya, y se hace una reorganización extraña, reparto equitativo de cuernos de cornudos, de mujeres tristes con hombres hastiados, de hombres marchitos con mujeres desesperadas. Y todos se consuelan mutuamente, para volver al paro del amor en los lechos legales, conyugales. Y no hay amor en las camas de matrimonio, pero tampoco en las de hoteles y fondas y moteles de quinta, escondidos, rijosos. Pero es mejor rijosos que el desierto de casa. ¿Y quién tiene la culpa? Yo, por ejemplo. Yo tengo la culpa de mi abandono, de mi incredulidad. Yo persigo a esa especie, los acoso y derribo, los vigilo, les veo sus pollas flácidas, sus rostros anhelantes, sus miradas después de hacerlo, con mi teleobjetivo, que parece un arma de rematar animales cogidos en una trampa. Esas miradas poscoito que relucen con la llama de una duda

enorme, materializada tras el orgasmo, o el no orgasmo de ellas, que fingen también con estos, que sí, que yo lo he visto, fingen también, ¡ay que joderse!, con sus amantes. Los mismos perros con distintos collares. Y digo yo, si se vuelve a repetir la escena, todo el montaje, ¿para qué irse de casa con otro imbécil como el que ya tienes? ¿No sería mejor quedarse con él y echarse al coleto un gigoló de vez en cuando? Pagarse la aventura, es el único modo de satisfacer el hambre de pasión, novedad, sexo furtivo, morbo y poder de una polla insaciable, pagada eso sí, pero polla profesional, que se empeña y empeña en quedar bien con su cliente. Y mientras tanto, yo encaprichada de Sofía. Me gusta. Es guapa, inteligente. Tiene clase. Me gusta. Artista. ¡Y qué culo!

Ramón se está tomando unas cañas con su mejor amigo, Carlos, en una terraza cercana a su casa. Sujeta una cerveza con una mano, y con la otra hace aspavientos y habla atropelladamente. Carlos lo escucha con la misma cara que pondría alguien contemplando a un marciano.

—Mira, Carlos, ya no sé qué hacer. No hago más que el payaso, y tú me conoces, yo soy un tío de lo más serio. No comprendo lo que me está pasando. Cuanto más quiero solucionar las cosas, más se ponen en mi contra.

—Pero ¿qué te está pasando, Ramón? Me lo quieres contar de una vez…

—De todo. Mira, creyendo que Sofía había por fin recapacitado en su actitud, me encontré encima de ella haciéndome una paja que no pude controlar y eyaculé sobre su falda, poniéndola perdida. Estuvo sin hablarme una semana, y entonces me decidí a ponerle un detective privado, ¿recuerdas?, para ver qué coño le pasa, y si es que de verdad me está poniendo los cuernos. Así que contraté a una chica que se dedica a eso, y me ha dado unos informes de lo más extraños, sin pruebas de ninguna clase, pero que indican que Sofía anda en algún asunto turbio, en algo raro, te lo digo yo, y ella, Patricia, la detective, también lo piensa, según su olfato, dice. Por otro lado, me he metido a terapia en un centro psicológico, para ver si me ayudan a superar esta situación. Ese adonde va Judith, la amiga de tu hermana, que por cierto, está como una regadera. Tú

me conoces, Carlos, no pongas esa cara. Sabes que nunca hubiera ido a un lugar de esos, sabes que me cago en los loqueros, pero qué otra opción tenía. Pensé que igual podía pillar algún truquillo o algo así para manejar a Sofía, entiéndeme. Pero no solo no me ha servido de nada sino que además me han dado de hostias, un gilipollas al que no le gusta follar, un maricón que dice, el muy cretino, que el sexo no es lo más importante. ¿Te imaginas?

—¿Y por eso te has pegado con él?

—Sí, claro. ¿Qué pasa? ¿Te extraña?

—Que no sé quién está más loco, si Sofía o tú. Sois tal para cual.

—Pues Judith tampoco es que esté muy cuerda, ¿eh?

—Pues no conozco su caso, la verdad.

—¿Que no? Pues te lo digo en dos palabras: está más caliente que el palo de un churrero.

—No me extraña. Ha estado siempre debajo de las faldas de su madre, y no ha tenido ni tiempo de echarse un polvo en condiciones. No me extrañaría que fuera todavía virgen, a pesar de su edad.

—¡Como que es virgen, claro! Lo ha dicho allí mismo, sin cortarse un pelo. La verdad es que me dejó planchado, ¡vaya corte!

—Y tú, ¿qué? También dirías que no te follas a tu mujer, ¿no?

—Sí… es cierto. Pero no es lo mismo. Yo voy por Sofía. Para ver si lo soluciono. No por mí, claro.

—Claro, claro. Es cierto. ¿Cómo se me ha ocurrido dudarlo?

—Mira, Carlos, estoy un poco harto de tus insinuaciones. Para una vez que se me ocurre ser moderno, que se me ocurre ser creativo, como dice Sofía, que ya sabes que eso es lo que más me echa en cara, que no soy creativo, no te jode, pues eso, para una vez que lo soy, vas y te descojonas.

—¿Me vas a zurrar a mí también?

—Desde que vengo a terapia me estoy volviendo de puta…

—Pues yo vivo en un universo paralelo, como si me hubiera fumado un porro. Debe de ser por la medicación.

—Pues yo estoy cada vez más confundida.

—Yo creo que no es que te estés volviendo puta, Judith, es que ya lo eras, tía, solo que en la imaginación. Ahora lo eres en la

realidad. Has cumplido tus sueños más deseados.

—Tal vez tengas razón, que llevo muchos años de retraso, y eso se paga luego en puterío para ponerse una al día. Me avergüenzo de mi actitud, pero no puedo evitarlo.

—Oye, perdonad que me meta donde no me llaman, pero te estás pasando, ¿eh, Ramón? Eres un tipo desagradable y violento. No me gustas, ¿te enteras? Desde que llegaste aquí no haces más que pasarte con todos nosotros. No sé cómo te han dejado volver después de lo que sucedió el otro día. Pero supongo que porque esto en el fondo es como la vida, a pesar de estar aquí encerrados, y hay que toparse con gente de todas clases. Y será bueno para la terapia, supongo. Pero haz el favor de tratar con delicadeza a Judith, que es muy sensible, lo ha pasado muy mal y está intentando solucionar su vida como puede.

—Pues yo te voy a decir por qué me han dejado volver: porque soy un ser humano. No como tú, que vives del aire, que vuelas con tus alitas y ni comes ni cagas ni follas. Solo miras a los ojitos de tu novia y ella se pierde en ellos, sin querer tocarte, tan contenta, la muy…

—Ni te imaginas mi situación, pero sé que te reirías si te la cuento.

—¿Por qué? ¿Me crees tan idiota, tan insensible? Estoy empezando a sentirme un incomprendido.

—A mi manera yo también lo soy, pero por las razones contrarias a las tuyas.

—Prueba a contarme tu historia y prometo no llamarte maricón.

—Bueno. En fin. Ya conté mis comienzos, mi vida de piloto, normalita. Un patrón corriente.

—Yo no estaba.

—Es verdad, pero me aburre hablar de mi vida anterior.

—Es la que tienes. Es tu pasado, Jorge. Y no se puede vivir de espaldas al pasado. Yo estoy muy orgulloso de lo que soy, y lo soy gracias a mi pasado.

—Sí, Ramón, ese es el error. Creerse que el pasado es nuestra tarjeta de visita.

—Pues el currículum ¿qué es sino el pasado en forma de tarjeta de visita? Para cualquier cosa te piden tu pasado, y sin él no vas a ninguna parte.

—Pues eso pensaba yo, pero ahora creo que deberían preguntar por el presente, por la capacidad para vivir minuto a minuto, por el espíritu con que va vestido uno en el instante justo de ir a presentarse, de ir a decir quién es.

—Sí, ser creativo, ¿verdad?

—Claro.

—¿Qué os ha dado a todos, si puede saberse? ¿Es una plaga, la peste creativa, o un virus o algo así?

—¿A qué te refieres con todos? ¿Quién más habla de creatividad?

—Pues mi mujer, por ejemplo, que está loca.

—Pues si la diagnosticas solo con ese dato, creo que el loco eres tú.

—Y dale, hombre. No, si el loco seré yo, claro, y todos los demás sois oráculos divinos, con la respuesta acertada para cada cosa. Y yo el único que no sé de qué va nada. Y encima no me como una rosca.

—Pero Ramón, ¿se puede saber qué te pasa? Eres un ser extraño al que no comprendo en absoluto. Parece como si te torturaran cien mil agujas punzantes y te coceara una manada de búfalos rabiosos al mismo tiempo.

—Exacto, tú lo has dicho. Ese soy yo, y añádele que no follo.

—Vale, y además no follas. Entonces, resumiendo, ¿queda algo bueno en tu vida?

—Mira, yo bastante he hecho con sobrevivir. E incluso vivir a veces. Y no me quejo de mi suerte. Soy una persona muy racional y a mucha honra. Solo la racionalidad ha sabido preservarme de mis fantasmas, de mis miedos y de mí mismo. La razón me enseña a controlarme, porque no se puede ir por la vida dejando que fluyan los sentimientos y expresando todo lo que te viene a la boca y a las manos. Yo me controlo, y gracias a este control, consigo vivir en paz con mis semejantes. Si dijera lo que pienso a toda hora, no podría vivir en comunidad, tendría que exiliarme a una isla desierta. El cerebro es lo que nos diferencia de los animales.

—¿Y tu infancia? ¿Cómo fue?

—No me vengas tú también con lo de la infancia, que estoy de psicologías hasta las pelotas. Ahí os equivocáis todos. Tuve una infancia feliz, jugué al fútbol y leí muchos libros, y pinté todo lo que quise, y me sabía de memoria las calles, farolas, bancos y

papeleras del barrio. Empecé a trabajar enseguida, incluso antes de terminar la carrera, y ahora tengo un buen trabajo. Soy abogado y tengo un bufete propio. No soy millonario, pero me defiendo. Y además no tengo excesivas ambiciones.

—Solo follar.

—Sí, esa es la principal. No te lo niego.

—¿Y follar no es creativo?

—Es un instinto, es algo necesario. Es de lo mejor que hay.

—Es decir, que lo mejor que hay en esta vida está encerrado en nuestros instintos.

—Si así lo quieres ver, bueno.

—Entonces lo que está en el instinto no está en la razón, en el cerebro, sino que saldría directamente del cuerpo, digo yo.

—De acuerdo. ¿Y?

—Pues que tienes que tomar una decisión sobre lo que en realidad te conviene: la razón, que te ayuda a controlarte y te diferencia de los animales, o el instinto, que te acerca a la fauna y te obliga a follar en contra de lo que dice la razón, que hay que controlarse.

—No me gustan los sofismas, Jorge. Es la razón la que me dice lo bueno que es follar, aunque follar sea un instinto. Si no fuera por la razón, yo no sabría que follar es tan bueno.

—Pero por lo que explicas, parece que es la misma razón que te dice que solo si controlas los instintos puedes vivir en compañía y así evitar el exilio en la isla desierta.

—Sí, pero no sé a dónde quieres ir a parar.

—Es decir, que si, haciéndole caso a tu cerebro, controlases tu instinto de follar, podrías vivir en paz con tu mujer, que parece que a estas alturas no quiere saber nada de tu pene.

—¿Y cómo sacio mi instinto de follar?

—Te lo reprimes o le buscas una válvula de escape, como haces con los demás sentimientos que no sacas a la luz.

—Creo que te voy entendiendo.

—Es decir, que para poder seguir viviendo con tu mujer —suponiendo que sea eso lo que quieres— necesitas dejar de desearla de esa manera enfermiza, y si es tan fuerte tu necesidad de follar, pues te buscas la vida en otro lado. La vida sexual, me refiero.

—Umm…

—Usa la cabeza, hombre, que no haces más que mentarla.
—¿Estás seguro?
—Pues claro. Prueba a ver.
—Oye, Judith, ¿tienes algo que hacer después de esto?
—Nada, ¿por qué?

Cómo me gusta el olor de los hombres. A jabón de lavar la ropa, a suavizante, a plancha, after shave, desodorante y todo ello mezclado con su olor verdadero, el sudor masculino. La obscenidad me visita de vez en cuando, como un invitado por sorpresa. O quizá no. Tal vez se va gestando en mi interior, la voy rumiando poco a poco, y de pronto se agolpa en la salida, llena de sangre en ebullición, de nervios tensos y cálidos, humeante, recién hervida. Y cuando sale no sé qué hacer con ella. Normalmente la vuelvo a recoger y me la subo a la cabeza, donde la meto en la alacena de la fantasía. Es porque fuera coge frío, sin objeto donde posarla, sin cobijo o amparo de manos cariñosas, de un cuerpo receptor, de algún amante. Y no puedo dejarla ahí fuera, en mitad del descampado de la nada, desangelada. No puedo por pena, o porque no sé dejarla; no puedo porque no soporto el abandono. Yo no soy así. Yo no abandono lo mío. No me abandono a mí misma. No abandono a quienes amo. Recojo mi obscenidad y la guardo, absorbida por mi cerebro, que trajina con ella, carnaza para la mente.

¿Qué sería de la mente sin su alimento? Sin material sensible pasado por el cedazo de la radiografía intelectual, el cerebro moriría cansado de no pensar. Necesita de asuntos que requieran sus vueltas de tuerca, su repostería de mezclas en la olla craneal. Es como hacer turrón en el interior de la calavera. Removiendo con un palo las almendras molidas, con el azúcar y el huevo, la masa del pensamiento se va haciendo más y más densa, va tomando cuerpo, imaginario claro, nunca es cuerpo cierto y efectivo, pero es un cuerpo casi más real que la piel misma. Porque es la verdad soñada, a la carta, justo la que uno quiere,

persigue, anhela. Y sigue uno dando vueltas al palo de remover la fantasía, y las almendras se fusionan con el azúcar y el huevo, y la emulsión es cada vez más suave, más depurada, porque el deseo va colocando, cada vez más afinado, los elementos que van a decorar más propiamente la escena de su pasión.

Oigo de pronto la bocina de un camión o de un autobús en la lejanía, con la ventana abierta, un sonido grave y brutal, estentóreo y desaforado, que cubre el cielo por completo, retumba en todos los cristales, que es como un lamento angustioso, sobrecogedor, en medio de la ciudad, un grito de espanto, de tristeza, de dolor, y estoy de golpe a la orilla del agua, sobre el muelle, despidiendo mi deseo en el puerto, mientras la bocina insistente avisa de que el barco se está yendo, rumbo a otros mares. Y me deja sola, sin mi deseo. Con mi obscenidad. Porque el deseo sin deseo es pura obscenidad. Y solo de la mano del deseo la obscenidad se hace sublime y tiene sentido.

Y la culpa de que mi deseo navegue en ese barco desconocido, que da bocinazos de aviso de tragedia, que da gritos de despedida, que se me va, se me va, a pesar de Jorge y sus absurdas de teorías de que en realidad se me viene, el barco de mi deseo se me va al regazo de la nada, la culpa es de Jorge. Todo por Jorge. Que solo sabe pilotar aviones, y no sabe navegar deseos por el mar adelante.

Todo empezó contigo. Tú me llamaste una tarde después de veinte años. Tú abriste la espita. La espita de la insatisfacción, del adulterio. Cuando pienso en ti me recorre un latigazo por todo el cuerpo, un escalofrío de deseo mezclado con ternura cien por cien, y me descompongo en órganos blandos, se me desarman los miembros, los brazos y las piernas se me aflojan, como tornillos desencajados y sueltos, y la carne se me vuelve presente, hipersensible, abierta. Y me pegaría a tus labios, viviría en tu boca o en tu bolsillo, de tu boca a tu bolsillo, recorriéndote el cuerpo y tatuando tu piel con caquitas de gusano mojado. Quiero meterme

en tu bolsillo. Ir mirando el mundo desde allí, asomar solo los ojillos por encima del pespunte, abrigadita, protegida, recogida de peligros y adversidades, sin dolor de tripa. Y salir solo cuando el gusano mojado florece entre los dos, ese gusano cálido y subterráneo que de noche besa el cuello y muerde el alma, y luego, de día, sale a trabajar y a hacer la compra, y monta en coche y habla con el jefe y sigue viviendo como si nada. Ese gusano que me da dolor de estómago, ese gusano que somos tú y yo. Aguas subterráneas, gusanos mojados que se meten en tu boca. Tengo que controlarme. Siempre. Ducha fría. Me tienes en el bote. En tu botecillo que navega como un delfín, en tu barquita de manos firmes, manos seguras, manos que mecen mi cuna, y me fío y me dejo llevar. Manos hábiles, dulces, tocadoras. Tócame, Jorge, tócame. Y de nuevo me visita al territorio del deseo tu imagen vestida de esmoquin y en postura de swing, con tu cadera revirada, y tu pie para arriba, y esos ojos que me turban, también a mí me turban tus ojos. Tantas horas perdidas en tus ojos, enredada en tus pestañas, tanto mirar tu boca… En el colegio. No sé si es sano o acorde a la razón, no sé si responde al orden establecido, a las normas vigentes sobre miradas y bocas, sobre cuánto tiempo se considera oportuno y adecuado socialmente mirar a alguien, pero sé que es intenso, es vivir, es tocar la vida con las manos. Dejo pues a mis gusanos mojados recorrer tu cuerpo sabio por el laberinto de los sueños. Y me encuentro fatal, y a la vez radiante. Me das vida y me la quitas, me matas pero me resucitas, con tu boca a boca caliente, húmedo, vivificante, tan potente que resucita a una muerta. Ahora mismo muero y me entierran bajo las alcantarillas del tormento, donde se alimentan de mi cuerpo los gusanos mojados del deseo. Y como no quiero morir, porque no quiero, porque besarte es más hermoso y más interesante, me despierta tu lengua desnuda lavando mis heridas, y tus labios retoman el trabajo lento de los gusanos, y en lugar de comerme esas orugas, me come tu boca, me toca tu mano, me mece tu remo. Por cierto, me encanta tu remo. Me excita pensar en él. Y ya estoy aquí, acercándome a ti dulcemente a poquitos,

hablándote suave, yendo y viniendo de mi corazón a mis sesos, aquí estoy al otro lado de las palabras, tomándote la tensión, el pulso, analizando tu sangre, tu orina, tu excremento, todo lo que es tu jugo, y tus cenizas. Y acabaré domesticada yo, me temo. Y luego me vienen esos deseos contrarios, de mujer mala, porque de pronto, querido mío, te odio y deseo que te echen del trabajo y te vayas de la ciudad, que te enroles en mil barcos, que navegues mil mares y que desde la borda observes en lontananza mis mil montañas nevadas a lo lejos, desde el otro lado de mil océanos. Y te deseo que nunca puedas echar el ancla en puerto resguardado y que nunca sientes la cabeza y que nunca te encuentres a gusto en el mismo lugar más de dos días seguidos. Y para que tu vida sea el constante vagar, aventurero, sin lazos que te anuden al bando sentimental de los demás mortales, de aquellos que, necios y vulgares, nos comprometemos con otro ser humano en la ardua tarea de sacar adelante una relación afectiva, una vida en común, unos besos, con heridas y botiquín de urgencia. Y deseo que con tus nudos marineros te ahorques tú mismo, pero sin morir del todo, medio vivo, atando y desatando tus nudos en el barco de la pasión, constantemente huido, y que cuando te creas a salvo en algún puerto amigo, que no puedas sentir más que la certeza de estar desatracado frente al muelle, siempre desatracado, desgajado, desterrado, a pesar de los nudos, de las cuerdas con que no quieres atarte a mí. Y deseo, te deseo la condena de que me sigas huyendo hasta la eternidad. Y mientras tanto te envío mil besos de gusano mojadísimo. Ya que no puedo vivir sin ti.

—Jorge, no puedo más. Si no nos vemos me mato, te juro que me mato.

—No dejo de pensar en ti, Sofía. Eso es lo único que puedo decirte.

—Ramón se va este fin de semana para solucionar un asunto. Ven a mi casa.

—Está bien. Hago lo que tú digas. No puedo desobedecerte, que sería como ir contra mis deseos. Yo no soy de piedra, y no hago más

que pensar en tu cuerpo. Te deseo, Sofía, te deseo como a ninguna otra mujer. Tal vez es que el deseo se acumula si no se le da salida, y ha pasado demasiado tiempo desde la primera vez que nos miramos.

—Ven a casa el sábado.

—Piensa que toda esta pasión podría ser solo deseo acumulado…

—Una semana entera en la cama contigo no acabaría con lo que siento.

—¿Cómo estás tan segura?

—No lo estoy.

—¿Entonces?

—Lo estoy y no lo estoy.

—Esa es la cuestión.

—Sí y no.

—Vaya.

—Ahora estoy segura de que una semana entera en la cama contigo no acabaría con lo que siento. Pero no puedo afirmar que de dárseme esta oportunidad las cosas fueran tal y como las siento en este mismo instante.

—Por eso no conviene hacer afirmaciones de ese calibre. Son engañosas y comprometidas.

—Me gustan esas frases. Siempre me han gustado y no quiero renunciar a ellas solo porque a la larga puedan resultar no ciertas.

—Pero si de antemano ya tienes dudas, ¿de qué sirven, Sofía?

—Sirven para decirte con palabras el nivel de mi deseo. Sirven para expresarte de algún modo cercano a lo posible lo que al ser humano le está vedado, que es la contemplación del futuro. Sirven para declarar de forma apasionada lo que siento por ti. Tal vez no sean estrictamente consecuentes, futuribles, realistas, pero son voces que llevo dentro, frases para ti y solo para ti, inspiradas por ti, Jorge.

—Voces como cantos de sirena, frases peligrosas.

—Ven a casa el sábado o me muero.

—Iré.

La señora Balmar definitivamente no tiene amante. Paso las

horas muertas siguiendo a su mujer, y nada parece indicar que su comportamiento esconda ninguna relación adúltera. No veo razón alguna para seguir vigilándola. Patricia Delamo.

Estas amas de casa con lánguidas ojeras y cara de mujer fatal, que pasean por las aceras con un pitillo enredado entre las uñas pintadas, garritas finas, y un abrigo corto, falda por encima de la rodilla, cuello alto, pelo corto, bolso en bandolera, a veces un collarcito de perlas falsas, bisutería casi invisible, ojos lejanos, estas amas de casa que llevan la mirada más allá de toda ley, que la llevan al patíbulo, mientras por dentro huyen de todos, por dentro viaja en su interior el murmullo de la última película, el último vídeo alquilado, la última novela, todo en ellas es tan último y sin embargo tan nuevo, tan primero, tan residente en su pasar, boquitas de carmín, mujeres fatales con más clase para el cargo que ninguna actriz consagrada, de la Garbo a Rodolfo Valentino —que a pesar de ser macho tenía un no sé qué de mujerona fatal impreso en esos ojos maquillados de media luna—, pasando por Gloria Swanson y todo lo que el cine ha dado de sí sobre el asunto. Esas amas de casa que tiemblan levemente cuando miran al infinito, en escalofríos de párpado caído por el peso de la realidad, esas amas de casa me gustan, me excitan siempre, me enganchan a sus cuellos, como lastre de un globo incapaz de levar anclas y llegar al final. Estoy perdida cuando las veo levitar por encima del asfalto, cruzar los pasos de cebra, vadear los contenedores de vidrio, esperar el semáforo, autómatas hermosas, ojos morados de andar buscando la noche en las nubes del cielo blanco de la ciudad. Las mujeres fatales que levitan por la acera, cargadas de bolsas que van soltando al atardecer, de la compra del súper, que les hace de lastre para no volar, y cuando llegan a casa, a su portal, emprenden el vuelo imaginariamente porque durante el camino de la tienda a casa, soltaron una y mil veces todas las bolsas con su carga incluida, leches, panes de molde, ajax, azafranes y pollos troceados, y naranjas al peso, mantequilla, sopa de sobre, cebollas, y manojos de envidias, digo endibias, o envidias, todas las envidias de las amas de casa, señoras de su casa, mujeres amazonas que vienen de la guerra a casa y de casa a la guerra sin salir del hogar, donde se desencadenan las mayores batallas, con fragor y todo, o más bien fagor, que es buena marca. El fagor de la batalla. Y he seguido a

Sofía por la calle abajo, y llevaba ese rostro de mujer fatal inconfundible de esas amas de casa que donde menos refugio obtienen es donde se supone que empieza su intimidad tras la puerta de la calle, y Sofía, que obviamente no es de esa raza, sino una mujer profesional, con trabajo, sin duda realizada, Sofía tiene la misma cara que las no realizadas, porque no se realiza en otros ámbitos, y entonces lo mismo da, la cara es un poema, de mujer fatal realizada. Y va camino de no sé dónde, camino arriba, anda deprisa, aligerando el paso, como si volara, y se mete en la boca del metro, como en la boca del lobo, porque va como alma que lleva el diablo, mujer lobo, convertida en exhalación, con un petardo en el culo y ojos de mirada brillante, el olor del metro es mi pasado, el olfato es el pasado, los olores son recuerdos, y se baja en tres paradas y sale y sigue andando, y llega a la esquina de una calle, y gira y en la siguiente manzana se mete en un café, y sin pararse se lanza al final de la barra, y sentado en el mostrador hay un hombre. Guapo. Un hombre. Vaya. ¡Un hombre!

Me molesta espiar cuando veo que sobro. Sé que siempre sobro, lo sé, y no me importa especialmente, pero hay momentos concretos en que odio mi profesión, hay instantes largos en que hasta yo respeto la privacidad del mundo. También realizada, mujer fatal realizada. Yo también. Por eso me enternece tanto Sofía, porque es el espejo de mi vida, si no fuera porque me apeé a tiempo del barco del amor. Es el espejo de mi vida imposible, de la vida que burlé y a la que di esquinazo. Y yo me quedé en tierra, mirando en el puerto, diciendo adiós con un pañuelo agitado, pero Sofia es náufraga del barco del amor. Ese amor con el que se sufre como una condenada. De haber escogido otro camino, de haberme lanzado a la piscina de la convivencia heterosexual con aquel que era el doble de su Ramón, o de todos los Ramones del universo, hubiera sido yo la que haría el amor desesperadamente en esa cama. La que arrancaría la ropa de ese hombre a zarpazos, la que comería su cuello, la que besaría sus ojos, chuparía sus orejas, la que rompería mi vida contra ese oleaje de pasión reprimida, la que quebraría mis huesos contra ese muro de carne masculina. *La señora Balmar definitivamente no tiene amante*. Tiene un hombre entre las piernas. Eso no es un

amante, es pura necesidad. *No veo razón alguna para seguir vigilándola*. Tengo toda la información que necesito. Solo quiero ver su estilo. Su entrega. *Patricia Delamo*. Ha puesto un disco viejo en la gramola del salón y baila pegada a él, formando una morcilla humana. Está en su casa. Se lo ha llevado a su casa. Ramón está de viaje. Marido oportunamente viajero. Por el ansia que se adivina en Sofía, si Ramón no se llega a ir de viaje, ella se tira a la vía del tren, se mata. Se mata por besarlo. Por besar a su amante entre las piernas. Se mata por acariciarlo, y domarlo, y multiplicarlo en varios amantes, que uno no le es suficiente a Sofía, este solo no puede con toda la responsabilidad, este desgraciado debe hacerse dos y tres y cuatro amantes para saciar el ansia de Sofía. *Paso las horas muertas siguiendo a su mujer, y nada parece indicar que su comportamiento esconda ninguna relación adúltera*. Es un ansia sentimental. Se ve a cien leguas, se ve desde mi objetivo. Lo huelo. Es ansia sentimental. Por eso a ella no le llega, porque con un pene se va aguantando el deseo carnal, pero se necesitan muchas manos, más de dos, cuatro, seis, y muchas bocas, tocando y besando los huecos del alma, las arrugas de la pena, alisando el miedo, apagando los cráteres del abandono. Este no es un amante convencional. Es un parche de amor. Es el amor de verdad, el amor real. Es el único sentido del amor. Parchear el alma para poder seguir viviendo.

La señora Balmar definitivamente no tiene amante. Paso las horas muertas siguiendo a su mujer, y nada parece indicar que su comportamiento esconda ninguna relación adúltera. No veo razón alguna para seguir vigilándola. Patricia Delamo.

—¿Y estás seguro de que tu mujer no sospecha nada?

—Pienso que no. Está demasiado ocupada con sus metafísicas. Cuando le dije que me iba el fin de semana por un asunto de curro, parecía hasta contenta.

Ramón lleva en su coche a Judith camino de un hotelito en mitad de la sierra, a ciento cincuenta kilómetros de Sofía. Judith es muy delicada, como de porcelana, a ojos de Ramón, que especula con las diferencias entre su mujer y ella. Es más delgada, pero desde

que se apuntó a la terapia, Ramón ha ido viendo cómo Judith cambiaba paulatinamente. Se había ido metamorfoseando en una mujer de nervio, fina pero nervuda. Había adquirido volumen, no en gordura, sino en presencia. Tenía más entidad conforme había ido perdiendo la vergüenza, conforme se había ido desinhibiendo. Judith no conoció varón, pero parece que ya lo conoce, vamos, que ha conocido a unos cuantos, que ya no es virgen y mártir. Es que eso de «conocer» varón es la leche. Da la risa. A Ramón le da la risa nerviosa. No le cabe en la cabeza que Judith llegase virgen a los veintisiete. Y allí está él, camino de no sé dónde, un alojamiento rural, de esos de moda, no sé qué hostias de un molino de viento rehabilitado, con un pedazo de mujer que es como una manzana poco mordida por la jauría masculina. Una mujer que quiere guerra. Lo ha dicho, ¿eh? Lo ha dicho. No hay equívocos. Son mayorcitos. Saben a lo que vienen. Al lado del río. En medio de un valle. Con nieves en las cumbres. Judith quiere acostarse con él. Es un poco fuerte comenzar así, como si fuera un contrato, un intercambio de bienes y servicios. Porque Ramón es un romántico a su manera; la idea que tiene él de lo que es ser romántico es bastante parca, somera, espartana. Vamos, Ramón es todo lo romántico que pudiera ser un espartano romántico. Esto es algo que Ramón tiene clarísimo. También los de Esparta eran románticos, lo que pasa es que la vida es como la guerra, y nadie puede imaginar a un espartano todo amariconado llorando por sus sentimientos, expresando su sentir a los suyos. Descojonados, vamos, todos descojonados. Y luego, hala, a la roca Tarpeya, puntapié en el trasero y puerta, viaje. No más espartano romántico mariquita. Despeñado. Esparta 1-Sentimientos 0.

Así no se puede ser romántico, con todo a flor de piel, enseñando las miserias sensibleras. Uno tiene que serlo por dentro, muy por dentro. Y pisarlo todos los días para que no salga. Y echarle un poco de tierra a cada instante, y una losa si es posible. Pero que él no saque su lado sensible, el puto lado femenino de los cojones, el jodido lado maricón, no significa que no lo tenga. Claro que lo tiene, joder, pero es que es muy incómodo, no puede ir uno a campo a través vestido de camuflaje, con la mochila y la metralleta, con la cara embadurnada de betún negruzco, dispuesto a enfrentarse con el mundo, y llorando a moco tendido con un

pañuelito en la mano. ¿Dónde se ha visto nada parecido? Su tío, que era marino de guerra, ya lo decía. No le gustaban las palabrotas, y las tenía prohibidas en su casa. Era muy estricto con eso y sus hijos lo aceptaban a regañadientes. Cuando él iba por allí y se le escapaba alguna, su tío lo miraba reprobatoriamente. Una vez, siendo niño, hasta se atrevió a preguntarle si él no había dicho ninguna palabrota en su vida, tan extraño le parecía no largar de vez en cuando un exabrupto liberador de tensiones. El marino le respondió, con toda la fuerza de la lógica en su rostro, y como asombrado de la pregunta: «Pues claro». «¿Y entonces?», le había contestado Ramón, poniendo cara de triunfo, pues creía haber vencido a aquel hombre que se las daba de perfecto educado, haciéndolo reconocer que él también decía palabras malsonantes. Pero el otro, de nuevo con el peso de la lógica, y esta vez pareciendo más cargado de razón que un santo, le hizo la siguiente pregunta:

—¿Te imaginas estar en la cubierta de un navío, en medio de una tormenta del diablo, jugándote la vida en cada viraje del barco, en cada golpe de botabara, en cada maniobra, y gritar «¡recórcholis, arríame esa vela, por favor, cariño!»?

Ramón se había quedado pegado a la silla donde estaba sentado y no volvió a mencionar el tema, ni entonces ni nunca más, pues le había quedado meridianamente claro que, en esa situación concreta, andarse con finuras no era el estilo que hubiera convenido al caso, sino la versión dura de la frase, algo así como «¡Joder, arríame esa vela, cabrón, hijo de puta o te la meto por el culo!». Y eso le había servido como lección de combate, dándole la explicación adecuada sobre la vida, porque para él la vida era la cubierta de un barco en mitad de la tormenta. No se podía ir con el alma en la mano, con el corazón al descubierto, dándose uno en cada esquina. El romanticismo aplicado a la estrategia militar hubiera hecho perder todas las guerras que se habían ganado y hubiera hundido todos los barcos que habían conseguido seguir a flote a lo largo de la historia.

Y así iba él, Ramón, conduciendo aquella mañana de junio, pisoteando la flor del acelerador con fuerza, con botaza de milico y no con zapatito de damisela. Iba con Judith a su lado, que lo miraba de reojo a veces, hablando poco, unas frases corrientes, del paisaje,

la carretera, los coches, el tiempo. Y aun cuando tenía ganas, le venían de golpe, de decirle que él no era así, que él era un hombre encantador a su manera, dulce y delicado, que no quería pisotear su ingenuidad, que no venía a romper nada, y menos la magia o la ilusión, que no quería resultar grosero o salido, o insensible, que tenía miedo, que se sentía torpe pero quería ser feliz y hacerla a ella también feliz aunque no la conocía casi, o en realidad sí, la conocía, que en la terapia se conoce a la gente muy a fondo, que es horroroso pero te calan, vaya que si te calan los otros, y tú a los demás, a la recíproca, y aun cuando su deseo era este, su actitud exterior parecía tibiamente distante, cortés pero sin zarandajas ni ñoñerías, extremadamente educada, envarada, rígida, y muy poco *creativa*, como la hubiera calificado Sofía si hubiera podido mirar por un agujerito.

A través de un agujero espío a mi rival. Con el teleobjetivo. Es un hombre guapo, no muy alto, no muy musculoso, no muy grueso, no muy delgado. Está extraordinariamente bien concebido por la naturaleza, en el sentido de las proporciones. La distribución de sus músculos es dulce y fuerte, sin exceso de grasa, y tiene un culo pequeño, como un par de mejillones siameses que formaran un corazón partido y del revés, o en realidad, una cáscara de mejillón abierta y boca abajo, yo sé lo que me digo, un culo bonito, que dan ganas de acariciarlo de la manera en que se roza suavemente un pétalo de rosa. Es un cuerpo que pide ser abrazado, un hombre casi como un niño, que pide a gritos algo más que sexo, un sexo carnal de besos tiernos, un sexo que está más cerca de la piel que de los jugos, más cerca del cielo que del infierno. Y precisamente por eso, Sofía, estoy segura, siente esa pasión que la devora, porque es hermoso tocar el cielo con los pezones. Acabando en el infierno de cabeza.

Si yo tocara a Sofía después de un revolcón con ese hombre celeste, moriría de embriaguez, porque tocaría su culo, que es exacto al de su amante, y sería como tocar dos culos, cuatro mejillones de un solo trazo de mano. Un atracón de marisco. Tocaría a la mujer saciada de hombres, pero incompleta, y le daría la parte que le falta, mi experiencia, y observaría su asombro al

comprobar que una mujer guarda en sí la otra parte, esa parte que de verdad sacia. Si pudiera acercarme a ella y ofrecerle mis tesoros, mi sobreabundancia de mimos, que no puedo desfogar, que me niego a diario, entonces la arroparía entre mis senos, y atraparía su culo en el lazo de mis manos cazamariposas, y mordería sus hombros y libaría su cuello, y deslizaría palabras de amor en sus oídos prisioneros de delirios masculinos, derribando la puerta de su necesidad y locura, anestesiando su grito de deseo insatisfecho. Pero Sofía es una cárcel donde no puedo entrar. Es una cárcel de hombres, y si me detuvieran, yo solo podría ir a una cárcel de mujeres. Eso es lo estipulado por la ley y el orden. Y también por mi sexo.

Esto del sexo es una puta mierda, un lío. Por un lado los hombres, y por otro, las mujeres, descendiendo todos del árbol del bien y del mal, de Adán y Eva, o quizá de una manzana, que ni es animal ni tiene sexo. Pero no, esa es la leyenda. El origen real es un mono. Mono y mona, vitalistas y descerebrados. Hombre y mujer, constantemente en la cuerda floja de los instintos y la razón; siempre dándose explicaciones para no enloquecer, para que cuadre todo, para que encaje lo absurdo, lo inverosímil, lo inesperado. Unas justificaciones son genéticas, y otras culturales, pero lo genial es que la biología y la cultura nunca se ponen de acuerdo. Pues no es poca la panda de profesionales metidos en esta jungla, cada uno con su teoría. Psicólogos, sociólogos, científicos, más la sabiduría popular y las tertulias de la radio abarrotadas de listillos y famosos dando su versión del *puzzle*, dando su opinión sobre la incompatibilidad de los sexos. Más un montón de escritores narrando la situación muy verídicamente y sacándose unas pelas. Y para colmo me ha pedido una revista que les escriba un artículo sobre la infidelidad femenina y masculina desde el punto de vista de los detectives privados, pues se nos presume en posesión de datos de primera mano. A buena parte han ido a parar. Yo misma no entiendo nada, aparte de que me hice lesbiana porque no soportaba a los hombres ni quería establecer lazos afectivos con ellos. Ni lazos, ni tirantes elásticos ni leches. Guerra a los hombres. Ese es mi lema, o por lo menos, lo fue hace unos cuantos años, cuando decidí romper con la heterosexualidad. Tal vez lo mío también sea cultural. Lo cierto es que este asunto de la infidelidad me da lástima

y risa al mismo tiempo.

En el ámbito de la infidelidad, por los datos que yo manejo, actualmente todo es un auténtico sinsentido. Por ejemplo, en lo que respecta a la de los hombres se suele dar una explicación biológica: que su natural es fecundar a muchas hembras para asegurarse la expansión de sus genes y de ahí su tendencia a tirárselas a todas sin pensar en las consecuencias y sin tener en cuenta sus propios estados civiles o arrejuntamientos. Vamos, que los muy beatos, en el pecado llevan la expiación, porque mientras se follan a unas cuantas, hacen la buena acción del día, ya que a la vez están currando por la especie y cumpliendo con una obligación ecológica. Rizando el rizo de lo imposible, de todos los hombres que ponen cuernos, lo extraño para la lógica genética es que casi ninguno llegue a esparcir su semilla en ningún sitio, porque la mayoría, excepto algún trastornado mental, demuestran una preocupación enfermiza por procurar a toda costa no dejar embarazada a ninguna de sus amantes. Pero eso debe de ser cultural, no cabe duda.

En la otra cara de la moneda, en relación con la tendencia de la mujer a desear una pareja estable y a no irse con el hijo del vecino o cualquier otro a echar un polvo a cada paso, la explicación, claro está, es biológica: la mujer solo genera un óvulo al mes, y cuando se queda encinta tarda nueve meses en gestar a su hijo, por lo que necesita un hombre que cuide de la prole durante todo ese tiempo. Ella es de natural conservadora y no tiene ansias de aventuras, de ahí que no tienda a la infidelidad. Pero como cada vez hay más mujeres que ponen cuernos, y eso lo constato yo misma, la explicación será cultural, es de suponer.

De ahí el constante viaje del ser humano de lo biológico a lo cultural y viceversa. Si un hombre se casa es cultural, si pone cuernos es biológico, si se empeña en no preñar a su amante es cultural, etc., etc., y así hasta la demencia, porque el adulterio, en lugar de simplificarse con los años, se ha vuelto más retorcido.

Nuestros abuelos tenían muy presente su deber conyugal, y practicaban el sano deporte de las aventuras extramatrimoniales con toda tranquilidad, a sabiendas de que no podían violar los vínculos dejando a la parienta, porque las leyes eran socialmente muy respetadas, sostenidas de manera muy férrea. Era un ambiente hipócrita, pero se controlaba muy bien, porque el hombre se salía de madre y siempre volvía al redil, desahogado y sumiso. Así estaba garantizada la permanencia de la familia tradicional. Pero ahora a los tíos se les hace la picha un lío. Y a las mujeres no digamos. Como se ha relajado la obligación social de estar atado a la misma pareja hasta la muerte, la decisión de ruptura es más libre y la separación más fácil. Con la libertad no sabemos qué hacer y nos confunde, porque lo que, por ejemplo un hombre, experimenta como un ataque ansioso de tirarse a una mujer diferente de la suya, lo lleva a plantearse si ya no quiere a la oficial, siendo el motivo verdadero no la falta de amor sino la búsqueda de novedad en la mayor parte de las ocasiones. El sujeto infiel, en lugar de disfrutar de su adulterio en plenitud, se interna en la espiral del razonamiento más insidioso: si deseo a otra es porque se acabó el amor en mi matrimonio, pues nada me obliga a serle infiel a mi mujer más que mi propio desamor. Y ahí comienza la trampa, lanzadera hacia el divorcio y el comienzo de una vida con una nueva mujer, vida cuyo esquema anterior se repetirá inevitablemente hasta el infinito. Y al final sí que es contigo hasta la muerte, porque aunque no sea contigo exactamente, sí lo será con tu doble, con tu gemela.

Yo creo que todo se debe al aburrimiento. Maldito aburrimiento. Nos pasamos la vida buscando experiencias fuertes, vivir algo nuevo, y por eso vamos de flor en flor, intentando revivir aquellos días de amor compulsivo, de pasión loca, que sentimos la primera vez que nos enamoramos. Porque son días que se acaban como una vela que se extingue, y luego llega la monotonía, la estabilidad, la relación de amigos, colegas, cómplices, y toda esa mierda que no nos satisface la química del cuerpo. Y la obsesión por contrarrestar el aburrimiento es propia

de la naturaleza del hombre, es biológica y genética. Y a la mujer le pasa otro tanto de lo mismo. Cuando las necesidades principales están cubiertas y hay un exceso de bienestar y medios, el ser humano inventa nuevos caminos de experimentación para matar el tiempo hasta que llega la muerte. Es su carácter. Por eso no veo solución al problema. Bueno, sí la veo: que dejemos de considerarlo un problema. Que seamos capaces de ver el adulterio como un intercambio más, como una actividad más de nuestras vidas. Que negociemos con él y con nosotros mismos, y con nuestra pareja, y asumamos que el amor no es eterno, y que si lo que queremos es locura febril de unos instantes o unos días, seamos sencillamente infieles, pudiendo optar después por volver al seno del domicilio conyugal, o bien romper con todo y volver a empezar, para de nuevo acabar poniendo cuernos al sustituto o acabar de aceptar la irremediable monotonía de la vida en ese y otros aspectos. Aceptar, en fin, que la vida no es perfecta, y que cada cual necesita de diferente medicina para sobrevivir en la jungla de este universo.

El ojo de Ramón suele ser potente y estar alerta, conectado directamente con su hemisferio izquierdo del cerebro, que es la parte lógica, la que dirige el lado previsible y conocido del planeta llamado Ramón. Pero mientras le está bajando la cremallera del vestido a Judith se vuelve turbio, se empaña de no se sabe qué secreto vaho perfumado de hembra temblorosa y primeriza. Nada que ver con Sofía, que sabe más de la cama que de su propio ser. Sofía se entrega jubilosa, con ansia, prisa, regocijo, a borbotones, y se mueve como pez en el agua. Lo que haría Sofía, según Ramón, en lugar de Judith, es lo que está haciendo Sofía en este instante con otro. Justo ahora, en su casa, viendo los rascacielos a lo lejos por la ventana, atrapada en su mundo de adolescencia, estirando la vida como si fuera un muelle. Donde Sofía lleva el peso de la dirección de actores, Judith se envara sin saber qué hacer. Sofía arrastra a su pequeño Jorge del salón al dormitorio, casi se la puede ver llevándolo en brazos, titánica y voraz, vertida en su deseo y arrojada al volcán de sus visiones tangibles, quemada de antemano

por la piel de su amante. Jorge, anda, muérdeme el cuello como tú lo haces, por fa, pide Sofía ya sobre la cama. Ramón, en cambio, que se ha adjudicado el nombramiento de jefe de la expedición, coge la mano de Judith después de besar a Judith en la boca. El material no se presta a acelerar el rapto. Besa y besa a Judith, en la mirada, en la frente, en las mejillas líquidas, para aplacar su llanto, porque esa mujer se le ha echado a llorar en plena acción, y no sabe cómo abordarla, porque él venía de caza, dirigiendo el cotarro, con la escopeta al hombro, aguerrido y seguro de cobrarse la presa. Si quieres lo dejamos, le dice en un momento, dispuesto a claudicar por efecto de la humedad de unas lágrimas de mujer que mojan su camisa. No, por favor, ya se me pasa, dice la otra respirando fuerte, mirando hacia la nada, y remitiendo el llanto. Y en ese tiempo Sofía ya ha desnudado a Jorge, se ha desnudado ella y ya lo tiene encima y dentro de su cuerpo, a galope tendido. Ramón va más despacio, mucho más lento. Nada que ver con Sofía, piensa a retazos, mientras sus ojos turbios bajan la cremallera de un tímido vestido, a cámara lenta, ralentizando cada movimiento para no espantar al ciervo hembra que desviste de luz hacia una cama en sombras. Y simultáneamente, Jorge le lleva varias vueltas de ventaja, con su mujer. Ahora Sofía se está corriendo, dando gritos ahogados, con los ojos en blanco, tomada por completo por el placer de Jorge. Y Jorge ya no puede más y se corre con ella, tan dentro de ella que no puede ni imaginar hasta dónde le ha llegado a Sofía. Donde ningún otro hombre es capaz de llegarle a Sofía. Porque Jorge consigue, por un instante, que ella no sienta que la vida se le va, sino que, en la cama con él, por fin entiende que la vida se le viene. Y aunque está segura de que cuando Jorge se vaya volverá a sentir que la vida se le va, que se le va, que se le va, al menos le ha dejado el poso de la huella de Jorge, como recuerdo, suyo, suyo, de nadie más, ahí dentro, en la cabeza, y ese pedazo de la memoria que nunca se le irá, y puede, a cada paso que quiera, revivirlo. Se le eriza el vello de la nuca, recordando ya mismo, con Jorge todavía a su lado y dentro de ella, los mordiscos que Jorge le acaba de dar hace un rato, se le ponen los músculos en tensión, se le mojan las bragas, se le enturbia la mirada como la de Ramón delante de un ingenuo vestido. Puede, a cada paso que quiera, revivirlo a la carta, y por favor, pide Sofía a los dioses, que no le hurten la memoria, que no se la roben como a

otros mortales, que pueda revivirlo incluso en el instante final de sus días, en ese justo minuto antes de la muerte en que viene a nuestro recuerdo, según cuentan, la película de los más bellos instantes de nuestra biografía. Y aunque ha habido otros hombres en la vida de Sofía, solo Jorge ha tenido el honor de compartir su cama. Fueron hombres que amó de pronto, platónicos enamoramientos fugaces, hombres que la seducían desde la diferencia de Ramón, solo porque eran hombres que no olían a marido. Y su marido está ahora deshojando un sostén con la boca, nunca lo ha hecho, nunca ha quitado el sujetador a una mujer con los dientes. Una novedad en su vida. Si lo viera Sofía en este arranque de creatividad, quedaría perpleja. Y entonces Ramón piensa que siempre damos a los otros, a los extraños, caliente y en bandeja, el mismo plato de amor que servimos frío a quien amamos de costumbre. Y no ama a Judith, es imposible, no hubo tiempo, él quiere a su mujer, pero ama a Judith en ese instante largo en que la abraza por detrás y pasando sus manos por el torso desnudo avanza hasta sus pechos, y ve una espalda mientras toca unos pechos desconocidos, hurtados todavía a su mirada turbia. Ama a Judith, lo siente, puede sentir ese cálido abrazo de amor que lo inunda cuando le da la vuelta con suavidad y por fin la observa. Primero mira a sus ojos, por no ser descortés ni parecer ansioso, y allí se queda exhausto ante un rostro transido de una especie de mezcla de agrado, gracias, agradecimiento, gratitud, con miedo, miedo a no ser deseada, miedo a no cumplir, miedo a no saber, miedo a sí misma. Ya no hay lágrimas en Judith, se le secaron con los besos. Los besos bienhechores, los besos que afirmaban el deseo del hombre, los besos prueba de que Ramón quiere. Quiere estar allí y hacerla suya. Con ese rostro de cierta complacencia ya puede trabajar Ramón, ya puede seguir excitándose, ya puede seguir inspeccionando la mercancía de mujer que tiene entre las manos. Y mira hacia sus pechos, hermosos, blancos y breves, y mira sus pezones, rosados y puntiagudos, y mira su figura, su cadera, su cintura, su cuello, sus piernas, sus tobillos y pies, sus brazos y sus manos. Mira como un poseso la carnaza de Judith, esa piel tan blanca como la nata, tan frágil como la brisa. Mira y mira suspenso, mientras en otro espacio diferente Sofía tiembla de amor con Jorge entre sus pechos, Sofía acaricia al Jorge que se repone del primer

polvo, acostado boca abajo en la cama, y ella encima de él, suavemente felina, sobre su espalda, como una pluma que lo acaricia todo, que acaricia la masculina piel de Jorge. Y Judith se ha desconectado de sus sueños para volver a la vida de la mano del guerrero, el de la cara tiznada y camisa de camuflaje. Con veintisiete años. Son muchos años soñando. Menos mal que es delicado, que es guapo dentro de lo que cabe, menos mal que sabe lo que hace. La está empujando dulcemente hacia una posición horizontal sobre la cama, se deja llevar sin un solo aspaviento, sin una sola palabra, con los labios cosidos por dentro, con la lengua pegada al paladar, conteniendo la respiración. No es ella. No le está pasando. Es incapaz de sentirse o de verse a sí misma. Es como contemplar su propia experiencia desde fuera. Todo lo piensa conforme está ocurriendo, pero nada la identifica con su propio cuerpo. Ramón está encima de ella, su abdomen recibe el peso del amante, se ha hecho el vacío entre sus pieles, él la toca y la toca, ella se estremece, los escalofríos son cada vez más intensos y seguidos, tiene la piel en carne viva, el estómago palpita y se contrae a base de espasmos que la hacen tiritar de miedo, no puede gobernar las sensaciones, que se le escapan del control del cerebro y se centran en su pubis, allí donde está Ramón hurgando ahora. Le acaricia el interior y ella comienza a notar la extraña reacción de sus pliegues mojados. No puede abandonarse del todo, tiene que dominar la escena con su mente, solo la mente la salva de enloquecer, y va constantemente de la cabeza al pubis, si deja de pensar se pierde, se pierde por entre las manos de Ramón, y si deja de sentir se pierde lo mejor, lo que nunca ha probado, lo que es real más que todos sus sueños juntos. Ramón está intentando penetrarla, con esa polla erecta, gorda y dura, ese extraño aparato de tacto tan suave y de membrana externa tan fina que parece que va a estallar la piel que lo contiene de pronto, que parece que se le va a salir la sangre por esas venas marcadas y reventonas de un momento a otro. Es como si no encontrara el agujero por donde tiene que ensartar el pene, y hace miles de intentos, mientras no deja de besarla en la boca, pero más centrado en otro sitio, abajo, y la besa en cierto modo mecánicamente, porque su interés está en el triángulo húmedo que tiene entre las piernas, y sigue intentándolo conforme ella está inmensamente quieta, cual esfinge, aquejada de

rigor mortis, rígida y momificada, aunque rabiosamente expectante por dentro, pensando que va a salir todo mal, que va a fallar, que Ramón no va a encontrar el espacio por donde introducir su polla, ¡huy polla!, ha pensado en una polla, no en un pene o en un aparato genital masculino, sino en una polla, y de golpe, pensando en la polla de Ramón ha notado una relajación momentánea y resulta que milagrosamente por allí se cuela ya a empellones pausados y delicados pero firmes ese chisme de Ramón, y le duele algo, es como cuando intentas meter algo en un espacio estrecho y va rozando porque a duras penas entra, a duras penas cabe por el orificio, pero en este caso, le da tiempo a pensar a toda prisa, será que como la polla no tiene esquinas ni cantos afilados sino que está lubricada con un liquidillo denso y viscoso, y como la vagina está también lubricada y es como de goma que se estira, pues se está dando de sí, y entonces a Judith le duele un poco pero menos, creía que le iba a doler más, lo cierto es que pensaba que dolía inmensamente, pero no, no duele, ya se le está pasando ese dolor primero, que era más su temor que dolor real, y parece que ya entró todo lo necesario o lo posible, y ya Ramón, distendido porque finalmente ha entrado, puede dedicarse al movimiento. Y fuerza hasta el fondo y vuelve hacia atrás, bombeando su pene, no hombre no, su polla, bombeando su polla arriba y abajo, adentro y afuera pero no tan afuera que se le salga, lo justo, lo apropiado, es un saber innato del hombre ese manejo de la polla dentro de la vagina de una mujer. No hay manual de uso publicado, y será porque no es necesario, pero Judith sigue sin saber qué hacer y se deja, mientras Ramón parece no necesitar ayuda alguna en su trabajo. Y ella poco a poco consigue dejar de tensar su cuello y descansar así la cabeza sobre la almohada, porque no hacía más que mirar y mirar hacia abajo, hacia ese lugar en que sus vientres pegados uno contra otro no dejan pasar la brisa, ni una gota de aire, ni por supuesto unos ojos para ver a través de la carne lo que pasa ahí abajo, entre las cuatro piernas, entre dos sexos diferentes y humanos, uno dentro del otro, sumergidos en la distancia cero de la penetración. Ya sus pestañas se recuestan y fija la mirada en un punto indefinido de la mirada de él, es como verlo pero sin observación alguna, como si fuera transparente y alguna imagen la retuviera al otro lado de él, como si detrás de su cabeza hubiera otra dimensión y ella se hallase

atrapada en un nuevo mundo, mientras él viene y va de su pelvis a su vientre, de su pubis al vacío, porque de cada vez que el ritmo lo obliga a la distancia, y se despega de su estómago y se le sale un poco, Judith siente el vacío, el frío, la separación, para volver a la distancia cero cuando de nuevo se mete, empuja, impulsa su órgano activo contra ese pozo oscuro que tiene en su interior. Ese pozo oscuro, el mismo que para Sofía se une directamente con el corazón por algún canal desconocido, alguna bajante del corazón al sexo, es lo que siente ella cuando Jorge la está penetrando mientras Ramón penetra a Judith en el mismo tictac de la misma aguja de distinto reloj. En lugares distantes. Ese pozo oscuro que para Sofía es el lugar por donde se le cuela el amor, justo por donde la flecha del amor en forma de verga de Jorge se clava en su centro más desprotegido, en su punto más flaco, en la diana de su corazón. Y en ese ir y venir del corazón de Sofía a la polla de Jorge, por medio de una lanza de pasión envenenada, a través de un conducto de sangre y semen, gracias al brío de sus caderas y a los músculos de sus piernas, reside el valor de los minutos que se le van a Sofía, del tiempo que se le va, y que justamente ahora, por la magia de Jorge a su lado, también se le viene. Y sobre aquel lecho de cartas marcadas, frente a la ventana atardecida, los furtivos amantes cuchichean su aliento y su saliva, y derraman sus jugos, que para Sofía son la vida, porque ella derrama la vida que se le va, y para Jorge son la pregunta sin respuesta todavía. No me dejes nunca. No te dejo nunca. Palabras arrugadas sobre la almohada, palabras necesarias para sobrellevar el tránsito de ese minuto al siguiente, para pasar la puesta de sol sobre las sábanas, a través de los visillos cada vez más apagados, para sobrevivir a esa madeja del sexo que se acaba y se extingue y se para de golpe, después de una agonía de manos ya cansadas de acariciar el oro del deseo más codiciado. Son semejantes rayos de luz los que amarillean el pelo de Judith desordenado sobre otra almohada donde no hay bromas conocidas ni palabras cómplices ni caricias del pasado. Todo es nuevo, hasta la sábana manchada de rojo.

—¡Qué completo es el deseo! —dice Sofía, extasiada ante la contemplación de su amante.

—Sí —contesta su compañero de cama, con un sí que es toda una declaración de hasta qué punto su respuesta es sentida, con una intensidad que explica por sí misma de qué calibre es su comunión con Sofía en ese punto, en ese instante.

—Me refiero a que es tan completo porque encierra en sí tantas cosas —quiere seguir explicándose Sofía en voz alta, comunicando a su amante lo que vibra en su interior—, hay tantas cosas metidas en él, todo lo que es uno, los sueños, el deseo sexual, pero mucho más, es el pasado, es tu cara mirándome desde el pupitre de atrás, en el colegio, son los recuerdos, la memoria, el tiempo que se me va, pero es el tiempo detenido, el deseo es el tiempo detenido de pronto —y se estremece de pensar que en el plumazo de una frase acaba de dar respuesta a la expresión de todos sus miedos juntos, que acaba de hallar la clave de su pasión por Jorge.

—Sí —repite Jorge por su cuenta, enlazado a aquel sí del comienzo, haciendo eco de sí mismo, abismado en los ojos de Sofía, abandonado a la suerte de su mirada, desconectado de sus zozobras personales, de su constante preguntarse sobre las experiencias de la vida, sobre el trazado de su destino.

—El deseo es tu deseo y el mío juntos —prosigue ella—. Es la forma en que te espero, los años hasta tu vuelta. El deseo son veinte años de deseo latente.

—Tu deseo es el tiempo que yo bebo de un trago —apunta Jorge, visitado de pronto por la misma inspiración de su pareja, hipnotizado por el discurso de Sofía—, me bebo esos veinte años de escarcha, me bebo la espera de tu cuerpo cuando te hago el amor. —Y continúa hablando hacia la noche que asoma entera por la ventana—: El deseo es el frenazo de la huida. El deseo da la cara, no se escabulle, a la larga se muestra y se despliega en toda su intensidad. Es el motor que ruge dentro, que come las tripas hasta que lo escuchamos, que nos lleva y nos trae del pasado al presente, que se ata al futuro encadenando la marcha. El deseo me lleva a ti, amor mío.

Y la besa, la besa tan dulcemente en los labios, atrapando su cabeza entre las manos, con los párpados cerrados en señal de entrega, que Sofía se enfrenta por primera vez a la clase de fuerza que esconde su pasión.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería.

—Pero ¿por qué?

—Porque tenía miedo de que te echaras atrás.

—No me iba a echar atrás.

—¿Estás seguro?

—No sé. Tal vez.

—¿Lo ves?

—Pero tú me engañaste. Nos engañaste a todos.

—En cierto modo sí.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Me daba vergüenza.

—¿Qué?

—Me daba vergüenza que pensarais que todavía era virgen.

—Perdona, pero creo recordar que ibas a terapia en parte por eso.

—Sí y no. Esa era la punta del iceberg.

—¿Y el resto del iceberg cuál era?

—Básicamente que no sé decidir sobre mi vida, que no sé lo que quiero, que no sé tomar lo que deseo.

—¿Y esto lo querías de verdad?

—Sí, creo que sí.

—Entonces la terapia ha sido todo un éxito, ¿no es cierto?

—Así mirado sí.

—Míralo de este modo: me has utilizado para conseguir lo que querías.

—Dices «utilizado» como si no hubiera jugado limpio.

—Bueno, en parte así lo siento, pero a la larga todos utilizamos a todos para conseguir nuestros deseos.

—¿Estás molesto?

—No, Judith, ha sido muy hermoso. Pero si lo llego a saber hubiera intentado ser más tierno contigo.

—En realidad lo fuiste, y mucho además.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, te lo aseguro.

—¿Por qué no me hablaste cuando éramos dos colegiales

enamorados, por qué no me llamaste a casa, por qué no me pediste para salir, como hacían los demás con las otras chicas, como de hecho hicieron varios conmigo y yo salí con ellos?

—Porque tú tampoco lo hiciste.

—Erais vosotros, los chicos, los que os declarabais a las chicas, y no al revés.

—Pero tú eras tan distante, tan callada, tú mirabas a los demás por encima del hombro, y yo era algo tímido. Lo cierto es que no me atreví.

—¿Qué hubiera ocurrido si llegamos a hablar entonces, si llegamos a salir juntos? —Y aquí Sofía se estremeció espantada al asaltar su mente la idea de que todo se hubiera desarrollado de la misma manera, que no hubiera durado su amor, que finalmente se hubiera casado con el mismo tipo y hubiera tenido la misma vida exactamente, siendo su amante actual otro individuo distinto de Jorge.

—No lo sé, Sofía. Pero no ocurrió, y aquí estamos ahora, tú y yo juntos después de veinte años.

—¿Por qué me has llamado, Jorge? Dime la verdad. Quiero saberlo.

—No lo sé. Te vuelvo a repetir que no lo sé. No me hagas otra vez esa maldita pregunta. No lo sé. ¿Te enteras? No lo sé. De pronto quise hacerlo. Me acordé de ti un día, me pregunté qué habría sido de ti, quise saber qué hacías, dónde andabas, cómo te había tratado la vida. Solo eso. Te lo juro, solo eso.

—Pero eso no pasa de golpe, Jorge. No pasa, te lo digo yo. Tiene que haber algo más. Nadie llama después de veinte años.

—Pues yo sí.

—Ya.

—Pero ¿por qué tienes tanto interés, si puede saberse? ¿Es que no te basta con que esté aquí en estos momentos?

—Nadie llama después de veinte años si no es por alguna razón concreta. Siempre hay una razón para hacer las cosas. En eso no me equivoco.

—Es cierto, en eso no te equivocas, pero a veces las razones son tan ocultas, están tan profundamente enterradas en nuestro inconsciente, que somos incapaces de encontrarlas. Tal vez quise cerrar una puerta que había quedado abierta años atrás.

—¿Cerrar una puerta? ¿Es eso? ¿Una asignatura pendiente? ¿Eso soy yo en tu vida?

—Gracias a ti aprobé el latín, cariño. Y no me quedó ninguna. En realidad, tú eres mi asignatura aprobada.

—No me vengas con bromas. Ahora no. Te repito: ¿Soy yo tu asignatura pendiente?

—Tú no eres mi asignatura pendiente, eres mi curso entero, Sofía. Eres la puerta hacia la muerte. Entiéndeme. La puerta hacia mi propia vida, hacia mí mismo. Para poder ser aceptado en el infierno tenía que llamarte.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco o qué?

—¿Lo ves? ¿Ves por qué no quería contestar a esa pregunta? ¿Ves como no tenía que haberte respondido? Pero sigues y sigues y no paras, y no puedes dejar de preguntar, ese es tu problema, Sofía, que lo quieres saber todo, que no te sabes frenar, que tienes que escarbar, y hurgar en la herida y meter el dedo en la llaga hasta que por fin lo averiguas y lo estropeas todo.

—¿Me quieres explicar qué pasa, Jorge? Te lo pido por favor.

—Pasa que tuve un sueño, pasa que me convertí en poeta, pasa que mi vida pegó un cambio brusco, pasa que quiero saber quién soy, nada más pasa.

—¿Y lo de la muerte?

—Soñé que no me admitían en el más allá, porque no era nadie, porque no me había ganado a pulso la entrada en ese lugar.

—¿Y eso es importante?

—Para mí lo es. Yo no estoy loco, Sofía, es una metáfora, ahora lo sé. Es una manera de hablar, ¿lo entiendes?

—Creo que empiezo a entender.

—Por eso te llamé.

—Me has dejado de piedra.

—Ya veo.

—No quiero verte más.

El deseo es el frenazo de la huida, recuerda Sofía. Eso es mentira. El deseo es precisamente la huida. No puede soportar querer a Jorge, desearlo más que a su propia vida. No puede soportar el estado de locura en que la pone, perfecta plataforma de

lanzamiento para dejarlo todo, para abandonar a su marido, para darle una patada a su realidad actual, y quemar sus naves y marchar a nado de la mano de Jorge, camino de la isla secreta de sus pasiones. Nunca sintió nada semejante. Aunque si quiere ser sincera consigo misma, eso mismo fue lo que sintió por Ramón cuando lo conoció, eso mismo fue lo que la llevó a casarse con él. El deseo que nunca se acababa la puso en el altar. Ella se casó con su deseo. Hubiera tenido que decir «Sí deseo» en lugar de «Sí quiero» al cura que los unió. Y ahora desea a otro, uno que se llama Jorge y que la llamó después de veinte años. Ha sido criminal esa llamada. Un error, un guiño siniestro del destino. El teléfono es un invento de mierda. Si no fuera por él no habría tantos adulterios. Sofía está segura de ello. Pero no es culpa del teléfono ni de Jorge ni de los veinte años. Es culpa de ella misma, de su forma de ser. Ella es la pura contradicción, es la mujer que desea, y en ese sentido, es la mujer de todos. Si no fuera Jorge sería otro. Es su propia necesidad la que la empuja al piloto, pero podría ser marino o arquitecto o farero el que la hubiera puesto en el punto de no retorno de su pasado. O quizá es el pasado precisamente lo que está en juego. Tal vez sea culpa del pasado, ese pasado que Sofía no sabe manejar, que no sabe administrar. En ese sentido entiende tan bien a Jorge que le da miedo enfrentarse a sus propios fantasmas. Lo que Jorge le dijo la impresionó de tal forma que se vio obligada a la ruptura. No podía admitir que las palabras de su amante fueran sus mismas palabras, fueran su mismo argumento, sin ser consciente de ello. La asignatura pendiente, o la puerta abierta que nunca se llegó a cerrar, o como se quiera llamar su historia, es la misma que atenaza a Sofía desde siempre, escondida en los pliegues de su pasado. Ella había pensado en Jorge alguna vez durante aquellos años. Jorge no era Jorge, ahora se daba cuenta. Jorge era un símbolo, era el emblema de todo lo que jamás había logrado, de todo lo que no se había atrevido a querer, de lo que no había osado intentar conseguir. Era el tiempo pasado deseando, la pantalla de sus insatisfacciones. Había odiado a Jorge en el instante en que le reveló la verdad. Jorge era su asignatura pendiente, pero en la medida en que su deseo permanecía después de conseguir a Jorge, ella veía que su asignatura pendiente era el deseo, a secas. Sentía que su deseo era tan fuerte que no podía morir todavía, que el

deseo era el motor de su vida y de sus actos, de toda su ansiedad y locura, de todo su mundo absurdo. Tal vez la muerte sobreviene cuando ya nada se desea. Quizá fuera ese el sentido de morir. Pero en aquel momento, Sofía estaba segura de que incluso muerta seguiría deseando. Y no quería volver a ver a Jorge. Estaba rabiosa. Lo odiaba. No quería verse reflejada en su espejo. Además Jorge había sabido salir de ese bucle, de esa espiral del deseo sin nombre. Jorge había bautizado su deseo con el nombre de Sofía. Jorge estaba trabajándose su destino, mientras ella se enamoraba de sus propias sombras. Jorge navegaba, mientras ella permanecía atracada en el puerto de su deseo.

Por eso a Sofía no le basta con Jorge, ni con Ramón, ni con nadie que tenga nombre y apellidos. Sofía desea lo innombrable, y por eso no se para en Jorge ni en Ramón. Sigue la busca. Por eso mismo es incapaz de crear lazos. Ningún lazo la arrastra hacia ninguna parte, ningún lazo la ancla a la tierra, ni siquiera los nudos marineros de Jorge. Porque cuando el deseo se convierte en amor, se tiene que echar el ancla, sacrificar el deseo por el lazo afectivo, y ella no es capaz de tal cosa. Por esa misma razón, cuanto más ama, más huye. Por lo que dice Jorge. A veces es tan fuerte la tensión del amor que uno debe soltarse, debe aflojar las amarras porque si no se muere. Ese es el tira y afloja de Sofía.

Febrero

Hoy he soñado contigo. Que besaba tu cuello por detrás, tu nuca caliente. La besaba con reverencia, idolatría, con miedo a profanar un cuerpo jamás probado antes. Y al despertarme he sentido en mi boca el sabor de tu piel; me lo traje del sueño o me siguió hasta aquí, hasta esta cama sobre la que todavía percibo tu presencia. No te conozco aún, ni nos han presentado, pero ya te he besado el cuello. Reconóceme la osadía, levántate esta mañana y tócate la nuca. Sentirás el hueco invisible de mis labios, la huella de mi lengua sobre el lugar señalado. Y de esta manera, en sueños, he recorrido la distancia que me separa de ti en tan solo unas horas, he trabajado tu confianza, he forjado nuestra intimidad en un plazo mínimo, cuando —seamos realistas— me llevaría semanas, e incluso meses, o tal vez ni toda la vida, siquiera cogerte de la mano. Y gracias a este sueño hoy me levanto con la sensación de haberte besado, de saberte cerca de mí, con la familiaridad que dan los besos impresos en la carne, ese intercambio de pieles que te hace próxima y posible. Todo eso dentro de un sueño. Porque en mitad de la noche, y aunque dormida, me abrí paso, gané etapas de acercamiento, me posé en tu nuca y te hice mi amante. Anduve una parte del camino hacia ti que ahora en la realidad del despertar continúa. Yo así lo siento. Pero me temo que cuando pase la resaca nocturna, andando el día, la realidad devenga en verificar que nada de eso fue cierto, que todo ha sido la pura y simple proyección de mi deseo. Y por eso no quiero abandonar la cama, quiero quedarme aquí metida, bajo las sábanas, paladeando el eco de tu cuello.

—Y mi padre se fue. Tal vez ya no quería seguir viviendo. Yo sentí como si ya nada lo atara a este mundo. Un buen día dijo que

no, que ya no podía más. Una tarde dijo que aquello tenía que terminar. Dos semanas después se moría, por la noche. Se desató. Rompió la cuerda y dijo adiós. Delante de mí. Se desasió de mis manos como un globo cuando se escapa de la mano de un niño y vuela tan alto que se pierde en el azul del cielo en forma de nube diminuta. Y me quedé como un niño, mirando al globo que sube y sube, cada vez más alto, estirando el brazo y no acabando de creérmelo del todo, y rompiendo a llorar de pena, porque el globo se fue para siempre. Mi padre voló aquella noche, pilotando un avión infinito. No sé la vida que llevó, no sé si se sintió comprendido. Solo supe quererlo, a veces muy torpemente. No sé si mi mano lo ayudó en su viaje, no sé si pudo escucharme cuando le dije que lo amaba, no sé cómo fue todo. Fue tan deprisa. Se marchó muy discreto. Sin hacer las maletas. Tan solo se marchó. Dejó de respirar. Se desinfló de pronto. Nada que hacer. Estaba muy enfermo. Se le iba la cabeza, los ojos sin mirada, el cuerpo como un muerto. No comía. Se desató y dijo adiós. Esto tiene que terminar. Eso fue lo que dijo. Y me quedé huérfana, dibujada la huella que dejó la cuerda en mi mano vacía, arados los surcos en la palma, desollada la piel que sujetaba el extremo, con el rostro de un niño espantado de ver cómo se marcha la vida de la mano de un globo.

—Me conmueves, Ifigenia. Lo que cuentas es terrible. No puedo imaginar la muerte de mi padre, porque todavía no ha muerto. Y tú la describes de una manera tan realista que emociona. Tampoco sé si quiero tanto a mi padre como tú pareces haberlo querido.

—Es que no hay consuelo, Dafne. Este dolor que me invade es horroroso, especialmente porque, como tú, nunca imaginé que el dolor sería así, de esta consistencia. Antes de morir mi padre yo había pensado en su muerte, y en la de mi madre, de una manera hipotética, como algo que tendría que ocurrir inevitablemente. Y lo cierto es que lo pensaba con verdadero pánico. Creía que moriría con ellos si me faltaban. Anticipaba el dolor, pero en el fondo era un dolor desconocido, algo muy vago y difuso, porque jamás había sentido nada similar. En realidad, lo que yo preveía era la idea del dolor, la idealización del dolor, no el dolor mismo, el real y verdadero. Ahora es diferente: el dolor ha llegado, y se ha hecho realidad de una manera diferente a la idea. Lo que vivo en estos momentos es la experiencia del dolor, y es espantoso, entre otras

cosas porque tengo que vivir con ello. Y es esta obligación de aguantarme, de asimilarlo, lo que a la vez me mata.

—Hasta que no te hagas a la idea, vas a vivir atormentada.

—Eso es verdad. Veo a mi padre en cada detalle del universo entero. Todo es mi padre. El otro día vació mi madre su armario. Cada jersey me llevaba a él, a su olor, a su piel. Cada prenda era un campo abonado para perderse en su recuerdo. Pero en un recuerdo que se podía tocar, frente a su última imagen, que es intangible y solo permanece en mi memoria.

—Perdona, Ifigenia, pero tu padre ha muerto, lo quieras o no. Ya no se puede hacer nada. Es un asunto sin solución, o mejor dicho, solucionado por completo. La muerte es la solución drástica a los problemas de la vida. Déjate de historias y dedícate a vivir, que son dos días. Ese es mi consejo. No se puede llorar eternamente a los muertos.

—Estás en lo cierto, Ramón, pero no es tan fácil.

—Mira mi caso. Ni siquiera sé qué hacer con mi matrimonio. Como para ponerme a pensar en muertos.

—Pues yo siento que hasta que no llore a mi padre lo necesario no voy a poder vivir en paz con los vivos. Siempre se interpone, siempre.

—Échate un novio y verás cómo se te pasa todo ese mal rollo. Un buen polvo lo cura todo.

—Ya estamos. Ya salió el machista de turno. Estabas bastante moderado, Ramón, pero al final se te acaba viendo el plumero, tío.

—Mira Jorge, no quiero marrones contigo, ¿eh?, que ya tuvimos suficiente el primer día.

—Vale, vale. Pero es que tienes unas ideas muy retrógradas, chico. Siempre pensando que el sexo es la panacea.

—Y lo es. Insisto en que lo es. ¿Es que estáis todos locos o qué? ¿De verdad no creéis que el sexo es una buena medicina?

—Pues estaremos todos locos, pero no.

—El sexo lo cura todo. Es bueno para la tristeza, para el sufrimiento, para el estrés, e incluso es bueno para adelgazar. Follando se adelgaza, está comprobado.

—Yo no digo que follar no sea bueno, pero desde luego no cura los conflictos del alma.

—Y dale con el alma. Pero ¿qué es eso? Maldita alma que se

menciona a cada paso. El alma no existe. Es una excusa para manipular a los demás. Es un invento para comerse el tarro, para sentirse culpable, es una trampa para enloquecer. Mira mi mujer, está loca porque no folla.

—¿Estás seguro de que no folla?

—Sí, lo estoy. Le he puesto un detective privado.

—Pues yo follo y sin embargo creo que me estoy volviendo loca.

—Ya, pero lo tuyo no cuenta, Dafne, que tú no follas, a ti te violan. Hay una diferencia fundamental.

—Eso es cierto, a mí me viola mi marido. Y es un asco. Me dan náuseas solo de pensarlo.

—Oye Dafne, yo soy abogado. Si quieres te gestiono la separación.

—Pero es que me da miedo, Ramón.

—¡Joder! ¿Y de qué te sirve venir aquí? Se supone que tendrías que reunir las fuerzas suficientes como para atreverte a mandarlo a la mierda. Se supone que viniendo aquí se te refuerza la puta autoestima. Se supone que…

—Vale ya, Ramón. Que esto no es milagroso. O si no, ¿por qué tu mujer sigue sin follar contigo? Se supone que tendría que hacerlo ya.

—Porque insisto, es mi mujer la que está loca, no yo.

—Pues que venga tu mujer, y tú quédate en casa esperando a follar.

—Vete a la mierda, Aída, que contigo todavía no me he metido, anoréxica de los cojones.

—Ramón, por favor, no seas así. Me duele oírte hablar en ese tono.

—Lo siento, Judith. Perdóname. Lo último que quiero es hacerte sufrir.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí? Me parece estar viendo visiones: el insensible de Ramón siendo considerado con alguien. ¿No os parece increíble?

—Sí, Silvia, aquí hay gato encerrado. ¿No Judith, cielo?

—Perdona, Aída, pero contigo no va la cosa. Déjame en paz, ¿quieres?

—Oye rica, que conmigo va lo que yo quiera que vaya, ¿estamos?

—Está bien. Vosotras lo habéis querido: me he acostado con Ramón. ¿Qué pasa?

—Vaya con la mosquita muerta. A la chita callando y se ha tirado al follador del grupo. No, si en el fondo, estabais hechos el uno para el otro.

—Oye, Ramón, por fin has follado, tío. ¿Cómo te sientes?

—Plenamente realizado, gilipollas.

—Pues no lo parece, guapo.

—Pues lo estoy. Y como a alguien se le ocurra meterse con Judith, lo mato, ¿me oís? Lo mato.

—Ramón, eres un encanto.

—No te preocupes, cariño, que yo estoy aquí para defenderte.

—No me creo lo que estoy viendo. Es como una novela rosa. Judith, mona, ¡cómo te lo montas, chica!, que te ha salido un caballero andante.

—Envidia cochina, Silvia, que yo no me habré tirado a muchos, pero a ti te dejaron al pie del altar. Tu famoso Carlos, ese mamarracho que se herniaba con el peso de un anillo. ¿Llegaste a tirártelo, por cierto? Antes de que se largara, digo.

—¿Y este qué? Porque tu Ramoncito está casado, querida, casado. No lo olvides. Mucho follártelo pero pocas nueces, ya verás, chata.

—Casado o no, ha salido en mi defensa. Es lo único que me importa. No ando buscando marido, como tú, sino experiencias, que lo sepas.

—Sois todos patéticos. Todos estáis gordos y sois repugnantes. Engordáis solo con hablar. Se os llena la boca de grasa. Tenéis el cerebro lleno de sebo. Me dais asco. Siento que me hincho cuando estoy con vosotros. Me producís gases, flatulencias. Puede que follar adelgace, pero pensar en ello y no hacerlo, hablar de ello todo el día, es la mejor manera de ponerse sebosos.

—Pues será porque tú follas mucho, Aída, si no tienes dónde agarrar, si no tienes ni agujero por donde metértela.

—Ya, listo, que eres un listo. Pues es cierto. No follo, yo tampoco follo, pero ni siquiera pienso en ello. Esa es la diferencia. Follar no es importante para mí. No me interesa en absoluto. Lo importante es no hacerse más grande, no inflarse como un globo, no ponerse como una foca. No ocupar más espacio del necesario. Estáis

todos tan gordos que ni siquiera podéis follar, porque no os podéis mover, vuestro cuerpo os impide ir a donde queréis, no os permite tomar lo que deseáis. La grasa es esa barrera que os tiene prisioneros.

—Pues prefiero mi grasa a tener la apariencia de un fantasma. Porque tú estás a caballo entre esta vida y el más allá. Cualquier día desapareces absorbida por el desagüe del fregadero.

—Eso es lo que tú te crees. Ese es el consuelo de la gente como tú. Me dices eso para quedarte tranquilo, para no mirarte al espejo. Pues déjame que te diga una cosa: yo también estoy gorda. Por eso no pararé hasta alcanzar el peso ideal. El peso que me ajuste el cuerpo con el alma.

—Otra vez el alma. Pero ¿qué os ha dado a todos con el alma?

—A eso te contesto yo. El alma es lo que llevas dentro, el espíritu, lo que no se puede ver, ese calor interior del corazón que no se puede definir, esa energía que dice quién eres tú, por encima del cuerpo físico.

—Vaya gilipollez, Ifigenia. La energía pertenece precisamente al cuerpo físico. Cuando te mueres te apagas y no queda rastro de ti. En ese momento adelgazas, tanto que te quedas en los huesos. La muerte es la mejor dieta.

—¡Qué graciosito eres, Ramón! ¿Dónde hiciste el máster de payaso profesional?

—Pero a que tengo gracia.

—Desde luego, eso es evidente. ¿Y de qué te sirve?

—El sentido del humor es la mejor defensa.

—¿De qué tienes que defenderte?

—De todo, Silvia, de todo.

—No puedo soportar esa actitud tuya de que la vida es como la guerra.

—Porque eres débil. Si no lo hubieras sido, tu Carlos no te hubiera plantado en el altar.

—Y dale con lo de mi boda. Estoy harta de que me lo repitáis.

—Eso significa que estás cerca de curarte.

—¿Por qué, Jorge?

—Porque cuando empiezas a estar harto de algo, eso quiere decir que puedes combatirlo.

—El hecho de que un hombre te deje en el altar no es razón para

definir a una persona. Me juzgáis mal. Sois injustos conmigo.

—De acuerdo, es cierto que no te define, pero es la historia de tu vida. Es lo que siempre te pasa. La vida pasa por delante de ti y te deja, te abandona. Yo en cambio me escapo de la vida, huyo de todo. El resultado es el mismo. Es la evasión. La falta de contacto.

—¿Y qué haces para luchar contra ello?

—Estoy en ello, Silvia, esto en ello. Ya le he puesto nombre. Se llama Sofía.

—¡Qué casualidad! Así se llama mi mujer. Sofía, maldita Sofía.

—Esta es otra Sofía, Ramón. Es la que da nombre a mi huida. Quiero estar con ella. Quiero verle el rostro a mi vida. Quiero saber a través de ella.

—¿Crees que se puede averiguar algo de uno a través de los demás? Me parece una ingenuidad. Me parece que sigues evadiendo el problema.

—No es así. Es crear lazos. Y en los lazos se puede leer la propia vida. Mientras no cree lazos no hay nada que hacer.

—Pero es doloroso. Puedes perderlo todo.

—Así es. Esa es la gracia. Ese es el precio. Aprender a aceptar el precio de la pérdida es el camino para poder tener algo, para poder tocar con las manos algo más que un manojo de sueños gastados.

—¿Un amor?

—Sí. A través del amor. Las historias de amor son la historia de nuestra vida. Escribir una historia de amor. Y leerla después entre líneas. Ese texto te traerá la respuesta, del modo en que un espejo te devuelve tu imagen real.

—Eres un romántico, Jorge.

—De eso nada. Soy un sentimental, que no es lo mismo.

—Oye, hablando de otro tema, ¿qué habrá sido del tal Fermín? No ha vuelto por aquí y nos dejó alucinados. La suya sí era una historia curiosa.

—Estará por ahí, tratando de encontrar su lugar.

—En algún cementerio, dirás.

—O en una sacristía.

Patricia Delamo se acerca a paso ligero, cruzando rápida la calle por entre los coches que arrancan ya con el semáforo en verde,

sorteando los vehículos con agilidad autómata, visiblemente acelerada. Consigue llegar a la altura de una mujer que camina sin rumbo por la acera mirando al desgaire los escaparates, y le pone la mano sobre el hombro.

—Por favor, ¿es usted Sofía Balmar, verdad?

—Pues sí. ¿Qué quiere? —responde Sofía, paralizada por la sorpresa y asustada de pronto por un extraño presentimiento de desgracia a la vista.

—Deseo hablar con usted. Es sobre su marido, Ramón Alarce.

—¿Qué es? ¿Le ha ocurrido algo? Dígamelo, por favor.

—No, no es nada de eso. Ramón está perfectamente. Pero necesito hablar con usted. Nada más —dice Patricia intentando parecer tranquilizadora—. No se asuste. Esté tranquila, que no pasa nada. Se lo aseguro.

—¿Qué tiene que decirme?

—Si no le importa, vamos a entrar en este bar y nos tomamos algo mientras hablamos.

Sofía asiente con la cabeza a esta última frase, obedeciendo de pronto a una perfecta extraña que parece saber algo de Ramón que ella desconoce. Su marido últimamente está muy raro. Bueno, lo cierto es que siempre fue raro, si quiere ser sincera consigo misma. Ramón es un tío raro. Por eso le gustó, para qué engañarse. Ramón es un excéntrico. Es un tipo indefinible. Por un lado sí, por una parte es como los demás, pero por otro no responde a los patrones tópicos. Sofía reconoce que Ramón es capaz de darle alguna sorpresa, que Ramón sí podría cometer algún acto extravagante y salirse de lo convencional. Ramón siempre está, de alguna manera, dispuesto a cualquier cosa. Y sigue a esa mujer perfectamente extraña hacia un bar próximo, y se sienta a una mesa con cuatro sillas alrededor, y pide al camarero un café solo, aunque maldita la gana que tiene de un café, una tila, debería haber pedido una maldita tila, que no le aguanta el cuerpo, vaya por Dios, lo que le faltaba a ella, una gracia de Ramón. En fin.

—Usted dirá.

—Me llamo Patricia Delamo y soy detective privada —y aquí Patricia hace un inciso, se silencia a propósito para observar el efecto que su declaración imprime en el rostro de su interlocutora.

—¿Y? —pregunta breve Sofía, absolutamente pasmada,

pensando para sus adentros ¡joder, joder, joder!, y clavando sus ojos en los de aquella mujer que acaba de irrumpir en su ensimismamiento de hacía unos minutos, que la ha hurtado de Jorge, del deseo, de la trayectoria circular de sus pensamientos. Y no puede evitar reflejar en su cara todas las muecas oportunas al caso. No piensa ni por un momento en enmascarar su actitud, porque la sorpresa es mayor que su pudor o su miedo a expresarla.

—Quería hablarle. Llevo tiempo observándola —y aquí Patricia hace un esfuerzo íntimo para serenarse, porque nota ya que el corazón se le come el estómago y que se le va a salir por el ombligo de un momento a otro—, y he sentido la necesidad de dirigirme a usted. No quiero de ninguna manera que me interprete mal.

—Mira —le corta de repente Sofía, tuteándola sin dar explicaciones—, ve al grano, por favor, que yo no soy de piedra. ¿Quieres decirme de una vez por todas qué coño pasa?

—Te entiendo perfectamente —Patricia ya tuteando a Sofía, más segura por efecto de ese ínfimo detalle de camaradería forzada que la otra brinda, Patricia mirando a Sofía, disfrutando por primera vez de cerca de su aspecto, de su figura, de su voz hasta ese momento vedada por la distancia, furtiva al ojo de su objetivo, Patricia disfrutando de esa flor en sazón, treinta y muchos, de sus incipientes patas de gallo solo cuando sonríe, porque le ha visto fugazmente una sonrisa dirigida al camarero, pero no aparenta su edad, está muy bien, juvenil, es hermosa, rubia, media melena, ojos claros de color indefinible, como miel y verde, son ojos de otoño, y su rostro es algo melancólico, pero muy atractivo, como hechizante, voluble pero sólido, algo así, una mezcla explosiva de amor y lujo, de calor y frialdad, de pasión y distancia, es como la soñó, mejor que la soñó, es algo difícil de distinguir, pero tiene un deje masculino, un ligero y casi imperceptible toque varonil, y no es imaginación suya, no es que Patricia lo quiera ver, es cierto, son muchas mujeres observadas, muchas mujeres deseadas, muchas mujeres escaneadas en busca de algún rasgo de rebeldía en ellas, rastreando algún pequeño viso de ser distintas. Son muchas mujeres analizadas desde el deseo de la posibilidad remota. Tiene un mentón exquisito, una boca redonda y llena de curvas, como un corazón pintado, muy rojo, sin maquillaje, una boquita pequeña, que tiembla, ahora, pero que es sabia, porque asegura sin palabras

que cuando besa es que besa de verdad. Su Sofía, allí delante, por fin—. Tu marido me contrató para vigilarte.

—¿Quién? ¿Ramón? —Y aquí Sofía se queda todavía más pasmada, tanto que se le contrae el culo sobre la silla, tanto que ya no sabe qué cara poner, pues no le quedan facciones en el rostro para expresar su reacción ante tamaña noticia.

—Sí, claro, Ramón.

—¿Para qué? —La mueca de Sofía es ahora de extrañeza, porque lo cierto es que no le cabe en la cabeza que su marido pueda querer vigilarla. Se olvida de sus líos, de su amante. Padece amnesia mientras va asimilando el proceder de Ramón.

—Porque pensaba que le ponías cuernos —explica Patricia muy profesional, sin aportar más datos por el momento.

—¿Y qué has averiguado? —De inmediato Sofía se vuelve a contraer, esta vez todos los músculos de su cuerpo entero, como si le hubieran llamado puta en mitad del bar y tuviera que aguantarse las ganas de responder a la ofensa. Ya va entendiendo, ya no le queda más remedio que pensar que el asunto tiene su cierta lógica. Ramón vigilándola. No puede creerlo. No puede pero sí puede. Es lo que se decía hacía un rato, Ramón es capaz de cualquier cosa. Pero no de esto. Esto no le pega. Ramón siempre está en su mundo, vive en las nubes, no es posible que baje hasta ese nivel de realismo, más allá de lo habitual, mucho más, vaya, tanto como al nivel de una película de suspense. Se ha pasado, Ramón se ha pasado. Qué jodida mierda. Y ahora qué hace. Sofía no sabe qué hacer ni qué decir. Está cogida en su propia tela de araña, en su red del deseo. Se siente un animal cazado en una trampa para osos. Ya puede ver las señales del hierro clavándose en sus brazos y en sus piernas, ya siente los puñales en su vientre, se la han jugado, el tonto de Ramón, jodido Ramón, qué leche, su Ramón del alma, su marido. Y ahora qué le dice a esta tía, a esta Patricia que se fue de safari con su Ramón y la traen a ella de vuelta enredada en una lona para venderla a un circo. ¿Qué querrá esta tía, por cierto?

—Te he seguido durante dos meses y conozco tu historia con Jorge Rainer —baja la voz Patricia confidencialmente, para no asustar a su presa, para que vea que no viene buscando guerra, que se puede dialogar con ella, que es comprensiva, que es… ¡Para ya!, tantas cosas, querría decirle tantas cosas, que con un simple tono de

voz no se expresa todo lo que ella querría decirle a Sofía.

—Ya —practica Sofía el monosílabo, lo menos que dan por palabra, lo menos que puede expresarse contestando con voz a un asunto que no tiene remedio. Porque si esta tía sabe lo de Jorge, lo sabe Ramón, no queda otra, Ramón conoce su secreto tan celosamente guardado. Ella no quería que Ramón se enterase. No. De ninguna manera. Son sus cosas, sus asuntos. Es privado. Es suyo. Será un error, una mierda, pero es suyo. Y si Ramón no lo sabe, entonces esta tía quiere pasta. Es la única posibilidad. La única—. Pues tú dirás, Patricia.

—Tu marido no lo sabe, no te preocupes —anuncia la detective casi musitando, bajando la cabeza en dirección a la taza de café de la otra, que escucha con tanta atención que podrían salírsele los ojos de las cuencas de puro fijarse en lo que está saliendo por la boca de aquella.

—No sé lo que quieres, pero imagino que dinero —parece salir de dudas ya Sofía, dando por sentado que su intuición era cierta, sin saber si alegrarse de que su marido no lo sepa, o entristecerse por el cariz que van tomando los acontecimientos, porque lo cierto es que no soporta los chantajes—. Si no, no estarías aquí. Si no, lo sabría Ramón, ¿no es cierto?

—Estás equivocada, Sofía —expresa Patricia con cierta rabia que no quiere esconder, pues se siente sinceramente ofendida—. Nunca haría algo así. Me repugnan los chantajes y no pretendo sacarte un duro —y añade con un tono de voz más dulcificado, que la pierde —: No, no se trata de eso, bonita.

—Entonces, ¿qué es? —se exaspera Sofía, sin entender nada, dejando de entender todo lo que había llegado a entender hasta el momento, aquello que le había costado tanto acabar de entender—. ¿Qué coño quieres?

—Pues verás, es difícil de explicar y más difícil de entender, imagino —empieza Patricia a intentar aclararse, pero se da cuenta de que se le da fatal, y que además le va a costar un mundo, y que es muy complicado contarle a Sofía lo que quiere, ya que ni ella misma sabe por qué ha abordado a la víctima de su cliente, ni para qué ni con qué intención ni deseo—. En realidad sí quiero algo, pero es un algo no material.

—Quieres algo —repite Sofía, vuelta otra vez a la senda del

entendimiento, porque mientras haya algo que dar a cambio, todo encaja, todo tiene explicación—. ¿Y qué quieres?

—Ya sé lo que estás pensando, que en el fondo sí es un chantaje lo que pretendo —se percata Patricia de que en realidad está chantajeando a Sofía, aunque de un modo poco ortodoxo, poco habitual.

—Hombre, si quieres algo de mí, eso en mi idioma se llama chantaje —afirma Sofía, un poco harta ya de tanto rodeo—. Dímelo de una vez, mujer, que ya no puedo más de la curiosidad.

—Yo quiero que hagas de acompañante —expulsa por fin Patricia su deseo por la boca.

—¿Qué? ¿Que quieres qué? —Sofía vuelve al no entendimiento. Nunca hizo tantas preguntas seguidas en tan breve plazo desde que dejó de ser una niña.

—Que hagas de acompañante, digo —repite Patricia, ya más tranquila después de haber largado lo que quería y después de haber visto que el mundo no se desplomaba bajo sus pies.

—¿De acompañante de quién? De algún cliente tuyo, supongo, de alguien a quien le debes un favor, o que te va a pagar bien —bombardeó Sofía tantas opciones como se le pudieron pasar por la cabeza en una décima de segundo—. ¿Y para hacer qué? Que yo de puta nada, ¿eh? Una cosa es que tenga amante y otra muy diferente que me preste a estas porquerías.

—De acompañante mía, joder —le espeta la detective, enferma de preguntas.

Súbitamente se oyen cohetes a lo lejos, el estallido de una traca entera. Debe haber fiestas en algún barrio de la ciudad.

—¿Tuya? —Otra vez deja de entender Sofía, que viaja del saber al desconocimiento a la velocidad de la luz, nuevamente perpleja en esta última escala de su andadura.

—Sí, mía —repite Patricia, un poco alterada y con algo de cabreo—. ¿Es tan extraño?

—Pues sí, chica, es la primera vez que me piden algo así —reconoce Sofía, con toda la franqueza del mundo.

—Mira, ya sé que te parecerá extraño, pero yo estoy muy sola, y a veces necesito compañía. Por mi trabajo voy a salto de mata de acá para allá, y no tengo amigos, y, bueno, había pensado que podrías acompañarme de vez en cuando, salir a tomar algo, un cine,

un teatro, un poco de vida social —cuenta Patricia, intentando que suene convincente un motivo que a ojos de cualquiera es prácticamente inverosímil.

—¿Y por qué yo? —sigue interrogando Sofía, que va a acabar gastando su cupo de preguntas para lo que le queda de vida.

—Pues esa es la cuestión, que tampoco estoy segura de las razones que me han llevado a escogerte —miente Patricia con un descaro que solamente ella conoce.

—Pero algo podrás decirme, digo yo.

—Lo cierto es que no sé por qué me has caído bien. Llevo siguiéndote un tiempo y te considero, por lo que he podido intuir, claro, una mujer inteligente, interesante, atractiva —aquí Patricia tiene que contenerse un poco, pues nota que se va extralimitando en su descripción de Sofía— en el amplio sentido de la palabra, vamos.

—Me siento halagada —se relaja Sofía, que valora su nueva situación, mucho mejor de la que hacía unos minutos se presentaba, y porque además es persona susceptible a los agasajos verbales.

—Ten en cuenta que estoy siendo totalmente sincera —sigue Patricia mintiendo sin recato—. Si no te interesa, puedes decírmelo con toda tranquilidad, que no te voy a montar ningún número, ni quiero que pienses de ningún modo que estoy loca de atar.

—Te confieso que lo he llegado a pensar —reconoce Sofía, traicionada por su propia sinceridad—. Pero también sé comprender las situaciones personales de cada uno. Yo misma estoy viviendo un momento difícil en mi vida, y creo que no necesito darte más explicaciones, pues pareces saberlo todo de mí —y aquí Sofía nota que empieza a sentirse incluso cómoda con aquella loca, pues no tiene que fingir ante ella, y porque además está al cabo de la calle de su doble vida y no parece importarle, y solo quiere compañía. Eso lo puede entender. Sofía puede comprender perfectamente la soledad de Patricia y su necesidad de relacionarse. A ella misma no le vendría mal tener una amiga. Ella también está sola, a su manera.

—Es cierto, creo saber todo lo que sientes, aunque siempre puedo equivocarme —afirma la detective, ya más tranquila, y expresando agradecimiento a Sofía por todos los poros de la piel, con la misma mirada de un perrillo que acaba de ser adoptado por un amo encantador y cariñoso—. Mi trabajo me permite muchas

horas de reflexión mientras observo. Y son muchos maridos y esposas los que se me confiesan, aunque realmente no deseen hacerlo. Y es que no pueden evitarlo. Están en juego sus afectos, más allá de sus preocupaciones económicas o legales, e incluso más allá de sus celos o de su rabia. Se sienten traicionados, y esa traición es el síntoma del abandono, del desamor. A nadie le gusta dejar de ser querido. El amor es como un seguro de vida. Y parece que nuestra vida solo tiene pleno sentido si somos amados. Mientras que si perdemos el amor, nos derrumbamos.

—Es cierto, Patricia —Sofía pronuncia el nombre de la detective por primera vez, secretamente emocionada por sus palabras, y deja un espacio de silencio que le permite reflexionar sobre lo que esta ha dicho, esas palabras tan veraces y tan demoledoras, al tiempo que Patricia está sintiendo un rayo de amor que le atraviesa todo el cuerpo después de oír su nombre saliendo de una boca tan suave, tan firme, tan dúctil. Encuentros como estos no son posibles con los hombres, piensan de pronto ambas, cada una por su cuenta, sintiéndose comprendidas recíprocamente, golpeadas al unísono por la misma necesidad, entendiendo la una las carencias y anhelos de la otra, bailando la misma danza sobre la mesa de aquel bar.

—Creo que me entiendes tú a mí también, y sin necesidad de palabras —Patricia habla en un murmullo de voz, sin poder evitar decir lo que siente, pero temiendo que el hechizo se rompa entre ellas casi antes de haber nacido. Nunca hubiera imaginado que Sofía se le iba a colar tan adentro, tanto como ya estaba.

—Sí, entiendo lo que dices, porque a mí me está pasando lo mismo —reconoce Sofía, aturdida al ver asomar el rostro de lo que lleva dentro, y al mismo tiempo desconcertada de pensar lo que esconde en su interior. Esta mujer, Patricia, no es como las demás. Es más compleja. Busca algo. La búsqueda está escrita en su cara. Busca lo diferente. En cierto modo es como ella, es una imagen de sí misma, una de las caras ocultas de Sofía. Es como mirarse en un espejo y recuperar la parte que se niega a diario. Enfrentarse a su propia máscara y quitársela con las manos de Patricia. Y verse el rostro sin maquillaje. Un rostro multiforme, lleno de perspectivas. Le da miedo mirarse en Patricia, pero la atrae como al suicida el abismo, le produce una curiosidad sin límites. Ya no puede parar. Ha comenzado una nueva experiencia, y si hay algo que Sofía no

puede evitar es embarcarse en un destino incierto pero excitante, en una nave de conocimiento singular, en algo distinto, atrayente, magnetizador. Sofía está atrapada ya, ha caído en el saco. Y Sofía se entrega por entero cuando decide que sí, que allá va. Sin reparos, límites. A toda vela.

Marzo

Jorge ha salido con Alicia. La lleva a la ópera. No sabe qué le pasa a Sofía, que dice que no quiere volver a verlo más. Creía que era mentira, una exageración, una broma de Sofía, no la creía capaz de eso, pero debe querer castigarlo, o jugar con él, o quién sabe lo que le pasa a Sofía por la cabeza. Era incómodo tener a Sofía a sus pies, ansiosa y deseante, siempre llamándolo, siempre queriendo más. No lo dejaba casi respirar, le impedía conocer sus propios deseos, porque antes de que pudiera expresarlos, ya estaba Sofía pidiendo guerra. Pero ahora que Sofía se niega a verlo, Jorge siente un vacío inexplicable. Es como tener la vida en blanco, toda entera sin escribir. Y sin grandes acontecimientos en perspectiva. Ahora es él quien toma la pluma en su mano y duda a la hora de emborronar las hojas de su existencia. Al dosificarle a Sofía sus encuentros, al marcar él las pautas de su intercambio sexual, creía que mantenía el control de su vida. Pero si Sofía dejaba de existir, su mundo se vaciaba de pronto, y esta verdad lo dejaba perplejo.

Jorge no quiere estar solo, porque ha llegado a la conclusión de que las más fructíferas indagaciones acerca de sí mismo se derivan de sus encuentros afectivos. Se acuerda entonces de Alicia, que ha dejado un poso blando y consistente cerca de su corazón, y vuelve a ella, incapaz de insistirle a Sofía, sin saber siquiera si desea seguir viéndola, o en todo caso, si le conviene verla de nuevo. Sofía es arrogante, imperiosa, imprudente, caprichosa. Sofía es un caos auténtico, y Jorge siente un punto de desconfianza hacia ella. El mundo de sus caprichos es amplio, su deseo de novedad es una trampa para ella misma, piensa. Él no quiere caer en ese vicio, esa espiral de locura que lo llevaría hacia atrás en su viaje de construir. Jorge quiere, ahora lo sabe, pero le ha costado toda una vida convencerse, tener pareja estable. Pero no una mujer cualquiera.

Quiere la mejor. Quizá un espejismo. Esa es otra trampa, la mayor. Por eso anda con pies de plomo, y no cede ante las piruetas de Sofía, pero reconoce que la ama, a veces incluso desesperadamente. Esta separación es buena, haciendo balance, porque le permite distender el cordón umbilical de Sofía, y soltar cuerda, para investigar otros mundos. El de Alicia, por ejemplo.

Alicia es un encanto de chica. Dulce, comprensiva, tierna. Lo que no tiene Alicia es ese mundo atormentado de Sofía, que es el que lo lleva de cabeza. Sofía le gusta tanto, es tan intensa, que la vida vale por dos cuando la comparte con ella. Es como él, en el fondo. Pero es su lado oscuro, ese lado que necesita abrir, que necesita airear, a pesar de todo, a costa de todos, si es necesario. Jorge siente, sabe con total certeza, que va a necesitar a Sofía por el resto de su vida, pero no a la Sofía de carne y hueso, sino al símbolo que representa. Cuando monta el número en un restaurante, cuando exige venir al cocinero a la mesa y se saca un bocado de la boca delante de sus narices, cuando se disfraza de gladiador romano con una minifalda y sin ponerse ropa interior, cuando locura tras locura se siente más vivo, es Sofía a la que lleva dentro, y Alicia es mera espectadora. Alicia está claramente diferenciada de él. Y sin embargo es con Alicia con la que gusta de llamar la atención, a la que le place asombrar, a la que quiere dejar con la boca abierta. Siempre ha sido así, desde que la conoce, desde la adolescencia. Con Sofía se frena, pone límites, se vuelve casi conservador. Pero también le gusta. Esa es la paradoja. Querer vivir entre dos aguas, siendo dos, o mil Jorges, siéndolo todo, probando todo. Es difícil vivir con una sola cara, o es aburrido, quizá es aburrido simplemente. Jorge quiere vivir con dos mujeres. Se asoma a esa fantasía con sorprendente facilidad. La mera idea lo descompone de placer. Se desharía la madeja de su insatisfacción, de su duda. Se siente lleno de energía cuando piensa en las dos, y cuando las piensa por separado, se desinfla en una parte, diferente por cada una de ellas. Desacompasado. Incompleto. Descontento. Rabioso por no saber decidir. El conjunto de las dos hace una unidad perfecta. Así el fuego de la indecisión se apaga, porque ya no tiene que decidir a cuál quiere más o cuál le importa en mayor medida. Sofía y Alicia. Alicia y Sofía. Sin orden determinado, pero ambas a un tiempo. Y se imagina proponiéndoselo a las interesadas, un

triángulo, una vida de a tres. Es obviamente imposible. Sofía ardería de indignación, y Alicia moriría de vergüenza y de pasmo. Las puede ver tan nítidamente que se estremece de espanto ante semejante visión. Chamuscada su idea ante los rostros imaginarios de las dos amantes escupiendo fuego por la boca, Jorge conduce a Alicia del brazo hasta la entrada del auditorio, subiendo la ancha escalinata imperceptiblemente mohíno, destruyendo con rapidez y a conciencia los pilares de su perturbada imaginación, justo antes de entrar en el recinto.

Pero lleva el veneno en su interior. Jorge lo lleva. Y sentando en su silla de palco, mirando de soslayo el amplio escote de Alicia, sigue rezumando deseos incontenibles, desatados por los pensamientos que genera su incapacidad para solventar su biografía de una forma real y verosímil. La soprano aúlla sin cesar, como si la estuvieran sacrificando, como si le estuvieran abriendo en canal esas tripas que palpitan en el interior de una túnica ceñida y mal llevada, como si fuera a reventarle, agudísima en su grito, la papada henchida de dolor que adorna su cuello. Jorge no puede soportar los cortes que le infligen los puñales de esa voz, lo ponen en el filo del límite. Se da cuenta súbitamente de que solo habiendo sufrido de una manera espantosa se pueden generar esos agudos, ese filo brutal del canto, procedente de las mismísimas entrañas del ser humano partido por la pena. Y en ese momento se le vienen de golpe al recinto de las sensaciones todas las arias más bellas, y entonces contempla a la gente en sus butacas, revisa ese elenco de rostros, todos transidos de emoción, todos sobrecogidos, cada uno a su manera. Un amplio y diverso catálogo de hombres y mujeres aferrados a las cuerdas vocales de la garganta del dolor. Esa garganta que no es otro lugar que un túnel de desgarro donde la congoja tortura inmisericorde y constante a sus visitantes. Jorge se siente transportado a esa oscura cueva, húmeda y angustiosa, donde nace la lengua de la cantante. Se ha vuelto liliputiense. Es capaz de examinarle los detalles de cada poro y las estrías de cada músculo, e incluso se cimbrea en su asiento, golpeado por ese órgano gigante, ese órgano que para llevar cada nota hasta su máxima intensidad, se pega contra las paredes del interior de la garganta, abre el conducto temblorosa y espasmódicamente a la vez, y sostiene allí el sonido, y va y viene de una nota a otra sin dejar de abrir el

conducto de bajada hacia la laringe, sin dejar de aullar bajo los afilados zapatos del sufrimiento, zarandeado por la salvaje melodía que se le hace conocida a Jorge. No por haberla oído muchas veces, o por saber el título de esa pieza la conoce. No, es otra cosa. Es un grito sabido desde su nacimiento. Es el grito asociado al dolor más profundo. A la carencia más extrema. Al abandono máximo. Y súbitamente, conforme ha llegado al punto álgido de ese sentimiento de estar abrazando una lengua de espanto archisabido, sin darse cuenta de cómo ni por qué le ocurre, a Jorge se le saltan las lágrimas de forma intempestiva, a raudales, como el chorro de un grifo que se le abriera de pronto y diera paso al líquido de una cañería oculta en su mirada. El significado de ese llanto le queda ajeno, y se estremece de pensar que está muy lejos de conocer lo que lleva dentro, esa especie de monstruo interior que se le sale por los ojos ahora, que se le asoma al balcón del lagrimal para ver la función que se está representando fuera. Jorge está turbado, porque lo único que siente es una pena gorda y densa como la carne de un filete ruso, una pena que se le atraganta, que le sale de las tripas y le llena la boca hasta rebosarle por los labios, que lo lleva casi a vomitar de negrura. Y esa masa pastosa sabe amarga y se le adhiere al paladar y a los dientes, y no puede ni mover la lengua, atorada en la masa, encallada en la masa. Mientras el lamento de la mujer sobre el escenario continúa sin final posible, abrazada ahora a un hombre que grita en un tono más grave pero sintonizado exactamente en la misma onda de su gemir.

Lo que siente Jorge es el mundo atravesado en su garganta, es su pasado aterido de humedades nadándole en mitad de las flemas, en ese grumo de arenas movedizas mezclado de saliva y carne deshojada del recuerdo más omitido, negado, postergado y soterrado. Y revivido ahora solamente en su estela de dolor, pero no en los detalles. Jorge no puede darle la espalda a esa sensación, por más que toda su vida haya estado seguro de su felicidad a lo largo de los años, desde la primera infancia hasta que le dio el ataque de poeta. Se le abre un pasadizo de duda, descarnado, en su mundo feliz, mientras intenta contener las manifestaciones externas de su vivencia. Mira de reojo a Alicia y se tranquiliza al comprobarla abstraída en la función. Parece emocionada también, y él siente la irrefrenable tentación de acogerse en su regazo, de meterse debajo

de su vestido, de pegarse a sus faldas, y dejarse acariciar y abrazar y mimar por ella. Pero se contenta con apoyar la barbilla sobre su hombro y arrimarse a su espalda, cogiéndola primero por la cintura y deslizando luego los brazos alrededor de su torso para dejarlos finalmente cruzados sobre su vientre femenino. Es un momento de intimidad suma. Es un momento en el que Jorge siente que podría atravesar la frontera del amor para instalarse en ese sentimiento de por vida. Es tan grato y tan reconfortante, y produce tal plenitud, que se siente amparado hasta la médula. Es tan vivificante que siente por primera vez la certeza de estar en el lugar adecuado. Alicia es ese lugar adecuado. Es la elegida. Y sin embargo, conforme está allí encajado, construyendo el molde del cuerpo de Alicia con el suyo propio, empieza a experimentar una extraña opresión en el pecho, un ahogo que le viene de los pulmones, un calor excesivo, falta de aire, agarrotamiento de los músculos, y una tensión generalizada que hace que ese momento de auténtico éxtasis, de encuentro máximo con el otro, devenga en agobio repentino. Los huesos de Alicia, hacía un instante carcasa perfecta de su emoción, se le clavan entonces en la carne; la espalda de su amiga, hacía un instante curva ergonómica donde descansar sus heridas, le impide ahora respirar con libertad; y la propia candidez de Alicia, que se muestra alegre y confiada por esa intensa y sobrevenida muestra de afecto de su acompañante, le producen de pronto una sensación de náusea y vacío, como si hubiera dejado de notar el suelo sobre el que pisa. Entonces su mente decide súbitamente dar marcha atrás, y lo mismo que se deslizó hasta Alicia, como una serpiente en busca de enroscarse a la presa deseada, se desliza ahora desde ella hasta alcanzar su posición normal sentado en la butaca del palco, dejándola sin abrazo, abandonándola en silencio, despojándola de su cuerpo, arrancándole su título de elegida en un segundo. Nada permanece, nada dura por siempre. Ningún abrazo puede ser eterno, reflexiona Jorge, alejado por fin de Alicia. Y ya puede respirar de nuevo con la amplitud necesaria, ya se encuentra mejor y más definido. Porque lo cierto es que cuando estaba pegado a ella, aunque era delicioso, era también mortal ese pegotearse tanto que hasta se le llegaban a desdibujar sus propios límites físicos, haciéndose uno con Alicia. No quería perderse en ella. No quería dejar de ser él en todos los sentidos. Necesitaba despegarse de ella

para verse claramente, para sentir su propio cuerpo y su propio espacio. Incluso su propio corazón, su cerebro y sus vísceras se le velaban en contacto tan íntimo con ella.

Y ahora Jorge se acuerda de Sofía. Pasa de un extremo a otro con la rapidez de un ciervo despavorido. Necesita refugiarse en Sofía para olvidarse de ese hermosísimo abrazo, que es como un lazo de ahorcado alrededor de su pecho. Y se le viene —desconoce la razón— a la memoria, cual cagada de pájaro caída del cielo del recuerdo, una conversación con ella.

—¿No es hermosa la materia, cariño?

—Yo soy la antimateria.

—¿Qué es eso, Jorge? ¿La antimateria? ¿De qué me hablas?

—Pues eso. Lo contrario a la materia. La antimateria es lo perfecto. Pero no vale para nada, porque es intangible.

—¿Qué tiene de malo la materia, si puede saberse?

—No te puedes fiar de ella, y sin embargo es lo único de lo que puedes hablar, porque es lo único real, la única realidad física que conocemos.

—¿Por qué la materia no es de fiar?

—La materia es la única vía de contacto entre los seres humanos, es la energía que se toca. No se puede vivir sin ella, porque sin tocar a los demás nos moriríamos, pero también es el pringue.

—¿El pringue? Lo dices como si te repugnara.

—Porque en realidad es repugnante.

—¿Es repugnante el contacto físico?

—Claro, es pringoso. Simpre acaban saliendo jugos por todas partes cuando te relacionas con la gente. El contacto es pringoso por definición.

—¡Benditos jugos! Amo esos jugos. Es lo único que le da

sentido a la vida. Si no te pringas no sientes. ¿Qué tiene de malo el pringue, a ver?

—Pues que de pequeño siempre te están diciendo «límpiate, que vas sucio, que te has puesto perdido. Eso es caca, no lo toques, tíralo». Y se te va quedando en la memoria inevitablemente.

—¿Por eso tú siempre te estás lavando las manos?

—No lo había pensado, pero tal vez sea efectivamente por eso.

—Pero sin pringue, como tú lo llamas, no hay contacto físico, que para mí es lo único importante, el único medio de entenderme y conocer a los demás.

—Precisamente por eso: el pringue físico es el pringue emocional.

—Eso sí que no lo acabo de entender. A mi modo de ver son dos cosas distintas.

—Pues está bien claro. Cuando te pringas físicamente te estás pringando emocionalmente.

—No siempre. Puedes estar pringado hasta las cejas y guardar tus emociones a buen recaudo.

—Sí, siempre.

—Que no, mierda.

—Sí, el pringue es una mierda. Tú lo has dicho.

—Y la mermelada, y la miel, y la nata, y todos esos pringues maravillosos, ¿no te gustan?

—Yo no digo que no me gusten, pero tomados en exceso me hartan. Me aburren. Siempre llega luego la resaca del pringue, y sus efectos secundarios.

—Eso es cierto, pero puedes hartarte de mermelada primero y luego pasar a otro pringue diferente, y así sucesivamente. El caso es pringarse, vivir todo el tiempo en medio del pringue. Estar pringado hasta la bandera.

—Eso es bueno para ti, que eres una superficial. Pero yo busco otra cosa. Dosificar el pringue. Lo contrario que tú.

—Sí, ya, la antimateria, vamos. Follar a control remoto.

—Ya salió el tema. Estaba pensando que tardaba en salir, y por fin lo has sacado.

—Claro, joder. ¿Qué te crees? ¿Que soy de piedra? Tanto hablar de pringues me ha puesto cachonda.

—No puedo contigo, Sofía. Eres incorregible.

Con Sofía es todo muy intenso, pero Jorge no siente ese agobio de la cercanía. Tal vez porque con ella no se establecen ese tipo de contactos. Hay barreras invisibles que impiden el acercamiento pleno, el contacto total. Con Sofía es todo muy dramático, y muy sentido, pero no queda lugar para la intimidad a ese nivel enfermizo. Ese lugar no se materializa entre ellos. Pero aunque agobiante y enfermizo es hermoso y placentero. Lo ha comprobado fehacientemente. Quizá por ese mismo motivo Jorge siente que le falta algo cuando está con Sofía; experimenta un vacío, pero distinto del que hace unos minutos sintiera con Alicia. Es el vacío de la lejanía, el hueco del abismo. Es posible que si consiguiese esa intimidad con Sofía pudiera enamorarse sin reparos y entregarse a ella por completo. Eso es precisamente lo que le falta de ella. Pero Sofía es tan apasionada que todo se lo perdona Jorge en ese momento, cuando se le viene a las uñas el roce de la piel de su amante. Se siente desolado, por no tener lo que desea, por estar tan lejos de Sofía ahora, por su incapacidad eterna para solventar la vida con arreglo a sus más íntimos anhelos. Y de la desolación, con el convulsivo gemido de fondo de los actuantes sobre el escenario, pasa a la rabia desesperado. Es la misma rabia que lo mueve en ocasiones a realizar actos llamativos, a salirse de la norma, a reventar por las costuras de su limitado ser. Es una rabia callada, reconcentrada, sibilina, es una rabia que no se manifiesta con gritos extemporáneos o con violencia notoria o golpeando y pateando objetos, se manifiesta por el contrario como un tremendo torrente de energía, en apariencia inocente, que lo lleva a actuar en

cualquier dirección que se presente como la no prevista, la no indicada, la no concertada por la costumbre o la rutina. Es una rabia fundamentalmente enemiga de los convencionalismos sociales.

La intensidad y volumen procedente del escenario se ha vuelto casi ensordecedor por la presencia de toda una masa coral que entona una melodía escalofriante, la melodía del sobrecogimiento más irracional que un humano puede sentir por acción del canto de otros. El corazón de Jorge palpita acelerado, transido de exaltación e incertidumbre, acongojado, impotente y vacío de sentido lógico, mientras él mismo se siente acorralado por un deseo inespecífico, inclasificable a los ojos de su cerebro, pero tan fuerte que un huracán no habría sido capaz de desplazarlo de su trayectoria, cuando el coro, incansable, acomete con recién estrenado brío la denodada tarea de amplificar la tragedia, anegando los tímpanos del auditorio con la marea de sus exaltados cánticos. Y sin embargo, acto seguido, Jorge, en un golpe de control, decide que le da la espalda por el momento a todo, a la razón y al desconcierto, a esa necesidad de entender los motivos y las causas que lo atenaza y le impide sentirse en paz consigo mismo. Y se entrega definitivamente al abismo de siempre, se hace carnaza de ese viejo abismo suyo que tan bien conoce.

Como si iniciara una danza cuya coreografía le nace del innombrable deseo de actuar, y enardecido por ese clamor tenso que asciende directo hasta su palco por las troneras del sonido proporcionándole una extraordinaria banda sonora de fondo, Jorge acerca su mano a una de las rodillas de Alicia y la oprime fuertemente entre sus dedos al tiempo que somete a un mordisco profundo el centro de su nuca, por donde nace el pelo de su melena, que le sube recogida por un prendedor sobre la coronilla. La sorpresa de Alicia no puede desahogarse, porque Jorge la sujeta de tal forma que no le deja movilidad alguna. Los dientes se le aferran al cuello poderosos en su capacidad de sujeción, pero tan dulces y expertos que Alicia se estremece de placer, mientras la mano de Jorge avanza por la pierna, por el muslo, sobando con fiereza la media que la cubre, llegando al punto en que se acaba el tejido para dar paso a la puntilla que señala la presencia de un liguero. Esa puntilla que es como la espuma que anuncia el líquido de la carne

ya desnuda hasta la ingle. Y sigue Jorge entonces, adentrándose en la entrepierna y palpando la vía de entrada. Uno a uno le va desabrochando los corchetes del *body*, experto conocedor, tan buen *gourmet* de platos de lencería que no se le resiste un solo modelo de esas perversas prendas, agarra con la otra mano a Alicia por el torso y se lo aprieta haciendo de su extremidad una garra que quiere arrancarle la carne que late bajo el vestido. Y los de abajo siguen gritando cada vez más convulsos, y el *body* ya está abierto y la mano ya ha alcanzado el vello púbico de Alicia y tira de él suavemente, y la mano lo suelta y relame el conjunto de todo lo que allí mismo tirita húmedo, y con los dedos frota y juguetea, luego los introduce, tres dedos entran, y salen, y vuelven a entrar y vuelven a salir de nuevo, mientras la otra mano desabrocha la cremallera del vestido y se interna por la zona descubierta, dando de sí el sujetador, rasgando la trabilla que lo sujeta a la espalda de un solo golpe seco, y pasando a la acción delantera, acariciando ya el pecho de Alicia y removiéndolo en todas direcciones casi compulsivamente, jugando con él en la mano como si fuera masilla de albañil fresca, tirando del pezón hacia fuera y queriendo desgranar su fruto con los dedos, en un ritmo acompasado con la mano de abajo, que sigue relamiendo y entrando y saliendo cada vez más entrampada en la marcha de su avance. Y la lengua ya ha mojado todo el cuello y ya ha dejado huellas de su paso por la piel, enrojecida de gozo físico, cuando Jorge tira del pezón de su compañera de tal forma que la guía obligadamente a girar su postura y a levantarse del asiento, y la emplaza contra el suelo del palco, conforme el resto del público sigue extasiado en la contemplación y en la escucha de los locos que gritan abajo cada vez más desesperados. El estruendo musical sirve de sordina a los gemidos de Alicia y de Jorge, y sirve también de intensificador de sus emociones. Están entregados a la pasión del instante, porque Jorge ha cogido el echarpe de Alicia, lo ha enrollado muy prieto y a modo de cuerda le anuda las manos, la pone a cuatro patas contra su butaca y la ata al respaldo en posición de rodillas. La despoja del traje deslizándolo hacia abajo y sacándoselo por las piernas, y se deshace de los despojos de la ropa interior que a trizas todavía cuelga del cuerpo de Alicia, de tal forma que queda ya desnuda por completo solo con las medias y el liguero, dejando el culo al aire y

las tetas colgando hacia el suelo por efecto de la posición contra la silla. Y no para Jorge, que está hiperactivo, pues le abre las piernas bruscamente por detrás, agarrando cada uno de sus muslos por la cara interior y formando una uve muy pronunciada con ellos, ampliando el espacio entre sus rodillas todo lo que el cuerpo de Alicia, hecho plastilina blanda pero firme, es capaz de dar de sí en ese estado. Y de nuevo le pasa la mano por la entrepierna abierta, y se la contempla de cerca, a merced de los imaginarios vientos que azotan la isla de lujuria en que se ha convertido ese inocente palco. Si Sofía abriera de pronto esas cortinas rojas que aíslan el palco del pasillo se moriría de envidia, y se llenaría de rencor hacia su amante, que le ha tenido dosificado el sexo todo ese tiempo y que además no la pone a cuatro patas así lo fuerce a punta de pistola.

Por fin se desabrocha el pantalón Jorge y deja al descubierto un calzoncillo reventón con un bulto exagerado en el centro. Se baja la prenda y sale de improviso su famosa polla enhiesta y dura, se la manosea un rato mirando el cuerpo de Alicia, que tiembla y espera muy callado. Se arrodilla, se pega a su culo y se la mete por entre las piernas. Le agarra los pechos, uno con cada mano, y los usa para darse impulso, mientras golpea el trasero de Alicia con su cadera y se mueve dentro de ella obsesivamente, como una máquina, feroz y por completo ido. Alicia no sabe qué sentir, pues se debate entre el placer y el horror, entre la entrega dócil a su querido Jorge y el desasosiego que la habita casi desde el principio de su animal asalto. Alicia se descompone ante la visión carnal de tanta virulencia, porque no sabe dónde encajar esas emociones, porque desconoce si sería posible catalogar en el mismo saco las embestidas de él con su propio y más humilde deseo. Alicia no sabe qué sentir, pues tiene el sentimiento desnortado mientras Jorge le revienta el alma por detrás, hecho un auténtico loco, perdida la conciencia, aferrado desesperadamente al cuerpo de la mujer, que se abanea en sentido longitudinal conforme Jorge la tiene ensartada en la barra de su ansiedad, y la hace sentirse en verdad deseada, pero raramente deseada. Alicia está disfrutando de su momento de gloria con Jorge. Eso es cierto. En teoría es así, y en la práctica también, porque la pasión de su amante es casi mágica, en la medida en que la lleva a un estadio de embriaguez de los sentidos, de locura y animalidad que es como un bálsamo para su vida rabiosamente

vulgar y cotidiana. Desde que Jorge la follara en el lavabo de Horcher no había experimentado una aventura semejante, y si le dieran la oportunidad de dar marcha atrás, no lo haría, se jura a sí misma que no lo haría. Escogería ser pasto de la agresividad de Jorge antes que terminar la noche como las demás noches. Es su momento de gloria, sin duda. Pero nunca imaginó que la gloria tuviera ese precio tan alto. El precio de vender la autoestima por un plato de sexo caliente en la ópera.

Bueno, no, quizá no fuera la autoestima, pero algo parecido. En realidad eran el miedo y la duda juntos. O los celos tal vez. No es que temiera por su integridad física, porque ella sabía reconocer que todo aquello era puro teatro de los cuerpos, era sexo a tope y sin trabas, y además Jorge no la estaba matando ni violando ni vejando ni siquiera maltratando, y ella podía haber frenado la escena, dando marcha atrás, negándose a continuar siendo parte de la representación. Era una sensación cada vez más fuerte de que estaba de más allí, de que no era ella la homenajeada de la historia. Conservaba alguna certeza, guardada en el cajón del conocimiento de sí misma, de que ella era incapaz de despertar tales pasiones. De alguna forma se había resignado desde siempre a no ser la favorita de Jorge, a no ocupar jamás el lugar de la mujer de sus sueños. Jorge no se había enamorado de ella cuando se conocieron. Habían sido siempre amigos, dos viejos amigos que con el roce y el paso de los años se habían ido haciendo compañía mutuamente y se habían utilizado en ocasiones para saciar el hambre del deseo. Solo eso. Alicia convivía diariamente con la casi total seguridad de que solamente ella había sufrido el destierro del amor, la indiferencia de su amigo, el flechazo del corazón y el malestar de los celos, durante todos esos años en que Jorge la llamaba para cenar de vez en cuando. Últimamente se habían reencontrado en un terreno algo distinto, especial incluso. Pero porque Jorge estaba haciendo crisis, porque se había vuelto poeta de repente y porque estaba lleno de espanto. Alicia había sentido que Jorge acudía a ella como tabla de salvación, como buscando un anclaje de su antigua vida, pero al mismo tiempo como queriendo vivir algo nuevo con ella, como intentando prender y avivar la llama que debía latir en su interior y que no se había encendido a su tiempo, cuando realmente hacía falta que ocurriera. Pero lo que no le acababa de encajar era ese

desarreglo de la personalidad de Jorge que tan pronto lo convertía en poeta como lo arrastraba a tirársela en la ópera, y sobre todo, sin que ella hubiera sido artífice de alguna pequeña parte de ese arriesgado diseño de expectativas.

Alicia se sentía desfallecida por la acción indeseada de esos pensamientos que venían a empañar su momento de gloria, y le temblaban las carnes y los huesos, los músculos ya no la sostenían y Jorge seguía cabalgando su cintura sin acabar de correrse, posponiendo salvajemente la eyaculación. Pero él parecía estar atendiendo al ruego real de Alicia de que ese encuentro no se acabara nunca, ya que paradójicamente, al tiempo que dudaba de su propia capacidad de seducción para provocar arrebatos tales, Alicia pedía a los dioses que no finalizara nunca ese devaneo extasiado de la carne, ese contacto con la interioridad más abismal de Jorge, porque también era capaz de sentir Alicia, en medio de todo ese maremágnum de intrigas mentales que la acosaban como buitres carroñeros devorándole su propia sensualidad, que Jorge se estaba vaciando aquella noche, que Jorge se estaba poniendo a prueba en el campo de batalla de sus pasiones más recónditas y vivas, que Jorge se estaba dando a ella aunque no fuera ella la elegida de Jorge. Alicia quería que Jorge se quedara allí prendido, entre sus piernas de por vida, que Jorge se fusionara con ella, y poder vivir la fantasía eterna de que Jorge le pertenecía.

Pero Jorge no se corrió. No quiso o no pudo correrse. De pronto se quedó paralizado, soltó los pechos de Alicia, y se desasió de su trasero, con el miembro todavía erecto y una expresión esquiva en la mirada. Inmediatamente después se acercó de rodillas hasta las manos de Alicia, que seguían sujetas por el echarpe al respaldo de la butaca, y le desató dulcemente el nudo, de tal forma que ella quedaba liberada por fin, y ya podía darse la vuelta. Y fue en ese momento justo cuando ella pudo ver el rostro de Jorge, desalentado y triste, que la miraba de forma vaga y huidiza. Movida súbitamente por un resorte amalgamado de piedad, amor y pena, Alicia se abrazó a él con fuerza inusual, imprimiendo una energía a ese acto que ni ella misma esperaba contener en el registro de sus experiencias posiblemente ejecutables. Tanto es así que ella misma, sentada sobre sus piernas dobladas, despreocupada de su total desnudez y arropada por el cada vez más fuerte canto del coro que

enfebrecido ya hasta el paroxismo indicaba el pronto cierre de la función, atrajo a Jorge hacia sí, le tomó el miembro en su mano y lo masturbó con suavidad y cariño, abrazándolo mientras él se dejaba hacer, entregado al abandono físico, al silencio y a un mutismo gestual de tal calibre que parecía un moribundo a punto de pasar a la categoría de cadáver. Pero se acabó corriendo en la diligente mano de ella, y sus gemidos, integrados en el fragor musical de la sala, subían y bajaban en la escala que va del gozo al dolor, mientras abajo alcanzaban también el clímax los protagonistas del drama, eyaculando la insoportable tristeza acumulada y poniendo punto final al orgasmo colectivo de la sala, que, puesta por entero en pie, aplaudía a rabiar la consecución del último acto y la bella ejecución del espectáculo en su conjunto.

Con Jorge no es posible la relajación. Ni siquiera cuando lo besa se siente Sofía serenada del todo. Es una zozobra considerable. Le late el corazón constantemente. Su propia pasión la desboca y le impide alcanzar alguna migaja de sosiego. Cuando Jorge está encima de ella, en la cama, solo entonces logra apaciguarse mínimamente. Pero tampoco lo consigue en su totalidad. Es que está tan pendiente de que todo sea hermoso, de que todo responda a los esquemas del amor romántico, a los convencionalismos sexuales de películas y novelas, que no descansa un instante para que posturas, gestos, diálogos, luces y demás nimios detalles, se acomoden al nivel de perfección exigido. Ella lo sabe y lo practica a conciencia. Porque la vida no tiene sentido si no se embellece, si no se tiñe de preciosismo. Y le gusta manipular a Jorge en ese aspecto. Le gusta dirigir la escena, controlar el devenir de los acontecimientos, como si siguiera un guion prestablecido, porque sin esa guía de tópicos, el acto de hacer el amor pierde gran parte de su atractivo. Sin embargo con Ramón no puede. Ramón va por su lado, hace lo que le da la gana. Es una especie de rebelde ingobernable, un ser antisocial. Ramón es realista hasta extremos desaforados. Y es precisamente ese realismo suyo lo que ha apartado a Sofía de su camino, lo que la ha ahuyentado como si fuera un cervatillo miedica escapando de las fauces de sus depredadores. Es lo que le impide hacer el amor con él. Porque

Ramón es un desconsiderado, le espeta lo que opina sin velos que lo suavicen, sin anestesia. En vivo. Y ese desgarrado tono que emplea para hablar con ella, para decirle lo horrible, caprichosa, insoportable que es, sin pensar en sus sentimientos, la lleva a odiarlo hasta la muerte y la lleva al desprecio de su marido. Ramón es para Sofía una especie de asno patibulario, e incluso un cerdo apestoso a veces, o también un bisonte que pisotea con sus rasposas y bastas pezuñas, a conciencia, el jardín de sus sueños. Carece de la más mínima delicadeza para con sus arrebatos de niña malcriada. Sí, Sofía es malcriada, también eso lo sabe. Pero le pasa solo a veces, cuando ya no puede más, cuando la vida la supera y nada tiene sentido, cuando la vida no le da fruto, y entonces busca afecto y amparo y consuelo, busca comprensión en su marido. Pero Ramón la trata al modo en que la estricta gobernanta de un orfanato corta las alas fantasiosas y sensibles de sus pupilos, al modo en que esa horrible bruja cercena los accesos de necesidad de afecto de los chavales abandonados. *La vida es así. Hay que aceptarla como es. Uno tiene que ser fuerte. Ya no eres una niña, Sofía. No aguanto tus caprichos. Conmigo no vas a sacar nada en limpio si te comportas de ese modo, como una estúpida malcriada, como una farsante embaucadora*. Ramón no sabe captar que sus chantajes emocionales no son más que lamentos soterrados de un estado de desamor, de un profundísimo desafecto que arrastra desde la infancia. No sabe sintonizar su dolor ni comprender que su rabia no es más que una fórmula torpe y poco conseguida de petición de mimos a la desesperada. Ramón es práctico, cabal, ordenado hasta la crispación. Es un engreído y un soberbio. Todo le va bien, menos su mujer, piensa Sofía con regusto de venganza, con deshumanizado rencor.

Las gentes decentes, sermonea también Ramón, *no manifiestan sus sentimientos en público. Se los comen en privado. El dolor no es para compartir. Uno se aguanta y ya está*. Y el uso de la palabra decente se le atraganta a Sofía en mitad de la tráquea, porque la decencia asociada a los sentimientos le cuadra escasamente. La decencia es una cuestión pública, y si su marido asocia los sentimientos con lo público es porque en realidad considera sus sentimientos, o la manifestación de los mismos, como algo indigno de ser contemplado por los demás. Para Sofía, lo que las gentes

decentes hacen, por ejemplo, es no enseñar el culo por la calle a cualquiera que pasa, y eso encajaría perfectamente dentro de la noción que de la decencia tiene. Entonces, no es de extrañar que ella interprete que los sentimientos son para Ramón el culo mismo, o algo así como mostrar a los demás su culo, o incluso peor, que los demás descubran que tienes la lepra y te señalen con un dedo chivato y despreciativo, repugnante dedo soplón y censor: «¡Ese, ese! ¡A por él!».

Pero Ramón no fue así siempre. Si lo hubiera sido, Sofía no se habría casado con él. O tal vez lo era y ella no lo supo ver. Hay cosas de los demás que uno no ve más que pasado el tiempo. Porque en aquel entonces lo que importaba a Sofía, sus valores, eran muy diferentes. Ahora Sofía vivía a su marido de forma contradictoria. Porque lo que ella vio en él al comienzo de su relación no puede desecharlo de su experiencia. Está ahí, y es cierto, ya que sucedió realmente. Es la mayor prueba de que Ramón encierra en sí mismo todo lo que ella sintió. Sofía buscó a Ramón hace años, y aunque reconoce que pudo haber sido capaz de inventarse a su marido por necesidad, también se explica lo contrario, esto es, que si lo eligió como era, tuvo que ser porque respondía verdaderamente a sus gustos y expectativas. Si Sofía tuviera que describir a Ramón ahora se le vendrían a la mente los dos Ramones, el antiguo y el presente, y no podría distinguirlos, disociarlos, definirlos por separado, primero uno y después otro.

A los ojos de Sofía, Ramón andaba constantemente a la pata coja, unas veces con un pie y otras con el otro. Sobre uno de sus pies era un tipo vestido de chaqué dispuesto a dar lo mejor de sí, con un anillo en la mano y una rosa en la otra. Cariñoso, protector, besucón, simpaticote. Con el otro pie era un hombre inabarcable, ilimitado, armado de sarcasmos, dispuesto a dispararse a cualquier paso, como un arma en manos del pistolero más rápido, más suspicaz y más rabioso del oeste. Dividida por su percepción, Sofía no sabe a qué carta quedarse, y últimamente solo ve al segundo Ramón. El desconsiderado, el pragmático, el antiespiritual, el cínico, el descreído. Así se le pone la libido por los suelos. Porque cuando en un momento dado Sofía vive la ficción de verlo como antaño, y se encandila de él y cree que le viene el deseo por su marido, y se le está preparando ya un arranque de pasión para

entrar en la liza de la seducción sexual, a Ramón se le cambia el pie de pronto, Sofía no sabe cómo, cuál es el maldito y jodido resorte que acciona ese cambio de pie, y con el nuevo andar, con el pie malo, a ella se le chafa la vida y se le marchita el rostro de esperanza y de amor y de ilusión en un segundo. En un segundo se le nubla la vista, se le bajan los párpados, los ojos se le hunden en el centro de sus cuencas y ya no ve más que un toro dispuesto a embestirla, y a ella misma cambiando su conjunto provocador de lencería por un grueso vestido rojo que le sirve de diana al astado de su marido. Y no puede entonces, repentinamente, con su alma, que le pesa y le sobra, y la tiene que colgar del gancho de detrás de la puerta del baño, junto a la bata y el albornoz, para no verla, para no sufrir más. Pero se queda con el traje rojo, luciendo por entero su miedo a recibir una feroz cornada como complemento perfecto a la estampida de su pasión.

Y no solo es su exceso de practicidad y su nulo romanticismo, sino también su falta absoluta de espiritualidad, lo que a Sofía desespera infinitamente. Ramón presume de ser más cartesiano que Descartes. No cree en nada más que en lo sólido y tangible del universo. Solamente se fía de la ciencia, que es la que para él encierra todas las respuestas posibles del hombre. Y los meteoritos y los satélites son los únicos productos celestiales que según él pueden llover del firmamento, aparte de objetos cualesquiera arrastrados por huracanes y tifones. Solo por verlo claudicar Sofía deseaba que bajara un ángel directamente del cielo y se pusiera delante de sus barbas a tocarle el arpa, que se multiplicaran los panes y los peces, las cocacolas y los yogures de la nevera, que los grifos de la bañera chorrearan sangre, y que los radiadores volaran, y ya puestos, que los ciegos vieran de golpe y porrazo, todo con tal de que se tragara su escepticismo amargo, su tragicómica trascendencia atea, trasnochada y mugrienta, mezquina y puritana. Sofía no era creyente, o sí lo era; dudaba y sopesaba en la balanza de la incertidumbre la idea de la existencia de Dios. Deshojaba constantemente la flor de la fe, arrancando uno tras otro los pétalos del sí y el no. Pero había algo que la obligaba a inclinar uno de los cestillos a favor de un sí vacilante y dubitativo: el ansia de que ocurriera un milagro que hiciera tragarse a Ramón sus férreas teorías. Porque el rostro de bobo, la cara de gilipollas que se le iba a

poner, justificaba la fuerza de toda su fe. Por este motivo Sofía disfrutaba en silencio con la supuesta visión gozosa de unos angelillos, con flotantes halos dorados sobre sus cabecitas, visitando a Ramón en su despacho. ¿Y qué decir de un buen resucitado? Eso ya sería acojonante. E incluso, ¿por qué no?, una buena aparición de alguna virgen con rostro de magdalena largando mensajes apocalípticos y consejos de carácter ecuménico a todo tren. O en su defecto, un rayo vengador, unos cánticos y voces del más allá, o un par de estupendas llagas en las manos de Ramón, cogiéndole el mismísimo centro de ambas palmas, y un viaje astral, una abducción, un poltergeist, o unas psicofonías, más una posesión diabólica, le hubieran valido a Sofía para darle una lección de antirracionalismo a su marido que le dejara un recuerdo permanente y que lo instara a ampliar el espectro de sus creencias de la manera más drástica y acelerada posible. Si ella hubiera tenido poderes ya lo habría puesto a levitar rápidamente, le habría hecho girar su cabezota sobre los hombros a cien por hora, le habría bajado los pantalones y calzoncillos de un solo golpe con la fuerza de su mente y acto seguido le habría hecho un nudo en la polla y lo hubiera dejado en ese extremo durante una hora por lo menos, mientras ella descorchaba una botella de champán a su salud, paladeando su victoria con auténtico y obsceno refocilamiento. Porque en el fondo Sofía sospechaba que la telequinesia de su marido la podría llegar a excitar más que una buena sesión de flirteo con Jorge. Le pondría unas alitas de tul y papel de celofán y lo llevaría de compras a la fuerza, a corta distancia sobre ella, y lo mostraría en todas las tiendas del barrio para regocijo del vecindario. Y también podría vestirlo con un traje de Superman y lanzarlo por la ventana de su piso, para luego frenarlo en seco un centímetro antes de llegar abajo. Todo un bendito abanico de posibilidades para una mujer que luchaba diariamente con la arbitraria resistencia de la razón transfigurada en obtuso marido.

Abril

—¡Voolaaare, uo uo! ¡Caantaaare, uo uo uo uoooo! ¡Nel blu, dipinto di blu! ¡Felice di stare lassù! ¡E volavo, volavo felice più in alto del sole…!

Ramón abre la boca cuanto puede, buzón de correos dotado de una poderosa lengua vibrando al fondo de la enorme abertura, una lengua que se mueve al compás de la música del karaoke.

—¡Voolaaare, uo uo! ¡Caantaaare, uo uo uo uoooo! ¡Nel blu, dipinto di blu!…

Judith lo mira desde la mesa situada justo enfrente, con la boca no menos abierta. Está embobada. Siente la piel de gallina y levita de emoción. Está volando con él por sobre los tejados de Roma, de Florencia, de Venecia, ahora mismo. Ve cúpulas y minaretes coronados de veletas que se le enganchan en la ropa, ve todos los colores del arcoíris pintados en las fachadas, ve azoteas con terrazas llenas de vegetación, y siente todo su cuerpo en estado de pulpa sazonada, y oye sus nervios haciendo tictac por dentro de la carne, y puede casi tocar su espíritu, con los ojos tan abiertos que no le quedan párpados ya, ocultos por completo por detrás de las órbitas de su mirada fangosa de admiración. *Vooolaaar, uo, uo, caaantaaar, uo uo uo uoooo, en el pin-ta-do de más alto que el sool…*

a-zul

a-zul…

Ramón sigue desgañitándose sobre la tarima del local japonés al que ha llevado a Judith esa tarde. No sabe ni de dónde le sale la voz, porque el sonido se le representa distorsionado de tal forma que no lo siente como suyo, sino proveniente de algún lugar lejano,

como si naciera por generación espontánea del aire y él fuera un mero figurante haciendo *playback* en el escenario. Y si no sabe de dónde viene el sonido menos sabe todavía quién o qué lo arrastró allí y por qué se encuentra en esa tesitura, musical y personal. Pues si algo detesta y desprecia Ramón es la gilipollez de asistir a un karaoke. Y lo que ve ante sus ojos es un patético espectáculo del que forma parte indisoluble. La parroquia asistente corea su *volare* como un grupo de borregos lanudos dando gritos enardecidos, medio beodos, desahogando sus necesidades primarias de despiporre. Ramón prefiere ni mirar y se concentra sobre una lámpara muy hortera que cuelga del techo justo encima de la mesa donde está sentada Judith. Los focos luminosos lo deslumbran un poco y el humo flotante pasea por toda la sala como un enjambre de polillas minúsculas revoloteando pizpiretas. En esos momentos Ramón fantasea con la posibilidad de entrar a formar parte de ese grupo de bichitos insignificantes, de convertirse en una molécula voladora con la libertad de pasar desapercibida, de poder marcharse haciendo mutis, de volatilizarse, en resumen. Es un hombre que cuida su espacio íntimo hasta la extenuación. Siempre ha sido así y lo ha tenido a gala. Para él no es una cuestión de imagen. Lo que piensen los demás no importa. Se trata de lo que piensa él de sí mismo. Si no comulga con una actitud, se resiste a adoptarla, porque le sobreviene un sentimiento de esclavitud, de obligación, que le sienta peor que un intenso dolor de estómago. Y es una experiencia que lo asalta desde niño. A perpetuidad se había rebelado contra todo aquello que se le imponía, defendiendo su voluntad por encima de los gustos de los demás, de los caprichos de los otros. Era una lucha a brazo partido por preservar su persona, por no perderse entre la masa, por mantener a salvo la integridad de su carácter, su idiosincrasia, por no ceder un ápice de su carisma intrínseco, gota a gota sudado, paso a paso construido, haciendo de su estilo un baluarte intransferible y jamás negociable. Ni siquiera con la mujer que amaba.

Y ahora se veía en ese antro asiático echando las muelas por la boca a cada renglón leído, visualizado en la pantalla de sus peores pesadillas, mirando de reojo a Judith, observando su rostro infantil de niña grande embobada, admirativa. Era una circunstancia aciaga que ponía de rodillas a su amor propio, pero que al mismo tiempo,

por obra y gracia de la mirada de su acompañante, se metamorfoseaba paulatinamente en una personalísima y única concesión a ella. Era la excepción que otorgaba heroico, volcado en consumir todos y cada uno de los cartuchos de la recién perdida inocencia de Judith. Ramón sabía que estaba refrenándose, que iba más lento que de costumbre, que había desconectado el acelerador de sus ansias, de su rapidez, de su obsesión por solventar rápidamente y con efectividad las oportunidades de la vida, de su tendencia a impacientarse con la torpeza o la demora de los demás. Ir al karaoke ralentizaba su espera, porque lo sacaba de sí mismo, de su órbita, y lo ponía en el espacio exterior. No era una espera determinada, concreta, sino una espera sin nombre. Esa espera la identificaba con el acto de ceder. Espera de poder tomar las riendas de nuevo. De poder recuperarse a sí mismo. De hacer lo que él quería. En esos momentos estaba entregado al capricho de Judith. Pero por primera vez sentía que no se iba a tomar ventaja de su rendición. Intuía que Judith no iba a aprovecharse indignamente del privilegio que le había concedido.

¿Por qué nunca había ensayado esa práctica con su mujer? ¿Por qué no había permitido a Sofía tomar ventaja de sus caprichos? Ramón no deseaba plantearse esa pregunta, aun cuando se le asomaba a la mente sin poder evitarlo, porque era tan evidente que hasta un mudo la hubiera enunciado con el solo lenguaje de su mirada. Ramón jamás había llevado a Sofía a un karaoke. Ni a ningún lugar medianamente absurdo, loco, inusual. Ramón no hacía concesiones a la sensiblería de su esposa. Por norma. Y además se había planteado el ejercicio constante de esa negación a Sofía como un pilar de su convivencia con ella. Consideraba que ceder a las ínfulas románticas de su mujer era asumir el precio de un chantaje que habría de durar toda la eternidad.

Con Judith era diferente. Pero ¿por qué? Esa pregunta volvía y volvía a Ramón sin que fuera capaz de establecer la distinción real entre las dos mujeres. Judith era un ser inocente, un boceto de mujer. Era como si a Ramón le hubiera nacido un bebé de sus propias manos, un bebé que había crecido en parte, hasta convertirse en una joven delicada, incluso enferma, porque Judith era como una enferma a sus ojos. Alguien que no sabía manejarse en el mundo de los adultos, que se había quedado anclada en la

utopía o el espejismo de la infancia. Alguien que no había tenido oportunidad de saborear los placeres de ser mayor, por miedo, por incapacidad, por apego a ese estado del hombre en el que somos cuidados por otros, sin responsabilidades aparentes, desconectada de la trayectoria real de su propio cuerpo. A mayor abundamiento, su menuda apariencia ponía de manifiesto que Judith no había querido crecer. Porque las formas del cuerpo de Judith eran suaves, poco pronunciadas, sin curvas por las que un hombre pudiera pasearse con pleno deseo libidinoso y masculino. Lo cierto es que Judith no era andrógina, sino una mujer incipiente que se hubiera quedado suspendida en el tiempo, en un estadio intermedio entre la infancia y la mayoría de edad. Era una mujer que volaba por encima de su propia certeza de ser mujer, sin deseo alguno de aterrizar sobre la realidad para ver el resultado del paso de los años por su vida. Y todo ese bagaje de no reconocimiento de sí misma, de desamparo, que Judith llevaba a cuestas sin aparentes muestras de agotamiento, transportaba a Ramón a un ámbito cercano a su propia historia. Porque de alguna forma él era el polo opuesto a aquella mujer. Él había crecido de golpe, antes de tiempo, sintiéndose mayor, casi un ejecutivo agresivo, cuando todavía era un chaval que daba patadas a un balón de fútbol contra las esquinas de las calles de su ciudad. Y por tanto, él había perdido su infancia, viéndola esfumarse a diario y sin pena, diciéndole constantemente adiós por entre las rendijas cada vez más tupidas de su autocontrol, paladeando ese paulatino paso al universo de los adultos del que sus propias fortaleza e inteligencia le habían abierto prematuramente las puertas. Su infancia había quedado así encerrada fuera de su propio pasado, al otro lado de un gran muro levantado alrededor de su persona. Su infancia permanecía fuera, anquilosada en una imagen fija del recuerdo, mientras él marchaba impertérrito y lleno de coraje por el mundo de su ser cumplido por entero.

Y su encuentro con Judith lo llevaba inexorablemente al proceso de estrellarse contra ese muro, deseando cruzarlo para traerla hacia sí. Ramón adivinaba que ella permanecía del otro lado, montada en el carrusel de su aniñamiento, sin quererse bajar todavía del tiovivo de la infancia. Y él no podía dejarla allí. Quería explorar la zona, ir de safari para encontrarla, con el machete en ristre, abriéndose paso por entre la maleza, cortando el corazón de la selva para llegar a

donde estaba su amante, embaucada por la belleza de lo recóndito, atrapada en mitad de su temblor, y raptarla de entre las garras de su propio pánico a ser mujer del todo. Se sentía el salvador de Judith, el héroe de la causa de aquella mujer de veintisiete años que parecía de trece recién cumplidos. Y en ese sentido Ramón se hacía albergue de nuevas emociones en su interior. Veía un móvil, un fundamento, una meta en su horizonte gastado, raído de tanto ir y venir por las mismas y repetidas veredas de su existencia. Un trabajo novedoso venía a dar sentido a su vida, después de tanta impotencia como le había generado la causa de su matrimonio, que era incapaz de salvar. Y si el motivo era meridiano y la diana se vislumbraba diáfana, la estrategia a seguir no figuraba entre las que conformaban el abanico de sus alternativas personales. Porque para buscar a Judith tenía que rastrear un terreno que hacía tiempo que había abandonado para siempre. Por eso se dejaba llevar, casi sin rumbo, de la mano de Judith, y cuanto más deseaba salvarla, más parecía arrastrarlo ella a su mundo de fantasía y ensueños, ese mundo perdido, arrumbado por él en la trastienda de la desmemoria desde mucho antes de dejar de ser niño.

Sofía en cambio no necesitaba ser salvada. Sofía se estaba forjando su propio camino, que a él le resultaba cada vez más ajeno e intransitable. Sofía había cambiado. No, mejor aún, estaba cambiando. Porque su mujer se había subido a un tren de alta velocidad, dejándolo plantado en la estación. A él siempre le habían gustado más las estaciones que los trenes en marcha. Ramón vivía apegado a su mundo, a las cuatro paredes de su mundo. Una hermosa y antediluviana estación con un centenario reloj de agujas coronando su vetusta e historiada estructura de hierro. No quería subir a ningún tren, y menos a un tren que viajaba a lugares desconocidos, o sin rumbo fijo. No lo tentaba la aventura de puertas afuera. Él pensaba que la verdadera aventura era la que el hombre vivía en su interior, sin compartir con nadie. De nuevo, la idea de la intimidad no compartida se le mostraba intensamente a Ramón como el hito más acendrado de su existencia. Toda empresa de investigación de los fundamentos del universo, de las razones del ser humano, pasaba por su individualismo más afirmado. Todo riesgo personal se alojaba en la hondura de sus cavidades internas, absolutamente preservado de la superficie, ajeno a la vista de nadie.

Ramón se fajaba a diario con sus contradicciones, con sus luchas y fantasmas, pero sin dar pábulo de ellas a la concurrencia. Y menos a Sofía. No eran temas apropiados para tratar con una esposa. Abrir esas puertas a su mujer hubiera sido como operarse a corazón abierto ante sus ojos, mostrando sangres y vísceras palpitantes, venas encallecidas por la rabia y el dolor, tormenta pastosa y sanguinolenta de emociones brutales y contradictorias. Hubiera sido como desangrarse el alma sobre Sofía y el método más eficaz para llevar a pique su matrimonio.

Pero a pesar de toda la filosofía de Ramón, que sustentaba la felicidad de la convivencia sobre la ley del silencio de las propias tripas, Sofía se marchaba un poco cada día, ganando etapas en su escapada. Y para colmo Ramón no alcanzaba a vislumbrar adónde iba Sofía, hacia dónde encaminaba su loco andar. No veía ni por asomo la meta de su mujer, o por lo menos, qué llevaba en las alforjas como sustento, o cuál era el combustible que alimentaba el motor que la había puesto en marcha. Y por desconocer, ignoraba también si existía de verdad ese recóndito paraje al que ella parecía dirigir sus pasos ciegamente. Por eso a veces él pensaba que Sofía, en lugar de fijarse un destino claro, en vez de seguir un rastro cierto y definido, subida al tren de lo desconocido, pero con vías y vagones e incluso un fin de trayecto, se había encaramado a una noria donde daba vueltas y vueltas sin parar, cada vez más deprisa, cada vez más enajenada, insensata, cada vez más perdida. Y a esa noria tampoco podía subirse Ramón, porque no percibía la más mínima sensación de acogida ni acertaba a localizar su asiento, algún posible sitio para él, ni a la postre ella, inserta ya en su enloquecedora e intempestiva trayectoria circular, lo animaba a montarse a su lado ni le alargaba la mano, ni le gritaba cualquier frase tranquilizadora de sus intenciones finales.

Ya abandonado en la estación, observando impotente cómo marchaba el ferrocarril de Sofía, sin haber sido invitado a acompañarla, tras escuchar ese pitido intenso de la máquina en marcha, ensordecedor y paralizante, señal del adiós más palmario, ya debajo de la noria terrible, mareado por la visión de la fuerza centrífuga de esa traicionera carcasa de feria en constante movimiento, Ramón veía, siempre veía a su mujer alejarse de él a zancadas de inmenso pero alado gigante, y se veía a sí mismo

insignificante, corriendo detrás de la estela que dejaban los pasos de Sofía cada vez más irreconocibles, como si fuera un rastreador indio enano olfateando las huellas de un monstruo por el desierto, a punto de ser destituido de su oficio por evidente incompetencia a la hora de localizar a su presa.

Y ahora estaba allí plantado sobre el escenario de un karaoke, cantando imbecilidades ante la mirada de una amante recién salida de un cuento de hadas, haciendo el payaso dócilmente, sin más cuestionamientos que los serios gritos de su conciencia acallados casi por completo por la visión de Judith babeante de ilusión y alegría. Ocupado en aquellos guisos de satisfacer el deseo de su acompañante, Ramón se debatía entre la seriedad de su conciencia, a la que había obedecido desde que tuvo uso de razón, a la que consideraba su guía espiritual y fuente de toda su inspiración, y la ternura que le asomaba a los poros de la piel, al erizado vello de los brazos, a la cavidad torácica ensanchada de pronto cuando Judith le rozaba la mano como una colegiala huidiza y le decía cuán feliz era. Esa ternura que siempre había considerado una carga, una debilidad, un pozo de sensiblería inútil, una mariconería aplastante, le devolvía una parte de sí mismo que había dejado detrás del muro de su infancia, aquel muro que debía traspasar para ayudar a Judith a escapar de su utopía de la eterna minoría de edad. Y lo envolvía en sus redes de tal forma que se le hacía hechizo misterioso, una droga atractiva capaz de susurrarle al oído todos los dulces cantos de sirena juntos, las voces perdidas del paraíso que nunca existió.

—¡Voolaaare, uo uo! ¡Caantaaare, uo uo uo uoooo!…

—Soñé que era pequeña, un bebé, y dormía en mi cuna. No podía ver nada, estaba ciega. Solo la silueta del agujero de una cerradura delante de uno de mis ojos, como un antifaz, me dejaba entrever a través de su hueco iluminado un haz de luces brillantes que me deslumbraban. Cuando las luces se disiparon vi un trozo de cielo azul a través del orificio circundado de negro. Vi una lágrima que se secaba en el aire, como una pompa de jabón cuando estalla y desaparece mágicamente. Escuché un grito desgarrador, pero no era mío, porque mi boca estaba sellada con grapas para no llorar. Luego, después de un largo rato de acechar ansiosa por el ojo de la

llave sin que ocurriera nada, distinguí el rostro de mi padre a lo lejos, que se iba haciendo más grande y más grande, y conforme se iba acercando y amplificando su cara, iba quedando fuera del encuadre del agujero, hasta quedar solo su ojo frente al mío, partidos por un cristal invisible. El ojo se guiñó con suavidad, como si sonriera, y desapareció de golpe, dejándome sola en mi ceguera. Y de nuevo en la cuna, con los labios grapados, con los ojos secos y abiertos como platos sin ver nada, con el cuerpo inmóvil, de cartón piedra, como un muñeco de trapo sobre una cama de niño, igual que antes, pero feliz de ver el ojo de mi padre guiñándose para mí aunque fuera en un sueño.

—¿Crees que ha sido un mensaje que te envía tu padre desde el más allá, Ifigenia?

—Pero ¿qué tonterías dices, Silvia? ¿Es que a tu edad crees todavía en fantasmas?

—Oye, Ramón, que no te he preguntado a ti, ¿vale? A estas alturas ya sabemos todos que tú no crees en nada, excepto en los efectos de la penicilina.

—Y poco más, tú lo has dicho.

—Pues yo creo en la otra vida. Y una vez me comuniqué con mi abuela muerta en una sesión de espiritismo. Fue escalofriante. Además yo soy una excelente médium. Me lo han dicho expertos en el tema.

—¿Y cómo sabes que era tu abuela, y no la del portero de tu casa? Te deletreó su DNI, me imagino.

—Aquella mujer, bueno, aquella voz, sabía cosas que nadie, excepto mi abuela, podría haber sabido.

—Pero se lo pudo largar a cualquier otro colega en la otra vida y tú tragándote que era tu abuela, mientras te visitaba el muerto del vecino.

—¿Qué sentido tendría mandar a otro en el lugar de mi abuela, Ramón? No te burles, idiota, que esto es muy serio.

—Perdona, oye, no quería molestarte, lo digo en serio. No busco líos, aunque no os lo creáis. Bastante tengo con mi propia vida. Y, Silvia, hablando de otra cosa, ¿no has vuelto a saber nada de tu novio ese, el listillo que te dejó a puntito de caramelo en la iglesia?

—Pues el otro día me crucé con él por la calle, que vivimos en el mismo barrio para más cachondeo. Cada vez está más gordo.

Parecía triste, como un perro abandonado. Se acercó a hablar conmigo, como queriendo palique. Me dijo que no tenía novia y que por qué no íbamos al cine una tarde de estas.

—¡Vaya morro le echan algunos! El perro abandonado eres tú, te recuerdo.

—¿Lo mandarías a la mierda, no?

—No, Aída. Creo que Carlos me necesita. Y todavía lo quiero.

—Tía, tú estás loca.

—¿Por qué? Todos podemos cometer un error, y no por ello tenemos que pagarlo toda la vida.

—¿Qué te asegura que no volverá a las andadas? Porque ese fulano es un inseguro y encima gordo como una vaca. ¡Qué asco! Y además de seboso, tiene la cara dura de hacerse el interesante contigo, después de lo que te hizo.

—Eso es cierto, Aída, pero perdonar es hermoso.

—Yo no perdono, Silvia. No va con mi carácter. El que las hace las paga.

—Algún día llegará en que te veas en la disyuntiva de tener que perdonar, Ramón. Ese día hablamos.

—Lo peor de perdonar es que luego no sabes cómo acomodarte contigo misma. Porque mirad mi caso. Yo perdono a mi marido las palizas que me da, y sus groserías, y cada vez es más duro conmigo. Cada vez me desprecia más. Y lo más grave es que me siento tan poca cosa que hasta le doy la razón. A pesar de lo que me decís siempre, que tengo que ser fuerte y contestarle, que tengo que dejarlo si continúa en ese plan, que yo no soy una mierda. Pero es que no me gusta discutir, odio los gritos de él tanto como los míos. Si me callo y agacho la cerviz, Jacinto se aplaca en poco tiempo, como si necesitara desahogarse un rato y luego vuelve a ser una persona normal, incluso cariñoso. Un día que me hice la valiente y le contesté, como me aconsejáis aquí, fue mucho peor, porque se puso a romper cosas, a dar portazos, y yo no podía soportarlo. Hasta tuve que pedirle perdón casi de rodillas, porque no había manera de que se aplacara. De la otra forma yo estoy más tranquila.

—Sí, ya, querida Dafne, por eso viniste aquí con una depresión gravísima y un ojo morado decorándote la cara. Porque eras inmensamente feliz con tu Jacinto de las narices.

—Vine porque me obligó mi hermana, que se preocupa por mí.

Y también porque Jacinto decía que yo no servía para nada y que llorando todo el día no podía soportarme. Que me curaba o me echaba a patadas de casa.

—Tú lo que eres es un felpudo donde todo el mundo se te limpia los zapatos.

—¿Y qué me decís de Silvia, que está dispuesta a darle una segunda oportunidad al gordo repugnante que la dejó plantada en el altar?

—Oye, que Carlos no me atizaba. Me respetaba un montón.

—Sí, ya se ve. Yo jamás me dejaría embaucar por un obeso. Antes muerta que vivir rodeada de grasas, conviviendo con un cerdo. Es una cuestión de estética, chica.

—Claro, claro, Aída, ya sabemos todos que tu modelo de belleza es un esqueleto cubierto con un pellejo y no más de cinco glóbulos rojos en la sangre.

—Estabas muy callado, Jorge, pero veo que cuando se trata de joder, eres el primero de la lista en largar por esa boquita.

—Es que considero que no eres quién para censurar el comportamiento de nadie, porque tus pautas de conducta son risibles y patéticas. Vives encerrada en la jaula de tu propia rigidez, y además hecha una auténtica mierda.

—Vale, Jorge, estamos de acuerdo, y olé qué bien hablas. Pero por lo menos yo soy consecuente con mis ideas y no me lamento de mi suerte.

—¿Que no? Pero si no hay más que oírte, todo el santo día quejándote de tu gordura, cuando si te pones de perfil eres invisible.

—Es que tenéis la vista deformada todos vosotros. Veis lo que queréis ver y no la verdadera realidad. Lo cierto es que estoy gorda, y por mucho que me lo repitáis no me vais a hacer ver de lo blanco negro. Sé muy bien lo que digo. Me miro en el espejo y me veo tal cual soy: todavía me sobran unos kilos para alcanzar mi peso ideal.

—Para ir a la tumba de cabeza, bonita. Porque tengo entendido —y si no pregúntale a Silvia, que es la experta en el más allá— que los espíritus no pesan ni un gramo. El peso ideal, vamos. En ese sentido la muerte es la dieta más efectiva.

—Otra vez la misma gracia. ¡Cuánta originalidad! Veo que ahora le copias las gilipolleces a Ramón. Debe ser cosa de hombres.

—Es que cuando una afirmación está cargada de lógica da igual quien la diga. Incluso Ramón puede estar en lo cierto por una vez en su vida.

—Mira Jorge, hasta ahora me había mantenido al margen de tus comentarios, por no montarla otra vez, como el primer día, pero no me toques las narices, ¿vale?

—Te doy la razón y así me lo pagas. De ingratitud está el mundo lleno.

—No te hagas el chistoso, y al grano con tu propio rollo, que no hemos vuelto a saber nada de tu famosa Sofía. ¿Es que te ha dado puerta?

—No metas a Sofía en esto, Ramón, que no eres el más indicado. Me parece que tú tienes más que contar que yo a estas alturas del asunto.

—En fin. Veo que estás verde de envidia, Jorge. Ya te lo dije, tío, más follar y menos darle al cerebro. Que las mujeres no viven del cuento y del aire, de las palabras bonitas, que también necesitan un buen meneo de vez en cuando.

—Como que tú no le das al coco. Precisamente de tanto pensar solo en meneos tu mujer ha dejado de desearte, macho. Tu famosa Sofía, que también tienes una metida en este cocido.

—Pues tú con mi Sofía tampoco te metas, oye, que al fin y al cabo es mi mujer. Y yo por lo menos reconozco que la mía no está del todo en sus cabales, mientras tú le das todo por bueno a la tuya.

—Yo solo intento entenderla, y por encima de todo la respeto, cosa que tú no te dignas hacer así te maten.

—Por favor, no os peléis, Ramón y Jorge. Ya me siento bastante responsable de esta situación como para además sentirme culpable por vuestras diferencias.

—Tú tranquila, Judith, que contigo no se mete nadie mientras yo esté presente. Además, contra ti no va esto, mujer, ¿no ves que es Jorge, que me dio un consejo hace unas semanas y ahora que lo he seguido al pie de la letra se cabrea?

—En fin, paso de ti, Ramón. En cuanto a Sofía, mi Sofía, parece que no quiere verme más. ¿Estás contento?

—Joder, Jorge, lo siento mucho. De verdad. No te deseo ningún mal, pero es que hay veces en que me sacas de quicio. Si puedo hacer algo por ti, dímelo.

—Gracias, tío, pero no veo la solución. Sofía es una mujer muy caprichosa, y es terca como una mula.

—Como la mía. Exactita.

—Pues si es como la tuya estoy apañado.

—Sí. No te voy a mentir.

—Bueno, la mía quiere hacer el amor.

—Pero la mía no, y en eso es igual que tú, mientras que yo sí quiero. El mundo al revés. Casi te la cambio y así somos todos felices.

—El que sí con la que sí, y el que no con la que no. Perfecta e imposible solución.

—¿Y yo qué, Ramón? ¿En qué lugar quedo yo?

—Perdona, Judith, estaba pensando en voz alta, entiéndeme.

Sofía no quiere ser la esposa de nadie. Se sube al cuerpo de Jorge como a una atracción de feria, la más trepidante. Pero no se sube como mujer, sino como un aventurero que cruza en globo la Patagonia. Todo lo hace Sofía con el empuje de un escalador, de un montañero, de un hombre. Hasta parece que se le pone voz de tío cuando se entrega a la empresa de probar algo nuevo. No quiere ser mujer, porque ser mujer la obligaría a cumplir como santa esposa en los brazos ansiosos de Ramón. Ser mujer la obligaría a desnudarse con resignación todas las noches delante del mismo individuo, a acomodarse a la vida de casada, a acallar sus procesos de deseo mudable, sus viajes por la fantasía de lo real, su volubilidad de trotamundos, sus experiencias constantes. Ser mujer la obligaría a atender a su reloj biológico, al que le da la espalda con alevosía, y la forzaría a querer quedarse embarazada, y a tener un hijo que terminase el proceso de hacerla por completo mujer. Ser mujer le robaría su carnet de explorador. Le quitaría a Jorge. Mataría su pasión. Ser mujer la llevaría a morir de tristeza. Y por eso Sofía quiere ser masculina. No quiere tener tetas y culo y muslos de mujer. No quiere saber más que la hora de Greenwich que luce en su reloj de pulsera. A sus ojos ser mujer es un tostón, una carga, un sexo mal gestionado. Ser mujer la obliga a querer ramos de rosas traídos por Ramón, a esperar versos románticos salidos de la pluma de su marido en ocasiones especiales, a

suplicarle una mirada de ternura y unos cuantos piropos de la clase que gusta a las mujeres, a ansiar vivir una puta segunda luna de miel con su pareja, y así suma y sigue, de tal forma que su propia feminidad le explota en la cara a Sofía cuando se permite recordarla y observa en ese espejo exasperantemente femenino sus carencias de hembra convencional.

Y ahora Sofía ha encontrado una compañera de viaje. Una como ella. Llamada Patricia. Que por lo que parece tampoco quiere ser mujer. Vive a salto de mata, come donde le pilla, duerme en el coche, fisga en las historias de otros, cada día una nueva aventura. Sin ataduras sentimentales. Jefa de sí misma. Nadie le da órdenes. Es libre. Y tiene alas. Alta, morena, de pelo corto, ojos azules, un poco desgarbada pero con mucha clase. Ojos almendrados, casi orientales pero con párpados bien definidos, que caen un poco lánguidos a veces, como al desgaire, como si la vida fuera un trozo de estela de vapor en forma de traje de noche dispuesto para ser lucido a cada paso de incertidumbre, de azar, en cada escala del riesgo de vivir sin esperar lo convenido. Patricia es delgada y flexible. Cuida su cuerpo a la fuerza, por obra y gracia de su filosofía de salto de mata. Patricia es una corredora de *sprints*. Se acelera de cero a cien en menos de un segundo. Y al mismo tiempo tiene la paciencia de un maestro budista. El ojo de un búho en mitad de la ciudad. El olfato de un tigre macho en busca de pareja para copular. Es cerrada y abierta. Es dinámica y morosa, vaga y concisa. Loca y pragmática. Es un arca de sorpresas. Es el nuevo juguete de Sofía.

Han quedado un par de veces. Hablando siempre. Patricia la va a buscar a su escuela, comen juntas y luego la monta en su coche. Conduce toda la tarde sin rumbo fijo, con Sofía a su lado, sin saber adónde las llevará el destino. Por las afueras, hasta la sierra, hasta cualquier cauce de cualquier río. Cenan en un restaurante de carretera y finalmente vuelven cada una a su hogar. Patricia lo sabe todo. Es como Ramón, pero al revés. Es decir, Ramón sabe de ciencia, es un entendido en aparatos, astronautas, bichos, cables, antenas, y maneja estadísticas variadas, por pura afición de querer abarcarlo todo, lo que el hombre toca con sus manos o diseña con su razón. Es como una enciclopedia con patas, de la A a la Z, y se le puede abrir por cualquier página, que todas tienen contenido. Rara

es la ocasión en que Sofía le ha preguntado algo y él ha rechazado la pregunta por incapacidad erudita. Pero Patricia sabe de la vida. Es un diccionario que contiene todos los términos de la ciencia inexacta. Es la observadora por antonomasia. Es un gran ojo de aumento que pone en el punto de mira un material muy fino y frágil e insondable: el comportamiento humano en todos sus rostros, especialmente los oscuros y profundos, los que no se muestran a la luz de las cámaras de lo público. Patricia visita los recovecos del alma, en todos sus accidentes geográficos. Navega todos los mares abisales con portentoso anzuelo. Transita la selva de la moral escondida tras las cortinas de los hoteles, pensiones, fondas. Rebusca en los desperdicios que nadie mira, cual mendiga de datos del corazón, de pistas que, juntadas y armadas y pegadas, reconstruyen el mapa emocional de los mortales.

Patricia no tiene límite, fronteras. Disecciona todo lo que pasa por delante de sus ojos de rapiña.

—Todavía no me cabe en la cabeza que Ramón te contratase para seguirme. No le pega en absoluto.

—Los hombres son así. Toda la vida planos y predecibles, y un solo momento de locura al cabo de los años, obligados por las circunstancias. Arrinconados contra las cuerdas de la desesperación. Para salvar su culo se ponen las pilas, y muchas veces ya tarde.

—Te confieso que en lugar de molestarme, me halaga la salida de Ramón.

—Y las mujeres somos idiotas perdidas. Toda la vida protestando por la escasa imaginación de nuestros varones, y nos derretimos con la audacia de un instante.

—Es que en el caso de Ramón ponerme un detective es casi heroico. Le tiene que haber costado un mundo decidirse.

—Piensa, Sofía, que si es capaz de hacer eso, es porque tiene ideas originales, lo que significa que tiene un potencial escondido que no explota. O por lo menos, no lo explota contigo.

—Eso es lo que más me jode. Que la solución que busque no pase directamente por cambiar de actitud conmigo, sino por vigilarme a distancia. ¿Qué crees que estaba buscando en realidad?

—Buscaba una explicación racional a tu alejamiento, a tu falta de interés en él.

—Lo que no sé es qué hubiera hecho de haber sabido mi historia

con Jorge.

—Le hubiera jodido, pero poseer un motivo razonable descansa de las propias responsabilidades. Se habría tranquilizado a su modo, pensando que existía una razón lógica. Se habría cabreado, se habría sentido una víctima, se habría autocompadecido.

—¿Se habría separado?

—Mi experiencia me dice que se hubiera callado como un muerto, esperando que tu historia terminara. El instinto de conservación de los hombres es compulsivo. Si no tienen otra opción a la vista prefieren esperar, haciendo como si nada, a que las aguas vuelvan a su cauce.

—Pero Ramón no es así. La prueba de ello es que buscó un detective. Aunque quizá se debiera a su obsesión por investigar.

—Ramón es como todos, Sofía. Se quejan del cambio de las mujeres y lo admiten a regañadientes porque no tienen otro sitio adonde ir. No tienen otro sexo para escoger.

—El suyo propio únicamente.

—Bueno, claro. Y fruto del desencuentro entre unas y otros, por causa de desengaños amorosos que han dejado heridas sin cerrar, el hombre y la mujer se vuelven hacia su propio sexo, en busca de lo que les negó el contrario.

—Por falta de comprensión.

—Sí, yo creo que la homosexualidad se ceba en parte de esa circunstancia.

—Pero Ramón antes se vuelve monje que marica.

—¿Y tú, Sofía?

—¡Vaya pregunta!

—¿Nunca te la has planteado?

—Nunca hasta ahora. ¿Y tú?

—No puedo decir que no.

—Lo dices como si además de habértelo planteado, lo hubieras puesto ya en práctica, Patricia.

—¿Cambiaría en algo tu opinión sobre mí?

—No sé. Tendría que pensarlo.

—Esas cosas no se piensan. Se sienten a bote pronto.

—Pues entonces te digo que no, creo que no cambiaría mi opinión sobre ti.

—Eso me parecía.

—Pero creo que de alguna forma mi imagen de ti cambiaría en parte.

—Es lógico, ¿no crees?

—Bueno.

—Lo importante es saber en qué sentido.

—Me da un poco de vergüenza decirlo, pero creo que por una parte me darías miedo, y a la vez sentiría cierta admiración por ti.

—¿Ah sí?

—Sí. Por haber tenido el valor de probar algo nuevo.

—¿Admiras el riesgo?

—De alguna forma es lo que me pone las pilas. El riesgo, la aventura, probarlo todo. Y lo cierto es que estamos hablando de una opción real y posible que ofrece la vida a los seres humanos.

—¿Tú crees que es una opción tomada libremente?

—Creo que tal vez para algunos no, los que desde el principio se miraron al espejo y vieron en sí mismos esa alternativa como única vía de expresión de su afectividad. Pero en mi caso, como creo que ocurre en el tuyo, es una opción a añadir.

—Tampoco hay muchas. Pero es verdad, es una opción para algunos, aunque en mi caso, en un momento dado, se convirtió en una auténtica disyuntiva.

—Ser o no ser.

—Exactamente.

—¿Lo eres?

—Averígualo tú, Sofía.

El otro día Jorge tuvo que ir a Hacienda, al edificio de la Dirección General de Tributos, a la sección denominada no sé qué de Transmisiones Patrimoniales. Había recibido una notificación harto desagradable para su bolsillo. Debía un montón de dinero, según decía el informe, a las arcas públicas, porque al comprar su casa no había declarado su valor real, que el mencionado departamento se apresuraba a tasar muy por encima del precio escriturado por Jorge. Y curiosamente Jorge, aconsejado en su día por un asesor en la materia, había declarado justo lo que le había costado el piso, ni un euro de más ni de menos, por lo que no estaba en absoluto de acuerdo con ese atraco a cara descubierta. Iba a

pelearlo, que si iba. Con toda su mala leche, con todo su ingenio puesto en acción.

En primera instancia, nada más cruzar los umbrales de aquel santuario de la persecución al delito fiscal, se había apresurado hacia el mostrador de información. Allí detrás un hombre garabateaba palotes en un cuaderno, como un preso que grabara en la pared sus días hacia la libertad. Lo hacía con tal esmero que Jorge se había quedado prendido de aquella hoja de papel, observando durante unos segundos su laborioso empeño, fascinado por la intensidad y fuerza de los trazos. Era el boceto de un yate.

—Perdone, siento interrumpir su diseño, pero necesito información —dijo sencillamente, aunque con el tono de un investigador que se acerca a la barra de un garito a sonsacar al camarero.

—Está bien, ¿qué desea? —le respondió el tipo, abandonando el bolígrafo con desgana.

—¿Planea un viaje en yate? —preguntó Jorge entonces, intentando crear un ambiente de confianza.

—Pues sí, precisamente. Es de unos amigos, porque con este sueldo, usted verá. ¿Le gusta el mar?

—A mí me gusta el cielo.

—Será piloto.

—Justo. ¿Cómo lo sabe?

—No era difícil de adivinar.

—Pero también amo el mar, por contraste.

—Usted lo ve desde lejos.

—Le aseguro que no por eso es menos hermoso.

—Sí, pero no es lo mismo. Tocarlo, sentirlo, es otra cosa.

—Es que si fuera a tocarlo me estrellaba.

—Por eso yo viajo en barco.

—La vista de pájaro aporta otra dimensión.

—El avión marca las distancias, y a mí me gusta la cercanía.

—Son diferentes puntos de vista.

—¿Y qué quería usted?

—Ya he dicho, información.

—Pues ha venido al lugar indicado. Dígame.

—Transmisiones patrimoniales. ¿Quién es el jefe?

—Es Gumersindo Villa. Un hueso duro de roer. No se lo

recomiendo.

—¿Entonces? ¿Qué me queda?

—La dulce Asun.

—Mmmm, la dulce Asun…

—Ojito, ¿eh?, a esa ni tocarla.

—Pero ¿en qué quedamos? ¿Soy la víctima o el verdugo?

—Depende. Con Villa la víctima, con Asun… el muerto si se propasa.

—Está bien, tomo nota. Y ahora, ¿podemos seguir? Que cierran a las dos.

—Sí, no tenemos mucho tiempo.

—Bueno. ¿Negociado de Asun?

—Es tasadora.

—¡Qué prometedor!

—¿Qué le he dicho? ¿Tiene mala memoria?

—Ya, ya. Lo siento. Es que tengo una imaginación desbordante.

—Pues cuidado, no la desperdicie.

—De acuerdo, sigo su consejo.

—Así me gusta.

—Bien, pero al grano, que nos vamos por las ramas. ¿Táctica a seguir?

—A Villa ni en pintura.

—Pero con lo que le gusta a usted el pincel…

—Es un modo de hablar, que todo hay que explicárselo. Es una metáfora.

—La metáfora me gusta.

—Y a mí.

—Prosiga.

—Como le iba diciendo…

—Sí, a Villa ni en pintura.

—Vamos aprendiendo, ¿eh? Despacio, pero aprendiendo.

—Es que sus consignas son difíciles de asimilar.

—Pues lo que digo es palmario.

—Transparente.

—Venga ya. Si no le doy las claves lo lleva claro.

—Clarísimo.

—Pues calle de una vez y escuche.

—Si no queda más remedio…

—Sigo, que me dan las uvas y hay una cola de aquí al metro.

—Soy todo oídos.

—La única vía es Asun.

—La dulce Asun.

—Esa misma. Comprensiva, equilibrada, justa. Si usted tiene razón no se preocupe. Es lista y rápida como el rayo, si se la quiere jugar, no va a caer en la trampa.

—Da gusto con usted.

—Víctor Laínez.

—Encantado. Mi nombre es Jorge Rainer.

—Planta tercera, ventanilla cuatro.

—Gracias.

—No hay de qué. Buena suerte.

Rainer enfiló el camino del ascensor disciplinadamente. Se introdujo por la boca del aparato y apretó el tres. A la salida se dio de bruces con la entrada de un despacho cuyo rótulo rezaba, *Gumersindo Villa, Inspector Jefe Tributario*. Mal augurio. La puerta estaba entreabierta, y salían gritos destemplados del interior, como si hubiera un animal rabioso allí confinado, despedazando una presa. Laínez era hombre de intuición certera. Villa ni en pintura, pero lo cierto es que debía de estar a brochazo limpio con algún pobre desgraciado ahí dentro. Y Jorge, que vestía un traje impecable, salió disparado en busca de la ventanilla cuatro. Cuando llegó al lugar exacto no había nadie. Ni rastro de la dulce Asun. ¡Vaya faena! Una flecha en medio del vano derivaba al personal hacia la ventanilla de la izquierda, la tres, donde un hombre medio calvo, de patillas largas y unas gafas cuadradas, rostro impenetrable y barbilla huidiza, atendía en ese momento a un anciano tembloroso. Le pedía un impreso que este ya traía, pero estaba algo manchado y según el funcionario no servía. El anciano argumentaba que era la marca de los dedos de su nieto después de haber comido tarta de cumpleaños, que no lo pudo evitar, que su nieto es un torbellino, y añadía que había tenido que cruzar media ciudad para conseguirlo, después de dos horas de cola, y que las piernas ya le fallaban por la edad. El otro erre que erre con la suciedad del impreso y el viejo a punto de tirar la toalla. Finalmente, viendo que el de la ventanilla no daba su brazo a torcer, el hombre se volvió derrotado y dio varios pasos renqueantes camino de la salida,

hablando por lo bajo. Inmediatamente Jorge se le acercó, lo agarró por los brazos y le susurró al oído: «Desmáyese, haga que se desmaya». El anciano, que poco debía faltarle para que fuera verdad lo que ahora le pedía un desconocido que fingiera, le hizo caso maquinalmente, y se dejó caer sobre el piloto, que, de forma aparatosa, lo sujetó cuanto pudo y luego lo fue dejando caer hacia el suelo con toda la delicadeza de que era capaz, teniendo en cuenta el peso del cuerpo muerto en que se había transformado de pronto el viejecillo. Jorge empezó a hacer aspavientos y a llamar la atención, convocando así a los presentes, que revoloteaban alrededor de las ventanillas, a acercarse a la escena.

—Si es que no hay derecho, este pobre hombre ya no podía más.

—Es el colmo, toda la vida cotizando y ahora lo tratan así. Es inhumano.

—¡Vaya gentuza! ¡Si es que se ha perdido todo, el respeto, la caridad!

Y así sucesivamente, cada vez en voz más alta y más gente alrededor del anciano tumbado y de Jorge, que también ponía de su propia cosecha.

—Y todo porque el impreso estaba manchado de tarta de chocolate. Bueno, ¿y qué? ¿Es que la tarta de chocolate es radiactiva? Con que se pueda leer vale. ¿No?

—Pues claro, si es que no es normal. Esto es una infamia.

—Debemos cuidar de nuestros mayores.

—Pero ¿quién le ha hecho esto a este pobre anciano?

—Ese despiadado de la ventanilla tres.

Viendo que el hombre iba volviendo en sí, qué bien lo hacía el condenado, parecía un actor célebre, en plena decadencia de su carrera, interpretando el último papel de su vida, el más glorioso, el más grande, el que le iba a dar el óscar, la gente se dirigió entonces hacia la ventanilla, enardecida e indignada, pidiendo explicaciones al funcionario, que con los ojos desorbitados y medio agazapado al otro lado del mostrador, no se atrevía a decir nada.

—Pero ¿no le da vergüenza?

—¿Es que usted no tiene padre?

—Ya podía tener usted un poco de corazón, que parece una piedra.

—Bueno, bueno, por una vez haré una excepción, tratándose de

un caso especial como este. A ver, señor, deme de nuevo los papeles, que se lo tramito todo inmediatamente. Usted no se mueva, no se vaya a desmayar de nuevo, y siéntese en esa silla de ahí mientras se lo hago.

—Vaya, tiene entrañas el hombre, menos mal.

A todo esto, llegaba ya una mujer a la ventanilla cuatro, abría el cristal y retiraba la flecha, mientras la gente se iba dispersando y volvía a sus propios asuntos. Jorge se dirigió *ipso facto* allí y se puso de cara a la mujer. Observó que traía el rostro descompuesto, pero a pesar del aspecto, consiguió ver en todo su esplendor a la dulce Asun, tal como la había imaginado a partir de las palabras de Laínez. Era una hermosa madona, de piel translúcida, larga melena lacia, ojos acuosos y rictus de sufrimiento profundo. Seguro que era la que estaba con Villa. Ahora se daba cuenta Rainer. El asqueroso y cruel Villa maltratando a semejante pedazo de mujer. Venganza, venganza, clamaban todas sus vísceras al unísono. Esa era su fantasía. Pero ahora a lo que venía, su problema con el fisco.

—Perdone, señorita, ¿puede ayudarme?

—Espero que sí. ¿Qué deseaba?

—Mire, aquí están los papeles que me han enviado.

—¿Y cuál es su problema?

—Me temo que no estoy de acuerdo.

—Explíquese y ahora lo vemos.

—Yo escrituré lo justo, la verdad, lo que me costó el piso. Y ahora me dicen que estoy equivocado y me sancionan.

—Es que es la única manera de controlar el fraude. Pero no se preocupe. Ya verá como tiene remedio. Le pasa a mucha gente.

—El piso estaba cochambroso y tuve que arreglarlo entero.

—Usted recopile todas las facturas y me las trae el próximo día.

—Es que no sé dónde están.

—Piense, hombre, seguro que las guarda en algún sitio.

—No es tan fácil.

—¿Tiene trastero?

—Pues sí.

—Mire allí.

—Pues tiene usted razón.

—A veces sí. Tráigame todos los papeles que encuentre.

—¿Y es solo eso?

—Con eso es todo. Yo revisaré el expediente, y si encuentro algún fallo se lo diré cuando vuelva por aquí. Tiene de plazo quince días. Tráigame lo que le digo y se le tendrá en cuenta. Yo misma me encargo de ello.

—¡Qué amable es usted, Asun!

—¿Y cómo sabe mi nombre?

—Me lo dijo alguien que la aprecia a usted mucho.

—No sé quién puede ser.

—Víctor Laínez, de Información.

—No me diga. No tenía ni idea.

—Pues por cómo habla de usted debe estar, como poco, enamorado.

—Me da usted una información interesante.

—Es que nunca se sabe.

—Aquí tiene el impreso que debe rellenar.

—Muchas gracias y hasta pronto.

A Jorge le costó un enorme esfuerzo abandonar la ventanilla cuatro, porque ya se quedaba allí pegado de Asun, enamoriscado de su arte para tratar en ventanilla. Había algo entre Víctor y ella. Tal vez hubiera ayudado su osado comentario. Hay mujeres que se merecen un arco de triunfo para enmarcarlas, un acto heroico para satisfacer su divinidad, su entrega, su belleza completa. Y Jorge tenía bastante tiempo libre hasta la hora de comer. Pidió un folio en blanco y se sentó a una mesa de la sala. Estuvo durante veinte minutos escribiendo algo, y a los ojos de cualquiera parecía un pobre desgraciado cumplimentado una instancia, rellenando una y otra vez los campos de algún impreso enrevesado, justificando alegaciones, luchando por su propia supervivencia. Finalmente pidió en un mostrador un trozo de papel celo, para poner un anuncio, explicó a quien se lo daba, y se dirigió al despacho de Villa, que estaba cerrado a cal y canto. Pegó allí el folio y luego volvió por sus propios pasos a la ventanilla más cercana.

—Oiga, que me ha dicho su jefe, Gumersindo Villa, que vayan todos a su despacho inmediatamente, que hay una reunión de emergencia. No sé qué ha pasado, pero parece algo urgente.

Después se marchó por donde había venido, mientras los funcionarios acudían en bloque al despacho de su jefe.

A quien lo quiera leer

Yo soy Gumersindo Villa,
un esforzado cabrón,
un delicado mamón,
que bien jode a su plantilla.
Y lo hago de maravilla.
Someto a mil tropelías,
a mil trampas y porfías
a toda la compañía,
sin razones ni motivo.
Y los hago a todos chivo
expiatorio, y no me inhibo
porque no soy emotivo.
Pero a vosotros os digo,
Que me he reformado, espero,
que pues mi alma era un boñigo
quiero ser estercolero.
Y toda mi mierda estibo
del paraje de esta cueva,
que borrón y cuenta nueva.
Por que creáis lo que digo
De inmediato os subo el sueldo,
semana de vacaciones
y mil besos de sanciones.
En un ratito ya vuelvo.

En verdad esto de la poesía es un chollo, razona Jorge mientras saluda a Laínez con cariño, lo avisa de que hay reunión en la planta tercera, y se pierde acto seguido por la puerta de la Dirección General de Tributos hacia la calle.

Mayo

Montar en globo es otro sueño de Judith. Tuvo que renunciar al sueño principal de sus sueños, esto es, perder la virginidad en Venecia, en una noche de bodas de cuento de hadas, y lo sacrificó por edad, porque aguardar indefinidamente un sueño como ese llega a pudrirse en la recámara de la esperanza. Lo sacrificó en un hotel de la sierra, en brazos de Ramón, compañero de terapia. Un hombre casado, enamorado de su mujer, que se había unido al grupo para intentar salvar su matrimonio. Y ella envidiaba a Sofía, la esposa de Ramón. La envidiaba porque estaba casada. Porque había sabido conquistar a un hombre y llevarlo al altar. Porque dominaba el arte de poder retener a un hombre a su lado. La envidiaba porque su marido era un héroe. Y tener un héroe en casa, vivir con él era el lujo que Judith había soñado siempre. Ella sabía que Ramón era un amante de prestado, un préstamo de Sofía, y estaba convencida de que aquella mujer no iba a soltarlo de ningún modo, a pesar de todos los remilgos con los que trataba a Ramón, a pesar de sus caprichos y de sus tonterías. Judith se veía a sí misma escasamente atractiva, poca cosa en general, falta de energía para seducir, tímida en recursos femeninos, sin armas de cazadora experimentada. Su actitud de espera ante la vida había sido la táctica predominante en su existencia. Creía, sinceramente creía que su media naranja le vendría a las manos en el momento justo, con la certeza y seguridad del que sabe que a la noche le sucede necesariamente el día. Nunca movió un dedo para localizar el naranjo del que debía colgar la mitad del fruto que coincidiera con el suyo. De hecho, jamás intentó exprimir su propia pulpa, para probar el sabor de su zumo y poder así reconocer el apropiado a su persona, de entre los zumos de los varones con quienes llegó a contactar. Ella esperaba que el destino viniera a dictar su

emparejamiento con el individuo justo, casi como la aparición de un dedo divino en mitad del horizonte, señalando a algún tipo que pasase por allí, caído exactamente del cielo. Y entonces se mirarían a los ojos, y sus vidas quedarían unidas por siempre, encajadas como dos mitades gemelas de una unidad de amor hasta la muerte. Pero cuando el tiempo descubre la verdad, cuando pasados los años va levantando el velo de la mentira más hermosa, porque en el horizonte no hay más que tercas y pertinaces nubes blancas o limpio azul, a secas, pero ni dedos divinos ni naranjos en flor ni nada, cuando el tiempo, que todo lo señala con índice acusador, le tuvo que explicar a gritos que nadie sino la soledad iba a venir a su encuentro, Judith se derrumbó malherida de pena y desaliento. Desengañada, estafada. La estafa venía de lejos, de su más tierna infancia, de los cuentos de hadas, de las aparentes vidas felices de las parejas de la ficción. De que no vio a su madre cansarse de su padre, o criticarlo, u odiarlo, o discutir con él. Su padre inexistente, muerto prematuramente. Y su madre guardando un luto desmesurado, eterno, por un señor que inventaba en cada recodo de su viudedad.

Judith era una romántica para enseñar de modelo en las escuelas. Ahora lo sabía, cuando era tarde. Judith hubiera querido ir por los colegios de turné, mostrando su error a todos los chavales. Sirviendo de escarmiento en carne ajena a quienes como ella tuvieran síntomas de estupidez ensoñada, a quienes fueran tentados por la injusta ignominia de esperar la llegada de su príncipe azul o su princesa rosa o cualquier miembro de la realeza vestido de algún color engañoso. Mostrando su desgracia a quien la quisiera oír, o incluso a la fuerza, como medicina contra la fantasía, la letal fantasía que arruinara su vida. Judith se veía con fuerzas para dar conferencias de alto nivel, charlas nutridas sobre la espera insoportable del hombre adecuado. Ilustradas con gestos, arrugas, miradas, muestras todas de cómo el paso de la edad, como una apisonadora concienzuda, había ido arrollando sus sueños y dejándolos planos, insulsos, ridículos y desactivados.

Y es que no había nada más grotesco, más fuera de lugar y época, que una mujer de veintisiete años creyendo en hadas. Un buen día, después de una cruda sesión de terapia donde todos los asistentes, puestos por una vez de acuerdo, la habían enfrentado al

espejo de su propio anacronismo, se había visto a sí misma como una mujer deshonrada, siendo ella la virginalidad en pintura. Había reflexionado sobre el asunto. Hasta una determinada edad, conservar el himen impoluto estaba incluso bien visto socialmente, pero a partir de otra, la situación se daba la vuelta inmisericordemente, y entonces pasaba a ser una deshonra conservarlo todavía intacto entre las piernas. Desde ese momento de revelación, Judith no había dejado de rumiar su destino, temiendo vivir con aquella deshonra ya para siempre. Lo peor de todo es que ni se había dado cuenta de hacia dónde caminaba su vida. Hasta entonces había convivido con sus esquemas románticos sin mayores conflictos. Era fácil vivir en el pozo de un espejismo tan bello. Y los años pasaban sin sentir, delegando el placer físico, el contacto real a un espacio imaginario que se localizaba vagamente en el mañana de su existencia. Y lo curioso es que, a pesar de ser una ficción, ese futuro resultaba tan próximo y tan ciertamente venidero, que Judith no había sido capaz de dudar de su realización.

Una vez descubierta la trampa de sus ilusas expectativas, Judith había rememorado los años de espera desde otro ángulo de visión, y se había dado cuenta de cómo había escondido y evitado con terca voluntad el reconocimiento de su carencia. Le faltaba lo fundamental. Y lo paradójico de su actitud era que a los ojos de los demás ella parecía una mujer fría, insensible, capaz de vivir sin lo mínimo necesario en materia de sexo y amor, cuando en realidad ocurría lo contrario. Le era tan imprescindible, tan fundamental y primario, que para evitar enfrentarse a esa necesidad imperiosa se había calzado el cinturón de castidad, como una braga antiestética capaz de ahuyentar a cualquier varón sobre la tierra.

Judith tenía miedo a sus propias pasiones. Lo tuvo siempre. Abrir el arca donde ardían la hubiese llevado a la locura y a la perdición. De alguna manera ella lo intuía, y como no sabía manejarlas, porque la desgracia es que las dichosas pasiones no vienen con instrucciones de uso, se había cargado de fantasías desmesuradas e imposibles que frenaran la consecución real de sus anhelos. Así, cada vez que un hombre se acercaba a ella, Judith lo vestía de chaqué a la primera de cambio, y ella se pintaba de novia, claro, y se montaba una escena de novela rosa en todas sus dimensiones de cursilería, poniendo hasta el más mínimo detalle de

su cosecha, donde no cabía ni por asomo la entidad verdadera del individuo en cuestión. Pero si en sus sueños no cabía el hombre concreto y tangible que la cortejaba, con nombre y apellidos, tampoco cabía ella misma, porque la cruda verdad era que Judith estaba interpretando un papel ajeno a sus propias pulsiones. Esas pulsiones de puta que la acechaban, porque sí, se hubiera hecho puta de haber escuchado a su cuerpo, se hubiera entregado a cien mil hombres de haber oído a su corazón. Cien mil hombres que le dieran calor, inmediatez, contacto. Cien mil hombres que la poseyeran sin tregua, sin decoro, sin límite. Cien mil hombres deseando a Judith como posesos. Con todas aquellas vergas en ristre, con la obscenidad del contacto de las pieles Judith se hubiera sentido arropada; protegida por el sexo de aquellos hombres absorbiendo su cuerpo, hubiera sentido que su alma obtenía el descanso ansiado. Y el intercambio físico se descubría ante Judith como la vía de encuentro con su verdadera necesidad, una necesidad tan enorme que cien mil hombres no hubieran podido saciarla en su mínima parte, porque era acumulativa y venía de lejos, de tantos años de privación sexual y amorosa.

Por esa razón Judith disfrazaba su pasión y la acallaba a patadas, y vestía su desnudez de puta cada día de cualquier cosa, de novia, monja, de princesa de cuento, y se cargaba de imágenes prefabricadas por la cultura de todos los tiempos, y llevaba una mochila a la espalda llena de objetos inservibles, como el romanticismo a cuestas, la boda en el altar, Venecia en góndola, peticiones de mano, anillo de diamantes, flechazos de Cupido, chorradas todas que conformaban el fardo que arrastraba a cualquier relación y que caía sobre la cabeza de sus cortejadores como un yunque desde un sexto piso, aplastando los sesos de cualquier bienintencionado pretendiente que se atreviera a solicitarla.

Y ahora que se había quitado a lo bestia la mochila de las gilipolleces, Judith se sentía más ligera, más libre, más capaz de expresar sus deseos, de pedir caprichos verosímiles, realizables de inmediato. Y ahora que se había desvestido el traje de novia, y lo había colgado de la percha del olvido, ahora que lucía el liguero de puta recién estrenado, su amante Ramón la trataba como si fuera una niña de porcelana a la que estuviera protegiendo de los

múltiples peligros exteriores.

—Te voy a llevar a Venecia, Judith, algún día te llevaré, no lo dudes.

—Pero Ramón, déjate de Venecias, anda, y llévame a montar en globo.

—¿Qué? Pero si yo odio volar. Me da terror todo lo que se eleva un palmo.

—¡Vaya por Dios! ¡Menuda suerte la mía! Ahora resulta que va a ser más fácil ir a Venecia que montar en globo.

—Pues en lo que respecta a mí sí. Porque aunque me horroriza el avión estaba dispuesto a llevarte haciendo un esfuerzo sobrehumano, pero el globo me espanta todavía más.

—Pues no lo entiendo, porque el avión sube más alto.

—Eso es verdad, pero el globo a cambio es más inestable. Y los aviones se pilotan hoy en día casi de manera automática, controlados por una maquinaria electrónica de la que me puedo fiar en mayor medida.

—Yo creo que estás equivocado, porque no se conocen accidentes mortales en globo, y no se puede decir lo mismo de los aviones.

—¿Tanto interés tienes en montar en globo?

—Sí. Es una aventura, y yo he tenido tan pocas oportunidades de vivir aventuras… En realidad, la única aventura que he vivido ha sido en aquel hotel adonde me llevaste la primera vez.

—¿Te hice feliz?

—Claro, Ramón, no sabes hasta qué punto. Fue muy bonito, de verdad. Eres un amante encantador.

—¿Y en la cama?

—En la cama eres un león, un león muy dulce.

—¿Dulce?

—Bueno, dulce y apasionado.

—¿Disfrutaste?

—Tenía miedo de mí misma, de ser una inútil, de no estar a la altura. Incluso tenía miedo de no llegar al orgasmo. Porque como sabía que muchas mujeres no llegaban, pensaba que yo podía estar entre ellas.

—¿Y?

—Pero no fue así, te lo aseguro. Me sorprendió comprobar que

puedo alcanzar un orgasmo sin problemas.

—Eso me pareció, pero los hombres nunca podemos estar seguros de vuestro placer. No nos queda más remedio que fiarnos de lo que decís.

—Pues fíate de mí, Ramón, que ya no estoy para inventarme más cosas.

—Y si te llevo en globo, ¿qué me darás a cambio?

—Una sorpresa.

—Pero ¿qué sorpresa?

—Si te lo digo deja de ser una sorpresa, tonto.

—Ya, pero tienes que darme una pista, por saber si me compensa pasar ese trago horrendo.

—Ah, tendrás que fiarte de mí.

—Demasiada confianza para mis pobres huesos.

—Eres un desconfiado, Ramón. No te fías de nadie.

—¿Acaso se puede fiar uno de alguien?

—Definitivamente sí.

—No lo llevo en los genes.

—Pues te haces un trasplante.

—Ya.

—Entonces, ¿me llevas a montar en globo? Anda, por fa.

—Eres como una niña, Judith. Y a mí lo único que me ablanda es una niña pidiendo un capricho. Me deja lelo, me amaricona.

—¿Hecho?

—En fin. Hágase según tu voluntad.

—¡Gracias, cariño! Eres un cielo.

—Probablemente me arrepentiré de esto. Si no muero de un infarto en el intento.

—No seas gafe, Ramón.

A las cinco de la mañana abre el ojo Ramón despavorido por el timbrazo del despertador. Enseguida le da un manotazo y lo apaga rápidamente, como quien no quiere la cosa, como si hubiera sido un error. Pero Sofía se ha desvelado con el ruido y pregunta sorprendida qué hora es. Él la informa de que son las cinco, que tiene que levantarse a terminar un caso que no pudo acabar el día anterior y que luego tiene que marcharse porque tiene una cita con

un cliente importante, que le pidió quedar ese sábado como favor especial. Es mejor que no hagan planes para comer juntos, porque no sabe cuándo va a terminar y lo más probable es que se prolongue la cita de trabajo hasta la tarde. Sofía asiente a media voz, sin salir de su estado de letargo, y conforme le está diciendo que vale se vuelve a dormir plácidamente.

Ramón se levanta disparado. Se ducha, toma un café, se viste y se larga a toda leche, de puntillas y con el mayor sigilo, calculando que para cuando se levante Sofía ya no importará que no esté en casa. Lo crucial es que no se dé cuenta de que ha salido de madrugada.

Baja al garaje, se mete en el coche, arranca y enfila las calles de la ciudad, que huelen a primavera y trasiegan papeles dormidos por las aceras, churretones de agua pintados en el asfalto, retazos de nubes emborronadas y luz del amanecer. No hay un alma a esas horas y Ramón disfruta de la falta de vida que reina por las calles, del silencio extraño que bate como un eco contra los edificios, contra los cierres de tiendas y negocios, como en una película de ciencia ficción en la que la humanidad entera se hubiera extinguido por estupidez. Pero para estúpidos él mismo, muestra perfecta de imbecilidad humana. ¿Qué coño pinta él a esas horas intempestivas yendo a buscar a una mujer, encima amante suya, para llevarla a montar en globo? Si su amigo Carlos se enterase estaba acabado. Las burlas y el cachondeo iban a durar cien años. Y si Sofía se enterase, todavía más catastrófico. Se cogería un cabreo monstruoso. Casi le sentaría peor que llevase en globo a otra mujer a que le pusiera cuernos, de eso estaba seguro. Sofía era así de absurda.

Pero lo peor no eran las posibles caras de Carlos y Sofía si lo vieran en esas tesituras, lo peor eran su estómago y sus nervios desquiciados con la mera idea de subirse a un frágil aparato hecho a base de mimbre y tela y entregarse en manos de cualquier piloto descerebrado, en el interior de una canastilla de mierda, dentro de aquel artefacto, aquella bomba de relojería, una auténtica granada de mano en movimiento y sobrevolando los campos a doscientos metros de altura a merced de todos los vientos del planeta. Solo de pensarlo se ponía a vomitar mentalmente. Y eso que se había metido al cuerpo una buena sobredosis de pastillas contra el mareo,

más un valium de propina por si acaso. Sin embargo, parecían no hacerle efecto tales remedios, porque cada vez eran mayores las náuseas estomacales y las piernas casi no le respondían. Sentía además el diafragma cerrado de tal manera que al respirar no le pasaba el aire más allá de los pulmones, y la tripa se le iba poniendo más y más dura, como una tabla que, por obvias razones, en este caso no era precisamente de salvación.

Pero ya no podía dar marcha atrás, pensaba Ramón mientras paraba el coche delante de la acera y bajaba a llamar por el portero automático a Judith. Porque aunque habitualmente a él no le importaba demasiado la opinión de los demás y solía imponer su criterio personal sin pensar en las consecuencias, con firmeza y desapego, en esta circunstancia concreta actuar según sus propios dictados, esto es, renunciar de forma tajante a su viaje en globo, hubiera significado claramente dar la imagen de un gallina. Y era lo último que quería aparentar ante la mujer que salía por el portal en ese justo momento.

De alguna manera Ramón sentía que se le estaba yendo la vida, aquello que repetía Sofía sin cesar, e intuía que, por obra y gracia del destino, ese destino en el que se negaba tercamente a creer, Judith se había plantado a la puerta de su existencia para darle una segunda oportunidad. O tal vez no era oportunidad la palabra exacta, sino ilusión. Sí, ilusión de sentirse vivo, ilusión de encandilar a una mujer, de sentir la admiración de una hembra en toda su plenitud. Por eso había accedido al capricho loco de Judith y se enrolaba de marinero raso en aquella aventura de adolescentes. Sabía lo que estaba haciendo, era capaz de observarse a sí mismo desde fuera, y aun cuando lo que veía no le satisfacía demasiado, convertido en un pelele que hablaba como un idiota, como si le estuviera contando un cuento a un niño, cursi hasta la ñoñería más insoportable, todo lo que él odiaba en definitiva, lo que él censuraba hasta casi volverse un dictador, y aun cuando en su fuero interno se sentía bastante abochornado por su propio comportamiento, por otra parte no dejaba de tener su encanto ceder a las coqueterías de su amante. Y así Ramón se debatía entre dos polos enemigos, no queriendo renunciar a ninguno, porque negar que aquello era una cursilada era como negarse a sí mismo, a su persona por entero, y negarse la experiencia de sacar a Judith de

paseo era negarse el placer de vivir, la oportunidad de ser joven otra vez. Porque Ramón no sabía qué le gustaba más de todo aquel disparate, si el papel de babeante padre llevando a su hija de la mano al parque de atracciones, o el de recién enamorado imberbe escapando por la noche de casa para ver a su chica, o incluso el de veinteañero despreocupado y sin obligaciones corriéndose una farra de antología.

Y por eso Ramón no hubiera cambiado en ese instante su nefasto dolor de estómago por el confort del sofá de su casa, junto a Sofía, la malcriada Sofía. Y por eso Ramón prefería en todo caso y como única alternativa posible malcriar a Judith, que lo llevaba de un plumazo al otro lado del universo, como por arte de magia, al lado oscuro y misterioso de lo que encerraba bajo siete llaves la caja acaudalada del interior de su persona. Y por eso Ramón, aun con el vientre destemplado, estaba abriendo la puerta de su coche a Judith, besándola en los labios, tocándole las mejillas suaves, como tocando el mundo sin guantes, a pelo, a través de la piel de su rostro, como tocando el esplendor del día con sus manos, sobre todo cuando unas manos solas y unos labios dulces y una piel temblorosa ostentan el poder y alcanzan el milagro de salvar el obstáculo de todo razonamiento negativo.

Y por eso Ramón viaja ahora mismo en el interior de una barquilla endeble, con el miedo de corbata, mirando al infinito o a los ojos de Judith alternativamente, colgado del firmamento o colgado de la silueta de Judith al contraluz del horizonte, y por eso Ramón no se fija en los vientos ni mira al suelo, sería una mariconada, un acto antiestético, y en su lugar mide el vestido de Judith con el baremo del deseo, un traje abotonado, y por eso Ramón se acerca manteniendo el equilibrio a duras penas, a ese traje y a esos botones que deshoja por abajo, solo dos, los justos, y le mete mano por la abertura sublime y le baja un poco la braga, que es un tanga minúsculo y restriega sus dedos por la abertura de las piernas de Judith mientras se va poniendo en onda a medida que va subiendo el globo y él ni se entera de la trayectoria real del puto globo, que ni falta que hace, que él no está para globos en esos instantes de asedio a la manzana prohibida de la hembra que tiene entre manos. Y por eso Ramón se empalma conforme dictan los cánones masculinos de todos los tiempos, y por eso Ramón intenta

por todos los medios satisfacer su deseo contra el cuerpo armonioso de Judith, y por eso Ramón sueña, a medida que el coche avanza por la autopista camino del globo real, que no existe el miedo y solo cuenta el deseo.

Cuando se bajan por fin del coche lo hacen junto a un prado absolutamente verde, plagado de amapolas salteadas, donde a unos ciento cincuenta metros se divisa por entre las ramas de una encina gigante el colorista globo aerostático donde van a ir a dar con sus huesos. Judith está excitada y con los ojos abiertos como dianas de tiro al blanco haciendo chiribitas, mirando el globo hechizada y arrastrando de la cazadora a Ramón para apurar su paso, que se ha vuelto cauteloso y azorado de pronto. Y no es exactamente debido a la visión del instrumento de tortura allá a lo lejos, ondeando inocente al viento, sino porque ha visto que el individuo vestido de forma estrafalaria, con un mono naranja fosforescente a rayas verdes también fosforescentes, que responde sin duda al prototipo de descerebrado con carnet de piloto de globo aerostático, se parece enormemente a Jorge, el Jorge del grupo de terapia.

—¡Mira, Ramón! ¡Si es Jorge! —dice Judith con rostro de sorpresa pero sin un ápice de ensombrecimiento en su mirada.

—Sí, ya me he dado cuenta. ¡Vaya mierda! —masculla entre dientes Ramón, que no se corta un pelo en expresar su disgusto.

—¿Por qué? —pregunta ingenuamente Judith, que parece encantada con la presencia de su compañero de fatigas psicológicas.

—¿A ti qué te parece, mona? —pregunta en el colmo de la exasperación su acompañante.

—¿Lo dices porque se pueda chivar al grupo? —Acaba de caer Judith en la cuenta de la preocupación de Ramón—. Pues a mí no me importa. Que piensen lo que quieran —y luego añade temerosa —: ¿no te irás a cabrear con él, verdad?

—No tengo pensado —responde escuetamente Ramón, que va rumiando su aciaga suerte conforme se acercan al globo. Su estómago se le ha acabado de bajar a la zona genital y allí se mezcla con el intestino y la vejiga haciéndose una masa informe y tensa, mientras sus ojos van de Jorge al globo y del globo a Jorge, sin saber qué objeto es mayor causa de su dolor de huevos.

—¡Hombre, Judith y Ramón! ¡Qué sorpresa! —exclama Jorge cuando los reconoce—. No sabía de vuestra afición a volar.

—Ni nosotros la tuya —le responde lacónicamente Ramón—. Creíamos que solo volabas en pájaros a reacción.

—Ya, pues es que esta es mi pasión secreta y suelo venir los fines de semana a practicar —replica Jorge—. Me cansan los aviones comerciales, porque casi se pilotan solos, y lo cierto es que me gustaría cambiar de ocupación. Avionetas o hidroplanos, por ejemplo, en los que eres tú el dueño y señor de los mandos, y hasta te puedes marcar alguna pirueta arriesgada.

—Apasionante.

—Bueno, basta de charla y poneos el equipo, que está sobre ese tronco, mientras yo doy los últimos toques al invento —ordena Jorge, y acaba soltando a vuela pluma, de manera intrascendente, como bromeando—: ¿No tendréis miedo, verdad?

—Pues no sabemos, porque es la primera vez que vamos a montar en globo —contesta Judith dubitativa—. Pregúntale a Ramón, que es el que más nervioso viene.

—Pero Ramón, chico, ¿quién lo iba a decir? —Sermonea irónico Jorge—. El más bragado del grupo y tiene miedo de un inofensivo globo.

—Bueno, ¿y qué? Algún defecto tenía que tener, ¿no? —contesta Ramón a la defensiva, pero sin poder evitar su tono de chulería innato.

—No te preocupes, hombre, que no se lo voy a contar a nadie —afirma Jorge, tranquilizador y burlón a un tiempo. Y señalando a una mujer que de pronto surge, como una aparición, de detrás de la encina, comenta—: ¡Ah!, por cierto, esta es Alicia, que viene también con nosotros; y estos —volviéndose hacia ellos de nuevo— son Judith y Ramón, los clientes de hoy, que han resultado ser amigos míos, del centro de terapia.

—¡Qué casualidad! —exclama Alicia, admirada de ver que el mundo es un pañuelo.

—Sí, el azar se complace a veces en esta clase de extraños juegos —reflexiona Ramón, como pensando en voz alta, hablando hacia la encina con cierto tono de agorero encubierto.

—¿Estáis ya listos?

—Listos.

—Pues en marcha.

—Por cierto, el viaje tiene programado un brindis con champán

para cuando termine el vuelo, justo después de aterrizar, pero aunque no es muy ortodoxo, me voy a saltar las reglas por esta vez y me subo las botellas a la cesta, que no nos vendrá mal un traguito para amenizar el viaje —explica muy profesional Jorge, con una sonrisa de seguridad aplastante en sí mismo, cogiendo un par de botellas de champán de medio pelo y echándolas a la barquilla, junto con algunos aperos propios de la materia en cuestión—. ¿Qué os parece, chicos?

—Por mí no hay inconveniente —responde Ramón con los ojos en blanco, porque ha iniciado el proceso de subida a la canasta, y ya se siente como un pez encestado en la barriga de una ballena, dando tumbos por mitad del océano en el interior de un cetáceo chalado. Lo del champán hasta no le parece lo peor del caso. Y lo primero que hace es tirar de Judith desde dentro y ayudarla a subir, y después a Alicia, mientras Jorge las empuja desde fuera dándole impulso a los culos con desparpajo.

—¡Qué traseros estupendos! —grita muerto de risa, disfrutando como nadie de la situación.

—Oye, Jorge, ¿pero tu pasión secreta era volar en globo o tocar nalgas de féminas? —bromea Ramón, que se ha dado cuenta de su aire excesivamente fúnebre y quiere paliarlo como sea, no vaya a ser que se le vea demasiado el plumero de gallina. Y para animarse un poco el revoltijo de vísceras que se le pelean por dentro del abdomen como fieras enjauladas, se decide a abrir una botella de champán, descorchando el tapón con disparo incluido y poniéndose perdido de paso, a él y a toda la concurrencia.

—¡Joder, Ramón, vaya brío!

—Anda, échame un poco.

—Y a mí.

—Sujetaos bien que vamos… ¡Uooooops!

El globo inicia el ascenso lentamente, mientras Jorge aviva el fuego con mimo de amante experto, abriendo cada vez más la espita del helio, y los otros se agarran a las cuerdas de la cesta. Judith y Alicia van asomadas a la barandilla y Ramón sentado en el interior, intentando concentrarse en no sufrir en exceso, aferrado al vasito de plástico espumeante, con las costillas clavadas a flor de estómago y pensando incluso en rezar a pesar de su ateísmo recalcitrante.

Ya va subiendo el globo lleno de gases en la panza y se va

desplazando por el campo abierto. El paisaje se hace cada vez más pequeño debajo de sus pies y el verde de los prados se agrisa un poco, pero las amapolas todavía manchan la tierra a lo lejos. El sol empieza a dar calor y sus rayos deslumbran a los ocupantes del aerostato, que van asimilando su nuevo estado paulatinamente. Jorge reta al horizonte con la mirada, serio de pronto, enmudecido y concentrando en la retina toda la piel del mundo. Alicia se coge a él, agarrándolo del brazo y pegándosele como una lapa, intentando descifrar sus pensamientos, intentando robarle un poco de su secreto, de su deseo, de su placer reconcentrado en ese justo instante, cuando todo parece tan limpio y hermoso como el azul del cielo, tan evanescente como el gas que los eleva, tan relativizado y hueco, tan falto de dramatismo como el mimbre entrelazado y los sacos que penden de las paredes exteriores del cesto que los acoge, tan desdibujado como aquel boceto de pueblo en el extremo del mapa que divisan. Y el silencio de las alturas se puede escuchar perfectamente por entre los jirones ululantes del viento, que baten y se enganchan en la tela del globo, dando golpes que restallan en el aire de la mañana, mientras Judith se junta, mimética con Alicia, al hombre que le corresponde en ese reparto de arriba, divino y celestial, según su parecer le dicta.

Pero tras esos largos minutos de divino y celestial silencio, encanallado sin embargo por la mente de Ramón, que no cesa de urdir pesadillas, la alegría y el desenfreno vuelven al globo, en explosión de los ánimos y por efecto del champán barato, que llevan consumido en parte. Los nervios de estar los cuatro a solas, la falta de confianza entre ellos, se miden en excitación y euforia, en risas y gracias insustanciales, conforme sobrevuelan el paisaje, juguetes de la brisa de la mañana.

—El mecanismo de este trasto es más simple que el de un chupete —va explicando Jorge a los otros.

—¿Y no hay peligro de que estalle el globo? —pregunta Ramón sin poder evitarlo, pues es cuestión que lo trae de cabeza desde que se montara en el artefacto.

—Hombre, todo es posible —valora Jorge—. Pero debido a alguna causa excepcional.

—Anda, Ramón, disfruta de las vistas y déjate de historias —le regaña dulcemente Judith.

—¡Mirad aquella arboleda, y aquel río a lo lejos! —exclama Alicia, siempre aferrada a la cintura de Jorge—. ¡Qué belleza!

—Sí, es verdad —afirma Jorge—. ¿Queréis que nos acerquemos?

—Venga, sí.

Y Jorge enfila el globo en esa dirección, entretanto Alicia le va dando besos en el cuello juguetonamente, y él se deja hacer y le sigue la diversión, y también le da besos aquí y allá, en el escote, en las orejas, en los labios.

Entonces Judith hace lo propio con Ramón, porque quiere lo mismo y la actitud de los otros la ha envalentonado. Pero Ramón, a pesar de la bebida, está todavía algo tenso y a Judith le cuesta relajar sus defensas. Y como no se da por vencida, su táctica acaba por surtir efecto, haciendo que Ramón caiga en sus redes, porque es la única solución a su zozobra.

Ramón no quiere hablar, no tiene mucho que decir allí, a esa gente con la que va. Se ha dado cuenta de que no tiene casi nada en común con ellos, ni siquiera con Judith. Es un hombre difícil para la conversación insustancial. No habla por hablar. Le gusta charlar de asuntos serios, de temas científicos, sesudas charlas con personas de inteligencia competente. Las chorradas lo aburren infinitamente y le cuesta aceptar esa dinámica de grupo por la cual todos hablan para establecer contacto, no por el hecho de sacar a la palestra un tema digno de discusión. Y tampoco se va a poner a dialogar con Judith acerca de las intimidades de los dos, porque antes preferiría que le amputaran una pierna a airear su vida privada ante los demás. Prefiere, pues, besar a Judith, que es lo menos comprometido, y que además le ayuda a olvidarse de su tensión, que le permite evadirse de la altura y del movimiento de la inestable barquilla, para introducirse en la boca de su amante y echar allí todas sus penas y miedos. Y ella se los devuelve en forma de lengua amorosa y de saliva cálida, mientras la bebida va poniendo su migaja de efecto relajante y el movimiento del globo mecido por el viento va acunando los besos de los cuatro.

Ramón se ve de pronto tan cerca de su fantasía de hacía unas horas, cuando iba conduciendo por la carretera en dirección a su suplicio y no veía en la pantalla de su deseo más que el traje abotonado de Judith a su entera disposición, que se le nubla el entendimiento a base de imaginación picante, se le cortocircuitan

sus ínfulas de entendido en la materia del saber científico quedando relegadas a alguna recóndita isla de su cerebro, y se le desaguan los recelos sobre aeronaves por el canalillo del escote de Judith, mojándole la piel con el solo efecto de su mirada.

Al tiempo, Jorge y Alicia van a lo suyo, aprovechando los segundos como si quedara apenas media hora para el advenimiento del apocalipsis. Se han olvidado de la compañía, porque lo cierto es que Ramón y Judith están hechos un ovillo en un rincón del interior de la cesta, ajenos a los acontecimientos exteriores, y Jorge le ha desabrochado ya el sujetador a Alicia por debajo de la blusa y le mete mano extasiado, mientras con un rabillo del ojo vigila la trayectoria del globo, que se va acercando a la arboleda lentamente. No le importa lo que piensen aquellos dos. Lo cierto es que están al cabo de la calle de sus interioridades y conocen su relación con Alicia. La terapia en grupo es lo que tiene. Poder descargar los secretos más embarazosos en el seno de un foro de oyentes altamente receptivo y con escasa tendencia a la crítica. Poder ser uno mismo, sin apenas tener que actuar, sin necesidad de dar la talla, sin tener que demostrar capacidades de superhombre que a la larga son un lastre y empañan la verdadera imagen de quien uno es realmente. Por eso Jorge no se corta con Alicia y le desabrocha la camisa allí mismo, le lame ese par de bolas de sabroso helado, le muerde las puntas de los cucuruchos, a la par que Ramón, desinhibido a su vez, aunque por diferentes causas, en razón de su ansia de huida del espanto y por acción del champán y porque Judith es mucha Judith, ya tiene su mano en el botón inferior del traje de su pareja y ya lo abre e interna la mano bajo el hueco de la tela, y se encuentra con que Judith no lleva ropa interior. Esa era la sorpresa que le tenía reservada, aunque ella nunca imaginó que Ramón fuera a disfrutarla dentro del globo. Pero ahora disfruta también Judith con la sorpresa de Ramón, y le sonríe pícara, con cierto mohín de vergonzoso pudor, un poco teatrero pero muy coqueto, y mira de reojo a donde están los otros, porque se siente cortada, aunque no quiere frenar a su chico, solo le faltaba eso, cuando Ramón le está regalando los mejores días de su vida, ese Ramón desperdiciado por una esposa miserable, ese Ramón que si ella lo pillara se iba a enterar de a qué sabe la auténtica felicidad. Y ve que los otros no hacen caso de nada, y que están medio

desnudos, metiéndose mano como posesos, y ella apura su vaso de un sorbo para darse ánimos, o valor para hacer lo que le apetece, sin temor a las consecuencias, y le baja la bragueta a Ramón sin darle importancia, casi como una profesional, y se interna por la abertura del calzoncillo buscando lo evidente, para mimar bien a su chico, qué bien suena eso de su chico, jamás se lo ha llamado a la cara, pero fantasea con la denominación, como una colegiala enamorada, mientras Ramón hace movimientos de contorsionista para poder seguir con su trabajo bajo el vestido de ella, y llega un momento en que Judith se suelta por incapacidad física de lograr un acuerdo de posturas, y Ramón se yergue y la coloca semitumbada en el suelo del globo, le desabrocha todos los botones del vestido, dejando su cuerpo completamente desnudo, como una fruta pelada y cortada sobre un plato, y le hace de todo, todo lo que se le ocurre, un batiburrillo de sexualidad caliente, un guiso cargado de picante, un cóctel de obscenidades, aquí y allá, creación improvisada del momento, mientras Jorge, que se ha dado la vuelta un instante para cambiar a Alicia de postura y desvestirla del todo, los observa alucinado y se queda allí prendido mirando la escena porno que tiene a su disposición tan gratuitamente. Entonces, envidioso, tiende a Alicia en el fondo de la barquilla y, copiando en ciertos aspectos la técnica de Ramón, le hace el amor a su compañera con todas sus ganas, a resguardo del viento, de tal forma que en ese momento dado se hallan los cuatro follando al unísono dentro de un globo en mitad del aire, a merced de las corrientes del viento, bajo el sol radiante que corona el cielo.

Al poco rato, enardecido por los acontecimientos, ligero de conciencia y vacío de pudor viendo el ambiente que reina en la barquilla, Jorge aprovecha un descanso de Ramón para observar más detenidamente a Judith. Su cuerpo menudo, su juvenil figura, apetecible tentación situada tan a su alcance, lo llevan a lanzarse a sobarla sin pedir permiso. Como ve que no recibe una reprimenda, sino que Judith se deja dócilmente, como sin darse cuenta de lo que ocurre, embriagada por el instante, se le sube encima y la hace suya, mientras por su cuenta Ramón, tras unas décimas de segundo de asombro, admiración y duda, se tira hacia donde está Alicia, viendo que se abre la veda de parejas. Y exento de preámbulos, la tapa con su cuerpo, cubre su boca de besos cariñosos y la penetra

sin más, de tal manera que en pocos minutos se ponen todos a gemir y a gritar enloquecidos, porque se están corriendo los cuatro simultáneamente, aullando cada vez más hacia el éxtasis, hasta que un golpe brusco del globo y un sonido más fuerte que sus alaridos, viene a despertar a Ramón del sueño de su locura pornográfica y termina abruptamente la coreografía orgiástica que tan escrupulosamente había estado imaginando.

Y lo que Ramón se ha perdido mientras pasaba esa película X por el proyector de su libido desaforada, agazapado en el interior del aparato, dando rienda suelta en el plano de la fantasía a su más reprimida faceta en esos días, obsesivo, que tiene la cabeza llena de semen, eso se dice a sí mismo, que esto es lo que pasa si no se practica el sexo de continuo, que se le va a uno la mano y no piensa en otra cosa, y lo que no ha percibido Ramón, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, ahora lo pone al tanto Alicia mientras Judith cierra los ojos espantada y Jorge se asoma a la barandilla de la cesta para inspeccionar el terreno, es que una corriente de aire que no estaba en los planes de esa mañana los ha ido llevando sin control, sin que el capitán de la nave haya podido evitarlo, hasta arribar finalmente en el golpe que sin duda Ramón sí ha escuchado.

Y Jorge lleva ya varios segundos de espaldas a los demás, con la cabeza inclinada hacia abajo por encima del borde de la barquilla, observando con horror como el globo ha ido a encallar en el follaje de los árboles junto al río, se ha enganchado la tela en las ramas y se ha hecho jirones, de tal forma que se encuentran colgando de un pedazo de lienzo del globo, agarrados sobre el vacío tan solo por esa esquina de la tela, que parece poco segura y a punto de rasgarse. Ramón no quiere ni asomar un ojo, y se aferra a Judith, que se le abraza recíprocamente con afán de salvación. Jorge por fin mira hacia abajo y ve que están justo encima del río, a unos seis metros del agua, sujetos a uno de los árboles de la orilla. Pide a los otros que no se muevan mucho; pero, aunque permanecen quietos como estatuas, el propio aparato parece querer continuar su curso hacia el suelo, doblando cada vez más la rama que lo sostiene. Jorge aconseja a todos que se agarren bien a los cinturones de dentro, porque no ve otra salida que esperar a que la rama se rompa, mientras calcula el batacazo desde esa altura.

—Creo que el agua puede amortiguar el golpe, así que mucha calma, tranquilos —anima Jorge al grupo.

Apenas acaba de pronunciar esa frase, la rama que sostiene el aerostato se quiebra vencida por el peso y el cesto cae al río con pesada inercia, con la solemne presencia de un suicida arrojándose al vacío. El impacto es tremendo, pero parece que la cuentan, baqueteados en el interior, arañados de propina por el mimbre que lacera inmisericorde sus cuerpos, y salpicados por el líquido que ha desalojado el armatoste al chocar contra el agua, mientras cada uno en una esquina intentan rehacerse y pugnan por mantenerlo en equilibrio con el fin de evitar que la barquilla vuelque. La corriente del río los arrastra a medio gas, pues no es muy profundo y caudaloso, y se dejan llevar un trecho sin decir una palabra, incrédulos todavía de comprobar que no se han matado en el desplome, aferrados los cuatro a la barandilla del cesto, mirando fijamente el movimiento de las aguas y el trayecto del globo hacia una pequeña represa natural que se divisa a cien metros.

—¡Joder! —chilla Alicia, que hasta el momento había permanecido también muda, con los ojos abiertos hasta el límite de lo imposible—. ¡Nos vamos a matar!

—Es verdad —sentencia Ramón, con la resignación del gafe que ha visto cumplidas todas sus expectativas de un golpe.

—Tenemos que hacer algo —reflexiona Jorge, sopesando de nuevo sus posibilidades de supervivencia.

—Si la cesta nos arrastra hasta allí vamos a volcar —explica Judith al grupo lo evidente.

—Tenemos que tirarnos al agua, no queda otra escapatoria —resume Jorge su plan de ataque.

—¿Cómo nos tiramos? —admite Ramón, poniendo a prueba su sangre fría.

—Vamos a empujar la barquilla para que vuelque antes de llegar al rápido. ¡Poneos a este lado! —ordena Jorge a su tripulación—. ¡Venga! ¡A la de tres! Todos juntos… ¡Uuuuna! ¡Doooos! ¡Y treeees!

El grupo empuja la barquilla por un lado tomando impulso desde atrás y lanzándose con todas sus fuerzas hacia delante, contra la pared de mimbre medio rota, mostrando cuatro culos al aire entregados al compás del movimiento en bloque, que no, que son cuatro culos vestidos, gracias a Dios, piensa Ramón, enlazando sin

poder evitarlo con la última escena de su orgía mental.

—¡Un momento! ¡Parad! —grita Jorge impidiendo a los demás seguir con su tarea—. Cojamos nuestras ropas y atémoslas al cuerpo. Es nuestra única opción si salimos de esta.

De nuevo, tras atarse las ropas al cuello y la cintura, el grupo inicia el proceso de volcado de la barquilla. Por supuesto bragas, calzoncillos y sujetadores han quedado fuera del reparto, por una cuestión de prisa, porque van sintiendo ya al remolino del río desde una excesiva cercanía y la ropa interior es un lujo que no se pueden permitir a esas alturas.

No, eso no es real, eso lo ha puesto Ramón de su cosecha, que sigue imaginando desnudeces para poder alegrarse de que algo es pura ficción, de que lo mejor del caso es que por lo menos van vestidos. Finalmente consiguen tumbar el cesto y caen en tropel al agua, chapoteando desesperados para reflotar sus cuerpos. Conforme se van acercando a la orilla, poniendo en juego toda su resistencia contra la corriente que quiere succionarlos, la barquilla toca a su fin dando una cabriola y despeñándose por el rápido abajo, como una pobre paria abandonada a su suerte. Agarrados a los hierbajos que crecen en la margen del río, exhaustos y aturdidos, ven como las aguas la engullen sin piedad y asisten en silencio al entierro de su vehículo aéreo, sin dar crédito a los últimos acontecimientos ocurridos.

—Pero ¿qué te ha pasado, Ramón? ¿Has tenido un accidente?

—Sofía, si te lo cuento no te lo vas a creer.

—Pero ¿tú has visto cómo vienes?

—Claro que he visto como vengo —silabea despacio Ramón con cara de mala leche y tono de saber perfectamente cómo viene. Viene con la ropa arrugada y hecha jirones en algunas partes, sin zapatos, lleno de rasguños en las partes visibles de su anatomía, y una venda en la cabeza como toque final, aderezo capilar que le da un aire exótico, de árabe con turbante.

—Pero ¿tú no te ibas a una comida de trabajo?

—Sí, y de eso vengo.

—¿A estas horas? ¿A las doce de la noche? —grita Sofía, sin terminar de digerir la pachorra de Ramón, que parece no darle

demasiada importancia a la incongruencia de su aspecto y se ha desplomado en el sofá, como si acabara de volver de la oficina y esperase que Sofía le acercara las pantuflas y la pipa, sumisa y obediente, sin pedir explicaciones, al más puro estilo de la clásica mujer descanso del guerrero.

—Sí, a estas horas —repite Ramón con cierto deje de laconismo y resignación en su voz.

—Pero si parece que vienes de la guerra, hijo mío —insiste Sofía, indefensa ante la situación, frente al silencio recalcitrante de su marido—. ¿Tienes alguna herida en la cabeza? ¿Algo grave?

—Ocho puntos y para de contar —explica Ramón.

—¿Y tus zapatos? —pregunta Sofía en el colmo de la desesperación, sin saber ya a qué referirse, pues todo es tabú, parece, en esa conversación incongruente.

—Sabe Dios.

—Pero ¿cómo que sabe Dios?

—Pues eso, que sabe Dios. Pregúntaselo a él.

—Oye, Ramón, tú te estás cachondeando de mí, ¿no?

—No tengo la más mínima intención.

—Es una broma. Todo esto es una broma. ¿Verdad?

—Si no fuera por la ristra de puntos que tengo en la cabeza, bien podría serlo.

—Ramón, te lo pregunto por última vez, ¿qué coño te ha pasado?

—Tuve un accidente montando en globo. Se despeñó y cayó a un río y por poco no la cuento.

—¿Sabes lo que te digo, Ramón? Que te vayas a la mierda.

—Ya te dije que no te lo ibas a creer.

Hace tiempo que no nos hacemos vibrar el corazón, que no nos tocamos el uno al otro la delicada arpa del amor, las finas cuerdas de la ternura, que no nos llamamos más que por nuestros gastados nombres de pila y no nos apodamos con epítetos de enamorados. Todos los hombres deberían ser poetas. Y siendo poetas, deberían tener unos cuantos poemas en la recámara, escritos en el cuaderno del despacio, que a modo de despensa del deseo pudieran sacarse en días de tormenta, en época de

desaliento, de sequía, poemas de amor puro escritos por encargo de la emoción, basados en certezas, verídicos, reales. Eso siento por ti y lo rimo. Luego lo voy guardando para echar mano de ello por sorpresa. No te preocupes. Ya sé que estás desalentada, triste, que no se te ocurre nada nuevo, que tienes la cabeza entre las rodillas y la tocas y golpeas como un bongó con las manos, y te va a reventar. Pero saco un poema y hago magia. Te lo regalo, te lo leo. Es bálsamo. ¿Ves cómo ya se pasa? Efectos rápidos, remedio de la abuela, son mis poemas para ti, mi amada.

Y sin embargo, vienes a casa hecho jirones a las doce de la noche, como un barco destrozado en la escollera. Y no me das explicaciones de lo que ha ocurrido. Y lo curioso es que ya no me siento capaz de exigirte que me digas la verdad de lo que te ha pasado. Incluso entiendo que te cierres en banda, que no te me sinceres, que guardes las palabras en la caja de caudales de tu silencio. Estoy tan alejada de ti que cualquier día me dicen que te has muerto y no tendré derecho ni a asistir a tu entierro. ¿Quién es esa mujer? ¿Era amiga o conocida del difunto?, se preguntarían todos, asombrados de mi presencia. Y yo no podría decir que era tu esposa, porque ni siquiera me contabas los motivos de tus puntos de sutura en la cabeza.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Hasta la negación de nuestro matrimonio. Las parejas se cuentan lo ocurrido. Se consuelan mutuamente. Se hacen la cura y se cambian el vendaje a la recíproca. Y nosotros nos tratamos peor que dos extraños, sin comprensión, sin caridad, eludiendo abrir el corazón a la otra parte, trabajando cada cual por su cuenta, buscándonos la vida de espaldas al otro. Si exploramos la vida lo hacemos en solitario. Y tú te abres la cabeza fuera de mi jurisdicción, y yo me busco a mí misma en el abrazo de otro cuerpo distinto al tuyo, lejos de tu mirada.

Supongo que es síntoma de que nos estamos haciendo mayores de edad. Autónomos para bien y para mal. Ya no me necesitas. Ya no te necesito. Me aterra pensar que el único modo de

permanecer unidos sea mediante el vínculo de la necesidad. Pero lo que sí sé es que ahora siento de otra forma. Antes buscaba ansiosamente que los hombres me protegieran. De hecho me uní a ti como a un socorrista de la playa, buscando amparo en tu persona, metida en tu mochila, mirando el mundo desde el interior de tu camisa, abrigada en tu piel, subida a tu hombro como un ave de presa domesticada, con la caperuza puesta para no ver más allá de tus pupilas. Y lo cierto es que esa era una posición ambigua. Ahora la veo con más claridad. Cómoda e incómoda a un tiempo. Porque la protección que me brindabas era un falso espejismo, una necesidad inventada. Y también anacrónica. Una mujer de treinta y ocho años refugiada en las faldas de un hombre no tiene mucho sentido. Si se tratara de una niña la imagen resultaría hasta tierna, llena de lógica. Una niña cabe en las faldas de un adulto. Pero una mujer de un metro setenta y dos tiene que ir agachada, echa un ovillo o un cuatro, empequeñecida, enana. No viene al caso.

Y me doy cuenta de que ya no quiero tu protección, ni siquiera la busco como antaño. Quiero caminar erguida por el mundo y sentir que me basto yo sola para afrontar la vida, para sacarme de los atolladeros, para solucionarme las dificultades y los problemas, para buscar salidas y encontrar soluciones. Quiero salir del hueco de tu bolsillo, de debajo de tus faldas, del seno de tu cuello.

Y a cambio quiero que me comprendas. Porque tú no me comprendes. Me rechazas y dices que no soy la misma, que he cambiado, que te sientes estafado porque te casaste con una mujer diferente a la que soy ahora.

Y cómo decirte lo que pienso, lo que veo, lo que siento, sin provocar tus gritos, tus rabietas, tu desesperación de no entender qué está pasando, qué nos está pasando. Y lo único que puedo hacer es describir en mi diario un retrato de ti y de mí por separado, mientras vamos haciendo cada uno una vida diferente, construyendo dos mundos, divididos por un muro de afilados

cristales en el borde.

Mientras huyo de tu amparo y busco tu comprensión, me ahogo y me pierdo en esa tierra de nadie adonde he ido a parar siguiendo mi camino. Y en el fondo me cuesta pensar que no me entiendes. Creo que sabes más de lo que dices, Ramón. Eres un hombre inteligente, sabio, y quien adquiere esa capacidad en la vida no es solo para aplicarla a la estricta investigación científica, sino a todos los aspectos de la existencia, incluido el comportamiento humano, y también los sentimientos. Creo que te niegas a admitir que me comprendes porque si lo admitieras tendrías que aceptar tu propia incertidumbre, tus propios deseos acallados, tus propias trampas para eludir el dolor y las emociones. Y mientras niegues que me comprendes estás a salvo del grito de tus necesidades más auténticas. Las mismas que las mías. Exactamente iguales. Por eso te resistes con ahínco a abandonar tu antiguo personaje, a quitarte la máscara, a desnudar tu alma. Y te alejas de mí para no ver tu corazón reflejado en mis ojos. Estos ojos que se han arrancado ferozmente la venda, el antifaz del ave de presa domesticada sobre tu hombro.

Y por eso seguimos evitándonos cada vez más, escapando del otro para no ver en qué nos vamos convirtiendo, para no ver que ya no nos necesitamos como antes, sino que simplemente nos queremos. Demostrándonos concienzudamente que solo con amor no se va a ninguna parte.

Pero cuanto más me rechazas por acusarme de ser otra, más me sublevo yo y más deseo ser esa otra que a ti tanto te disgusta. No sé por qué me huelo que cuanto más sea esa nueva Sofía, más me acerco a mí misma, la que de verdad late en el interior de este cuerpo que me sustenta. Y lo siento por ti, pero la suerte ya está echada. La decisión está tomada. Si el camino es la separación, que así lo sea.

Junio

Patricia se relame con delectación mientras hace sus ejercicios matutinos. Todas las mañanas va a un gimnasio para ponerse cachas. Hace pesas a cientos. De diez en diez ejercicios va recorriendo el camino que la lleva a moldear su figura con el estilo de un escultor alejado de todo clasicismo, o más apropiadamente, con el estilo de un escultor clásico que modelara un cuerpo masculino. Para llegar a tal extremo solo le falta esa protuberancia entre las piernas, el miembro cuya única ausencia la distingue del hombre, porque incluso sus pechos son como dos piedras endurecidas a base de infinitos movimientos espasmódicos. Se mira en los espejos de la sala cada vez que cambia de aparato y entrevé las siluetas de sus músculos torneados a cincel por debajo de la ajustadísima malla que le viste el cuerpo. No son blandas curvas de mujer sino membrudos moldes de superhombre. Y Patricia asiste a esa ceremonia de perder de vista su propio sexo cada mañana en el gimnasio a base de sube y baja, de izquierda y derecha, de contraer y juntar y separar, doblar y estirar su figura como la plastilina, que al cabo de un tiempo de ser tratada, acaba fría y rígida, anclada en el diseño escogido por quien la trabaja.

Porque Patricia no soporta las cartucheras, ni el culo flácido, ni el pecho caído, ni la tripa de más, ni por asomo un ápice de piel de naranja. Cargar con todos esos aditamentos de la mujer prototípica le da un repelús mortal. Sería como admitir la feminidad de que abomina, como pagar con recargo el asqueroso tributo genético de ser mujer. Que los hombres no padezcan los sinsabores de la repugnante celulitis la hace envidiar una auténtica constitución viril, que le impidiera de por vida el aparcamiento de las bolsas de

grasa en los muslos, en el vientre y la cintura. Pero la ciencia no ha llegado tan lejos todavía. Así que Patricia tiene que seguir moviendo el esqueleto rítmicamente todas las mañanas.

Sin embargo esa mañana es diferente para ella, y por eso se relame con delectación mientras se entrega a la puesta a punto de sus glúteos, echando humo, quemando casi el asiento de la bicicleta estática. Ha quedado con Sofía para ir al campo. Se la lleva a practicar paracaidismo con ella, y siente una plenitud gozosa, conforme se argumenta a sí misma que nada puede a esas alturas interponerse a su felicidad, que nada puede empañar ya la expectación que le causa el venidero contacto con la mujer que anhela y la posibilidad de gastar en compañía de ella una jornada entera de su existencia.

Tras la tabla de suplicio mañanero, una ducha indolente en su casa, con mucha agua corriendo sobre su cuerpo y con mucho gel frotando toda la superficie exterior de su persona, más champú y suavizante para el cabello, y sumada después una caterva de productos varios, como crema hidratante, y perfume en el cuello, en el pulso y en el pecho, y hasta un poco de barra de labios imperceptible, colorete suave y raya de kohl negra por dentro del párpado inferior de los ojos, y el pelo corto retocado con una chispa de gomina aquí y allá, al desgaire, estilo despeinado. Y un sostén y un tanga nuevos, sencillos y deportivos, cómodos, relamidos sinuosamente al cuerpo. Una camisa y unos pantalones limpios, todo vaquero, y su cadenita de oro, de eslabones minúsculos, casi invisible en el triángulo del escote especialmente abierto para la ocasión.

Una vez acicalada convenientemente, Patricia coge su mochila y baja al garaje. Se dirige al coche, lo abre, se introduce en su interior, lo arranca, y sale por la puerta después de abrirla con el mando a distancia. Conduce rápida, comiéndose los semáforos de tres en tres, sorteando todo vehículo que se cruza en su camino, con el rostro de Sofía pintado en la diana de esa jornada que acaba de iniciarse con tan agradables augurios. La ciudad parece estar alerta, viva a su paso, y se muestra su cómplice, pues le permite llegar a donde se ha citado con Sofía en menos de un cuarto de hora, poniendo el tráfico a su servicio, verdeando los discos a la misma velocidad de sus deseos, despejando de peatones los pasos de cebra,

y liberando el asfalto de toda clase de incordios hasta llegar a ella.

Ella, que allí está de pie, parada en una esquina, como si alguien la hubiese clavado justo sobre el pedazo de pavimento que pisa en ese instante. Sofía, que observa el horizonte cerrado de edificios, con la vista perdida en las persianas cerradas, en los cristales opacos, en los visillos corridos de todas las ventanas del fragmento de universo que alcanzan sus ojos desde ese punto justo de la acera que pisa mientras espera a Patricia.

—¡Sofía! Ya estoy aquí.

—¡Ah! No te he visto llegar.

—Parecías abstraída. ¿Qué mirabas? —le pregunta Patricia, tras abrirle la puerta del otro lado y conforme se va metiendo en el coche.

—Nada en concreto —le responde Sofía, y le da dos besos con naturalidad, para luego continuar la frase interrumpida—. Me había quedado pasmada mirando las ventanas cerradas de los edificios. Imaginando las vidas que se ocultan más allá de las cortinas o las persianas.

—Justo lo que yo hago. Pero yo no imagino. En mi caso, constato lo que hay detrás, doy fe y soy notaria —comenta Patricia, mientras le ajusta el cinturón de seguridad a Sofía, rozando el contorno de sus pechos con la excusa de encajarlo mejor—, y créeme, no te gustaría conocer lo que veo.

—¿Por qué piensas que no me gustaría conocerlo?

—Porque pienso que tal vez te heriría.

—¿Tan frágil me ves? ¿O tan simplona que no se me puede contar nada?

—Pues es posible que te vea frágil, Sofía. Aunque en realidad no sé por qué lo he dicho.

—Pues para ser frágil creo que he encajado bastante bien el hecho de que mi marido contratase a un detective privado para seguirme —replica Sofía, algo picajosa por las palabras de su acompañante.

—Eso no me vale como demostración de tu supuesta fortaleza, porque en el fondo te halagó que Ramón hiciera eso, tú misma lo reconociste —le devuelve Patricia la argumentación dada la vuelta.

—Vale, es verdad —reconoce Sofía—. Pero ¿qué clase de cosas pasan detrás de esas ventanas que no se me pueden revelar sin que

yo quede herida?

—El mal funcionamiento de la maquinaria sentimental —sentencia la detective con aire de misterio y fatalismo.

—¡Vaya novedad! —exclama Sofía irónicamente—. Como mi matrimonio va sobre ruedas…

—No te irá bien, como a la mayoría, pero eres una romántica a la que se le pueden romper los esquemas en un abrir y cerrar de ojos —explica Patricia con un deje cariñoso en la voz.

—¿Por qué, si puede saberse? Al fin y al cabo me he echado un amante.

—Sí, lo has hecho, pero probablemente por jugar a ser libre, por probar a qué sabe, por cualquier cosa menos por falta de amor a tu marido.

—¿Tú qué sabes, lianta?

—Yo sé más de lo que te imaginas, guapísima.

—Pues no estés tan segura, porque creo que estoy enamorada de Jorge.

—Permíteme que lo dude.

—Me parece a mí que la romántica eres tú, Patricia.

—No te digo que no lo haya sido, pero ahora ya no, después de lo visto.

—Pero ¿qué has visto? ¿Me lo quieres explicar de una vez?

—Si estás tan interesada, te llevo un día conmigo y lo ves con tus propios ojos.

—¿Me llevarías contigo a vigilar a las víctimas de tus clientes?

—Sí, te llevaría de caza.

—Nada me intriga más que ver lo que tú ves por el teleobjetivo.

—Solo espero que no te arrepientas de haberlo hecho.

—Te aseguro que no, Patricia, que no me va a pasar eso. Estoy en una etapa de mi vida en que prefiero saber la verdad a esconder la cabeza bajo el ala para no enfrentarme a la realidad más cruda.

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que no quieres seguir soñando con amores perfectos, con romances de película, con cursis historias de novela rosa?

—Pero insisto, si ya he probado el adulterio, ¿cómo me va a hacer daño contemplar los adulterios de los demás?

—Nunca se sabe.

—Me da la sensación de que quieres protegerme, y no lo

aguanto. Ya no quiero ser protegida.

—No quiero protegerte, Sofía, nada más lejos de mi intención. Lo único que intento es ponerme en tu pellejo, comprenderte y hablarte desde la perspectiva en que tú ves las cosas. Tan solo eso.

—Eres la primera persona que me dice algo así, Patricia —dice Sofía con toda la solemnidad a que la obliga el sentimiento que la embarga de pronto, tras escuchar las palabras de su amiga—. La primera persona que me habla de comprensión.

—Quizá porque has buscado siempre en el lugar erróneo —arguye Patricia, que también se emociona con la declaración de Sofía.

—¿Qué quieres decir?

—Que habrás buscado la comprensión en los hombres.

—Pues sí, ahora que lo dices, creo que sí.

—Eso quiero decir, que los hombres poco comprenden de nuestro carácter, de nuestras necesidades, emociones y sentimientos. Son otra raza diferente a la nuestra.

—¿Tú crees que los hombres no pueden comprendernos?

—Difícilmente, porque no sienten de la misma manera.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Pues porque yo intento entenderlos a ellos. Y si yo puedo entender a otra raza, esa raza tendría que poder entenderme a mí.

—Esa es la diferencia precisamente. Las mujeres nos hemos pasado la vida intentando entender a los hombres, mientras ellos no querían más que centrarse en su persona y entenderse a sí mismos.

—Tal vez tengas razón. No había caído en ello. El hecho es sí de verdad llegamos a entenderlos alguna vez.

—Pero por lo menos lo intentamos, que ya es algo. La mujer siempre ha tomado al hombre como punto de referencia inevitable. Todo pasaba por el hombre. Y el hombre, en cambio, tenía cosas más importantes que hacer que entenderse con las mujeres. En realidad, el hombre siempre ha explotado la máxima de que a nosotras no hay quien nos entienda. Con esa excusa se ha ido quitando el problema de encima.

—Pero eso ya no vale.

—Claro que ya no vale. Porque ahora la mujer está demasiado ocupada en entenderse a sí misma y pasa de los hombres. Ha

cambiado su punto de referencia.

—Lo que dices me lleva a pensar que el hombre percibe esa falta de atención por parte de la mujer, y se siente de algún modo desatendido, poco protagonista en las relaciones.

—Efectivamente. Pero la mujer también quiere ser protagonista y se está haciendo un hueco a base de codazos, y de eso el hombre se resiente.

—Pero él se lo ha buscado.

—En cierto modo sí. Aunque la culpa no es de nadie.

—Mientras hombres y mujeres nos sigamos echando la culpa los unos a los otros no habrá solución para entendernos.

—Tal vez hemos llegado a un punto en que el hombre pueda plantearse intentar entendernos. Pero me parece una utopía.

—¿Y cómo se hace para que nos entiendan?

—Si supiera la fórmula ya me habría hecho rica y el mundo se habría arreglado, no lo dudes.

—Pues yo quiero encontrar la fórmula.

—Veo que estás interesada en el tema, Sofía.

—No sabes cómo. Cuando deseo algo no paro hasta conseguirlo.

—Hay algunos deseos imposibles, hasta para ti, me temo.

—No me doy por vencida.

—¿Y para qué la emplearías? ¿O mejor dicho, con quién? ¿Con Jorge, con Ramón o quizá con algún otro que no conozco?

—¡Qué graciosa, Patricia! No, mira, pues estás equivocada. Lo voy a emplear contigo.

—¡Conmigo! ¡Vaya honor! Pero conmigo no te hace falta, porque yo te comprendo ya, ¿recuerdas?

—Es cierto, Patricia, hoy por hoy eres la única que me comprende.

—Me gustas cuando relajas la frente y se te dulcifica la mirada. Estás preciosa.

—Y a mí me gusta cuando juegas a ser dura, casi como un tío, y conduces deprisa, y haces que llevas las riendas sin dudar, cuando tu corazón te desborda, Patricia. Eres un pedazo de pan.

—No te creas, *darling* —imposta Patricia un tono chulesco, mientras se derrite por dentro como si se hubiera tragado una barbacoa encendida y con carnes a la brasa en la parrilla, y todo provocado por el discurso de Sofía, absolutamente encantador y

dulce y cautivante.

—Vale, muñeca. Pero mira a la carretera o se nos acaba el rollo en esa misma curva.

Y Patricia gira brusca pero hábilmente para volver al trazado del camino, porque se había ido desviando sin sentir, capturada en las retinas de Sofía, en su boca y en sus muecas, y ya se metía en el arcén, directa a un precipicio.

Al llegar al club de vuelo, Patricia se desenvuelve con firmeza. Se mete en las oficinas y habla con el encargado para gestionar el circuito aéreo. Después se dirige a los hangares con una enorme bolsa y se mete en el vestuario con Sofía, a la que da instrucciones sobre lo que debe ponerse. Mientras Sofía se desnuda Patricia la vigila con discreción, intentando imaginar su cuerpo más allá de las bragas y el sujetador de encaje, más allá del pudor de Sofía, que también la mira a ella puesta en la misma tesitura, con naturalidad impostada, intentando parecer espontánea, pero en realidad un poco cortada con la situación. En un momento dado, Patricia le mira fijamente el pecho y Sofía se queda paralizada, porque no sabe qué está pasando por la cabeza de la otra. Entonces le dice que ese sostén que lleva no es adecuado, porque tiene aros y un cierre que puede saltar con cualquier movimiento imprevisto, y se le puede clavar o soltar y es un rollo, y demás argumentos que convencen de plano a Sofía de que debe cambiárselo. Patricia se lo canjea por uno suyo, elástico y perfectamente ergonómico, que lleva de repuesto. Sofía se desabrocha el suyo, y al quitárselo los pechos se le vuelcan de golpe, saltarines, sobre el vacío, y esas evoluciones ocurren a cámara lenta ante las narices de Patricia, que se queda ciertamente muda al ver aquellos ejemplares juguetones, respingones, volanderos pasarle por los ojos, bamboleándose a cada gesticulación de su dueña. Y ya no puede más, cree que va a reventar de locura cuando Sofía se introduce el sujetador alternativo por la cabeza y se lo encaja con dificultad, haciendo malabarismos, pasándoselo por el cuello y los brazos, ciega por unos instantes con la tela puesta de antifaz, luchando con la estrechez de la prenda, dándola de sí, mientras Patricia le contempla descaradamente ya los pechos, que están indefensos, totalmente al descubierto y estirados por la postura forzada, con los pezones de punta mirando al techo del vestuario, gruesos y salientes, y las areolas pintadas de oscurísimo

tinte marrón berenjena, abarcando un amplio anillo de piel erizada de escalofríos.

Y finalmente se ajusta Sofía el sostén, pasándolo por toda la extensión de sus pechos, arrastrando y aplastando y rozando sus pezones, llevándoselos por el camino, para acabar embutiéndolos debajo de la tela, totalmente destacado su volumen, como si fueran dos interruptores de encendido de la pasión de Patricia, botones que la detective ha dejado de observar con ansia para no despertar curiosidad o recelo por parte de su compañera, libre ya de la venda de licra que le estaba impidiendo observar a su alrededor.

Una vez vestidas convenientemente, con el mono de saltar enfundado y las botas puestas, Patricia lleva a Sofía a practicar en tierra algunos saltos y caídas, en la zona habilitada para entrenar. No se trata de que Sofía aprenda hasta los últimos detalles de la técnica de saltado, pero debe pasar un curso de iniciación previa. Patricia, que tiene el título de instructora, la ha convencido de que se tire la primera vez en tándem, es decir, agarrada a ella, y Sofía está dispuesta a vivir esa experiencia sin reflexionar mucho sobre el asunto, porque el hecho de ir a remolque, colgada de un único paracaídas, manejado enteramente por su compañera, le evita todo el estrés de tener que tomar ninguna decisión en plena caída. Además resulta el mejor y más rápido sistema para iniciarse en el paracaidismo. Así que se somete a un cursillo acelerado, con vídeo y todo, y a última hora de la mañana ya está lista para subirse a la avioneta y saltar con Patricia, que ha dirigido toda la operación de entrenamiento con el mimo y la firmeza de un oficial de alta graduación del ejército de aire. Sofía está tan fascinada con Patricia que la obedece en todo sin rechistar. Durante todo el proceso de simulación de los saltos, sujeta en el arnés suspendido, ensayando la posición estable del cuerpo en el simulador horizontal, y el resto de las posturas, toda la secuencia de movimientos, doblando rodillas, cayendo sobre sus piernas, de costado, flexionando, agachándose, en todo momento ha mirado Sofía a los ojos de su amiga, esperando órdenes, instrucciones, consejos, guiños, risas, bromas. Y Patricia ha respondido en toda ocasión, sin faltar una, a esa demanda de aprendizaje que Sofía lleva escrita en la cara, y que la hace arder de solicitud y ternura. Sofía es como de goma, es un inmenso deseo en figura de mujer, es de materia líquida o blanda, que Patricia bebe o

moldea con sus manos, a base de tocarla, mover su cuerpo, desplazarla, a base de derribarla dulcemente, a base de mezclarse con su sudor y de poner a prueba su fuerza, o de juguetear y forcejear sobre un colchón que sirve para frenar algo más que los golpes esa mañana.

En un momento dado Sofía le ha llegado a ensayar un beso en la frente, como dándole las gracias en plan juerguista y burlona, pero en realidad con reconocimiento auténtico de la valía de Patricia, con la sincera gratitud hacia quien se preocupa por ella, se toma su tiempo, gasta sus energías en enseñarle el nuevo juguete de la temporada. Durante todo el período de tiempo de entrenamiento, ahora se da cuenta Sofía, justo en el momento en que Patricia le dice que está preparada para tirarse al aire, exactamente ahora se da cuenta Sofía de que Patricia le ha dado, le está dando, algo más que un cursillo de paracaidismo. Le ha regalado su amistad, su compañía, su complicidad. Lo de menos es tirarse de un avión, o volar, o sentir el vacío bajo los pies, lo de menos es la experiencia novedosa, salir de nuevo de la rutina, esa rutina que odia Sofía más que su propia muerte, lo de menos es todo excepto la cálida corriente de fluido eléctrico que se ha ido estableciendo entre las dos, la diversión generada por el cordial y fructífero contraste de ambos caracteres, porque Patricia es una mujer interesante, muy inteligente, igual que Ramón, pero de otra manera. Emplea su inteligencia para entender el mundo de a pie, para relativizar los puntos de vista dramáticos, para reírse de los callejones sin salida, para aceptar que no siempre existe una respuesta detrás de cada pregunta, y lo más agradable, para comprenderla a ella. Está segura de sí misma, de quién es, de lo que quiere. Y Sofía saborea, de la mano de Patricia, las claves de la amistad.

Lo cierto es que Sofía nunca ha tenido una verdadera amiga. Bueno, sí la tuvo, pero su relación se fue al traste por una cuestión de competitividad. Se trataba de una compañera de la facultad. Eran uña y carne en aquel tiempo, estaban tan unidas que no se sabía dónde empezaba una y dónde terminaba la otra. Quizá ese fue el problema. Que ella se perdía en Andrea, que no miraba para sí, sino que todo lo que decía Andrea, todo lo que opinaba, era el espejo donde Sofía se miraba a todas horas. Porque Sofía la quería más que a nada. Sofía buscaba su cariño como un perro

abandonado, y Andrea buscaba, ante todo, ser la mejor de las dos. Sofía nunca había dudado de sus propios méritos, de sus dotes de artista o de su capacidad intelectual. Siempre había sido brillante en ese terreno. Tampoco se cuestionaba su arranque y coraje para enfrentarse a la vida. Por definición los poseía. Por esa misma razón no necesitaba a Andrea para que tirara de su carro vital, sino que se unió a ella única y exclusivamente en busca de afecto y comprensión, en busca de una amiga cómplice en todos los sentidos. Para Andrea la situación era la inversa. Dudaba constantemente de sus cualidades artísticas, se sentía débil e incapaz de afrontar la existencia con un mínimo de dignidad y autoestima, era una mujer dependiente en muchos aspectos, y se medía constantemente con Sofía, para demostrarse a sí misma que podía ser mejor, más lista, más genial, más competente que ella. Su unión con Sofía le proporcionaba afianzamiento, tranquilidad y, sobre todo, el apoyo definitivo para sacar adelante su carrera de Bellas Artes con todos los honores. Unida a Sofía superaba sus miedos y se beneficiaba de la inteligencia de esta, y también de sus ideas, para ir aprobando las asignaturas con excelentes notas, pero siempre llena de celos y envidias, sin acabar de aceptar abiertamente la oculta ambición que la dominaba. Sin embargo, Sofía no se percataba de los sentimientos encontrados de Andrea, y se esforzaba en aras de su amistad. Todo lo hacía por amor. La competencia con Sofía llegó hasta tal punto que Andrea la traicionó en un ejercicio, y se aprovechó de que su amiga, mediatizada por el cariño, nunca la iba a delatar, para robarle un proyecto y hacerlo pasar por suyo. Sacó matrícula en esa materia, y siguió el camino de su avaricia sola, a pesar de sus vanos intentos por seguir recibiendo el amparo de Sofía, que, desengañada y triste, se alejó cuanto pudo de aquella relación anómala y egoísta, retirándose a la cueva de la soledad más absoluta.

Esa cruel experiencia había supuesto para Sofía una amputación interna tan dolorosa que se había retirado de la práctica de la amistad con el agrio regusto de lo imposible. Sentía la verdadera amistad como una utopía inalcanzable, espejismo lleno de sufrimiento, esfuerzo sobrehumano jamás recompensado, incapaz de obtener un mínimo reconocimiento a cambio del sacrificio por amor. Y ahora Patricia venía a contradecir la imposibilidad de esa

utopía, convirtiendo sus días en lo más hermoso. Todo era armonía entre las dos, una armonía que celebraba el mero hecho de existir en cada uno de sus más nimios detalles. Y Sofía sentía un orgullo intenso de compartir las horas con Patricia, sentía por primera vez que la vida no se le iba de las manos, sino que le venía al corazón directamente, densa y feliz.

Jorge tiene un plan estupendo para la tarde del sábado. Le hubiera gustado ir con Sofía, porque hace tiempo que no la ve, y la echa de menos enormemente. Pero no se atreve a llamarla. No sabe cómo manejarse con ella. Bueno, sí sabría, porque en el fondo a él le gustan los juegos malabares, lo retan a buscar soluciones, a ensayar nuevas técnicas de encantamiento de mujeres, complicadas cleopatras que aunque dignas e indomables, son de flan por dentro. Pero es que Sofía es ambivalente. Se deja moldear hasta llegar a un punto, y a partir de ese límite se rompe en mil pedazos. No sabe continuar, es como si tuviera un tope y una nueva vuelta de tuerca la descerrajara. El problema es que se deja moldear, pero no se moldea ella misma con arreglo al devenir de los acontecimientos. Y aunque se embarca de buen grado en cualquier aventura, no se improvisa a sí misma. Pero tampoco se deja ir en la dirección en que las cosas se dan naturalmente, no sigue la corriente de su instinto más profundo, sino que siempre escoge el camino contrario, enfrentada a sus propias vivencias, siempre a la contra, llevando su destino por detrás, con el futuro a la espalda. Y cuando el futuro se le presenta de frente, cuando le ofrecen el destino por delante, puesta una alfombra roja, y carteles, luces parpadeantes, flechas de dirección muy clara, ella se da la vuelta con mohín de soberbia, empecinada en no vivir más emociones que las estipuladas. Es decir, que Sofía es rígida y no rígida, hasta es extraña en eso. Y Jorge no le puede achacar falta de imaginación y sentido del humor, o valor para seguirlo, o coraje para atender lo más difícil de la existencia, sino que le echa en falta cierta capacidad para reírse de su persona, sobre todo en el ámbito de su espacio más reservado. Y como un perro orgulloso, Sofía tiene bien orinado su territorio de lo serio, y allí no entra por nada del mundo, ni ella ni nadie, como si se le fueran a desbaratar sus más íntimas convicciones si las pone

en la diana de las risas. No puede ponerse a prueba hasta ese punto. Le falta distanciarse, relativizarse, desvestirse el corsé y dejar el alma en bolas para verla más cerca y en detalle, con los agudos ojos de la separación. Y ese distanciamiento que no practica es lo que echa de menos Jorge en la persona de Sofía. Por ese motivo no sabe manejarse con ella en todo su amplio espectro, y por eso la deja, no la persigue, no se empecina en verla, porque es trabajo de Sofía, saldrá de ella, ocurrirá un buen día, le saltará ese tope, mientras la vida de Jorge sigue su curso paralelo, sin tocarla ni hablarle, sin dejarle sus besos de gusano mojado en el cuello, pero con ella, siempre con ella, tatuada en la sangre, aunque parezca un sueño.

A falta de Sofía, Jorge se aferra a Alicia. Ese verbo lo piensa, pero tal vez por hábito, porque ese es lenguaje de antes, *aferrarse*. Aferrarse a una tabla de salvación, aferrarse a lo que uno tiene, aferrarse a las cosas, a las personas, a las costumbres, a uno mismo. Se aferra a Alicia porque Alicia es de toda la vida, forma parte de su antigua biografía, mientras que Sofía, siendo de toda la vida, no ha sido de su vida hasta hace bien poco. También por eso le fascina Sofía. Porque esa parte de su trayectoria vital la ha escogido él, y no se aferra a ella, sino que la siente como suya, dentro de su corazón, latiendo desesperadamente. Y porque Alicia viene de lejos en su compañía, haciendo el viaje junto a él, a golpes de verse y cenar y echarse polvos, de compartir fragmentos de los días, le adjudica ese verbo, aferrarse, que más que real es una idea.

Así que Jorge piensa en llamar a Alicia, se dirige a hacerlo, pero justo cuando se halla delante del teléfono para marcar el número, suena el aparato, lo coge sobresaltado por la proximidad del timbrazo, y resulta que es ella. Se le ha adelantado por una décima de segundo. Lo llama para invitarlo a un plan especial. Dice que es una sorpresa. ¡Qué casualidad! Él también tenía una sorpresa, pero se calla por no chafar la suya a Alicia. Ella le dice que va a buscarlo, que lo espere abajo, en el portal a las seis. Jorge asiente y a esa hora justa ya está esperando en la calle. Hace un día perfecto. Una tarde soleada con olor a verano prematuro. Una brisa a oleadas sutiles que acaricia alegremente el rostro. Unos colores de ciudad intensificados por la luz. Cuando aparece Alicia de pronto, salida de entre unos coches, conduciendo una bicicleta por la calle. Pero no es una bici normal sino un tándem con el asiento de atrás vacío.

Jorge se queda entonces perplejo y sonríe seguidamente, con una sonrisa amplia y sincera, que indica a Alicia que su iniciativa ha dado el resultado esperado. El piloto le da un beso cariñoso en el pelo, que brilla recién lavado, sedoso y radiante, y sin más preámbulos se monta a la grupa, en el sillín de atrás y se entrega a ella, a su plan por entero.

Alicia marca la pauta, uno dos y tres, y comienzan el pedaleo al unísono, siempre pegados a la acera de la derecha, cuidando de sortear los vehículos en marcha. Al principio les cuesta un poco mantener el equilibrio, porque es complicado ponerse de acuerdo, inclinar el peso de los cuerpos acompasadamente, girar en las esquinas. Es como las relaciones de pareja, piensa Jorge, mientras se esfuerza en coger el paso, temblándole el manillar y toda la estructura a cada golpe de pedal. No es como llevar la propia bicicleta, que vas a donde quieres, independiente, giras cuando te peta, te bajas sin avisar, libre de servidumbres. No, aquí tienes que contar con el otro, hablar cada movimiento, negociarlo, porque si no el porrazo es imponente. Y aun así, incluso con los cinco sentidos puestos en el empeño, se va a trompicones, se pierde el ritmo, se inclina la bici peligrosamente. Como en las relaciones. Pero Alicia parece tener alguna experiencia acumulada, porque maneja las riendas con cierta soltura, y da las órdenes precisas, las que convienen a cada circunstancia. Cogen calles poco concurridas de tráfico y cada vez se afianza un poco más su conducción, conforme Jorge se va relajando y se ejercita en el invento. Cada vez que un semáforo los obliga a parar el piloto aprovecha para mirar el tándem reflejado en las lunas de los escaparates, y la figura que a él subidos ambos componen le resulta armoniosa, tentadora, lo llama al cariño inevitablemente. Son dos, todo un equipo. Dos personas unidas son imbatibles. Cada una aporta su saber, su fuerza, su habilidad intransferible. Alicia da las órdenes con una delicadeza que a Jorge sorprende por desconocida. No porque Alicia no sea delicada, que lo es, ahora se da cuenta, sobre la marcha, sino porque nunca hasta el momento había ella tomado el mando, en ninguna ocasión, y ese tomar el mando es por su parte, más que un capitanear, un compartir. Alicia gira la cabeza y anuncia una parada o un cambio de maniobra. Lo mira rápidamente a los ojos, busca su mirada, le brillan las pupilas en cada giro de su cuello

hacia Jorge. Y aunque él obedezca sin la menor duda sus mandatos, es más un preguntar de ella, un buscar su asentimiento, un tenerlo en cuenta en toda circunstancia, que un decretar, o imponer, en su más estricto sentido. Alicia se posa delicadamente en Jorge, es cierto, él lo percibe, ese es el secreto, la esencia de Alicia, es lo que más lo enamora. Es como una mariposa sobre su mano, aleteando confiada, haciéndole cosquillas suaves en la piel. Pero al mismo tiempo es una mujer bien sostenida, aunque ahora la vea haciendo eses sobre el asfalto, no es quebradiza ni pusilánime. Parece tener el miedo justo y la capacidad de superarlo en la misma medida. Y lo que tiene es un torrente de comprensión al borde de los labios, y un oído muy fino para el dolor del otro. Todo eso piensa Jorge con la espalda de Alicia como única divisa de su viaje, con el cabello al viento y su figura esbelta, fina, su cintura marcada, su melodioso trasero dando ligeros botes sobre el sillín.

Y ahora van por la Dehesa de la Villa, brincando pizpiretos a cuatro manos, sorteando los baches, acelerados y contentos, cada vez más seguros de su buen gobierno de la bicicleta, cogiendo las curvas en armonía, frenando donde cuadra, como si fueran uno solo, tan contagiados de la unidad que conforman que casi se extrañan de haber sido dos hace unas horas, bajando la pendiente con soltura y risas, sintiendo que su vehículo se adentra en la vida por cada metro recorrido, porque la vida allí subidos es como una burbuja de salud que se percibe mejor y más deprisa que a pie, desde esa atalaya de velocidad compartida y latidos en concordancia. Un deseo feroz de vivir y sentir y ser dotados de las armas precisas para ello. Mientras los árboles a cada lado de la carretera hacen de marco a su bajada fulgurante, puestos de guardia en línea para su seguridad absoluta, aunque ellos vayan rondando el suicidio colectivo en un mismo paquete, poniendo a prueba el límite de sus días. Es el amor o cosa semejante, es la conformidad con el pedalear del otro, a pesar de la meta, entregarse a sus pasos y a sus huellas, y recibirlo aumentado y sin corregir, origen y destino todo en uno.

—¡Jorge! ¡Se me ha soltado el manillar!

—¿Qué?

—¡Se me ha soltado el manillar entero y no puedo controlar la bici!

—¡Joder! ¿Qué hacemos?

—¡Frena cuando te diga, que yo no puedo!

—¡Viene un camión de frente!

Y Alicia, que sin pensarlo un segundo ha agarrado el muñón de la bicicleta con todas sus fuerzas, va ahora girando con la mano la barra como puede, va inclinando el cuerpo conforme lo pide la dirección del camino, y orientando las frenadas de Jorge, que es el único que tiene manillar a esas alturas, y está en sus solas manos parar el tándem.

Alicia quería impresionar a Jorge, y por eso había ideado ese plan en bicicleta. Estuvo devanándose los sesos toda una mañana, durante sus horas de trabajo. Conocía las inclinaciones de Jorge, su gusto por el riesgo, y por fin se le ocurrió ese proyecto, que parecía sólido, no demasiado peligroso aunque excitante, y lo bastante atractivo como para seducirlo. Deseaba que funcionara a toda costa, que sirviera para demostrarle que ella también tenía imaginación y sabía ofrecer aventuras alternativas. Lo del globo había sido una especie de fracaso, por el final inesperado, y aunque al final se habían incluso reído de la situación, lo cierto era que sus vidas habían pendido de un hilo, o de una tela para ser más exactos. Pero ahora, rizando más el rizo, en contra de todo pronóstico, de toda ley de probabilidades de siniestros seguidos, pendían de un manillar inexistente y de un freno único para salir del atolladero sin matarse. Y mientras Alicia seguía dando órdenes a Jorge, y se agarraba al clavo ardiendo de la barra, pensaba muy deprisa, porque no quería morir ni darle gusto a la desgracia, que parecía que cuanta más felicidad acumulaba, más tenía que preservarla de las garras de la muerte. Así que Alicia no solamente procuraba su salida con bien de aquella situación descabellada y expuesta, sino que además sentía que estaba luchando a brazo partido por su amor, y se esforzaba al máximo en arrebatar a Jorge de la pérdida, de la tragedia, porque era Jorge y no ella misma lo que en aquellos instantes estaba en juego.

Por fin, con los nervios en estado de alerta máxima y muchos sudores, en acción conjunta, Alicia al mando de la nave y Jorge de grumete frenando a su pedido, lograron evitar empotrarse contra el camión. Pero el rebufo de la mole provocó que a los efectos se les desequilibrara el tándem y fueron a parar a la cuneta, rodando por

la hierba, que a duras penas amortiguó su salto. La bici quedó medio doblada y retorcida a escasos metros de sus cuerpos y ellos a un paso uno del otro, aturdidos y magullados, pero vivos. Al cabo de unos segundos, Jorge, que parecía el menos quebrantado, se levantó como pudo y se arrastró hacia Alicia, horrorizado de ver que esta apenas se movía.

—¡Alicia! ¿Estás bien? ¿Puedes moverte?

—Creo que sí.

—¿Sientes las piernas?

—Sí, Jorge, sí. Siento las piernas y lo siento todo. Siento haberte embarcado en esta historia. Todo nos sale mal. Soy un desastre, un gafe.

—No digas eso. No es verdad, y tú lo sabes.

—Necesitaba oírlo.

—Pues te lo digo y lo repito. Eres un cielo. Y no me arrepiento de nada. Al contrario, me has dado una lección, me has demostrado un valor que te hace grande a mis ojos. Sabía que podía confiar en ti, pero ahora es un hecho demostrado.

—Pues tú tampoco lo has hecho nada mal. Si no es por tus frenadas nos matamos.

—Y si no es por tu manejo de la barra lo mismo por triplicado.

—Nos hemos salvado a dúo.

—Es que hacemos buena pareja.

—El tándem es lo que tiene.

—El tándem y tu trasero.

—La muerte nos persigue.

—Es cierto… ¡y no lo consigue!

—Buen verso de colofón.

—Pues la verdad es que yo tenía otro plan, pero no quise decírtelo por no fastidiarte el tuyo.

—¿Cruzar el Amazonas a nado?

—No tan duro, pero tal vez igual de arriesgado.

—¿Y qué era si puede saberse?

—Un concurso de besos.

—¿Un concurso de qué?

—De besos.

—¿No sería de versos?

—No, no, de besos, de muac muac.

—¿De besarse en la boca?

—Sí, mujer, de besarse en la boca. Mira, así.

—¿Y con lengua?

—Con todita la lengua.

—¿Y seguro que querías ir conmigo?

—Pensé que te gustaría, aunque suene pretencioso por mi parte. Además, nada de alturas, golpes ni caídas. Con los pies en la tierra, y aunque bueno, eso sí, las bocas en el cielo.

—¿Y en qué consiste exactamente? Nunca he ido a ninguno.

—En realidad es bastante desagradable. Tendríamos que besarnos todo el tiempo e intentar aguantar más que el resto de las parejas.

—¿Y de premio?

—Un viaje para dos a Lanzarote.

—No parece un mal plan después de todo. Aunque besarte no es gran cosa, parece ofrecer alguna compensación como contrapartida. El premio, hacer amigos, beberse alguna copa.

—Como no te la inyecten en vena…

—¿Solo beber tu boca?

—Eso me temo.

—Pues vaya plan, Jorge.

—Lo ves como era mejor el tándem. Nos hemos descalabrado, que es lo nuestro, y encima ha sido emocionante. Sin besos en la boca, ni contacto carnal ni alcohol en vena.

—Mirado así tienes razón. Y además a mí tus besos me dan alergia, ya lo sabes.

—Porque no lo practicamos demasiado. Quizá si insistes mucho podrías llegar a superarlo.

—¿Tú crees?

—He oído que da resultado. No sé en tu caso, que parece más grave.

—No estoy muy convencida.

—¿Quieres que vayamos, solo por probar, claro? Todavía estamos a tiempo. Solo por curarte la alergia, ¿eh?, no vayas a creer lo que no es.

—¿Con estas pintas?

—Estás monísima, Alicia. Con el pelo cuajado de hierbas primaverales y el pantalón vaquero lleno de rajas, perfectamente a

la moda. Pareces una *hippy* en toda regla.

—¿Dónde es?

—En la terraza ajardinada de un local de copas de planta baja, no te alteres.

—Parece que me estoy animando.

—Creo que hasta ponen una ambulancia fuera, por si algún concursante tiene problemas. Pérdidas del sentido, infartos, gangrena de la lengua.

—¿No decías que no había riesgo?

—Por supuesto que lo hay. ¿Me imaginas proponiéndote algo inofensivo?

—En eso tienes razón. No había caído.

—Pero tienen ambulancia, ya te digo.

—Eso es perfecto, sobre todo para nosotros.

—Exacto, nosotros la necesitamos más que nadie.

—Porque sabes que habrá problemas, inexorablemente.

—Lo sé, Alicia. Es nuestro sino.

—En fin, pues vamos a matarnos a besos.

—Será una muerte exquisita. Vamos.

—Podemos coger un taxi.

—¿Te atreves?

—Andando no llegamos ni mañana.

—Otro riesgo añadido.

—¿Tienes seguro de vida?

—El lunes lo contrato.

—Llámame y lo hacemos juntos.

—El vendedor va a dar palmas.

—Pues nosotros bailamos.

—Si llegamos al lunes.

—¡Taxi! ¡Taxi!

A las tres de la tarde por fin ya están preparadas Patricia y Sofía para subirse a la avioneta, cargadas con el equipo de saltar. No han comido más que un bocadillo y un refresco a media mañana, pero con tanta excitación sus tripas no dan para más fiestas gastronómicas al mediodía, y han decidido, por consejo de la propia Patricia, que es mejor no recargar demasiado el estómago, en bien

del salto que les espera.

Una vez en el interior de la cabina de pasajeros, se sitúan estratégicamente, para equilibrar el peso del avión, y se ponen los cinturones de seguridad, con toda la parafernalia y ceremonial con que los paracaidistas ejecutan cada uno de sus movimientos. Son las únicas que van a bordo, y Sofía está algo nerviosa, porque le da cierto miedo eso de tirarse al vacío, aunque el hecho de hacerlo agarrada a Patricia la calma en gran medida. Siente tanta confianza en su compañera que se atreve incluso a bromear sobre el asunto, mientras el bimotor despega y se va elevando a gran velocidad.

—¿Tú sabes lo que vas a hacer, Patricia? Mira que estoy muy gorda y en un momento dado igual me sueltas porque no puedes conmigo.

—Claro, eso ya lo tenía pensado. Y por eso llevas tu propio equipo de emergencia, porque en realidad es lo que voy a hacer, soltarte en pleno descenso para que aprendas lo que es la vida.

—Si sobrevivo te mato.

—Pues eso, sobrevive y búscame, que te estaré esperando para que puedas matarme, de risa, claro.

—Eres malvada, Patricia. Una mujer sin sentimientos.

—Soy peor que eso. Soy una investigadora del ser humano y este es mi laboratorio. Y tú eres mi nueva cobaya.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que ser tu conejilla de Indias me excita.

—Te aseguro que eres la cobaya más disciplinada que he tenido nunca.

—¿Solo eso?

—Y mi favorita, por supuesto.

—Eso ya está mejor. Con frases y estímulos como estos me tiro de donde haga falta. Hasta de la cima de las torres gemelas de Nueva York.

—Te tomo la palabra, porque ese es justamente el próximo reto que te espera.

—Si sobrevivo a este.

—Yo haré que sobrevivas, querida mía.

Y Sofía se enternece con ese «querida mía» tan sentido, tan dejado caer como si nada, pero tan lleno de significado profundo, totalmente removida en sus afectos, como si en esas dos solitarias

palabras se encerrara de golpe todo el oro del mundo, insuflado de pronto el espíritu de la aventura, el coraje del atrevimiento en dos palabras, conforme el avión se va elevando por encima del paisaje en busca del lugar adecuado para la caída.

Cuando llegan al punto justo, a unos 1500 metros de altura, la avioneta planea haciendo un gran círculo y allá abajo se ven extensos prados verdes, algún árbol perdido, y un lago a cierta distancia. Hace calor en el interior de ese traje de astronauta, pero fresco en el rostro, batido por el viento, y Patricia da órdenes escuetas, manipulando el equipo, orientando a Sofía por medio de gestos y alguna breve instrucción a gritos, porque con el aire y el ruido del motor apenas sí pueden comunicarse si no es a voces. Sofía ha dejado de pensar en si será capaz de entregarse a tal riesgo, porque ya está inmersa en la actividad frenética de vigilarse cada movimiento con el rigor de un halcón oteando el cielo, y no puede perder más energía en sopesar pros y contras que ya están decididamente asumidos, apartados de su mente por acción del destino y la tensión del momento. Sentadas en la puerta de la cabina, que está abierta al abismo, ultiman sus preparativos y Patricia la interroga con la mirada. Entonces ella asiente dando por hecho que ya no hay más remedio que tirarse por ese agujero al vacío. Mediante el dedo pulgar enhiesto y hacia arriba comienza la cuenta atrás de la detective, uno, el dedo índice dos, el dedo anular tres, empuja a Sofía e inmediatamente sale ella misma disparada y empiezan a caer a dúo hacia el infinito de abajo, tensando sus cuerpos, colocándose de cara al viento, con los brazos y piernas abiertos y extendidos formando una cruz, con la cabeza y el tronco arqueados hacia atrás. En un principio caen hacia delante en la dirección de vuelo, pero poco a poco van modificando su postura para colocarse paulatinamente paralelas y cara a tierra, y entonces pueden ver ya con toda claridad los campos al final del camino, a lo lejos, aumentando de tamaño por segundos, mientras la caída es un hecho, que a Sofía espanta y magnetiza simultáneamente, y la sensación es tan intensa y tan vertiginosa que el corazón le revienta por dentro de la piel y se le sale por la boca, que lleva sonriente en todo momento, como una marioneta, porque así debe ser, para evitar que las mejillas se inflen y deformen por la presión del descenso. Casi no puede respirar de puro hechizo del vuelo, porque

está volando, Sofía está volando por primera vez en su vida, y esa experiencia es total, sin duda. Siente su cuerpo tensado en el interior del traje, que va hinchado como un globo que le golpea los miembros con la tela ondeando al viento, como si estuviera en alta mar con las velas desplegadas a todo trapo, y ella sonríe, sonríe y sonríe, y Patricia también sonríe. Pero esa sonrisa que en principio era un consejo de manual, ahora es una sonrisa sincera, porque no puede evitar sentirse feliz, extasiada, completa, a aquella altura, porque ahora mismo es algo más que una mancha en mitad del cielo, es un ave que surca el firmamento en toda su dimensión, probando una libertad desconocida. Es la liberación de todo lastre terreno, sin más equipaje que una mochila a la espalda y un arnés sujetando su torso, cruzando su pecho, su cintura y sus piernas, y la contemplación del mundo fuera de él, ajena a todo sufrimiento, es la gloria de sentirse sublime mirando hacia abajo, cogiendo de la mano a Patricia y sintiendo su cuerpo pegado a ella.

Y así van bajando, Sofía agarrada por un arnés a Patricia, ese arnés que es como el cordón umbilical que alimenta su valor y la sostiene en el aire, ese arnés que la une a la vida en esos instantes, durante un viaje tan breve pero tan largo a un tiempo, ese arnés que la hace sentir tan cercana y agradecida a su amiga, y se siente además su colega, a su misma altura, a la par, porque ha sido capaz de seguirla hasta allí, hasta más allá del fin del mundo, y confiada, entregada a sus brazos fuertes y seguros, a sus brazos abiertos ahora mismo, estirados a tope como abrazando toda la tierra, celebrando la existencia, lejos de la confusión de abajo. Y la caída continúa vertiginosa, pero también a cámara lenta, mientras el vacío deja de ser vacío bajo sus pies porque Sofía va de la mano de Patricia, andando sobre el cielo como en mitad de un bello milagro.

Y en un momento dado Patricia vigila ya con la mirada la anilla de apertura, y luego la toca con la mano derecha, y al mismo tiempo sitúa la mano izquierda sobre su cabeza con la palma abierta y contra el viento, y ya por fin, que parece una eternidad a Sofía, pero que en cierto modo le da pena, porque se acaba el vuelo a pelo, el vuelo de verdad, sin trampa ni cartón, el vuelo alegre y libre, gozoso y navegante, Patricia tira fuertemente de la anilla y notan el ruido que hace el equipo al salir, y a la vez que luchan por recuperar la posición de caída arqueando de nuevo el cuerpo y

extendiendo piernas y brazos, Patricia levanta la vista por encima del hombro y verifica que la campana ha iniciado el despliegue, y entonces comienza el conteo en voz alta, uno cien, dos cien, tres cien, y de nuevo mira por encima del hombro y comprueba que la campana se ha abierto en correctas condiciones, y observa de paso el pilotillo de estabilización, que es como la cría del paracaídas, piando siempre junto a la campana, para luego agarrar los controles del artilugio y ponerse con el viento de costado, a una velocidad intermedia, mientras se acomodan a la nueva situación y al nuevo ángulo del escenario, pasando de volar en horizontal y boca abajo, a ir sentadas en la especie de tacataca que tejen los arneses alrededor de sus cuerpos, deslizándose en picado pero más lentamente, sujetas ya por la campana. Y es entonces cuando Patricia inicia su juego con los mandos y pilota a placer el paracaídas, haciendo demostraciones a Sofía de su habilidad para manejar el aparato. Sube los controles y se pone con el viento de cola, a la velocidad máxima, y Sofía se estremece al sentir el descenso más imperioso de pronto, pero claudica su temor cuando mira a Patricia, dominando la técnica como una reina, y comprueba que su amiga sabe lo que hace, cuando baja uno de los controles hasta el nivel del pecho y gira la campana hacia ese lado, de tal modo que esta sufre un alabeo considerable y se sitúa casi horizontalmente con una celeridad inusitada, cayendo de forma súbita hacia los campos cada vez más próximos, agrandados a golpes de un descenso imparable.

Ya pueden ver con claridad los árboles diseminados por toda la extensión de los terrenos verdes y el agua empantanada de un lago a corta distancia del punto en que se encuentran. Patricia tira de ambos controles a la vez y reduce un poco la velocidad, para poder ir situándose más cerca del lugar que tiene previsto para el aterrizaje. Pone la campana con el viento de costado y van descendiendo entonces con más lentitud. Sofía se serena interiormente y disfruta de los últimos momentos de descenso, con pena infinita por ese vuelo que se le acaba y esperando alerta el instante en que toquen tierra, a la vez que Patricia se coloca con el viento de cara y enfila el paracaídas en dirección hacia el lago mientras señala con una mano a la orilla, indicando a Sofía que va a ser allí mismo donde se han de posar. Y así, bajando cada vez más

despacio, ralentizando el descenso con habilidad de experta en la materia, Patricia dirige la maniobra de llegada al suelo.

En la orilla del lago hay una zona de arena que es hacia donde se va acercando el aparato directamente y sin pausa, bajo un control absoluto, y las dos se preparan para el contacto final, con los pies y las rodillas muy juntos, las rodillas flexionadas ligeramente, los músculos tensos y las plantas de los pies paralelos al suelo, la espalda levemente curvada y los hombros algo metidos hacia adentro para amortiguar el impacto. Pero el cálculo de Patricia parece sobrepasado, porque la arena se acaba de improviso y van a aterrizar con los pies en el agua de la orilla. Es el principio del lago, que es poco profundo, y dan contra el fondo, pero, incapaces de frenar su impulso, comienzan a rodar por el agua, en una perfecta secuencia aprendida: primero apoyan el tobillo de un lado, luego la cara exterior de la pierna, el muslo y el glúteo del mismo lado, a continuación la espalda y finalmente el hombro del lado contrario. Enredadas la una en la otra, entre chapoteos, tratan de levantarse con toda la rapidez que les permite la impedimenta y, siempre dentro del agua, se colocan a sotavento de la campana para evitar ser arrastradas por ella. Pero el paracaídas ha caído ya como una flor marchita sobre el lago y, conforme se moja, se va desinflando lentamente, mientras ellas se suben las gafas sobre la frente y se miran con la fascinación propia de ese instante mágico, de rodillas sobre el fondo, con el agua por encima de la cintura.

Entonces Sofía, que lleva todavía el corazón entre los dientes, porque se le ha subido a la boca y lo ha ido mordiendo durante todo el camino para que no se le saliera por los labios, se lo traga de un golpe bajándolo a su sitio todo en un gesto, y comienza entonces a reír como si fuera una niña que al final del tobogán hubiese dado con el culo en el suelo y rebotara en el barro recién mojado por la lluvia. Y como esa misma niña feliz, a la que es fácil imaginar dando patadas con sus botas de agua a los charcos del parque, inicia Sofía un chapoteo frenético y salpica a Patricia, jugando ahora a ser niña en la playa. Y con las manos hace olas de mar en la superficie y baña a su amiga por entero y se le acerca amenazadoramente y la agarra por los hombros y le hace una ahogadilla sin presionar en exceso, dulcemente, porque es un juego y Patricia se deja también como una niña, como una niña que ha encontrado por fin, en mitad

del desierto, un compañero de juegos a su medida, justo a las puertas de la soledad, cuando parecía que no quedaba ya más ilusión en la chistera de su magia.

Eufórica Sofía por haber culminado con éxito su experimento aéreo, enardecida Patricia por esa manifestación de felicidad de la otra y removida hasta el tuétano por sus propios deseos larvados, engolfadas ambas en su excitación, se revuelcan una y otra vez por el agua, que no les cubre en exceso, y al darse cuenta de que están caladas hasta los huesos y de que el mono les pesa horrores por la humedad acumulada, se ayudan mutuamente a quitarse la ropa, bajándose las cremalleras al son de un *sexy* tarareado y despojándose de toda prenda al final del proceso. Ya no hay pudor de pronto entre ellas. Y abandonada la ropa sobre la orilla, completamente desnudas, expuestas al pleno sol del despuntar de esa tarde de finales de junio, solas en medio del paisaje, se vuelven al agua de la mano, como en un rito de iniciación que solo a ellas concierne, celebrando el momento con la intensidad que embarga hasta el último átomo de sus cuerpos.

De nuevo chapotean, pero con más libertad ahora, aligeradas de su carga, y se salpican juguetonas. Nadan rabiosamente, echando carreras. Se acercan a la orilla y se rebozan con la arena toda la piel. De nuevo se vuelven al agua para despojarse de ese traje de piedrecitas pegadas, de ese mosaico de teselas de arena que les cubre la desnudez. Y en ese proceso de despiojado arenoso también se dan socorro recíproco, quitándose los granitos de la espalda y del cabello, lugares inaccesibles para cada una misma, pero adonde llega la otra con extrema facilidad.

La diversión va de este modo *in crescendo*, conforme bañan su complicidad y remojan su cariño, mientras navegan su amistad por el lago, vistiéndose y desvistiéndose en la orilla, montando un extravagante pase de modelos a base de grava fina, porque han descubierto que es una gozada rebozarse de arena caliente para luego írsela a quitar mediante mutuas friegas en el agua. Y paulatinamente, con la naturalidad con que va bajando una pelota la suave pendiente de una calle en cuesta, se van acariciando el cuerpo en toda su extensión, allí donde la arena hace sus mayores estragos, animadas por el vínculo que ha germinado entre ellas como una flor extraña, atrevida y apetitosa a la vez. Embebidas en

su estado de fascinación, sin conciencia del tiempo que pasa, se soban sonrientes en el agua, mirándose a los ojos, enganchadas en un pozo profundo e hipnótico de pupilas dilatadas y pestañas húmedas que las lleva a otro pozo más oscuro y más hondo todavía, el de sus bocas abiertas y jadeantes, tentadoras de pura palpitación, el pozo de sus bocas atrayéndose como dos imanes, aproximándose maquinales la una a la otra, accionadas de pronto por el resorte involuntario de la química de la piel.

A esa primigenia e instintiva fusión de sus bocas le sigue en unidad de acto la entera exploración de las lenguas, dos órganos que parecen hablar el mismo idioma. Porque cuando se entrega la boca se da a conocer el propio lenguaje del alma a base de hablar en silencio mediante la palabra no dicha pero la palabra besada.

A esa sesión de besos virginales entre Sofía y Patricia, de besos como rosas comestibles, de pétalos de terciopelo amoratado por el frío de tantas aguas vespertinas, le sigue entonces la seducción de las pieles temblorosas, de las manos arrugadas, de piernas y brazos enlazados ya sobre la arena buscando el refugio del sol y el calor de la otra, dándose fuego al espasmo helado y a la tiritona con el aliento de las caricias urgentes, que vuelan, ahora en tierra, y se posan en torsos, pechos y nalgas de modo artístico, con elegante estilo, tiernamente enamoradas del abismo, realizando acróbatas evoluciones sobre el caballo de la pasión sobrevenida.

Ese campo de caricias abonado de espesa niebla mental, exacerbados los sentidos del tacto, el gusto, el olfato, la vista y el oído, a trasmano toda intención de análisis racional del instante, lo viene a complementar acto seguido el vagabundeo irresistible de las manos curiosas, atravesando praderas suaves para llegar a puertos más excitantes, investigando recodos expugnables, coronando cimas de lujuria experimental, cuatro manos desatadas de sus frenos habituales. Dos, expertas en lides semejantes; y otras dos aficionadas, torpes y sabias a un tiempo, que descubren el poder de la intuición cuando el desconocimiento práctico es la única arma para el asalto. Y poco a poco se inicia el frutal despiece de los miembros amados, a base de calambres de placer en zonas críticas, proyectada su onda expansiva por todo el cuerpo. A base de las lenguas de nuevo, trasvasado el hechizo de su idioma de la boca a los pezones, que se derriten con la visita de ese vocabulario de

saliva caliente vertido en su perímetro, con el balbuceo rítmico de la pasión bucal, con el lenguaraz trabajo en círculos sobre las areolas, erizadas de placentero estremecimiento cutáneo. Y ese delirio verborreico de las lenguas en celo va descendiendo por el vientre abajo y se ancla unos segundos en el ombligo, volcando la espuma en su cráter, salivando el orificio y rebañando sus cárcavas hasta el último pliegue geográfico, con fruición salvaje, como queriendo perforar la piel y llegar muy adentro, a las vísceras interiores, a las verdaderas dueñas de los afectos. Pero en esa vuelta del camino, el deseo no se para más de lo necesario, porque el viaje continúa y queda una estación más para llegar al final del trayecto.

A continuación, los pubis de las ninfas del lago, mojados de agua dulce y jugos propios, se abren con espontaneidad a los mimos de manos y labios ajenos, siendo *otra* y no *otro* quien se inmiscuye en territorio prohibido, siendo una mujer la que recorre la entrepierna de otra mujer en aquel paraje ameno y solitario, lugar de encuentro de espejos, puestos uno frente al otro, espejos del mismo sexo que se mueven y se agitan para llegar al orgasmo simultáneo de la tarde.

Y la experiencia para Patricia es punto de comparación con otras semejantes, y ha confirmado su intuición de que iba a ser el polvo de su vida, nada que ver con lo anteriormente probado, algo para recordar hasta el final de sus días, un tesoro para guardar en el cajón de sus recuerdos eróticos, un trofeo de la memoria. Mientras para Sofía es un nuevo modo de enfocar el sexo, no desde los contrarios sino desde la perfecta simetría. Y está agotada por todo el exceso a que ha sometido su cuerpo durante una sola jornada de su existencia, y aturdida después del placer, de ese placer distinto, que es como hacer el amor consigo misma, pues ha encontrado en la otra sus mismos pliegues corporales, su mismo ritmo y sus mismos artificios para la seducción. Ha sido como hacer el amor a favor de la corriente, desarmada, completamente femenina, porque no solo ella era mujer en ese encuentro sexual sino que también lo era su acompañante. Dos mujeres en busca de la sensualidad de sí mismas. Dos mujeres fusionadas en una sola, investigando su propio cuerpo, haciéndose la autopsia del deseo en las carnes de la otra.

Y ha sido para Sofía un cursillo acelerado de caída libre en los brazos de su propia identidad, porque ha aprendido en un solo día,

en un solo encuentro con otra mujer, las claves de su verdadero anhelo. Ese anhelo nunca satisfecho de la mano del hombre. Ese anhelo de fusión infinita, de comprensión entera que tanto su cuerpo como su mente piden a gritos, coincidiendo ambos en una idéntica demanda, armonizados de pronto en una análoga necesidad. Y es esa ligereza, esa lánguida dejadez, esa falta de esfuerzo y resistencia, esa libertad suma, esa agradable distensión, ese compromiso de las pieles que obtiene su gloria y su reconocimiento exacto en el otro, lo que jamás ha probado de la mano de un hombre.

Todas esas sensaciones que está viviendo, y que habrán de dejar un rastro todavía desconocido en el cuaderno de su experiencia, transportan a Sofía inevitablemente al análisis de su mundo interior, ahora que va de camino a casa, sentada junto a Patricia en el coche, inmersa en un silencio agridulce lleno de incógnitas y miedos que aún están en barbecho, que aún quedan por definir.

Porque en primer lugar no sabe siquiera cómo ha llegado allí, qué fuerzas desconocidas la han llevado por ese sendero nunca transitado antes y jamás programado o imaginado. Desde sus parámetros vitales ese lugar iba a quedar virgen a sus ojos, y ahora se ve metida hasta el fondo en un espeso enclave de arenas movedizas, donde no hace pie pero donde tampoco acaba de perderse del todo. Si con Ramón se sentía sin suelo bajo ella, como bailando en el vacío, pataleando en el aire sin sujeción alguna, con Patricia se siente ahora enfangada hasta la médula, sujeta con alfileres, desconocida en parte. Ha sido como abrir una puerta que siempre estuvo ahí, como una opción añadida, como una ampliación más del terreno que, en un principio, la vida le había concedido para desenvolverse. Esa puerta que muchos dejan cerrada hasta la muerte. Esa puerta que tantos otros sellan con soplete y macizan de hierro. Esa puerta en la que otros muchos nunca se han fijado y que les pasa desapercibida con toda naturalidad, sin mayores conflictos, carente de importancia alguna. Esa puerta que muchos abren nada más verla, con prisa para ver qué hay dentro, para ampliar el horizonte conocido, y que una vez al otro lado ya no quieren, o no saben, o no intentan dar marcha atrás. Esa puerta que siempre estuvo ahí y que Sofía ha abierto sin darse cuenta, esa puerta detrás de la cual existe otra dimensión

posible y que ella ahora conoce a partir de esa tarde de finales de junio. Y esa puerta que para muchos es el umbral de la perdición, de lo prohibido, le da vueltas en la cabeza como una amenaza, o una maldición, y a la vez como una tentación que, tras haber sucumbido a ella, se le revelara más verídicamente, con mayor intensidad y relieve. Porque lo cierto es que ha sido agradable, hermoso, único, encontrar a Patricia detrás de la puerta, con su cuerpo nervudo y musculoso, con su pelo corto y sus vivos ojos de ardilla, con su estilo sabiamente extravagante, con su catálogo de ideas y su manual de vida, con su vivir tenso y arriesgado, con su grito de guerra a la rutina, con su coche siempre acelerado y con su conversación nada inocente.

Y en el límite de esa puerta puede ver a Patricia apoyada en el dintel, con sonrisa chulesca, en actitud perversamente irónica, tal como es ella, con esa maldad encantadora de quien hace de su discurso una cuestión de estética que jamás va más allá de las palabras, porque una cosa es el arte de decir, y otra muy distinta es la consumación de los actos, la condición estrictamente moral de su persona. Pues Patricia es una sentimental modélica, en su interior, y eso Sofía lo percibe con toda claridad, por detrás de la máscara de humor negro y sarcasmo con que la detective sale diariamente a fajarse con la vida. En ese sentido es igualita a Ramón, lo cual la llena de perplejidad y la invita a reflexionar sobre sus gustos personales a la hora de buscar con quien juntarse. Parece que hay un patrón coincidente en sus parejas. Bueno, no, porque Jorge no es así, Jorge no se parece a esos dos. Jorge es como soñado, es la otra cara de la moneda. Jorge es transparente, es sensible y dulce por fuera, es, tal vez es demasiado blando para ella, pero es una auténtica monada. En el fondo Jorge es casi una idea, es un producto de su mente, porque es lo que ella piensa de lo que debe ser el hombre perfecto, pero a la larga Sofía siempre acaba tan alejada de ese ideal que en la práctica escoge lo contrario, y por eso se siente tan desgraciada, tan desarraigada por dentro, tan traicionada a sí misma. Y no es traición al sentimiento real, sino al modelo prefabricado. Con Jorge ha probado a ser lo que ella había diseñado para sí misma desde que era una niña, desde que se forjó la medida de sus sueños a base de patrones estereotipados. Jorge es la fantasía femenina que Sofía lleva en el corazón, y Ramón y

Patricia son lo que siempre ha acabado encontrando en su búsqueda desesperada de afecto y compañía.

Pero ahora se trata de Patricia, y no de Ramón o Jorge. Es Patricia quien se encuentra en ese instante en el punto de mira de Sofía. Es Patricia quien está en el dintel de la puerta maldita haciendo señas y requiebros, animándola sin duda a instalarse al otro lado. Sofía se ha dado cuenta de que Patricia no solo no es una visitante fugaz de aquel lugar, sino que vive instalada allí ni se sabe desde cuándo. Y lo extraño es que Sofía no lo hubiera percibido antes de su encuentro en el lago. Es cierto que Patricia, ahora que la mira de reojo bajo la parca luz que emana del salpicadero del coche, conduciendo a través de las sombras nocturnas de la carretera, a las doce y media de la noche que ya son, tiene un aire ciertamente algo masculino, quizá en sus ademanes o en su modo de vestir, o incluso en las formas de su cuerpo, pero a Sofía no le había dado la sensación en ningún momento de estarse enrollando con un hombre, aun cuando Patricia se hubiera comportado con más soltura que ella en el desarrollo de todo su encuentro en el lago. Es como si se hubiese hecho masculina a medida, o algo parecido. Porque en opinión de Sofía, Patricia exhalaba cierto perfume inconfundible de mujer por todos sus poros, aunque se hubiera disfrazado de coronel de infantería con bigote y sable incluidos. Y algo le decía a Sofía que Patricia vestía el disfraz de hombre como fruto de una decisión tomada en un momento concreto de su vida, una decisión sopesada y analizada con toda la conciencia de un pacto de sangre consigo misma. Un pacto llevado hasta sus últimas consecuencias, un pacto que ya no iba a traicionar jamás porque se hallaba inscrito en una órbita inexorable de no retorno.

Y Sofía pensaba a cien por hora, se devanaba los sesos con toda aquella información adicional, con toda aquella intensa experiencia de esa tarde, para poder acomodarla en el interior de sus pensamientos, para asimilarla de la mejor manera posible, para catalogarla y comprenderla y archivarla donde buenamente pudieran los resortes y recursos de su entendimiento. Pero sus ilaciones mentales se veían interrumpidas de golpe por vaharadas de sentimientos difusos y antagonistas, absolutamente fuera de control, y se dejaba llevar entonces por la emoción recién vivida,

que la enfrentaba a la lógica de su cada vez más resquebrajado mundo y la ponía literalmente del revés y boca abajo, con el estómago en la cabeza, con sus antiguas ideas en pugna con los nuevos razonamientos al hilo de lo ocurrido.

Porque su parcela de seguridad sobre determinados asuntos vitales se veía invadida ahora por la locura más delirante. Le ponía en evidencia además que la frontera de la inclinación sexual era tan débil y difusa como cruzar una puerta y pasar de una habitación a otra. O quizá era otra cosa. Quizá no era una cuestión de decidir nada, sino de dejarse llevar por los acontecimientos, por las pulsiones del instante. Porque la posibilidad estaba ahí, tan a mano que daba terror y angustia, tan a mano que, a la par, producía fascinación y embrujo. Y esa era la trampa más halagüeña para Sofía, que vivía permanentemente subida al carro de la novedad, hastiada de lo viejo y de lo consabido de una manera casi enfermiza. Es que Sofía era incapaz de lidiar con el material común y corriente. Le había declarado la guerra a la costumbre con la intensidad del fanatismo más radical. Porque no sabía qué hacer con el hábito. No sabía generar procedimientos que la ayudaran a navegar con seguridad el mar de la rutina y todo su ingenio lo invertía y derrochaba en salir por patas de lo habitualmente frecuentado para entregarse a lo inédito, a cualquier flamante y original proyecto o vivencia, por muy estrambótica que pareciera, tratando de ampliar el abanico de sus posibilidades hasta la última vuelta de tuerca. Y esa constante y frenética apuesta por la variedad era la única materia manejable para Sofía, que siempre investigaba un camino distinto a la hora de combatir el aburrimiento de lo archiconocido, y que siempre intentaba solventar sus conflictos y problemas huyendo hacia delante, buscando un puerto no visitado antes donde atracar su caprichoso y mudable barco.

Y en la medida en que Patricia representaba una opción diferente a la habitual, Sofía estaba dispuesta a tomar partido por ella, porque la atracción era irresistible, y en la persona de la detective se daban cita, además, el hechizo de la transgresión y el sabor de lo vedado.

—Me he tirado en paracaídas y he aterrizado en mitad de un

lago.

—Ya. Y yo soy el hada madrina de Cenicienta.

—Puede que no te lo creas, pero lo que te digo es cierto, Ramón.

—Claro, y por eso llegas a la una y media de la madrugada con el pelo mojado, roja como una gamba y vestida con esas ropas que no son tuyas.

—Pues sí, precisamente por eso. Tú lo has dicho.

—Y yo voy y me lo creo.

—Yo me creí lo de tu globo.

—Es que lo del globo fue cierto.

—Y lo de mi paracaídas también.

—Vale, estamos empatados, Sofía.

Julio

Patricia mete un CD en el equipo del coche, selecciona una canción y sube el volumen. Una voz rasgada y melodiosa, que se cuela por el oído directamente al corazón, que repercute en la nostalgia y vuelve melancólica la ciudad a través de la ventanilla, impregna el aire y todo lo que toca, especialmente el aire que respira Sofía, sentada en el asiento de al lado.

—Lo he grabado para ti.

—Es precioso.

—Es Ute Lemper. ¿La conoces?

—No, pero es una maravilla. Tiene una voz increíble.

—Y también hay canciones de Marlene Dietricht, Nina Simone, Barbara, Mina y otras. Son mis cantantes favoritas.

—Me hace mucha ilusión —afirma Sofía emocionada—. Lo oiré entero en casa.

—¿Pensando en mí?

—Pensando en ti.

—Bueno, dejémonos de sentimentalismos y vamos a ver qué hacemos hoy.

—Me dijiste que me llevarías contigo a seguir a una de tus víctimas.

—Sí, y eso es lo que estamos haciendo ahora mismo.

—¿Sí? ¿De verdad?

—¿Ves ese coche rojo que va delante de la furgoneta?

—Sí, el Alfa Romeo.

—Efectivamente. Pues lo conduce la mujer de uno de mis clientes.

—¿Adónde crees que se dirige?

—No estoy segura, pero es posible que haya quedado con su amante.

—¿Es la primera vez que la sigues?

—No, ya la he seguido en un par de ocasiones, pero las dos veces quedó con él en el típico *pub* oscuro, donde se pusieron a hacer manitas y se dieron unos cuantos besos de tornillo. Nada más.

—Mujer, unos besos de ese calibre ya son la prueba de que ahí hay gato encerrado.

—Sí, pero hacer fotografías en un *pub* es de una dificultad extrema, y además no es suficiente. Este quiere que los pille en la cama, en plena faena.

—Pues eso sí que me parece todavía más complicado.

—No te creas. A veces es más sencillo. Todo depende de donde se citen.

—Mira, está aparcando.

—Sí. Vamos a quedarnos aquí en doble fila.

—Ahora llega otro coche y se pone a su altura.

—Es él.

—Ella se está subiendo al otro coche.

—Perfecto. Eso es que van a alguna parte juntos. A ver si tenemos suerte y han quedado para algo más que besuquearse como adolescentes en un bar.

—Esto es horrible, Patricia. Tienes un trabajo odioso.

—Pero Sofía, yo ya te expliqué de qué iba esto.

—Sí, pero no es lo mismo saberlo en teoría que comprobarlo en la práctica.

—Piensa que igual estamos ayudando a un hombre a liberarse de una relación que ya está acabada.

—Hay que ver cómo le das la vuelta a las cosas.

—Pero es que lo digo es cierto.

—Ya, pero está claro que ella no quiere acabar su relación, porque si no lo habría hecho.

—Estás hablando de tu caso, Sofía. Y no todos son iguales.

—Me parece que todos los casos tienen en común más de lo que pudiera parecer a primera vista. De todas formas los hombres son unos cobardes. Buscan una excusa para solucionar sus problemas sin dar la cara.

—Cada uno busca la manera que está a su alcance. Y yo soy un mero instrumento. En ese sentido no me afecta a la conciencia —explica Patricia mientras arranca de nuevo—. Vuelve a ponerte el

cinturón, que nos vamos.

—Imagina que esa mujer se está poniendo a prueba a sí misma. Imagina que nunca le ha puesto cuernos a su marido, pero que él ya no la desea como antes y que su acompañante le está dando lo que hace tiempo que no tiene. Imagina que se siente deseada de nuevo y que es una aventura sin más consecuencias.

—Ya, pero imagina que ese marido es en realidad un hombre enamorado de su esposa, y que ella ya no hace el amor con él, y que lo rechaza cada vez que se le acerca, y que encima se va con otros y hace el amor con otros, mientras su marido la desea sin resultado. ¿Tiene o no tiene derecho a saber la verdad, a poner fin a ese estado de cosas y empezar una nueva vida?

—Depende.

—¿De qué?

—De los motivos de ella.

—¿Qué motivos puede tener ella que la disculpen? —pregunta Patricia interesada—. Y además, suponiendo que tuviera una excusa, ¿tendría todavía remedio esa situación?

—Puede que ella no esté segura de lo que hace. Puede que no sepa si ama a su marido y quiera comprobarlo.

—¿Se puede saber si quieres a alguien en brazos de otro?

—Ya sé que suena un poco cínico, pero a veces es el único camino.

—No, si ya he oído eso antes, Sofía. Y no niego que sea posible. Pero siempre he pensado que es un último cartucho poco eficaz.

—¿Por qué?

—Porque en el fondo es un autoengaño. Es decir, el método de comparación en el que se basa en realidad no vale.

—Te puede enseñar a valorar lo que tienes.

—Pero es falso. Porque si el amante no cumple las expectativas, esa no es una razón objetiva para volver con el oficial.

—Visto así es cierto. Pero el hecho es que vuelves.

—No, claro, el resultado es la vuelta con las orejas gachas al nido conyugal. Pero si lo analizas en profundidad, es algo muy frustrante. Es como sentir que no tienes sitio en ninguna parte excepto con el mismo de siempre. Y aunque vuelvas al hogar convencida de que ese que habita allí contigo es verdaderamente el hombre de tu vida, los problemas de base siguen sin ser

solventados. En realidad es una especie de círculo vicioso mediante el cual vuelves siempre al punto de partida. Primero huyes de tu marido porque no te da lo que necesitas, y buscas a otro hombre para rellenar tus huecos, pero cuando ese nuevo concursante tampoco te da lo que buscas, se repite otra vez la historia, pues huyes de nuevo, esta vez del amante, para retroceder a las fauces de tu antigua carencia.

—Tal y como lo pintas no existe solución alguna.

—La solución es dura y exige mucho esfuerzo. Pasa por contentarse, adaptarse y negociar, pasa por trabajarse a la pareja. O en su defecto, largarse de casa y volver a empezar.

—O quedarse con el amante.

—También. Pero ese remedio a veces es peor. Porque al sustituto se le exige mucho más que al original, aunque parezca una contradicción. Y en ocasiones se le hace pagar en exceso el precio de haber tenido que abandonar al anterior. Uno se empeña en convencerse a sí mismo de que en esa segunda oportunidad todo tiene que salir bien a toda costa, y con esos antecedentes, imbuida de ese estrés de exigencia, la relación se convierte en artificial, e inducida desde un comienzo. A la larga, las propias incapacidades obligan a repetir los mismos errores y se vuelven a afrontar, calcadas, semejantes situaciones de tensión, fracaso y desencanto. Porque el problema lo lleva uno dentro, y no los otros. Y eso es lo que nos negamos a aceptar.

—Vaya, Patricia. Odio oírte hablar así, porque me siento una inútil y además no le puedo echar la culpa a nadie.

—Tú no eres una inútil, Sofía. Eres encantadora, y además preciosa.

—Gracias, bonita. Contigo me siento tan bien que a veces me da miedo.

—Entiendo tu miedo. A mí me pasaba antes. Y todavía hoy siento miedo, pero diferente al tuyo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Es miedo de sentir lo que siento.

—Ese es justo mi miedo.

—Creo que no. Creo que sientes miedo de no saber quién eres y qué estás haciendo aquí conmigo.

—Eso también. Es cierto.

—Pues déjate ir. No pienses y deja que pase lo que tenga que pasar.

—Mira, están girando en esa curva.

—Sí. Se dirigen al campo. Me parece que ya sé a dónde van. Es el picadero de la ciudad.

Y Patricia continúa siguiéndolos por una carretera secundaria durante varios kilómetros hasta que por fin se internan en una zona arbolada y se meten por una vía de tierra. La detective entonces aminora la velocidad y deja una mayor distancia entre los coches, porque por aquellos parajes se les haría raro a los amantes ver que llevan pegado al trasero otro vehículo. A lo lejos vislumbra Patricia con sus prismáticos que aquellos a los que persigue han llegado a su destino, porque han frenado para aparcar en un recodo más ancho del camino forestal y ya se están bajando del coche con una manta de cuadros en la mano. Aparca también ella doscientos metros antes, encajando su todoterreno en una boscosa hondonada, y le hace señas a Sofía de que no hable, mientras apaga el motor y coge su cámara de fotos del asiento de atrás.

Todavía es de día, pero ya está declinando el sol, que lucha por abrirse paso entre las ramas de los árboles. Patricia viste unos mocasines de piel ligeros y dúctiles, pero aun así se los quita para no hacer ruido. Sofía hace lo propio y se acercan sigilosamente, arañando sus pies con las piedrecitas y restos de madera y hojas que cubren el suelo, hasta quedar a cien metros de donde está la pareja. Desde donde se encuentran pueden ver perfectamente lo que hacen los otros sin ser vistas. Los amantes ya se están acabando de quitar toda la ropa, con la urgencia que requiere el caso, y completamente desnudos sobre la manta se empiezan a besar con pasión mientras el hombre agarra a la mujer con cierta violencia, en apariencia controlada, y le va pinzando la carne con las manos, la cintura, los muslos, y los glúteos con regodeo, donde se queda un rato, agarrándoselos que parece que va a arrancarlos de pura fuerza, y luego los pechos, que muerde sucesivamente sujetándolos con ambas manos. La mujer gime ante los empellones de su amante y el hombre la tira sobre la manta, le abre las piernas con rapidez salvaje y le introduce un pene erecto y gordo, como el de un caballo en celo. Entonces la monta con el vigor de su juventud y de su cuerpo fornido, azuzado por su rabioso deseo, como si se hubiera

estado reprimiendo hasta ese instante y ya no pudiera más y temiese que se le fuera a escapar la presa antes de rematar la faena.

A los ojos de semejante espectáculo, Sofía no puede dejar de mirar boquiabierta, fascinada y temerosa a la vez, atraída por la pasión que se desboca en esa espesura donde han asentado su lujurioso campamento los amantes. En un momento dado ya no resiste más y le hace un ademán imperioso a Patricia, que está tomando fotos como una loca con su teleobjetivo, para que se vayan de allí y esta le hace caso a regañadientes, retrocediendo varios metros para poder hablar con ella sin ser oídas.

—Vámonos, Patricia, por favor.

—Pero ¿qué mosca te ha picado?

—Que me parece estar profanando un acto íntimo.

—Bueno, pero ya sabes que me gano la vida de este modo.

—Ya tienes suficientes fotos, ¿no es así?

—En realidad sí, pero suelo gastar todo el carrete, por si acaso.

—Venga, vámonos, Patricia. Te compensaré por esto.

—Me vuelves loca, Sofía. Pero en fin. Todo sea por tu tranquilidad.

Y casi sin haber podido terminar su breve diálogo, cuchicheado a un volumen casi inaudible, comienzan a percibir unos gemidos en tono cada vez más alto, provenientes del lugar donde se magreaba hacía unos instantes la pareja. Sin haberse puesto de acuerdo previamente, ambas se lanzan hacia allí a toda velocidad y contemplan ahora una escena más propia de una película de terror que de un clásico adulterio. No se explican cómo ha sucedido todo en tan corto espacio de tiempo, pero el hombre, que ha atado a su compañera con unas cuerdas a un árbol, la está pegando con un látigo mientras ella grita desesperada. Los golpes son cada vez más brutales y el individuo maneja la fusta con la rabia y la saña de un psicópata, al tiempo que la insulta y la llama «puta adúltera», y le echa en cara que todas las mujeres son iguales, que ninguna vale el amor de un hombre, que son mentirosas y traicioneras, y que se va a enterar, que él le va a dar el castigo que se merece.

Patricia y Sofía se quedan paralizadas de horror, sin saber qué hacer, mientras el tipo sigue con su tortura, ajeno a todo. La mujer continúa gritando y pidiendo clemencia, y así pasan unos segundos interminables hasta que la detective, movida de pronto por un

resorte interior, corre al coche, suelta la cámara en el asiento, abre la guantera y saca un revólver. Inmediatamente después se dirige de nuevo hacia el lugar de los hechos y aprovechando que el hombre se encuentra ahora enfrascado en el maletero de su automóvil, buscando algo, y que los gritos de la mujer apagan el ruido de sus pisadas, se acerca por detrás con sigilo y le asesta un golpe en la cabeza con la culata del arma, haciendo que el agresor caiga de bruces en el compartimento trasero. Acto seguido Patricia le grita a Sofía que la ayude, y sirviéndose del aturdimiento del individuo, que está prácticamente inmovilizado como resultado del culatazo, lo introducen entre las dos en el interior del maletero, y cierran luego el portón a toda prisa, dejándolo encerrado allí sin posibilidad de escapatoria.

La mujer, atada al árbol y llena de cortes y rasguños por todo el cuerpo, las mira sin dar crédito a lo que está viendo, sin saber qué decir. Ha dejado de gritar y ya solo gime entrecortadamente. Su rostro está lleno de lágrimas y en sus ojos se concentra todo el espanto del universo. Sofía y Patricia se acercan entonces a ella y entre las dos la desatan y le acercan la manta para que se abrigue. Poco a poco, a base de friegas suaves y palabras de consuelo, consiguen que la mujer vaya tranquilizándose y recuperando el aliento.

En el interior del maletero, el hombre, que parece haber vuelto en sí, se retuerce con tal violencia que hace que el coche dé saltos y se bambolee furiosamente, y a la vez grita colérico y golpea el portón por dentro, desesperado por haber caído en su propia trampa. En uno de los embates, la puerta del maletero cede, y el tipo, liberado de su encierro, salta desde el interior como un león de su jaula, enarbolando una llave inglesa. Mira a su alrededor y distingue a las tres mujeres formando una piña, y se encamina raudo hacia ellas, mientras Patricia, que no ha soltado el revólver, levanta el brazo, lo encañona automáticamente y le grita con voz firme y amenazadora que no se acerque más, o le vuela la tapa de los sesos. El tipo queda perplejo y se para en seco, con la llave inglesa en alto y completamente desnudo. Súbitamente se da la vuelta y echa a correr con toda la rapidez que puede, mientras Patricia sigue su trayectoria con la pistola en la mano, dudando si disparar o no. Finalmente baja el arma y las tres observan cómo

escapa el agresor en pelotas y campo a través, dando chillidos cada vez que pisa una piedra o se clava una rama por el camino.

—Pues tenía un buen culo, la verdad —comenta la detective, ponderando las nalgas del que huye y aflojando en parte la tensión del momento con ese comentario jocoso.

Y resulta tan patética y cómica a la vez la figura del individuo corriendo como una gamo y dando saltitos por entre los árboles, que las tres mujeres se echan a reír de pronto, contagiadas de lo ridículo de la escena y dando rienda suelta a los nervios acumulados. Las carcajadas producen el milagro de la relajación momentánea y aprovecha entonces Patricia para explicar a la mujer las circunstancias de su presencia en aquel sitio, porque entiende que, dado el tremendo embarazo de la situación, cuanto antes se lo diga más tiempo tendrá para asimilarlo y tomar las determinaciones oportunas. Tras escuchar con atención las palabras de la detective, la mujer se echa a llorar desconsoladamente. Y Sofía se estremece con tanto sufrimiento, porque se siente solidaria y querría poder evitar a la mujer el miedo y la angustia que está padeciendo ahora. Pero Patricia ya está organizando la expedición de vuelta y coge los papeles del coche para denunciar en la comisaría más próxima a su dueño, mientras la mujer le ruega que no ponga la denuncia, que su matrimonio, y su vida entera, se van a echar a perder por culpa de lo ocurrido.

Entonces Sofía se acerca a ella y por segunda vez en esa tarde le pide que se aparten un poco para hablar.

—Patricia, por favor te lo pido, no lleves a comisaría a esta mujer.

—Pero Sofía, ¿tú estás loca? ¿Pero no te das cuenta de que aquí se ha cometido un delito y que ahora mismo hay un cerdo por ahí suelto que puede atacar a otra mujer?

—Sí, me doy cuenta. Pero también conozco la ley y sé que a ese tío es muy probable que lo soltasen sin cargos dada la circunstancia en que se cometió la agresión. Ten en cuenta que ella vino aquí con él voluntariamente y encima se trata de un adulterio, y ya conoces a los jueces de este país.

—Pero no por eso voy a dejar este delito impune. Y además tengo que entregar un informe a su marido. ¿Qué le voy a decir?

—¿Por qué no olvidas el asunto por esta vez?

—¿Por esta vez? Va a empezar a ser una norma en mi carrera. A ti te protegí, pero no voy a hacerlo con todas. ¿De qué iba a vivir entonces?

—Esta es una ocasión especial, lo mismo que la mía.

—En lo básico no es más especial que otras, Sofía.

—¿Y a mí por qué me indultaste, si puede saberse?

—Por amor, joder, por amor.

Ante esa declaración amorosa en toda regla, Sofía se queda muda de golpe y la mira a los ojos sin pestañear, al tiempo que Patricia también la mira, y permanece así un rato inmóvil, incapaz de decir más por el momento. Finalmente, conforme la mirada de Sofía se clava en la suya como una flecha ardiendo, abre la boca y acaba por pronunciar unas palabras de las que no se siente dueña pero que le salen sin darse cuenta:

—Está bien, Sofía. Tú ganas. La dejaré en casa y me callaré todo.

—Gracias. No sabes lo que esto significa para mí.

Más tarde, una vez han dejado a la víctima a la puerta de su casa, y continúan solas, el silencio se hace denso entre ellas, porque de alguna forma intuyen que tras su última conversación nada volverá a ser igual. Sofía ha experimentado una sensación parecida a la que le había sobrevenido siempre que un hombre se le declaraba y ella no le correspondía. Pero no se trata en este caso de que no le guste Patricia, como ocurría con aquellos otros hombres desdeñados, sino que la sensación actual es en cierto modo diferente. El matiz que las distingue es que Sofía se siente atraída por Patricia de forma irreparable; pero el resultado es el mismo, que no es otro que el rechazo consciente. Y por otra parte es el miedo, ese miedo del que hablaban al inicio de la tarde. Irreparable porque Sofía está colada por ella, aunque de un modo extraño. No es la trayectoria habitual de sus enamoramientos, que comienzan por un flechazo repentino y suben en el gráfico de la pasión casi verticalmente para ir a caer en picado al cabo de un escaso plazo de tiempo, sino que su afecto se ha ido gestando poco a poco, de la mano de una amistad tan intensa y cómplice que es capaz de colmar una buena parte de las carencias vitales de Sofía.

Y sin embargo, el malestar estomacal, el sentimiento de no poder controlar las idas y venidas de su emoción, unidos al vértigo que le supone sentirse atraída por una mujer, están jugando una

baza fundamental en la lucha que mantiene Sofía consigo misma, porque la tentación de bajarse del coche y huir en mitad de la noche recién estrenada la visita con cruel insistencia, mientras Patricia conduce como si le hubieran cortado la lengua y no supiera expresarse por ningún otro medio, como si ya no le quedase otra opción que esperar resignadamente el veredicto de la otra, como si hubiera ensayado esa escena una y mil veces antes, haciéndose, a base de vivencias análogas, experta en rechazos sentimentales de hembras como Sofía.

Y cuando llegan justo donde acostumbra a bajarse Sofía, en una calle apartada y oscura, cercana al portal de su casa, Patricia sigue enmudecida y deja el motor en marcha, por que no crea la otra que busca cobrarse ningún favor en su persona, por que vea la otra que no hay presión por su parte, porque la generosidad ha sido siempre el punto flaco que le hace perder hasta la camisa, y porque no sabe qué argumentar ya a esas alturas de su arriesgada apuesta. Y al fin le posa la mano con naturalidad en el muslo, y acaba diciendo «Ya hemos llegado», por romper ese silencio que empieza a convertirse en compañero habitual de viaje, por facilitar la marcha a su amiga y porque nunca ha soportado la espera de lo inevitable.

Pero Sofía, a la que una fuerza desconocida parecía impedir que se apeara del vehículo, cuando siente la proximidad de la mano de Patricia sobre la piel de su muslo se desmorona por entero, como si se le hubieran demolido las raíces del entendimiento y se hubiera quedado solamente con su cuerpo como único apoyo, como único modo de entender la vida. Y completamente sin cerebro, dejándose llevar por los sentidos, hipersensibles a todo estímulo corporal externo como contrapartida a su ceguera mental, aferra la llave del contacto y la gira para apagar el motor, mientras con la otra mano coge la mano que Patricia tiene sobre su pierna y comienza a acariciarla dulcemente, con la delicadeza de un joyero trabajando un diamante, y luego le da besos en la mano, y se pasa la mano por su rostro, y esa mano va de un lado a otro siempre agarrada de la mano de Sofía.

Entonces la que se desmorona es Patricia, que respira alterada, que vive en equilibrio inestable desde que el motor dejó de hacer ruido. Y ya no puede más y revienta y se desborda por todos los poros cuando Sofía le lame los dedos de la mano con su lengua fina

y húmeda, y entonces la agarra por la nuca, justo en el nacimiento del pelo, y le sujeta el cuello con firmeza y suavemente la va acercando hacia sí, tirándole levemente del cabello, y cuando la tiene al alcance de su boca, cuando sus labios están tan cerca que no cabe un alfiler entre ambos pares de labios, le introduce su lengua en la boca entreabierta, e investiga cada uno de sus pliegues interiores con la delicada fragilidad del amor convertido en alas de mariposa, extasiado de humedades y aterciopelado en todo momento.

—¿De dónde vienes?

—He quedado con una amiga.

—¿Y vuelves a estas horas?

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada. Simplemente que cada vez llegas más tarde a casa. Se vé que esa amiga es muy interesante.

—Mira, Ramón, ese no es asunto tuyo.

—Te equivocas, preciosa, ese sí es asunto mío. Aunque ya no lo parezca, sigues siendo mi mujer, ¿recuerdas?

—Pero eso no te da derecho a controlar mi vida.

—Hasta cierto punto. Cuando tu mujer ya no hace el amor contigo, cuando ya no sale contigo a ningún sitio, cuando te ignora deliberadamente, ¿es o no es una cuestión a tener en cuenta?

—La culpa no es solo mía, Ramón.

—No, claro, yo soy el culpable de todo.

—En cierto modo sí. O por lo menos en un cincuenta por ciento.

—Pues mi cincuenta por ciento está a punto de tomar una decisión drástica. Te lo aviso, Sofía.

—¿A qué te refieres? ¿Me estás amenazando?

—Te estoy anunciando lo que puede ocurrir como sigamos así. Yo ya no aguanto más.

—Ni yo.

—Pues habrá que pensar en una solución. Porque está claro que ya no me quieres.

—No es eso, y tú lo sabes.

—Pues ¿qué es entonces? ¿Crees que soy gilipollas? ¿Crees que no veo lo que está pasando? ¿Tú crees que soy de piedra?

—Yo tampoco soy de piedra. Y tú eres demasiado pragmático para mí. Demasiado rígido, demasiado prosaico.

—Conozco a uno que se volvió poeta, y no te creas que se pasa bien.

—Sí, yo también conozco a otro, pero no se trata de volverse poeta, sino de serlo un poco.

—¿Y para qué? La vida es otra cosa. La vida no se escribe en verso.

—La vida se escribe en el idioma que uno quiere. Y a veces un poema puede embellecer el mundo.

—También me puedo volver marica. ¿No es eso? ¿No preferirías que me hiciera marica?

—He dicho poeta, no marica.

—Viene a ser lo mismo.

—Hay poetas heterosexuales.

—Pero yo no soy así, Sofía. A veces me da la sensación de que estás enamorada de una idea, no de una realidad.

—Eso no es cierto. Aunque lo niegues, tú llevas un maletín de versos escondido en tu interior.

—Pues ya me dirás dónde lo guardo, porque no me lo veo, chica, por más que miro no lo encuentro.

—Es cuestión de concentrarse y dejarse llevar por la emoción. Lo demás viene rodado.

—Mira que eres cursi, Sofía. No aguanto esa vena de ñoñería que te gastas.

—Con eso ya venía cuando me conociste.

—Pero había otras cosas que me compensaban y que ahora ya no me das.

—Tú tampoco me das lo que yo quiero.

—Pues lo mismo te digo. Yo ya era así cuando nos casamos.

—Eso es verdad. Pero yo he cambiado. Ya no me sirve lo de antes. En ti buscaba protección, un lugar donde refugiarme de la precariedad de la vida, en todos los sentidos. Era tan insegura afectivamente que necesitaba un guía, un hombre práctico que tomara las decisiones. Y me dejé llevar, amparada en tu fortaleza. Y ahora ya no busco eso.

—¿Y qué quieres que yo le haga? Porque yo sigo siendo el mismo. Sigo siendo aquel que necesitaste un día y al que pareces no

necesitar ya. Y me llena de tristeza que te unieras a mí por necesidad, y no por amor, como yo creía.

—No se trata de eso, Ramón. El amor va por otro camino. Amor había cuando nos casamos, y amor hay todavía entre nosotros. Pero las necesidades tienen otro derrotero. Las necesidades con respecto del otro van cambiando a lo largo de los años, y lo sabio es negociarlas con la pareja conforme se van manifestando. Lo que no podemos es darles la espalda pensando que todo se va a solucionar por sí mismo.

—Pues mis necesidades con respecto a ti siguen siendo las mismas.

—Entonces, si quieres preservar las tuyas, y alcanzarlas, tendrás que adaptarte a mi cambio, y escuchar las mías.

—¿Y qué quieres de mí? ¿Qué puedo darte yo, que esté en mis manos?

—Esforzarte un poco en comprenderme y ser paciente, y prodigar más tu ternura conmigo. Quiero sentir que eres mi cómplice, mi colega, que formamos un equipo, y no que eres mi enemigo declarado. Quiero un poco más de aventura y de romanticismo en nuestras vidas.

—Ya, lo de siempre, vamos. Que sea romántico. Dichosa palabra de mierda. Es como una enfermedad que tenéis las mujeres. Pero ya te he dicho, y me he cansado de repetírtelo, que para eso tendría que hacerme de nuevo, tendría que volver a nacer y ser de otra manera. Además, me parece una gilipollez inmensa, y yo no he venido al mundo a perder el tiempo con gilipolleces.

—Algunos hombres atienden a esas gilipolleces.

—Porque son unos maricas.

—Porque son inteligentes.

—Pues ya lo sabes, Sofía, búscate a un inteligente de esos, porque yo no voy a entrar en la dinámica que me ofreces.

—Y tú vete buscando a una mujer a tu imagen y semejanza, que no te pida gilipolleces como las mías.

—Vale, tomo nota. Tal vez la encuentre más pronto de lo que tú imaginas.

—Y que te aproveche, Ramón.

—Y a ti el que tú te busques, Sofía.

En busca de un reajuste biográfico, en los últimos tiempos Sofía es consciente de que ha ido abriendo demasiadas puertas en su interior, añadiendo habitáculos experimentales a su historial, y tantas puertas abiertas establecen demasiada corriente en su vida. Sometida, pues, a los cuatro vientos, siente que en cualquier momento puede salir volando por cualquiera de esas aberturas para, saliendo de la órbita terrestre, ir a perderse en el éter, catapultada por sus dudas y quebrantos emocionales. En el fondo, ese modo de escape es tentador, porque le supondría una opción para relajarse, toda vez que en la atmósfera exterior no hay maridos ni amantes, sino la vaciedad más absoluta y un silencio suave y plácido, que bien podría servirle de mortaja para sus sueños.

Porque Sofía sigue a vueltas con sus sueños, y quiere encajar a todos, Ramón, Patricia y Jorge, en el escenario de esos sueños cuya herida se agrava y cuya consecución la atormenta. Y se guarda cada una de las estrellas de su constelación del amor como un as en la manga, un as que cambia de hora en hora y pasa de la manga al corazón en cuestión de segundos. Pero ella misma sabe que las cartas de su baraja actual no se acomodan juntas más que a base de barajarlas por separado, y por esta razón se ve obligada a montar tres timbas diferentes, para sacar sus ases en tres mesas de juego alternativas, tres montajes paralelos donde se juega el amor contra un póquer de ases, apostándose un riñón a cada paso, ganando tiempo y arruinando concienzudamente su estabilidad conyugal, redefiniendo el aire que respira en cada jugada. Y aun cuando a veces la vida se asemeja al póquer, no es como el póquer finalmente, porque los ases de la vida revientan en la manga y salen a la luz sobre el tapete, justo cuando el farol se está dilucidando.

Por eso hay trechos de su camino en los que Sofía se tira al suelo agotada, o da pataletas de rabia, porque no ve salida, a pesar de su colección de ases y sus puertas abiertas, o tal vez por su causa, debido a la confusión en que vive sumida desde hace algún tiempo. Y por eso Sofía ha llamado a Jorge, el abandonado, para quedar con él y darse una tregua a la locura, porque en su estado actual, Jorge parece el más inofensivo, o cuerdo, de los tres candidatos.

—¡Qué sorpresa, Sofía! Hacía tiempo que no hablábamos, y no te he querido llamar por razones obvias.

—Te echo de menos, Jorge, y lo digo sinceramente. Echo de

menos nuestras conversaciones.

—Yo también te echo de menos. Y es cierto que nuestros diálogos son especiales. Son casi como páginas de una novela. Por eso disfruto tanto cuando hablo contigo. Permites que saque esa parte de mí que no puedo expresar tan libremente con otros. Y en el vocabulario que empleo y en las frases que construyo adivino un toque artístico que más se parece a la ficción que a la vida real. Es como representar una obra de teatro en la que el texto es de uno mismo.

—El arte está detrás de cada esquina, no solamente en los museos o en las galerías o en los estantes de las bibliotecas. El arte de las palabras viene a la boca cuando el interlocutor nos inspira algo más que una necesidad tosca de hacernos entender y punto. No es patrimonio de los escritores.

—Y cuando el corazón se explica por medio del idioma, este se hace todavía más hermoso e intenso, y las palabras fluyen con una armonía insospechada. En parte lo he aprendido contigo.

—Tal vez diga una grosería, pero casi echo más de menos tu charla que hacer el amor contigo.

—No solo no es una grosería sino que es un halago. Nadie me había dicho nunca algo semejante.

—El mero hecho de tu existencia me tranquiliza, porque sé que estás ahí, y que puedo acudir a ti cuando lo necesito. Y no me había dado cuenta hasta ahora. Eres mi amante, pero por encima de todo, eres mi amigo, mi cómplice, mi confidente, una mezcla de las tres cosas. Y necesito un poco de sensatez en mi vida.

—Pero bueno, ¿te pasa algo?

—Necesito verte, Jorge, eso es lo que me pasa.

Jorge invita a Sofía a su casa esa misma tarde. Y cuando llega le prepara una copa, vodka con tónica, y él se sirve un *whisky* solo con hielo, y se acomodan en el enorme sofá del salón, que es como un barco varado sobre la playa del parqué y a orillas de la alfombra. Sofía se quita las sandalias y se deja caer en él como un náufrago en un bote salvavidas. No se comporta como otras veces, en que se lanzaba al cuello de Jorge con el arrebato del deseo pintado en el rostro, sino que su actitud parece medida por un patrón diferente. Está tan tranquila e inactiva que Jorge no da crédito, está tan distante que Jorge comienza a sospechar que ella ya no lo desea

como antes. Y de golpe lo invade una tristeza melancólica, mezclada con la curiosidad de saber qué le ocurre a Sofía. De golpe le vienen a la cabeza, como en una película antigua, de las mudas con música de fondo y aceleradas, todas sus andanzas con Sofía, desde el colegio hasta el momento presente. Rememora, por ejemplo, su intercambio de miradas en clase, sin decirse nada, sin saber qué sentía exactamente el otro, sentado en el pupitre y mirando a los ojos del contrario, de frente, de reojo, de perfil, mirando, siempre mirando incansablemente, buscando cualquier indicio que sugiriese la posibilidad del amor, ese amor callado y tan resistente luego a los años, y a los novios y novias de cada uno de ellos, y a maridos y amantes, ese amor puro de los dieciséis años que nunca se declararon, y que por eso mismo no tuvo desarrollo y cierre. Ese amor que golpeaba a cada paso los muros del recuerdo con la intensidad del preso enjaulado y condenado a cadena perpetua entre cuatro paredes, ese amor inventado en su mayor parte, porque con solo miradas no se hace ni se vive un amor con todas sus consecuencias. Pero ese amor más real que todos los amores vividos juntos, porque el poder de la mirada es todopoderoso en ocasiones. Y cuando por fin Jorge se atrevió a localizarla y a llamarla, intuyendo que tenía que conocer la verdad sobre su amor de adolescencia para poder emprender la trayectoria de su vida desde unos nuevos parámetros, descifrando sus propios anhelos en una investigación que pasaba necesariamente por Sofía, cuando por fin se atrevió a quedar con ella, su intercambio entonces se trasladó de las miradas a las palabras y a la piel, plasmando su ansiedad, materializando por medio de la voz y de la carne la necesidad enfermiza de averiguar qué hubiera sucedido si, aparte de mirarse, se hubieran entregado el uno al otro, al típico noviazgo de las parejas quinceañeras, insertos en la más estricta normalidad del asunto. Porque ese no hablarse en aquel tiempo no solo se había forjado por obra y gracia de la timidez de ambos, sino por el miedo a defraudar lo que el lenguaje de las miradas parecía decir, por temor a romper la magia que comunicaban sus ojos al cruzarse en los pasillos o en el aula.

Y ahora se estaban mirando de nuevo, sentados en aquel sofá de sus casi cuarenta años. Habían recuperado el tono juvenil de las miradas, tras cumplir con el rito de amarse de manera corriente en

una cama, y parecían haberse vuelto por el camino andado, para situarse otra vez en el pupitre, como si solo a través de las miradas pudieran ya reconocerse mutuamente.

Por eso Jorge no quería abrir la boca en aquellas circunstancias, porque era una tentación demasiado poderosa la de entregarse nuevamente a su principal vicio, al hábito que los unió en su día. Pero ahora se entremezclaban sabores diferentes. Todavía podían sintonizar sus miradas en el canal de antaño, y la emoción era incluso más bella y completa que entonces, porque en aquellos días suponía su único medio de expresión y ahora se trataba de una opción escogida libremente, sabiendo que tenían otras herramientas a su alcance. Además habían vivido otras experiencias y la mirada las recogía todas y las proyectaba hacia el otro, y lo que entonces era una pasión sin entrega real, lo que entonces era un deseo reprimido hasta el tuétano, ahora era una pasión serena, conocida, reflejada en las pupilas, intercambiada como un regalo recíproco a través de los ojos.

Y sin embargo ahora se les añadía sin proponérselo un velo de melancolía espesa, que el pasado les echaba encima, incapaz de medirse y acomodarse con el presente. Un pasado que les pedía cuentas inmisericorde, y que a modo de venganza les cerraba el campo de visión con un pesado cortinaje de nostalgia, parecido al telón de las representaciones que terminan. Y nunca se han querido tanto como en ese instante en el que el recuerdo ahoga todo movimiento hacia el futuro, en el que la felicidad se palpa en los segundos que escapan huidizos, anclados ambos en el fangoso extremo de su amor.

Pero a pesar de ese sentimiento de finalización que los acecha, cernidos por la amenaza de un torpe destino que se siente incapaz de seguir el ritmo de su propia exigencia, de continuar en la cumbre por más tiempo, de escribir páginas tan sublimes como las ya vividas, y a pesar de que Jorge percibe por parte de Sofía una rendición cercana, él no quiere darse por vencido todavía. Se revuelve contra ese fatalismo que impregna el aire del salón y que escora su barco y lo anima a ir a estrellarse cuanto antes contra las rocas del desaliento y del fracaso, se rebela contra ese apremio del instante, que parece obligarlos a la apoteosis de un final colmado de la misma grandeza e intensidad con que hasta entonces se han

querido.

Y decide romper el hechizo de lo inevitable, de la única manera que sabe, del único modo posible entre ellos, que es dejando de mirar a Sofía, abrazándola, quebrando el hilo de la fatalidad que cose sus párpados, a base de tocar a Sofía, mediante sus besos y caricias, cerrándole los ojos con la boca, lamiendo sus pestañas con la lengua, para no ver más, para solo sentir a Sofía ciega entre sus brazos. Y la coge de la mano y la arrastra hacia el dormitorio, y cierra las persianas a cal y canto. Ni un resquicio de luz, ni el eco luminoso de una lámpara penetra entonces en la habitación, santuario de negras sombras, donde Sofía, exhausta, recupera su antiguo esplendor bajo el peso de Jorge, haciendo el amor en braille sobre una cama de agua que, sometida a la oscuridad más absoluta, consigue desatracar del puerto y navegar rumbo al placer, sin horizonte a la vista pero también sin impedimentos visuales.

Sintiendo los vaivenes de la marea bajo sus cuerpos, completamente invidentes pero poniendo a prueba toda su habilidad para reconocerse por medio de las manos, disfrutan de lo tangible y destierran sus anteriores visiones de ruina, entregados cada uno al goce físico del otro, mientras decoran esa noche artificial con miles de huellas de pisadas sobre la luna blanca de sus pieles. Mientras se curan las heridas de los ojos bajo las sábanas, va penetrando Jorge a Sofía como un murciélago en celo, volando sobre su espalda o su vientre, aferrado a sus muslos y a sus senos, cual vampiro enamorado, cubriéndola con la capa de sus alas, evitándole el sufrimiento de tener que enfrentarse a la luz del día. Y en esa entrega hay tal carga de exaltación del presente que el pasado ha quedado omitido al otro lado de la puerta, sentenciado a escuchar desde fuera la celebración de dos amantes libres de su influencia, al tiempo que el futuro ni se nombra entre esas cuatro paredes, porque cualquier proyecto venidero es un arma de doble filo que cortaría esa cama en dos mitades exactas, rajando la unidad que conforman, separándolos en el acto, dejándolos a la deriva de sí mismos, sobre un par de restos de naufragio, invertebrados.

Porque no ocurre eso, porque pasado y futuro se muerden las uñas de envidia e impotencia fuera del dormitorio, Jorge y Sofía descansan su alma en un abrazo poscoito, ahora mismo. Y Jorge siente por fin, después de meses de incertidumbre y ofuscamiento,

que si se muriera en ese preciso tictac del reloj sería acogido en la otra orilla de la vida, con honores de héroe y galas de valiente. Y es que su cama de agua no solo no se ha hundido llevándoselo por la ventana hecha sumidero, enredado en un remolino, sino que a estas alturas parece incluso más sólida todavía que antes.

—Siempre has estado presente en mi vida, como un fantasma sin acomodo, vagando en otro plano de mi existencia, pero acompañándome en toda ocasión. Ahora me doy cuenta, Sofía.

—Es que los fantasmas incordian más que los vivos, montando el número con sus cadenas a rastras y su modelito blanco, sus susurros y lamentos, y sus apariciones por sorpresa.

—Sí, es verdad. Pero lo cierto es que para ser un fantasma, haces el amor con un realismo que impresiona.

—Es que soy un fantasma materializado.

—Me gusta hacer el amor con espíritus del más allá. Es un modo de conocer gente diferente.

—Precisamente por ese motivo, ahora que has comprobado que soy de carne y hueso, normal y corriente, supongo que ya no tendrá tanta gracia para ti.

—Creo que seguirás formando parte de mis sueños toda la vida.

—Y tú de los míos, Jorge. Eso es inevitable. Y por otro lado, muy bonito.

—Pues lo que he ganado con esto es reconocerte el lugar que te mereces. Y además, aunque no alcance a explicártelo en toda su dimensión, me has ayudado enormemente.

—En ese sentido es una ayuda recíproca, porque tú también has significado mucho para mí. Tu llamada después de veinte años me ha permitido volver sobre una historia que no estaba cerrada, una historia pendiente de recibo, tan poderosa que ha seguido latiendo por su cuenta, con voluntad propia. Ha sido como vivir con una herida abierta durante todos estos años, nunca cicatrizada, cubierta de parches y de una capa de olvido.

—Sí, una herida que en mi caso llegó a infectarse y a hacerme delirar y casi volverme loco, porque en realidad es la herida de mi vida entera. Es el símbolo de lo que no atendí, de los sueños frustrados, de los sueños por los que no luché. No solo con respecto a nuestra relación, por el acercamiento que no hice entonces, por el amor que no te declaré, para bien o para mal, sino por todos mis

ideales, por todas las ilusiones que no cumplí. Porque una cosa es no conseguir algo después de haber luchado por ello con todas las fuerzas al alcance, y otra diferente no conseguirla por no haber movido un solo dedo.

—Son los sueños los que ahora vienen a pasarnos factura. Los sueños que forjamos en nuestra adolescencia, esos sueños tiránicos que no nos dejan vivir en paz.

—Y no solo los sueños de aquella época, sino los que vamos creando a cada paso, porque los sueños se regeneran y se cambian por otros, pero siguen siendo ilusiones no cumplidas, abandonadas a su suerte, a las que damos la espalda para no enfrentarnos a nuestra propia incapacidad.

—Y le echamos la culpa a los que nos rodean.

—En mi caso tengo claro que soy el único responsable de mi desgracia.

—Yo no puedo decir lo mismo. Le echo la culpa a mi marido.

—Y probablemente él te eche la culpa a ti.

—Pero ¿qué se puede hacer, Jorge? ¿Dónde está la solución de este círculo vicioso?

—No lo sé, Sofía. Yo lo estoy investigando, y he empezado por llamarte. Sé que hoy he dado un paso más, claramente decisivo, en mi búsqueda. La crisis espantosa que tuve hace unos meses me puso en el camino. Tal vez tú experimentes algo similar.

—Mi crisis es distinta, pero puede que su origen sea el mismo. Estoy casi convencida.

—Pues escucha a tu corazón. Ya sé que suena un poco infantil o cursi, pero yo ya no estoy para andarme por las ramas, y si tengo que ser cursi no me van a doler prendas. Mira, hace poco hasta me han llamado maricón, así que ya no me asusto de nada.

—¡Qué manía con ese rollo! Eso también lo dice Ramón, que cada vez que intento negociar algo con él, algo que tiene que ver con mi felicidad, pues me larga que aceptarlo sería como volverse marica. Y está claro que es una excusa para no dar su brazo a torcer.

—¡Vaya gracia! Pues también se llama Ramón el que me ha llamado marica. Fue en el centro de terapia. Es uno de mi grupo.

—Pues ese no es mi Ramón, te lo aseguro. Antes se haría homosexual que asistir a terapia. Lo que ocurre es que son todos

iguales.

—No todos, preciosa, no todos.

—Tú eres un espejismo, Jorge. No creo que seas real.

—Yo soy el sueño de todas las mujeres, pero ninguna se despierta a mi lado.

—Por eso mismo. No se pueden despertar porque están soñando.

—Te quiero, Sofía.

—Y yo a ti, Jorge.

—Voy a dejar a mi marido. Estoy casi decidida.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Anda, y ¿por qué no? ¿No me crees capaz de hacerlo?

—Me parece una utopía.

—¿Qué es eso?

—¡Joder! ¿No sabes lo que es una utopía?

—Pues no.

—A ver cómo te lo explico. Pues una utopía es algo así como un plan irrealizable, vamos, algo que es casi imposible que suceda.

—Pues entonces lo que es una utopía es que no me separe.

—Pero ¿estás segura, Dafne?

—Que sí, hombre, que sí. ¿Los demás tampoco os lo creéis?

—Francamente, no.

—Yo tampoco me lo trago.

—Ni yo.

—A mí me parece increíble.

—¡Caray! Pues sí que tenéis confianza en mí, panda de asquerosos.

—No es eso, Dafne, es que estás muy colgada de Jacinto, y en esas condiciones no es sencillo separarse.

—O sea, que soy tonta del culo, una débil mental, vamos.

—Yo no lo hubiera resumido mejor.

—¿Y para qué demonios creéis que pago la pasta que me cuesta este sitio?

—Para poder seguir viviendo con el gilipollas de Jacinto sin pegarte un tiro o volverte majara.

—Para nada, Ramón, estás muy equivocado.

—Entonces, ¿cuándo te independizas de ese animal?

—Estoy en trámites con mi hermana, que vive en la costa, y me ha dicho que me acoge hasta que pille trabajo y me estabilice.

—Bueno, Dafne, vaya cambio. Y todo por la terapia.

—Pues en cierto modo sí, porque me habéis abierto los ojos entre todos.

—Pues no es que los demás seamos modelos de nada, chica, porque aquí, el que más y el que menos, tiene algo que no le funciona correctamente.

—Eso es cierto, pero lo que sí he comprobado es que aunque uno no sea capaz de solventarse su problema, se le ocurren soluciones para el vecino. Además me habéis dado otra cosa fundamental: el apoyo necesario para lanzarme a tomar mis propias decisiones. Porque yo me consideraba una mierda y vosotros me habéis demostrado lo contrario. Y no sabéis lo que os lo agradezco.

—Me estoy emocionando.

—Y yo voy a llorar.

—Pues yo también tengo noticias frescas.

—¿Tú también, Silvia?

—Sí.

—¿Y?

—Pues que voy a volver a ser novia de Carlos.

—Es el colmo. Y encima te atreves a anunciarlo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y cómo lo voy a decir? ¿A lágrima viva?

—Sería una forma más coherente.

—Pero bueno, a Dafne la animáis a que se separe de su marido y a mí, que quiero casarme y formar una familia, me mandáis a la mierda sin contemplaciones. ¿Tiene eso sentido alguno?

—No es por lo de casarme, mujer, es por el elegido.

—Os tengo que decir que Carlos se ha reformado.

—¿Y tienes las agallas de arriesgarte a que te humille de nuevo?

—Mira, no sé si me va a humillar de nuevo, pero de lo que sí estoy segura es de que me da lo mismo. Bueno, no es que me dé lo mismo, claro, sino que me siento capaz de soportarlo, y sé que si se vuelve a repetir no me voy a desmoronar como la primera vez, y además siento que el riesgo que ahora corro es menor que el beneficio que puedo conseguir a cambio.

—Hay mujeres que hacen lo que sea por conseguir marido.

—¿Y no será que estás envidiosa, Judith? ¿Qué estarías tú dispuesta a hacer por tener pareja? Y me refiero a un hombre de los que te llevan al altar, no de los que se entretienen una temporada, y no atan ni desatan porque ya están casados. Y no miro a nadie.

—Mi amistad con Ramón no es caso de discutir aquí. Sé perfectamente que está casado y no necesito que nadie me lo recuerde. Además mi situación es distinta. Yo no quiero casarme, sino vivir todo lo que no he tenido oportunidad de disfrutar antes.

—Pues si yo me tengo que creer esa historia, haz el favor de creerte tú la mía.

—¿Y para cuándo es la boda?

—Para dentro de dos meses. No queremos esperar más. Pero le he dicho a Carlos que vamos a casarnos en familia. En una capilla a las afueras, con muy pocos invitados.

—¡Ah! O sea que tampoco es que estés muy convencida de la redención de esa joya.

—Toma, que yo podré estar loca, pero no soy gilipollas.

—Pues mira, si has aprendido la lección, ya tienes mucho adelantado. Y me está empezando a parecer que no es una tontería tan grande la que haces.

—No es ninguna tontería. Yo estoy enamorada de Carlos, y él de mí. Lo único que pasa es que nuestros momentos no coincidieron en un primer intento. Y ahora vamos a probar de nuevo.

—Así que es una cuestión de sincronía.

—Como todo en esta vida.

—Eso me da que pensar.

—Y a mí.

—Yo por mi parte tomo nota.

Lo que para Jorge ha supuesto un acto heroico, arrastrando a Sofía hacia la cama de agua, conjurando así el deletéreo poder de una mirada que los llevaba al cataclismo sin duda, no entregándose a la inacción, no aceptando su destino mansamente como un necio borrego, tomando la iniciativa en ese gesto que representa el comienzo de una nueva actitud ante la vida, ha significado para Patricia la rendición de su propio combate. Y casi no puede disimular su amargura mientras va en busca de Sofía, a la esquina

de costumbre, conduciendo desganada y despacio, como sin querer llegar nunca al encuentro con la monstruosa verdad de contemplar a su amada recién mordida por la boca de su amante. Aunque no es tan reciente, porque ya han pasado varios días desde que siguiera a Sofía hasta la casa de Jorge y comprobara que su relación persiste como un eco maldito, confundido con el ruido de las persianas al bajarse del todo, allí arriba, en el dormitorio de su rival. Pero para Patricia ese encuentro de los dos amantes sigue descarnadamente vivo, y sus brasas la queman por dentro, comida por los celos, desnortada otra vez, desmayada de pena, obligada a plantearse su propia ruina, su absurdo devenir sentimental. La curiosidad mató al gato, se acuerda la detective de ese refrán, que, como todos los refranes, se ha cumplido más temprano que tarde. Y parece lógico que de mano de su propia actividad profesional haya aprendido lo que se siente cuando se verifica que uno es un cornudo con todas las letras. Pero Patricia es así, quiere siempre la verdad, por dura y cruel que esta sea. No sabe manejar otra cosa, la duda, la mentira, el disfraz, todo lo que no es uno realmente. Con eso no sabe qué hacer, dónde alojarlo en su percepción de la realidad. Prefiere la verdad, por demoledora y espinosa que sea.

Y al tiempo que conduce por las calles de verano, con el aire acondicionado a todo meter, encerrada en el coche como en una mortaja frigorífica, siente que puede morir en cualquier semáforo, de enfermedad mortal, por causa de Sofía. Y ya no discute consigo misma los términos de su actual estado, ni pide explicaciones a los dioses, ni vuelve la cabeza atrás, por ver en dónde está el error, o la equivocación de su conducta, el punto flaco, en fin, de su estrategia. Porque la vida es un proceso misterioso, incontrolable, que regala sus dones a quien no los merece con la generosidad de la ignorancia y del azar, mientras niega con el mismo tesón lo trabajado a su artífice, que se queda tan solo con el sudor de su esfuerzo como único premio.

Allí está Sofía por fin, sobre la acera de siempre, mirando los edificios de siempre, cada vez más cerca de su vehículo, pero cada vez más lejos de su cuerpo. Y Patricia ahora ve borroso, porque se le han saltado las lágrimas, y eso que había jurado que nunca lloraría por amor nuevamente. Pero la vida, insondable, escasamente ecuánime, le ratifica, mediante el líquido que ahoga

sus ojos, que la palabra nunca, a pesar de sonar bien y ser tajante, carece del poder de ahuyentar el peligro o de zanjar asuntos, eternamente válida. Y da una vuelta a la manzana, para ver si se le seca el río de las mejillas mientras tanto, porque lo último que desea Patricia es que Sofía la vea de esa guisa, con cara de dolorosa.

Cuando se ha recuperado, ya puede recoger a Sofía, tras encajarse unas gafas de sol en el rictus, para disimular en lo posible la procesión que lleva pintada en el rostro, y arranca el coche sin rumbo fijo.

—¿Qué planes tenemos hoy?

—Pues no sé, no se me ocurre nada. Tengo la mente en blanco.

—Cuando he salido, Ramón estaba en casa, arreglándose para salir. Lo noto rarísimo últimamente. Me ha preguntado que adónde iba con cierto retintín. ¿Seguro que no te ha vuelto a llamar?

—No. Para nada. Creo que se tragó mi informe y no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo. Andará él metido en algún lío.

—Pues no te digo que no, aunque me extrañaría. Ramón tiene una vida tan corriente y vulgar que da casi asco.

—Podríamos seguirle, ya que no tenemos otro plan mejor.

—¡Qué ocurrencia! La verdad es que me tienta, pero podría reconocernos, ¿no crees?

—Para esa contingencia estoy preparada. Siempre llevo en el maletero un equipo completo de camuflaje.

—¿Sí?

—Sí. Vamos a parar en esta callejuela, que no tiene casi tráfico, y nos disfrazamos para la ocasión.

Entonces, dicho y hecho, Patricia aparca en un callejón apartado y baja del coche, abre el portón trasero y saca un maletín donde lleva todo tipo de accesorios para cambiar de aspecto rápidamente. Saca una peluca rubia para Sofía, más unas gafas de sol de vampiresa, y para ella saca un bigote castaño, una corbata ciertamente chillona y una visera, amén de un chaleco informal que le pueda tapar la prominencia de los pechos. Se colocan a toda prisa los complementos de su disfraz, y se suben de nuevo al automóvil, con la sensación de ir a un baile de máscaras a plena luz del día.

—Has tenido una idea genial, Patricia. Creo que nos vamos a divertir.

—Bueno, bueno, nunca se sabe, Sofía. Ten en cuenta que tu

querido Ramón puede darnos alguna sorpresa.

—Seguro que va a su despacho, o que ha quedado con algún aburrido cliente, para tratar sobre herencias, demandas, despidos o divorcios.

—Mira, ahí lo tienes, saliendo por el portal de casa.

—Sí, míralo, ahora está parando un taxi.

—Así que herencias, demandas, despidos o divorcios.

—Bueno, eso es lo que normalmente se trae entre manos Ramón, sobre todo, divorcios.

—¡Qué útil! Cuando lo necesitéis vosotros, podéis ahorraros la factura del abogado.

—¡Qué graciosa, Patricia! Te noto un poco irónica, o no sé, extraña. ¿Te pasa algo?

—No, nada. Lo único que me pasa es que estoy encantada con tu matrimonio, Sofía. Es lógico, ¿no?

—Entiendo cómo te sientes, pero tú ya conocías mi estado civil cuando me invitaste a ser tu acompañante.

—Sí, es verdad, no me hagas caso, Sofía. Es que hoy he tenido una mañana espantosa. Vamos a intentar pasarlo lo mejor posible.

—Venga, no te enfades, cariño. ¿Sabes que estás muy atractiva vestida de macho?

—Eso es lo que querrías, ¿no es cierto?, que yo fuera en realidad ese macho que te hiciera definitivamente feliz.

—No se trata de eso, pero ya que lo dices, me facilitaría mucho las cosas que fueras un hombre, eso no te lo niego.

—Y digo yo: ¿para qué quieres otro hombre? ¿No tienes bastante con los dos que te trajinas actualmente?

—Patricia, a ti te pasa algo. Tú no me engañas.

—Pero si te lo digo completamente en serio. Una mujer en tu vida es un cambio original, una opción distinta, algo que alternar con los clásicos productos masculinos a que te entregas habitualmente.

—Lo dices todo con un rencor que me da miedo.

—No, Sofía, no tienes el oído fino. Lo digo con desesperación.

—Yo también estoy desesperada, Patricia, ¿es que no se nota? Tú no me eres indiferente.

—Mira, se está parando el taxi. Ramón parece haber llegado a su destino.

—¿Qué sitio es este?

—Es un bloque de oficinas. Voy a bajarme un momento para ver a qué planta va. Tú espérame aquí mientras tanto, dentro del coche.

—Vale, pero siendo oficinas seguro que es una cita de trabajo. Hemos perdido el tiempo miserablemente.

—Cuando estoy contigo, Sofía, hago de todo menos perder el tiempo. Hasta luego.

Y dejando a Sofía a solas con sus pensamientos, plantada en el interior del auto con cara desconcertada, sigue furtivamente a Ramón y se introduce con él en el ascensor, en espera de que pulse el botón de su destino. Cuando llegan al siete Ramón se apea y ella también, un poco rezagada. Hay tres puertas en el descansillo, y Patricia, siempre detrás del otro, espera de nuevo a que Ramón escoja puerta para después dirigirse ella al extremo contrario, disimulando y perdiendo el tiempo adrede, haciendo que busca algo en el bolsillo, removiendo el llavero de casa delante de una de las dos puertas restantes, mientras Ramón espera que le abran donde ha llamado al timbre. Una vez se ha introducido este por el hueco abierto y se ha cerrado la puerta tras él, Patricia ya puede girarse y ver el cartel que cuelga de la misma. Centro de Terapia y Psicología. Alucinante. Cuando se lo diga a Sofía no se lo va a creer. Y emprende el camino de vuelta casi tan sorprendida como va a estarlo Sofía dentro de unos segundos.

—¿Centro de Terapia y qué?

—Psicología. Centro de Terapia y Psicología.

—Pero bueno, ¿qué puede hacer Ramón en un centro como ese?

—No tengo ni la menor idea. Pero lo más normal es pensar que está yendo a un psicólogo.

—Imposible. Te digo que es imposible.

—¿Entonces?

—Serán unos clientes.

—Tal vez alguna cabra los ha demandado.

—Algunos chalados son muy peligrosos.

—Sí, claro. Uno que se creía Jesucristo y los ha demandado por blasfemia. O Napoleón, que habrá querido invadir su territorio. O Juana de Arco, que…

—Oye, Patricia, basta ya de cachondeo, que esto es muy serio.

—¿Serio? ¿Y qué tiene de malo que Ramón vaya al psicólogo,

oye? Lo cierto es que no me extraña. Casado contigo, no me extraña.

—No, si al final la que va a acabar loca soy yo, pero en un manicomio.

—Conozco uno muy bueno, y podría visitarte.

—¡Patricia! ¡Basta ya! Te lo pido por favor.

—Está bien, Sofía, pero reconoce que todo esto tiene cierta gracia.

—Ni sé lo que está haciendo aquí Ramón ni me interesa. Allá él.

—¿De verdad no te pica la curiosidad de averiguar si tu marido va al psicólogo? Yo en tu lugar estaría loca por averiguarlo.

—No me hables de locos, Patricia, que estás poniendo el dedo en la llaga.

—Hoy en día no hace falta estar loco para ir al loquero. Es más, yo creo que es un síntoma de cordura por parte de Ramón. Pero estoy contigo, no me lo imagino haciendo tal cosa.

—¿Cómo podríamos asegurarnos?

—Pues está tirado. Déjamelo a mí.

Y saca Patricia del bolso su teléfono móvil. Llama a información y consigue el número del Centro. Acto seguido lo marca y cuando le responden, con la oreja de Sofía pegada al aparato, explica a su interlocutor:

—Por favor, quería hablar con uno de sus pacientes, Ramón Alarce.

—En estos momentos está en una sesión y no se le puede avisar, a no ser que sea muy urgente.

—¿A qué hora termina?

—A las siete y media, como siempre.

—Ah, claro, es que creía que acababa a las seis y media, perdone.

—Si quiere que le dé algún recado, lo haré con mucho gusto.

—No, gracias, no se moleste. Lo llamaré a su casa por la noche.

—De acuerdo.

—Adiós, buenas tardes.

—Adiós.

—¡Ahgggh! Pero ¿tú has oído lo mismo que yo?

—Pues sí, claro, Sofía.

—¡Es paciente, Ramón es paciente de ese Centro!

—Sí, claro. Es paciente. Y no solo de ese Centro, sino por aguantarte.

—¡Patricia! Te estás pasando. Con tus bromitas estás haciendo que esto parezca un vodevil más que un asunto grave.

—Es que es un vodevil, o mejor aún, un culebrón en toda regla. En cualquier momento alguien saca una pistola y se lía a pegar tiros. Y yo en primera fila de butacas.

—No tiene gracia, Patricia, insisto.

—¿Por qué no tiene gracia? Pero si es genial. Y no sé cuál es la causa de que te pongas así. De hecho, Ramón ha subido varios puntos de golpe en mi baremo de su persona. Tu vulgar y corriente marido, ese que daba asco de puro aburrido y predecible, el que no daba sorpresas, ha resultado tener una doble vida bastante interesante, a mi modo de ver las cosas. ¿No es para celebrarlo? Y con el día de perros que yo traía.

—Tú estás como una chota.

—Eso quisiera yo. Y ahora que me lo dices, tal vez le pida una recomendación a Ramón para que me admitan ahí arriba.

—No te vendría mal, visto lo visto.

—Pero Sofía, ¿en serio que no te parece cachondo? No me digas que vas a resultar más pija y estrecha de lo que parecías.

—¿Qué yo parezco pija y estrecha?

—Un poco sí, pero es pura fachada. Estoy segura.

Tras pronunciar esta última frase, Patricia para de pronto su discurso, medio asustada de los derroteros que está alcanzando, y ensaya una mueca de seriedad, mientras por dentro intenta contener el puro pitorreo que le asoma a la cara sin apenas control. Y entonces Sofía, que se hallaba atascada en su asombro, incapaz de seguir la humorada de su amiga, preocupada de veras, se da cuenta súbitamente de que esta tiene razón, que en el fondo el misterio que encierra la vida de su marido es para relativizarlo y darle un poco de cancha al sentido del humor, y contagiada de la juerga de Patricia, al cabo se echa a reír a carcajadas, mientras la detective hace lo propio toda vez que ve que Sofía se ha distendido finalmente. Así que durante un buen rato se parten de risa las dos, como dos niñas pequeñas enteradas de algún secreto de los mayores, y Patricia siente por un momento que todo sigue igual, que nada ha cambiado entre ellas, al tiempo que su triste

experiencia como testigo del encuentro de Sofía con Jorge se va perdiendo en la bruma de lo irreal, difuminado en el horizonte de su excitación, cancelado por completo su efecto durante esos instantes en que se miran a los ojos risueñas y ya solo es testigo del embrujo de Sofía.

—Hablando de otra cosa, ¿te he dicho ya que estás muy atractiva con ese bigote y esa visera?

—Creo que sí, pero me gusta oírlo por duplicado, y si puede ser, también en estéreo.

—Si quieres te lo digo a dos voces. Como una ventrílocua. Una voz que me salga de la boca y otra de la barriga.

—Con la de la barriga me conformo. A ver cómo te lo montas.

—Siempre te puedo hacer la danza del vientre a cambio.

—Con esa peluca rubia se me hace un poco raro, porque más pareces una buscona de lujo que la tópica danzarina turca, pero me excita la idea de contemplar tu vientre temblón al ritmo de músicas orientales. Si quieres nos vamos a mi casa, a seguir la juerga. Tengo una botella de champán francés en la nevera, regalo de un cornudo contento.

—No me tientes, no me tientes, traicionera.

—Es que en el fondo siempre me he querido tirar a una rubia.

—Como en las pelis de detectives, querido.

—Sí, muñeca.

Pero Sofía no deja arrancar a Patricia todavía, y le agarra el lóbulo de una oreja cariñosamente, tan fascinada por el disfraz masculino que oculta a la otra su verdadera feminidad que se olvida de que es realmente una mujer y que están en plena calle, por donde los transeúntes no paran de circular. Y la agarra ahora por la corbata y la atrae hacia sí, animada por su propio disfraz, que le permite representar un papel nunca probado, el de rubia fatal seduciendo al detective, casi convencida de su transformación, tan veraz resulta el aditamento que ha procurado Patricia para seguir a Ramón. Y finalmente Patricia, que no es de piedra, hechizada por la representación de Sofía y por sus alardes de seductora empedernida, le ciñe con la mano un hombro y le remata un beso en mitad de los labios, al más puro estilo del cine negro.

—Ya no me quedan más que recuerdos. De su sonrisa. Tenía una sonrisa preciosa, y se le encendían los ojos y se le ponía una arruguita encantadora en las comisuras de la boca, y sé que todavía voy a llorar mucho su ausencia. Lo sé. Creo que lloraré hasta que me muera. Me moriré llorando su muerte. Una muerte enlazada a otra muerte, como una cadena inacabable.

—O no. Te morirás contenta, si crees en la otra vida.

—Sí, claro que creo. Y tal vez tengas razón, Jorge. Quizá muera contenta, animada por el reencuentro.

—Ese es el aliciente de la muerte.

—Y también el cansancio, el tedio. Porque cuando llevas muchos años a la espalda un buen día quieres descargarlos todos de golpe dejándolos aquí tirados.

—No puedo imaginar ese día. Me da miedo, me cuesta pensar que voy a desaparecer de este mundo. Es una idea que cuando me centro en ella me da un vértigo horroroso.

—Claro, Judith, es lógico en tu situación. Acabas de empezar a vivir.

—Y tengo unas ganas locas de disfrutar de la vida, Ifigenia.

—Pues ese es el mejor antídoto contra la muerte. Yo creo que nadie que quiere vivir puede morirse.

—A veces te mueres sin querer.

—No estoy tan segura. Aunque os parezca una burrada, creo que en toda muerte hay una opción de libertad decisoria, de libre albedrío, incluso en los accidentes.

—Resulta duro imaginar, en muchos casos, que el muerto se decidió por el más allá antes que por este planeta.

—¿Qué sabemos en realidad de la gente que nos rodea? ¿Qué sabemos de sus sentimientos, de sus penas o alegrías? Cada persona encierra en su interior un arca llena de incógnitas, junto con sus claves, que nadie conoce y que a veces ni siquiera están al alcance del propio interesado. Es como la caja negra de los aviones.

—Sí, pero la caja negra de los aviones se puede abrir y averiguar qué pasó, Jorge. Esa es la diferencia.

—Ya, pero es que nosotros no somos aviones.

—Y también los aviones vuelan, y hacen piruetas y hasta se ponen del revés.

—Igual que las personas.

—A mí la vida se me pone del revés muchas veces.

—A mí lo que se pone es el mundo del revés. Y yo sigo del derecho y no comprendo nada. A veces todo es tan complicado que no me entiendo ni a mí mismo.

—Sí, Ramón, yo siento exactamente lo mismo.

—¿Y cuál es la solución?

—Pues tal vez pase por darse uno también la vuelta y probar a ver el mundo desde esa perspectiva.

—¿Boca abajo?

—Bueno, ¿y por qué no?

—La sangre se te acumula en el cerebro, y así no se puede pensar en condiciones.

—Mejor.

—¿Mejor? Tú estás como una cabra, Jorge.

—Cualquier remedio que sirva para embotar la mente tiene que ser bueno a la fuerza.

—Pero sin mente no vas a ningún lado.

—¿Dónde está escrito?

—Es tan obvio que no necesito referencias.

—Pues yo creo precisamente que el problema está ahí, en toda la bibliografía que existe sobre la materia, y en la tendencia que tenemos los humanos a tragar todo lo que se nos dice sin haberlo previamente comprobado.

—Porque hay conocimientos que son verdades por principio.

—Yo cada vez creo más en el empirismo. En la prueba está la respuesta, y si no te vale, siempre puedes volver a tu estado inicial.

—Hay cosas que son una necedad antes de siquiera intentarlas, Jorge.

—Mira, te voy a exponer mi caso personal, por si te sirve de algo, por si os sirve a cualquiera de vosotras.

—Me tienes totalmente intrigada.

—Pues de mí no esperes grandes aspavientos.

—Ya lo sé, Ramón, tú eres escéptico e incrédulo porque la vida te hizo así.

—Porque no hay otro modo de supervivencia.

—Prosigue, Jorge, que a este paso nos quedamos sin saber nada.

—Bueno, pues mi caso personal, como os explicaba, es un ejemplo que puede avalar mi teoría.

—Sí, lo de que hay que ponerse al revés.

—Pero Aída, mujer, no interrumpas. Que a ti te interesa más a que a nadie, porque mira lo bien que te vendría mirarte al espejo y verte al revés, o sea, en lugar de verte gorda, verte delgada, hecha un fideo, que es como verdaderamente estás.

—¡Ah! Pero ¿en eso consiste tu teoría, Jorge?

—En cierto modo sí.

—Cuéntalo de una vez, por favor, y los demás a ver si podéis estar callados.

—Como todos sabéis ya, vine aquí porque tuve una crisis existencial…

—¿Qué es existencial?

—Pues existencial es propio de la existencia, Dafne.

—Ya. ¿Y qué es una crisis propia de la existencia?

—Pues lo que voy a contar ahora, si me dejas, preciosa.

—Vale, vale, ya me callo.

—Así que tuve una crisis existencial por la que un buen día me levanté convertido en poeta.

—Sí, mira, Jorge, nunca me atreví a decírtelo, pero es que ese asunto tuyo de la poesía siempre me ha parecido increíble.

—Vaya, otra incrédula. A este paso no llego ni al principio de mi historia. Pues es ciertamente posible, Judith, porque lo mío es verídico. Y existen otros casos parecidos e igualmente inexplicables desde el punto de vista científico. Bueno, miento, se les ha dado una interpretación más o menos válida. Por ejemplo, se conoce el caso de una mujer que un buen día se levantó hablando francés a la perfección, y no sabía una palabra de ese idioma.

—¿Y cómo es eso posible?

—Bueno, la explicación que se dio al fenómeno, científicamente hablando, fue que esa mujer, cuando era un bebé, había estado unos meses al cuidado de una niñera francesa. Pero eso no es suficiente para justificar que hablara francés con toda fluidez, y además tampoco aclara por qué estuvo años sin ser consciente de que conocía esa lengua.

—¿Y tú qué crees que pasó verdaderamente?

—No tengo ni la menor idea. Pero quienes creen en la existencia de vidas anteriores aportaron una información diferente. Sometieron a aquella mujer a un proceso de hipnosis y llegaron al

resultado de que había sido un monje francés en una antigua reencarnación.

—¡Vaya historia! Eso no hay quien se lo trague.

—A mí me suena a ciencia ficción.

—Me da igual que os lo creáis o no, y yo mismo tampoco sé si me lo acabo de creer del todo, pero si algo he aprendido es que los parámetros de lo real son un mero prejuicio de nuestras mentes, al que es absurdo y reaccionario someterse. Así que prosigo. Lo cierto es que me dio un ataque de poeta y me asusté muchísimo, porque mi vida inició un cambio radical por ese hecho. Tenía miedo a salir a la calle, a hablar con mi familia y amigos, con mis compañeros de trabajo, con toda la gente que me conocía. Ninguno esperaba semejante metamorfosis en mí. Y empecé a experimentar la reacción de los demás ante ese cambio mío, lo cual me enseñó mucho acerca de cada persona, y sobre las razones que animaban a unos y otros a buscar mi compañía o a quererme y apreciarme. Algunos enfriaron su amistad, otros me rehuían claramente y otros siguieron a mi lado sin mayores problemas, y hasta riéndose del asunto. El caso es que me apunté a venir aquí porque no tenía claro qué me estaba pasando, y quería averiguar la verdad. Ahora sé que la verdad importa poco, que lo que importa es cómo me siento y lo que he conseguido. De alguna manera ha sido como un experimento para conocerme mejor, y de paso conocer mejor a los demás. Y lo vivo como una necesidad que estaba escondida dentro de mí, y que salió como pudo, en figura de poesía, como podía haber salido en figura de música o de ingeniería espacial.

—O sea, que te pusiste del revés.

—Sí, de algún modo sí. Me salió el lado poético, como contraposición a lo prosaico de mi realidad, y para mí era peor que una alergia cutánea en plena cara. Al principio lo rechacé, porque me alteraba la existencia, y yo lo veía como una amenaza a mi vida, como un intruso que se había apoderado de mí. Pero ahora sé que me pertenecía hasta el último verso que me salía por la boca, y que esa faceta poética era tan mía que me daba miedo enfrentarme a ella, aunque he tardado en darme cuenta de esa certeza.

—Sin embargo ya no dices versos como antes.

—Claro, porque he conseguido encontrar el equilibrio, y aunque no hablo en verso descontroladamente, mi forma de expresarme ha

cambiado. Ahora intento hablar desde el corazón, y eso ya es poesía en sí misma.

—A mí me gustas así, Jorge.

—Gracias, Ifigenia, tú también me gustas así.

—Pero sigue con tu historia, Jorge, que queda poco tiempo.

—Sí, continúo. También había soñado que me rechazaban en el más allá, incluso en el infierno no tenía lugar. Y el tipo que decidía en la puerta a quién dejaba pasar y a quién no, me dijo que tenía que ganarme el derecho a la entrada. En un principio yo no entendí el significado de todo aquello, pero lo cierto es que, a pesar de ser una fantasía de mi imaginación, me llenó de zozobra y angustia. *A posteriori* me di cuenta de que tenía que ver con los sueños que yo había enterrado, los sueños que había dejado de cumplir en mi vida. Y encima me sentía embarazado, como si estuviera preñado y llevara en mis tripas a una mujer extraña, a la que tenía que dar a luz como fuera. Recordé que cuando era todavía un adolescente me había enamorado locamente de una chica de mi clase y que nunca me había atrevido a declararle mi amor, por vergüenza y timidez. Esa chica vivía dentro de mí desde entonces, como un símbolo de lo que nunca había sacado de mi interior, de a lo que nunca había dado vida, y era algo así como un quiste enorme e incómodo que debía operarme o morir en el intento. Y de esta forma me decidí a llamarla después de veinte años de no saber nada de ella, sin conocer sus sentimientos hacia mí, aceptando el riesgo de afrontar un proceso que en su día no emprendí.

—Ya, y esa es la tal Sofía. Eso ya lo sabemos, Jorge.

—Bueno, eso ya lo sabéis, y en realidad lo sabéis todo, pero estoy haciendo un análisis en conjunto de lo ocurrido.

—¿Y a dónde quieres llegar?

—Quiero llegar a la actualidad. Pero aún falta.

—Pues venga, que no tenemos todo el día.

—El caso es que la llamé, y a pesar de que estaba casada, nos citamos y me lie hasta el tuétano con ella en una relación complicada pero maravillosa. Eso también lo sabéis. Y lo que yo sentía era una plenitud especial. Era la sensación de estar visitando el lugar de mis sueños. Era estar por fin pilotando mi avión por el cielo adecuado. Nuestra compenetración era inmensa, y hacer el amor con ella, un placer que convertía el cuerpo físico en un

microcosmos donde contábamos con todo lo necesario para hacer de la felicidad algo más que una mera abstracción. Y a través del lenguaje investigábamos nuestras almas y recuperábamos el tiempo perdido de nuestros dieciséis años.

—¡Qué bonito! ¡Cómo me gustaría sentir algo así, Jorge!

—Pero al mismo tiempo yo he mantenido una relación paralela con otra mujer. Y todavía la mantengo.

—Sí, claro, Alicia, la bróker.

—Efectivamente, Alicia. Y con Alicia es distinto. Es como si con Sofía viviera el pasado y hubiera logrado cumplir los sueños del pasado. Mientras que con Alicia estoy viviendo el presente. Es como si hubiera necesitado liarme con Sofía para poder vivir ahora otra historia de amor sintiendo que puedo sacarla adelante, intuyendo que puede salir bien. Porque antes de Sofía todas mis relaciones acababan en el fracaso más absoluto.

—Entonces, ¿eso significa que prefieres a Alicia antes que a Sofía?

—En cierto modo sí, aunque parezca que se contradice con todo lo que he dicho hasta ahora. Porque la relación con Sofía me ha proporcionado mucho placer, pero también mucho sufrimiento. Pero era un sufrimiento necesario, y a través de él he conseguido pasar a un estadio distinto, más avanzado, más sabio, que me va a permitir construir con Alicia una relación desde el presente. Porque con Alicia ya no empiezo desde cero, como iniciaba todas mis relaciones frustradas, sino desde Sofía.

—Pero entonces, ¿dónde quedan tus sueños? Renunciar a Sofía ¿no es renunciar de nuevo a tus sueños?

—Ese es el quid de la cuestión. El hecho es que los sueños se renuevan, y a un sueño cumplido sigue otro nuevo sueño por cumplir. Y mi teoría es que si no vamos cumpliendo los sueños antiguos estos se van quedando enquistados, ocupando el espacio de los nuevos, sin salir unos ni otros, provocando un atasco que se anuda a las tripas e impidiendo la felicidad como resultado final. Así el estómago se hincha y se embaraza uno y hasta que no se alumbra lo gestado no hay nada que hacer. Y los sueños parece que llaman a ser paridos por orden de llegada, y los antiguos claman por salir, y si no se atiende su demanda impiden que se generen los siguientes.

—Vamos, que los sueños piden turno como en la pescadería.

—Algo así. Y por eso mi renuncia de Sofía no es tal, pues en realidad y aunque tarde, porque ya tengo casi cuarenta años, acabo de cumplir mi sueño de la adolescencia, y una vez logrado siento que durante estos veinte años que me separan de entonces se han ido forjando en mi interior otros sueños a los que atender. Y en esos sueños se incluye Alicia.

—Pues yo no entiendo nada. Porque aunque sea un sueño antiguo el que has vivido con Sofía, un sueño del pasado, lo cierto es que en el presente eres feliz con ella. ¿Por qué no luchar por Sofía entonces? ¿Por qué cambiarla por Alicia?

—Precisamente esa ha sido mi lucha constante. La duda entre una y otra durante estos últimos meses. Pero finalmente he llegado a una conclusión de la que estoy convencido, y he decidido apostar por Alicia.

—Pero siempre has contado que Alicia es menos interesante que Sofía.

—No es eso exactamente, aunque pudiera parecerlo. Es cierto que Sofía es un volcán, una caja de sorpresas y un mar de aventura toda en uno, es cierto que con Sofía he escrito las páginas más hermosas y sentidas de mi existencia, en muy poco tiempo y con letra muy apretada, porque había mucho que decir y que escribir, y eso lo guardo grabado en el diario de mi vida, como un tesoro imborrable, para siempre, para leerlo a solas en los años venideros. Pero también es cierto que Sofía representó mi ideal de la mujer perfecta durante décadas, sin yo ser consciente de ello, es decir, de alguna forma se trataba del ideal que yo me había fijado como estereotipo, el que buscaba compulsivamente en cada mujer seducida, sin haber comprobado de forma fehaciente que era el que a mí me iba, en el que yo encajaba. Y sin embargo existe otro ideal en mí, que he visto después, y que no es otro que el ideal real, el que verdaderamente me pide el cuerpo. Y no he estado en disposición de saberlo hasta ahora, hasta probar con Sofía.

—¡Vaya cacao!

—Sí, un cacao que por fin creo haber logrado desembrollar. Y todo tiene que ver con lo que creemos que somos, con la imagen que tenemos de nosotros mismos, y que en muchas ocasiones no coincide con nuestro verdadero ser. Y hasta que uno no se conoce a

sí mismo, por lo menos un poco, no es capaz de dilucidar la diferencia entre el ideal estereotipado y el ideal real.

—¿Y qué tiene Alicia, si puede saberse, para ser tu ideal real?

—Pues ahí está, que no sé decirlo con exactitud, y esa es la pista mayor de que se trata del verdadero. Porque no sé definirlo desde la razón. No sé dar la explicación justa, como me pasa con Sofía. A Sofía la sé describir y a Alicia no. Pero mi corazón me lleva directamente desde Sofía a Alicia. Es decir, siempre acaba en Alicia.

—Tal y como lo expresas pareces enamorado de Alicia. Pero ¿qué va a pasar con Sofía entonces?

—Sofía tiene su asignatura pendiente todavía, y no soy yo. Conmigo ha vivido una experiencia similar a la que acabo de contaros, y ahora tendría que arreglar su matrimonio, porque aunque no lo sepa, ella está enamorada de su marido. Ese hombre que es para ella difícil, intrincado e imposible, y que, por cierto, se parece a ti, Ramón. De hecho se llama como tú, y piensa como tú. Tan romántico como una lechuga podrida en un vertedero, tan sordo al amor como un buzo sumergido a trescientos metros en el océano, observando el fondo marino mientras su mujer se ahoga en la superficie. Un hombre al que ella niega el sexo como única salida a su incomunicación.

—Pues sí, Jorge, esa descripción sería propia de mi Sofía. Si tuviera que imitarla no me saldría tan apropiadamente. Y oye, muchas gracias por el retrato que me cae de propina, pero eso que dices es falso, completamente falso. Ni soy sordo ni buzo ni lechuga podrida. Soy tan sensible como tú, que te las das de comprensivo y buen entendedor de mujeres, que pareces un angelito que no ha roto un plato ni ha matado una mosca en su vida, y que andas tirándote a las esposas de otros.

—Vale, Ramón, acepto la parte que me toca. Pero independientemente de eso, me quieres explicar entonces ¿por qué tu mujer ya no hace el amor contigo?

—Pero ¿de qué Sofía hablamos, de la tuya o de la mía?

—De las dos, porque son como dos gotas de agua.

—Pues la tuya es tuya y tú sabrás, pero la mía es una caprichosa y no puedo transigir con sus peticiones y exigencias, porque me perdería a mí mismo.

—A cambio de no perderte a ti mismo la perderás a ella.

Además, ¿qué demonios es eso de perderte a ti mismo?

—Pues que me quiere como soy o nada. Yo no voy a cambiar para darle gusto. Eso es a lo que me refiero cuando digo que me perdería a mí mismo. Tendría que cambiar, y yo soy como soy, y a mucha honra.

—Ya, te volverías marica.

—Tú lo has dicho, Jorge, que hoy estás sembrado, chico.

—El marido de mi Sofía también tiene miedo a la homosexualidad. Parece una epidemia.

—Es que ella me ha engañado. Si quería un marica haberse casado con uno.

—Perdonad que me meta, pero está claro que te quería a ti, Ramón, y por eso se casó contigo y no con otro. Pero el amor es una cosa y las necesidades reales de quienes aman son otra. El amor es un hecho, es como una música de fondo, la banda sonora de la relación. Y luego está el ser humano pidiendo a gritos que se le escuche, que se le comprenda, que se le trate con altruismo. La generosidad es el complemento del amor y no por ello uno se pierde a sí mismo. Das porque amas, y a cambio también recibes. En ese sentido el amor es generoso e interesado a la vez. Pero también es lo justo.

—Si no te digo que no, Ifigenia. Pero es que ella tampoco me da lo que le pido.

—Claro, y por eso estáis tan distanciados, porque cada uno espera del otro generosidad, y mientras no la encuentre se mostrará mezquino con el otro. Es como un círculo vicioso que alguno de los dos tiene que romper.

—También podíais sentaros a hablar y llegar a un acuerdo.

—Pero eso es muy frío. Es como negociar con el amor, que es lo más sagrado.

—La vida es puro negocio.

—Y digo yo, el amor también se acaba, ¿no? ¿No puede ser que Sofía y Ramón ya no se amen? ¿Eh? Porque a lo mejor estáis empeñados en sacar adelante una historia que huele a muerto desde hace tiempo.

—Por supuesto que el amor puede acabarse, Judith. Pero eso es Ramón quien tiene que sentirlo. Y no parece que esté muy convencido. Prueba de ello es que decidió venir a terapia para

salvar su matrimonio, y que sigue dándole vueltas al asunto como si no hubiera terminado en absoluto. ¿No es cierto, Ramón?

—Pues te confieso que muchas veces lo dudo, y eso te lo he comentado en varias ocasiones a ti misma, Judith. Tú sabes más que nadie de mi incertidumbre. ¿Cómo saber si ya no amas a alguien? ¿Existe alguna fórmula para enterarse? Porque yo no me aclaro.

—El mero hecho de que dudes ya es una pista para pensar que todavía quieres a tu mujer.

—O no. Porque lo cierto es que es difícil reconocer esa verdad y aceptarla, y más difícil todavía tomar la decisión de separarse.

—Yo creo que la mejor prueba es el estómago.

—¿El estómago? ¿Qué dices? Tú has perdido el juicio, Dafne.

—De eso nada, Judith. El estómago es el órgano más sincero de nuestro cuerpo.

—Pues tú dirás, entendida.

—Sí. Mira, te lo cuento. Si cuando ves a tu pareja te dan náuseas y quieres vomitar es que ya no estás enamorada. A mí me pasó con Jacinto. Un buen día lo miré y me tuve que ir corriendo al baño a vomitar. Para mí fue la prueba más auténtica de que ya no amaba a Jacinto, y decidí dejarlo.

—Pues a mí Sofía no me da ganas de vomitar, pero a veces querría matarla.

—Eso es pura rabia e impotencia porque no consigues lo que quieres. Y en lugar de hacerte cargo de tu deseo la haces responsable a ella.

—Esto es una verdadera mierda. Y me siento incapaz de salir de este laberinto.

—Pues vosotros diréis lo que queráis, pero yo creo que Ramón ya no está enamorado de Sofía, ni ella de él. Y cuanto antes lo aceptes, Ramón, más pronto empezarás a rehacer tu vida.

—Sí, claro, contigo, ¿verdad, Judith?

—Conmigo o con quien sea, Aída. Y si es conmigo, ¿qué tiene de malo, vamos a ver? ¿Qué tengo yo de malo que todos estáis contra mí?

—Que eres una harpía dispuesta a quedarte con Ramón a toda costa. Y Ramón está casado, que parece que siempre te olvidas de ese pequeño detalle.

—Bueno, ¿y qué? Jorge también se ha liado con una mujer

casada y aquí a todos os parece genial. Incluso lo habéis animado a luchar por Sofía.

—Porque es diferente. Jorge nos habla de una mujer que no conocemos, mientras que Ramón es uno más del grupo, al que podemos escuchar en directo, de viva voz, y con el que hemos establecido ciertos vínculos afectivos.

—Y si la tal Sofía fuera en realidad la mujer de Ramón, y Jorge hubiera querido quitársela, ¿qué pensaríais entonces?

—Seguiría siendo un problema de Ramón.

—Bueno, pues yo también soy una más del grupo, como Ramón y como Jorge, que padecéis amnesia al respecto. Pero, claro, a mí que me zurzan, ¿no? Yo soy la mujer mala, la víbora, la oveja negra del grupo. La que quiere destruir un hogar feliz. Ja, ja. Porque lo que no tenéis en cuenta es que al fin y al cabo Sofía, la de Ramón, ya ha tenido su oportunidad. Así que es lógico que yo también quiera la mía.

—Estás en tu derecho, Judith, pero jugando limpio.

—Y juego limpio, de eso no tengo duda. Lo que pasa aquí es que sois todos una panda de beatos y en el fondo lo que estáis deseando es que triunfe el amor conyugal, el dichoso cuento de hadas, para poder seguir creyendo en la repugnante mentira del «te querré hasta que la muerte nos separe». La moralina disecada y polvorienta del amor eterno que jamás ha existido sino en la literatura y las películas. Estoy harta de tanta basura y de tanta cursilería. Ya no puedo más. Yo sí que voy a vomitar.

—No es eso, Judith, no te cabrees. No se trata de votar por una idea más o menos bonita o de defender un tópico a costa de una realidad. Lo que pasa es que no tenemos claro que Ramón quiera separarse de su mujer. Eso es todo.

—Pues tú sabrás, Ramón, lo que te conviene. Porque yo me retiro de esta guerra absurda, que no quiero ni por asomo que parezca que estoy compitiendo con una estúpida que no sabe apreciar lo que tiene, y todo por conseguir a ese hombre tan indeciso y falto de opinión propia como el que estás demostrando ser.

—No quiero hacerte daño, Judith. No quiero que sufras por mi culpa. Bastante estoy pasando yo con esto como para que tú tengas que pasar por lo mismo. Es mejor que te olvides de mí.

—¿Olvidarme de ti? ¿Cómo puedo olvidarme de ti? ¿Tú crees que el afecto tiene un mecanismo de apertura y cierre que se maneja al antojo de uno? No, Ramón, no. Yo no puedo olvidarme de ti. Tendrán que pasar meses hasta que pueda siquiera plantearme empezar a dejar de pensar en ti cada segundo de mi existencia. Pero el olvido ya es otra cosa, se trata de otro grado más avanzado de la escala de la separación. El olvido es materia de un curso posterior. El que trae poco a poco, sutilmente, el paso de los años, con sus cuatro estaciones repetidas hasta el infinito.

—Judith, no conocía la intensidad de tu sentimiento, y tus palabras me asombran y me emocionan. Creo que no he sabido quién eras hasta esta misma tarde.

—¿No has oído antes a Jorge? Cuando hablas desde el corazón las palabras surgen de otra manera. Y no puedo negar lo que siento ni acallarlo por más tiempo. Y mi amargura es ahora mismo tan grande como el cariño que te tengo.

—Quisiera hacerte feliz, Judith, pero no sé cómo. Estoy tan perdido como tú.

—Te equivocas, Ramón, yo no estoy perdida. Nunca he estado tan segura de lo que digo y de lo que quiero como en este mismo momento. Yo te quiero, y con esta verdad temblándome todavía en los labios me marcho ahora mismo de aquí, haciendo mutis por el foro como en una tragicomedia que está a punto de finalizar. Cae el telón para mí.

—Yo voy contigo, Judith. Tenemos que hablar. Esto no puede quedar así. Tenemos que hablar, Judith.

Y ese beso embriagador sigue su curso, detenido un instante que parece un siglo, protagonizando la fusión de las bocas de esa pareja que ocupa un coche aparcado en doble fila, delante de un bloque de oficinas. Un tipo extravagante y una rubia vulgar que se están dando el lote a pleno sol, porque no solo no se ha escondido el astro todavía, sino que se refleja en los cristales de la ventanilla del automóvil con la ferocidad de los últimos estertores diurnos.

—Mira, Sofía, está saliendo Ramón. Disimula y sigue besándome.

—¡Qué morro tienes, Patricia! ¿Desde cuándo se puede besar a

alguien en la boca y mirar lo que está sucediendo a tu espalda al mismo tiempo?

—Pues eso, que me beses y no mires, que ya miro yo por las dos.

—Es que yo también quiero ver lo que pasa.

—Está bien. Date la vuelta con disimulo.

—¿Quién es esa que va con Ramón?

—¿Y yo qué sé? Es la primera vez que la veo, como tú. Será otra paciente, digo yo.

—¡Joder, Patricia! Mira quién sale ahora por la puerta. Mira quién sale. Pero si es Jorge, mi Jorge.

—Sí, efectivamente es Jorge, tu puto Jorge. Y va con otra.

—Y están hablando con Ramón. Están hablando con Ramón, Patricia, ¿te enteras?

—Pues claro que me entero, entre otras cosas porque lo estoy viendo, y además porque me lo repites todo como si fuera idiota o sorda.

—Pero esto es una broma, o un montaje, o qué rayos.

—¿Y yo qué sé? Te vuelvo a repetir que no sé nada de esto. Estoy tan alucinada como tú.

—Eso es que saben que estamos aquí y nos han preparado una encerrona. Date prisa y arranca. Me niego a que me pillen en esta mierda.

—Pero Sofía, si ni siquiera miran hacia aquí. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—No puedo creer lo que estoy viendo.

—Si quieres te pellizco para que puedas comprobar que estás perfectamente despierta y viendo lo que estás viendo. Yo te lo corroboro.

—¡Joder, Patricia! Pero ¿qué coño es todo esto? ¿Qué diablos está pasando aquí?

—Ya ni me molesto en contestarte.

—Están cogiendo un taxi. Ramón y la tipa esa están cogiendo un taxi.

—Sí, y mira al otro lado de la acera. Jorge, tu Jorge, se está montando en un coche con la otra fulana.

—De verdad que alucino.

—Pues decide rápido a cuál de las dos parejas seguimos, suponiendo que no vayan al mismo sitio.

—A Ramón, por supuesto. Seguiremos a Ramón.

—Ponte el cinturón y agárrate, que despegamos.

—Corre, Patricia, que los perdemos. Están torciendo en esa esquina. A la derecha. Corre.

—Vale, Sofía, intenta calmarte un poco, que te va a dar un infarto y vamos a acabar esta carrera en urgencias.

—¿Urgencias? En comisaría, esto lo acabamos en comisaría.

—Estás tú buena. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan histérica?

—Porque no entiendo nada de lo que está pasando y sé que estoy metida hasta las cejas.

—Pero ¿en qué te basas? Puede ser una maldita casualidad. Sencillamente eso.

—No sé por qué lo intuyo. Es un siniestro presentimiento.

—No seas tan negativa, mujer.

—Y ¿qué explicación le das tú a esto, que no me implique? Pero que sea razonable, por favor. No una fantasía de las tuyas, que te veo venir.

—Lo que ya te he dicho, que se trate de una simple y pura casualidad. Pueden haberse conocido todos en el Centro.

—Pues ahora que lo dices, Jorge me dijo que iba al psicólogo.

—¿Lo ves? Seguro que van los dos al mismo.

—¿Y que sea todo obra del azar?

—Todo es posible. Porque lo cierto es que ninguno te ha comentado nada. Y eso es señal de que no saben qué lazo común los une.

—O que lo estén callando.

—¿No estás un poco paranoica, Sofía?

—Sí, sí, paranoica. Esperemos a ver.

—Pues mira, odio darte la razón, pero tu negro presagio parece estar empezando a cumplirse.

—La está abrazando, Ramón la está abrazando.

—¡Vaya con Ramoncito! El de la vida tan predecible que daba asco.

—No me metas el dedo en el ojo, Patricia, te lo ruego.

—Venga, Sofía, no te mosquees conmigo. Intento suavizar la tensión, quitarle hierro al asunto, nada más. Lo siento.

—Mira, mira, ahora ella lo está rechazando y él se retira vencido

al otro lado del asiento.

—Pues no me extraña. Si es un poco lista tendría que darle puerta.

—En eso estoy de acuerdo, que no le arriendo la ganancia.

—Acaban de parar.

—Parapétate detrás de ese coche.

—Ella se baja y Ramón todavía se queda dentro del taxi, probablemente pagando.

—Y mientras, ella cruza la acera y se mete en el portal a toda prisa.

—Y Ramón va detrás de ella pero le ha cerrado la puerta en las narices.

—No lo deja entrar. Ramón se ha quedado fuera dando golpes al cristal con el puño cerrado.

—Ella se mete hacia adentro y desaparece.

—Y Ramón deja de dar golpes resignado. Parece muy abatido.

—Menuda escena. Me parece que aquí se acaba la historia. Creo que hemos asistido a la bajada del telón en primera fila de butacas.

—Eso es lo que tú te crees. ¿Le has visto la cara a Ramón?

—Sí, claro que la he visto. Es el rostro de un hombre derrotado que ha perdido el combate.

—De eso nada, Patricia, guapa. Este solo era el primer asalto.

—Lo cierto es que no se separa del portal.

—Mira, ¿no te lo acabo de decir? Ya está dando timbrazos en el telefonillo.

—Pues me parece que los vecinos de esta casa hoy se quedan sin portero automático, porque esa no le abre. ¿Qué te apuestas?

—No sé qué decirte. Puede que acabe abriendo ante la insistencia de Ramón. Igual solo quiere castigarlo un poco, jugar con él.

—¿Poner a prueba su poder?

—Puede.

—Por cierto, era bastante joven. ¿Te fijaste?

—Por supuesto que me fije, ¿por quién me tomas?

—Solo era un comentario.

—Esa es una lagarta. Está más claro que el agua. La típica mosquita muerta que todavía no ha pillado marido y quiere afanarme el mío.

—Será otra clienta del Centro.

—Claro, y a Ramón le habrá dado mucha pena, y seguro que está queriendo salvarla. Si lo conoceré yo.

—Desde luego, Sofía, estás desconocida. No te imaginaba en pleno ataque de celos, y menos provocados por tu marido.

—No se trata de eso, es que me molesta que jueguen con Ramón. Solo eso.

—Pues parece que no le abre.

—Sí, pero él sigue con el dedo pegado al botón. Esto no me gusta nada.

—Es cierto, no tiene muy buena pinta, porque cuanto más tiempo esté llamando más demuestra que esa mujer le interesa.

—Ya le abre. Fíjate, Patricia, ya le abre. Ramón está entrando en el edificio. ¡Mierda!

—Pues yo creo que es mejor así, porque un hombre frustrado es peor que un hombre satisfecho. Si ella no le hubiera abierto, Ramón se habría quedado con las ganas. Ahora es probable que se reconcilien, hagan el amor y luego él se vuelva contento a casa.

—¡Qué bien y qué bonito! Maravilloso, vamos. El retrato no puede ser más conmovedor. ¿Nos acercamos a felicitarlos, Patricia?

—Chica, perdona, me he dejado llevar por la imaginación. Es que la escena era tan romántica que no he podido evitarlo. ¿Por qué dices que Ramón es un prosaico? Si es puro corazón. Es heroico y sentimental. Y un verdadero encanto. Hay que ver lo que ha aguantado por ella.

—Es que por lo que se ve, Ramón guarda su romanticismo para gastarlo con otras.

—Siempre me tienes a mí, Sofía. Yo te ofrezco mi cariño y me pongo a tus pies, a tus diminutos y hermosos pies.

—Gracias, Patricia, si no fuera por ti estaría camino de la estación para tirarme a las vías del tren.

—¡Qué dramática! Esto es un melodrama en toda regla, y creo que no te va.

—Es cierto, no me va. En el fondo me conoces bien.

—Podría modelar tu cuerpo a ciegas. Pero tu mente todavía se me escapa.

—¿Y mi alma? ¿Qué me dices de mi alma?

—Tu alma va con tu cuerpo. Todo en uno.

—Pues modela mi alma para que yo pueda verla, Patricia, porque ahora mismo llevo orejeras y me siento en la más completa oscuridad.

—También es lógico, Sofía. No todos los días y de un plumazo descubre una que su marido y su amante le ponen cuernos al unísono.

—Porque, ¿tú crees que Jorge está liado con aquella que lo esperaba a la puerta del Centro?

—No es que lo crea, es que por el beso en la boca que le dio al subirse al coche, lo deduje *ipso facto*. No me digas que no te diste cuenta.

—No me fije, la verdad. Estaba tan obcecada contemplando a Ramón coger el taxi que me perdí ese detalle.

—Pensé que lo habías visto. Lo siento, Sofía. Supongo que esto está siendo demasiado fuerte para ti.

—Todo se desmorona ante mí. Todo se me derrumba en un instante. Mi estúpida vida de pacotilla.

—Tu vida no es de pacotilla. Lo que ocurre es que cada uno sigue su curso y busca sus propias experiencias como puede, por donde puede. Y lo mismo que tú, Ramón y Jorge andan buscando su propio destino. Porque todos andamos buscando lo mismo, y buena parte del tiempo trazamos el camino a ciegas, por pura intuición, para llegar al otro lado del túnel, donde podamos ver y comprobar que no hemos equivocado el rumbo.

—¿Y si en realidad lo hemos equivocado?

—Pues no tiene demasiada importancia, porque siempre se puede rectificar.

—Pero eso supone el fracaso.

—El fracaso es una idea inventada por el hombre, y no es real. El fracaso no existe. Se trata de un concepto que solo sirve para acongojarnos y amargarnos el precioso tiempo del que disponemos para intentar ser felices en este planeta. Lo único que existe realmente es el resultado de nuestro intento, el resultado de nuestro caminar por el mundo, que se va sucediendo minuto a minuto, y que no es otra cosa que la vida misma. Pero mientras la lucha continúe, mientras uno siga caminando y siga vivo, nada está perdido y todo, absolutamente todo está por ganar. Sencillamente es la vida la que se va desarrollando delante de nuestros ojos,

pasando por nuestra experiencia, esa vida que no es otra cosa que un río lleno de meandros, en ocasiones cascada peligrosa, y en otras tranquilo o estancado, o rápido y seguro, según el viento y las corrientes.

—Eres tan sabia que me estremezco al oírte. Te quiero mucho, Patricia. Has conseguido que pueda ver mi alma con toda claridad. Y ahora vámonos de aquí, que no pintamos nada en este escenario vacío.

—Tienes razón, no queda ya nadie. Hasta el acomodador se ha ido.

—Déjame en casa, por favor. Lo necesito.

—De acuerdo, amiga.

Esta es la peor parte. El sofá delante de la ventana y yo tumbada en el sofá como una momia embalsamada. Este sofá que hoy es mi féretro, y la sala en penumbra invadida por la noche que se vierte a través de la ventana abierta. El calor sofocante ayudará a pudrirme cuanto antes. Pero he puesto el ventilador, a falta de una refrigeración más sofisticada, por que mi velatorio sea más convincente. Faltan algunas plañideras, familiares aquí y allá, un poco de colorido y llanto por mi persona. No quiero morir tan sola. Pero por hoy ya hubo bastante gente pululando de un lado a otro, desenfrenadamente, delante de mis narices. Toda esa turbamulta salida de un portal en pleno centro. Esa manada de seres en estampida, movidos por resortes extraños, atrapados en su mundo privado, tan próximo a mí pero tan ajeno, tan prohibido a mis entendederas. Y lo curioso es que todos eran piezas del puzzle de mi vida, que he ido recogiendo por el camino; recomponiendo cada fragmento en un orden que me ha llevado al caos. Porque los rompecabezas no hacen sino desordenarse cuando se juntan sus pedazos. Las reglas aparentes, la estructura cabal de la que presumen es un mito. Configuran el mayor de los desconciertos para quien se atreve a aceptar el reto de armar su osario y de ponerle carne y vestiduras. Y una vez armado, el puzzle se hace añicos, estallando como una granada de mano en

el rostro del ejecutor del montaje. De tal forma que cuando las piezas están desperdigadas por la ciudad, haciendo de las suyas, cada una por su lado, son más inofensivas que cuando se te vienen a las manos todas juntas, formando una perfecta pirámide por la que subes hacia la cima del abismo, tan predeterminado el camino que no hay escapatoria opcional, y ya solo queda despeñarte cabeza abajo, como única salida. Y la libertad de que los otros disfrutaban, que no era otra que la misma de que disfrutabas tú, por tu cuenta, para hacer de las tuyas, disimulada en el ancho valle de la ciudad, engullida por las calles, de incógnito, se pierde para todos de golpe, cuando los huérfanos fragmentos del puzzle se juntan para formar un retrato de familia imposible de soslayar, porque se parece tanto a tu vida que negarlo sería como escupirte al rostro en el espejo.

La curiosidad mató al gato, decía mi abuela. Si no hubiera seguido a Ramón esta noche no estaría postrada sobre mi ataúd. Si no hubiera esperado en la puerta de aquellas oficinas esta noche podría seguir soñando. Y en lugar de un bello e inocuo príncipe de cuento de hadas me ha despertado un monstruo de dolor con su beso mordaz y sin sentido, bien servida de espanto, con un mordisco salvaje que se me ha llevado la boca de cuajo, que me ha dinamitado hasta la garganta. Porque ver a Ramón abrazando a otra mujer ha sido un zarpazo, un golpe de martillo, una patada en los ojos. Este par de ojos que mientras miraban al horizonte sobrevivían, y cuando se han distraído para mirar a través del cristal de un taxi, para fijar la vista en un par de pasajeros, se han perdido por siempre, estrábicos en sus órbitas, de ver la realidad por un agujero de la tarde. Y luego un portero automático, que parece que se inventaron para mi desgracia. La tecnología hace estragos en los matrimonios. Habría que analizarlo en profundidad. Porque permiten heroicidades a los amantes que no están al alcance de las parejas oficiales, simplemente porque la llave del portal se lleva en el bolsillo y ya no se puede protagonizar la hazaña de la llamada insistente a pie de calle. Se entra a la casa sin prolegómenos, sin hacer ver que

uno tiene verdaderas ganas de contemplar al otro, de ponerse en sus manos, de entregarse a su cuerpo. Se entra a la casa como de costumbre, y no puede uno quedarse abajo y hacer berrear el timbre hasta la exasperación, y decir «pasaba por aquí», o «tenía tantas ganas de verte», o gritar por el interfono a la desesperada «ábreme la puerta», poniéndose en evidencia, exponiéndose incluso al cotilleo de los vecinos. Todas esas son grandezas de quienes no comparten casa, sino sentimientos. De quienes no se paran a analizar los pros y los contras de cada acción, de quienes llevan el corazón como tarjeta de visita y llaman al telefonillo para vender la enciclopedia del amor al propietario de su deseo. De quienes llevan la pasión de corbata, un poco ladeada pero con estilo, y confían en el grito de su arrebato para resumir en un único sonido gutural toda la locuacidad de la fiebre que los consume, para pronunciar la palabra mágica de apertura de paraísos, un breve abracadabra, a voz en cuello, por la gran oreja del altavoz, y ver qué efectos produce en el oído que escucha desde arriba. ¿Y qué pedernal no abriría ante tamaña vibración, ante tamaño alarido de su enamorado?

Pero yo me pierdo ese estruendo del aparato, porque Ramón tiene llave y porque es mi marido.

—¡Riiiiing, riiiiing, riiiiing! ¡Riiiiing, riiiiing, riiiiing!

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo, Sofía.

—¿Quién?

—Ramón. ¿Quién va a ser?

—¿Qué pasa?

—¡Joder! ¿Qué va a pasar? Que me he olvidado las llaves y el portal está cerrado. Llevo un buen rato llamando. ¿Dónde estabas?

—Tumbada en el sofá soñando que llamabas al telefonillo.

—Tus sueños se han hecho realidad.

—No todos.

—Pues este por lo menos sí.

—Es que mi sueño no era exactamente así.

—¿Y cómo era?

—Insistías mucho.

—Ya te he dicho que me he pasado un buen rato llamando.

—Pero venías deseoso de mí. No de entrar en casa a secas.

—No me disgustaría verte.

—No, pero así no vale. Tiene que ser con pasión.

—¡Me cago en la leche! Pero ¿vas a abrirme o no?

—No.

—¿No?

—No. He dicho no.

—Pero Sofía, ¿a qué juegas?

—A nada. Estoy hablando muy en serio.

—Venga, ábreme, anda, que me vengo meando.

—¡Qué romántico!

—Bueno, la que traigo es una meada sentimental. ¿Te vale así?

—No.

—Como no me abras tendré que mear en la calle.

—Por mí como si te meas por encima.

—Sofía, ¡coño!, ábreme, que me estoy empezando a hartar de tanta tontería.

—Que no. He dicho que no te abro.

—¡Sofía! ¡Ábreme te he dicho!

—No. Ya te he dicho que no.

—A ver, ¿qué demonios tengo que hacer para que me abras?

—Más pasión, más deseo, más entrega. Tú no vives aquí, ni quieres entrar porque te vienes meando. Tú vienes por mí, a verme.

—Pero es que no es verdad. Bueno, en parte sí, ya te he dicho que no deseo no verte. Pero esta es mi casa, nuestra casa, y me vengo meando. Y ya estaría dentro si no hubiera sido porque me he dejado las llaves en la mesita del vestíbulo.

—Pues no te abro.

—Sofía, que la tenemos.

—No me importa.

—Sofía, que te vas a arrepentir de esta broma de mal gusto.

—Habló el finolis.

—Pero ¿qué coño te pasa? ¿Has bebido? ¿O es que sencillamente te has vuelto loca del todo?

—Que estoy harta de esta relación de mierda.

—Y yo. Pero ese no es motivo para no dejarme subir a casa.

—A mí me parece más que suficiente.

—¡Me cago en la leche! ¡A que llamo a la policía!

—No tienes narices.

—¿Que no?

—Que no.

—No. En eso tienes razón.

—¿Lo ves?

—Bueno, y ahora que me tienes en tus manos, ¿qué debo hacer?

—Más pasión, más deseo, más entrega. Ya te lo he dicho.

—Si quieres díctame lo que debo decir.

—Así no vale. Tiene que ser sentido. Mira, te voy a colgar y dentro de unos segundos llamas insistentemente al telefonillo. Yo tardaré un poco en contestar, porque me tengo que hacer la remolona, pero tú no te arredres. Insiste, que finalmente voy y lo cojo. Luego empiezas tu discurso.

—Sofía, ¿pero de qué vas? ¡Tú estás loca! ¡Sofía! ¡Sofía! ¿Sofía?

—¡Riiiiing, riiiiing, riiiiing! ¡Riiiiing, riiiiing, riiiiing! ¡Riiiiing, riiiiing, riiiiing!

—¿Sí?

—Sofía, por Dios, ábreme la puerta que no puedo más.

—¿Quién es?

—Soy Ramón.

—¡Ah, Ramón! ¿Qué haces por aquí?

—Pasaba cerca y he pensado visitarte. ¿Te molesto?

—No, en absoluto.

—Es que no puedo dejar de pensar en ti, en tu cuerpo, en tu boca, en tu mirada. La última vez que nos vimos me dejaste a las puertas del paraíso, y deseo tan ardientemente entrar en él que no he podido dejar pasar más tiempo. Ábreme, por favor, déjame entrar en tu palacio. Ya no puedo resistir más esta ausencia de ti. Quiero compartir esta hermosa noche de verano contigo.

—¡Qué cosas más bonitas me dices, Ramón!

—Eres tú la que me inspiras, Sofía. Si me dejas entrar, subiré corriendo y te tomaré entre mis brazos. Te besaré apasionadamente, como si fuera el último beso otorgado por los dioses antes de

convertir nuestros cuerpos en ceniza enamorada.

—¿Un buen beso de tornillo?

—Un beso de tornillo como nunca te han dado.

—¿Y qué más?

—Te haré mía sobre la alfombra del salón, o en la terraza, a la luz de la luna, sobre el césped artificial. Donde nos cuadre.

—¿Un buen polvo?

—Un polvo inolvidable. El polvo de tu vida.

—Pero no es solo eso, ¿verdad? Quiero decir, no es solo sexo.

—Nooo, claro que nooo. Es mucho más que eso, es la unión espiritual de nuestras almas, y el cuerpo es mero vehículo para lograrlo. Pero ábreme ya, que no aguanto más y deseo tenerte entre mis brazos cuanto antes, porque cada segundo que pasa es un segundo que vivimos por separado, es un segundo que se nos va de las manos, que malgastamos solos cuando podríamos estar disfrutándolo juntos, unidos para siempre en un abrazo infinito.

—Está bien. Te abro.

—¡Alabado sea el Señor!

—Pero con una condición.

—¿Una condición? ¿Cuál?

—Que se cumpla todo lo que has dicho.

Ramón ha dejado la cartera en el suelo, entre el marco y la puerta, para que esta no se vuelva a cerrar. Y acto seguido se dirige al hueco entre dos coches que le queda más cerca. Luego se baja la bragueta y por entre la abertura del calzoncillo extrae el órgano reventón y mea con ansiedad enfermiza, regando la acera con más ímpetu que la manguera de un bombero en situación de emergencia. Cuando acaba la faena se abrocha la cremallera y se desploma sobre el capó de uno de los coches, a modo de improvisada taza de retrete, agotado por la tensión de aguantar la meada y con la mente un poco más lúcida para pensar en el segundo problema por resolver. Menudo día lleva, entre Sofía y Judith lo van a volver majara. Las mujeres producen un estrés insuperable. Tanto que Ramón casi añora los momentos más agobiantes del bufete, cuando tiene tres o cuatro casos en el mismo día, y el despacho se le llena de gente alterada y los teléfonos no

dejan de sonar. Si no fuera porque no tiene las llaves, se iría corriendo al bufete y se exiliaría en su interior, y las otras que se apañaran sin él.

Lo peor del caso es que seguro que se apañaban. Siempre sale algún alacrán de debajo de las piedras que se hace cargo de tu mujer y de tu amante. Eso lo sabe bien Ramón, que trasiega con divorciados cada semana, y ha visto como el mundo se reorganiza a marchas forzadas cuando el amor se ha podrido. Es un axioma ecológico. Siempre hay algún bicho que se come los despojos que abandonas, si es que no te roba la comida antes de que hayas podido probarla, reventado todavía por el esfuerzo invertido en conseguirla. Sí, eso está claro. Sofía y Judith se apañarían perfectamente sin él, no lo necesitan para sobrevivir. Son dos mujeres fuertes, seguras de sí mismas, capaces de procurarse el sustento y el macho. Ni siquiera Judith, que parecía tan frágil y tan perdida, lo necesita. No, las mujeres son estresantes porque no lo dejan hacerse el héroe y salvarlas. Van equipadas, armadas hasta los dientes, con la mochila llena de artilugios de supervivencia, y encima, si Ramón se descuida, son ellas las que en un momento dado lo salvarían de morir en las fauces de una fiera o de caer por un barranco. Pronto serán ellas las que cuelguen los cuadros y hagan el bricolaje casero. Las que armen la estantería por piezas, las que instalen un punto de luz o cambien un grifo del lavabo del cuarto de baño. Y Ramón no sabe relacionarse con damas a las que no hay que proteger, con damas que no lo necesitan.

Judith le ha puesto los puntos sobre las íes. Quiere que deje a su mujer. Quiere que viva con ella. Han tenido una conversación brutal. Pero no ha sido brutal porque Judith se haya puesto como una energúmena, exigiendo a gritos sus derechos y enarbolando el rodillo de la masa delante de sus narices, sino porque desde la dulzura y el amor más arrobado, desde la presión de una mirada llorosa y enamorada, ha sustentado todos y cada uno de sus deseos con razones de peso específico. Es normal que Judith quiera lo que quiere. Y en el fondo Ramón se siente halagado. El amor de una mujer siempre tiene algo de divino, de mágico. La mujer vive el amor desde el éxtasis y la entrega. Se trata de un momento trascendente. La mujer, como la leona que sale a buscar comida para la prole, lucha con una ferocidad sobrehumana por conseguir

la presa objeto de su elección amorosa. Se deja la piel en el intento, y las motivaciones importan poco en ese instante en que ella se pelea con uñas y dientes para obtener lo que ansía. Ramón respeta a una mujer que ha decidido que va a por un hombre y pone en marcha todos los mecanismos de que dispone para atraparlo. Lo entiende bien, porque aunque se trate del amor eso es la guerra. Otra vez la guerra. La vida en pie de guerra. Eso lo entiende bien Ramón.

Pero él está casado, y como muy bien decían esta tarde sus compañeros de terapia en la consulta, no está seguro de no querer ya a su mujer. Se lo ha explicado a Judith y ella argumentaba que era un cobarde, que no se atrevía a dar el paso de romper con ella. Eso también lo entiende. Él diría lo mismo si se tratase de su felicidad. Y en estos momentos entiende mucho mejor a Judith que a Sofía. El camino de Judith es diáfano, mientras que el de Sofía es un estanque enfangado. Por las venas de Judith corre la sangre de una guerrera dispuesta a dejarse el corazón en la empresa de conquistarlo. Por las venas de Sofía, sin embargo, ¿qué corre? Es como si Sofía no tuviera sangre en las venas, como si, alimentada de ideas, viviera de la más pura abstracción, hablando siempre de sentimientos y conflictos interiores sin materialización física, hechos de nada, ni siquiera de aire, porque el aire es un gas que por lo menos llena las venas de algo. Pero Sofía es un ser humano, mal que le pese a ella misma, y tiene que vivir de alguna materia. No puede soslayar sus necesidades, sus deseos físicos. Por eso le cuesta tanto trabajo a Ramón creerse que Sofía no mantiene relaciones sexuales. Pensar en Sofía como en una monja entregada al celibato le pone los pelos de punta. Casi prefiere imaginársela con otros antes que negada al placer por completo. Como la Sofía de Jorge. Pero si está con otros, ¿por qué le monta entonces ese número por el portero automático? ¿Por qué le viene a estas alturas con esa movida alucinante? ¿Se habría curado? ¿Habría vuelto a ser como era antes, cuando él la deseaba más que a ninguna otra mujer y el sexo con ella era como un bálsamo que le curaba todas las heridas que traía de la guerra, de su guerra constante con el mundo? ¿Se habría producido el milagro que él esperaba?

Sin el sexo Ramón no podía vivir. Desde que se produjo el alejamiento sexual de su mujer se había sentido como un enfermo al

que un mal día desconectaran el respirador artificial. Y Sofía era la enfermera cruel que había apretado el botón de parada y lo había despojado de la mascarilla de oxígeno. Por eso Ramón se había buscado la vida en los brazos de una nueva enfermera. Pero nunca había dejado de sentir la crueldad de Sofía como un fracaso propio. A él le gustaba la enfermera primigenia; se había enamorado de ella cuando era solícita y cariñosa, y se entregaba a su pasión desnudándose la bata y quedándose en ropa interior y liguero, y luego lo amaba por entre las sondas y los tubos de plástico y le daba salud con su cuerpo y sus caricias y lo devolvía a la vida haciéndole el boca a boca apasionadamente, de cada vez. De seguir todo así, él jamás hubiera emprendido la búsqueda de otra mujer, y si supiera que todo iba a ser como antes, se volvía con Sofía sin dudarlo.

Ramón era un hombre de costumbres. No buscaba la novedad compulsivamente; antes bien, si encontraba un lugar acogedor, allí se aposentaba de por vida, sin el menor deseo de cambio. La parte del mundo desconocido y ajeno le producía una suerte de rechazo, una falta de interés absoluta, ni la más mínima gana de investigación o curiosidad morbosa. Ajeno a la provocación de lo oculto y de lo misterioso, prefería vivir a pleno sol, allí donde las cosas eran lo que aparentaban ser, y sus indagaciones siempre se dirigían al terreno de la ciencia, donde todo se basaba asimismo en el peso de la lógica, donde todo tenía una explicación racional más allá del lado incierto y oscuro del universo.

Por eso ahora se debatía a las puertas de casa, entre la clara Judith, y sus claras intenciones, y su claro ser, y la oscura Sofía, y sus oscuras intenciones, y su oscuro ser. Y cuando pensaba en la clara Judith, nada le aseguraba que no se metamorfosearía en la oscura Judith andando el tiempo, del mismo modo en que la antigua clara Sofía se había convertido en la oscura Sofía de los últimos meses. Y eso lo deshacía en un mar de cábalas, y le impedía tomar ninguna decisión definitiva. Porque Ramón odiaba la oscuridad, ya desde pequeño la odiaba. De niño había dormido siempre con la luz encendida, hasta que un buen día decidió que se hacía mayor de golpe y que no habría más lámparas luciendo en su habitación que le recordaran su cobardía. Y con esa orden tajante de su cerebro había creído conjurar toda la negritud del mundo, hasta aquella sombría actualidad, que ahora lo precipitaba contra

sus propios fantasmas de antaño. Conforme Ramón trasladaba inconscientemente el miedo de su infancia a las puertas del presente, se daba cuenta de que en realidad lo había acarreado siempre consigo, de que a pesar de su negación de la oscuridad en época temprana, siempre había estado allí, como telón de fondo de sus vivencias. Y se daba cuenta también de que ese miedo era en cierto modo anacrónico, era una carga del pasado sin vigencia en el ahora, y en apariencia tan real que le frustraba toda posibilidad de avance, de conversión, de probar algo diferente. Porque Ramón ya no era un niño, sino un ser adulto, con mayores recursos para salir adelante, y sin embargo la sombra de aquellos años se le solapaba en el momento actual, dejándolo indefenso como entonces.

Así que la clara Judith, predispuesta por los fantasmas de Ramón a convertirse en la oscura Judith con el tiempo, se iba desvaneciendo en su mente para mostrar a la oscura Sofía como el siguiente paso de su historia. ¿Para qué volver a empezar con la clara cuando con la oscura tenía una parte del proceso andado? Porque cuando Judith se volviera oscura, tendría que cambiar de pareja o solventar sus miedos de una vez por todas. Y Ramón no se veía cambiando de pareja cada década de su existencia. Podía, sin embargo, probar con Sofía a apagar la luz y afrontar la oscuridad como otra forma de vida, o podía incluso conseguir que la oscura Sofía volviera a ser la clara Sofía. Comprendiéndola, no rechazándola, intentando entender qué ocurría en el mundo interior de su esposa. Y de pronto, comprender a Sofía se le hacía el modo posible de comprenderse a sí mismo, de no rechazar lo que de siempre había visto en su ánimo como una cobardía innata. Tal vez Sofía tuviera sus propios recuerdos del miedo. Tal vez ella, lo mismo que él, tuviera una herida por cerrar, su propia oscuridad aterradora. Tal vez Sofía, detrás de esa máscara de niña mimada y caprichosa, de su espíritu compulsivo y cambiante, encerrara un secreto de pavor infinito, que provocaba su huida hacia delante, mientras él se quedaba clavado en el pasado, inmóvil y crispado, pero ninguno de los dos en el presente, ninguno cerca del otro, sino a mil leguas de distancia, hablándose siempre a gritos sin el menor viso de llegar a escucharse mutuamente. Y ahora se percataba también Ramón de que esa necesidad de encontrar a una dama en apuros a la que defender de los malvados no era sino la propia

necesidad de defenderse de la brutalidad de la vida. Y no era él menos indefenso que Sofía, sino que andaban a la par, buscando el refugio de sus penas a la recíproca. Porque lo cierto era que tanta necesidad tenía de salvarse Sofía como él mismo de las sombras del pasado. Ahora lo veía claro, a la puerta de casa, en plena noche sin luna. Y le había dicho a Sofía hacía unos minutos por el telefonillo, obligado por las circunstancias, que harían el amor en la terraza, a la luz de la luna. Y aunque no había luna, ni asomo de que la hubiera, él pondría la luna para ella. De eso se trataba, de poner la luna cuando no la había, de exorcizar la oscuridad con la magia de la luz de uno mismo.

—Oye, tú, ¿esta cartera es tuya?

—Sí, ¿qué pasa?

—Que ya no es tuya, tío, eso es lo que pasa.

—Pues métetela por donde te quepa. Tengo asuntos más importantes en los que pensar.

—Vaya, el tipo tiene asuntos más importantes que su cartera. Pues nosotros también. ¿Ves esta navaja?

—Sí.

—¿Te parece más importante que tus asuntos?

—Ahora que lo dices, sí.

—Vives aquí, ¿no?

—No.

—¿Y la cartera? ¿Qué hacía atrancando la puerta?

—Era una broma que le quería gastar a un amigo.

—¿Está en su casa tu amigo?

—No, precisamente por eso tenía la cartera ahí puesta.

—Pues ¿sabes lo que te digo, gilipollas? Que no me creo nada de lo que dices.

—Te digo que no vivo aquí, ¿vale?

—Bueno, eso lo vamos a saber enseguida. Tu carnet de identidad aclarará nuestras dudas a toda leche.

—Bueno, está bien, vivo aquí. ¿Qué queréis?

—Vaya, vaya, vive aquí, ¿has oído, tronco? El gilipollas vive aquí. Que qué queremos, dice. Pues queremos entrar en tu casa y tomar algunas cosas prestadas. ¿Estás de acuerdo, tío?

—La navaja que tengo en las costillas me obliga a estar de acuerdo. Pero existe un pequeño problema.

—¿Sí? ¿Cuál si puede saberse?

—Que no tengo llaves de casa. Me las he dejado dentro.

—¡Ramón! ¿Ramón? ¿Estás ahí?

—Contéstale a la piba, cabrón, o te rajo.

—Sí, Sofía, todavía estoy aquí.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no subes? Te llevo esperando un siglo.

—Ahora mismo subo. Es que me entretuve hablando con un vecino.

—Vale. Aquí te espero.

—¿Con que no tenías llaves, eh, mamón?

—Y es verdad, no las tengo.

—Vamos, tío, para adentro. ¿En qué piso vives?

—En el quinto izquierda.

—Andando.

Ramón acaba de entrar en el portal de su casa seguido por dos individuos que lo amenazan con una navaja. Va elucubrando a toda velocidad qué puede hacer para quitárselos de encima. No hace más que pensar en Sofía, en el daño que pueden hacerle, y se pone enfermo de ira y de impotencia, mientras se dirige al ascensor con los tipos pegados a sus riñones. No rige de la mala leche que tiene y del miedo de que Sofía pueda sufrir el ataque de ese par de chorizos. Lo único que intenta en principio es ganar algo de tiempo mientras valora la posibilidad de enfrentarse a ellos.

—Oye, ¿no sería mejor que fuéramos a un cajero? En casa no tengo dinero y tenemos pocas cosas de valor. Os puedo dar pelas si vamos a un cajero. Hay uno a la vuelta de la esquina.

—Buena idea, eso lo haremos después. Ahora ponte las pilas y llama el ascensor.

Con la sangre congelada Ramón obedece y a cámara lenta aprieta el pulsador de llamada del aparato, al tiempo que la adrenalina va saturando su sistema nervioso hacia el límite de lo soportable y una rabia colosal se le va acumulando dentro en cuestión de segundos, tanto que nota que va a explotar de violencia contenida, hasta que de pronto siente que ya no aguanta más la presión de la amenaza, esa sensación de ser juguete de lo inevitable y solo piensa en Sofía, en salvar a Sofía de las garras de esos cabrones, y entonces le larga un codazo en el estómago al que lleva la navaja, que se dobla de dolor, y empuja al otro hacia atrás,

dándole un empellón que lo desequilibra haciéndolo caer al suelo, y sale disparado para alcanzar la escalera de subida a los pisos, gritando a voz en cuello y saltando como una liebre los tramos de tres en tres.

—Vamos tras él.

—No, mejor por aquí. Llegaremos antes.

Los dos chorizos se meten en el ascensor y aprietan el botón del quinto, mientras Ramón ha llegado ya al tercero, que es de verdad su piso, y está llamando como un condenado a Sofía.

—¿Qué pasa, Ramón? ¿Qué pasa?

—¡Corre, Sofía, métete en casa!

Y Ramón entra detrás de ella con el tiempo justo para cerrar la puerta en las narices a los atracadores, que por fin han llegado al descansillo correcto. Estos aporrean la entrada y le dan patadas por fuera durante unos instantes, pero inmediatamente cambian de opinión y deciden marcharse de allí a la carrera, porque ya se han empezado a abrir otras puertas en el resto del edificio y se están asomando algunos vecinos a la escalera para ver qué ocurre.

—¡Joder, Sofía! De buena nos hemos librado.

—Pero ¿qué ha pasado, cariño? ¿Te han hecho daño?

—No, he tenido suerte. Pero podía haber sido grave la cosa.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Estaba abajo meando porque ya no podía más y había puesto la cartera atrancando la puerta para que no se me cerrara, cuando han llegado esos dos, me han birlado la cartera, me han apuntado con una navaja y me han obligado a entrar en el portal. Querían subir a casa para desplumarnos.

—¿Llevabas mucho dinero?

—No mucho, y además eso es lo de menos. Lo importante es que estamos sanos y salvos. Sobre todo, tú, Sofía.

—¿Cómo conseguiste deshacerte de ellos?

—A base de puños.

—¡Ramón! Pero si tú no tienes ni media bofetada.

—Sí, eso es lo que yo creía, pero la necesidad obliga. Y estabas en peligro.

—Cariño, eres mi héroe.

—Ya ves, por una frase así hago milagros.

—Gracias, Ramón, por haber arriesgado tu vida en mi defensa.

—Gracias a ti, por haber estado arriba esperándome de esa forma.

—Ha sido un verdadero placer.

—Y ahora, mi amor, ven aquí.

—Voy.

—Vamos a encender la luna en la terraza, que ya es hora.

Y en unidad de acto, sin esperar otra frase ni otro suceso ni más dilación que el de su paso firme y directo, Ramón coge en brazos a Sofía y la transporta al cielo de esa noche que continúa vertiéndose por la ventana, besándola apasionadamente por el camino. Luego la posa con delicadeza extrema sobre el césped artificial de la terraza y comienza a desnudarla sin dejar de mirarla a los ojos, sin dejar de devorarla con su boca despierta, envueltos los dos en un manojo de nervios más propio de dos amantes que se entregaran por primera vez al juego del amor físico que de un matrimonio añejo repitiendo sin espontaneidad las consabidas evoluciones de un ejercicio más que practicado antes. Y Sofía le acaricia la nuca y le muerde el cuello perversamente encantadora y lo seduce como antaño, reblandeciéndole el alma y endureciéndole la entrepierna a golpes de caída de párpados y paseo de lengua y caricias manuales y búsqueda febril de lugares perdidos hace tiempo, pero ansiados de nuevo, con la intensidad del encuentro en la nostalgia de aquellos días donde todo era verse y desear tocarse, sin casi hablar, sin apenas intercambiar un saludo, y ya está, ya están agarrados como lapas, ceñidos el uno al otro como dos culebras enroscadas apareándose, con la salvaje fiereza de la atracción animal y una mezcla de resabio humano que pone ese excitante toque de exploración de los cuerpos de que las bestias carecen. Y esa misma animalidad que ahora comparten sin recato, desinhibidos por fin, es la que siente Sofía como la llamada de la selva, es la que obliga a Sofía a ser hembra por una noche, a reconocerse mujer, indefensa y atrapada en el cerco de su feminidad, pero completa, asumiendo de golpe la condición de su cuerpo, sus pechos, sus caderas, sus nalgas, sus redondeces y curvas, su vagina recipiente del sexo del hombre, ese cuerpo enmudecido, con las alas cortadas, negado una y mil veces, ese cuerpo doblegado y entregado a la busca de su propio reverso, ese cuerpo cegado y de nuevo escuchado en los brazos de Ramón, ese cuerpo que vuelve a su sentido más primario, el ciclo

manifiesto de la seducción femenina, que despliega su atractivo y que goza del disfrute, sin mayores conflictos, sin otra meta más importante o sesuda o intelectual o ideológica que la de la unión de la carne, sin lucha o guerra o antagonismo con el otro, sin sentir desprecio por sí mismo, sin odiar al hombre que lo recibe como un regalo de los dioses. Y todo era tan fácil como dejarse las llaves en casa, como no abrir la puerta… No, no se puede creer. Todo encaja tan suavemente equilibrado, todo es tan muelle y caliente, que casi les da miedo, porque no es posible ese discurrir tan plácido y tan consecuente, tan sensualmente armonioso de su coreografía mientras se comen y lamen y devoran y chupan y succionan y empujan y trenzan y estimulan y agarran y… penetra. Penetra Ramón a Sofía con la distancia por delante, con el aullido ronco del pasado a la deriva, abandonado a su suerte, sin que nadie, y menos ellos dos, reencontrados, haga caso de su llamada de auxilio, porque más tienen ellos que perder, más han sufrido ya, más sufrieron y penaron por culpa del pasado, de lo que el pasado mismo está siendo golpeado ahora por las afiladas rocas donde irá a naufragar estrellado en mil pedazos de espanto. Mientras ellos, sobre la playa imaginaria, bajo la luz de la luna que no existe, viven su fuga real de los escollos sobre los que el pasado comienza ya a pudrirse, oliendo a mar salada, reventado de tripas, acunado por las olas y devorado por las gaviotas.

—¡Sofía! ¡Sofía! ¡Que no le pase nada! ¡Estás en peligro! ¡Sofía! ¡Sofía! ¡Tengo que hacer algo! ¡Tengo que salvarla! ¡Sofía! ¡Sofía!

—Cálmate, Ramón. Todo ha pasado ya. Pronto estarás bien y nos iremos de aquí.

—¿Qué ha pasado? Pero ¿dónde estoy? ¿Sofía?

—Sí, Ramón, estoy aquí, a tu lado.

—¿Qué me ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? Dímelo.

—Estabas soñando. Era una pesadilla.

—No, no era una pesadilla. Era real.

—¿No recuerdas nada?

—No, bueno sí, algo. Me amenazaban dos individuos, una navaja, había una navaja, y subía las escaleras y gritaba y tú abrías la puerta y hacía el amor contigo, a salvo. ¡Qué hermosa noche!

—En parte fue así, pero no exactamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

—Estás en el hospital. Te hirieron.

—Pero ¿qué dices? Si conseguí zafarme de ellos. Les pegué y escapé. Eso fue lo que ocurrió.

—Te enfrentaste a ellos y te dieron varias puñaladas. Nunca llegaste a subir. Me avisaron los porteros y te trajo una ambulancia. Has estado diez días en coma. Estás vivo de milagro, Ramón.

—No me lo creo. Bromeas. Te burlas de mí. No puede ser.

—Ojalá fuera una broma, pero no lo es. Mira a tu alrededor. Mírate a la cara. ¿Ves los tubos? ¿Sientes la mascarilla de oxígeno? Estás en la UVI de un hospital.

—¿Y tú? ¿Eres real o también formas parte de mi sueño?

—Yo soy real. Lo más real que te acompaña.

—Dame la mano y agárrame bien, no te vayas a esfumar.

—Nunca he sido tan real como ahora. No me voy a escapar. No te preocupes.

—Estaba convencido de que había logrado hacer huir a esos tipos.

—Y de hecho lo hiciste. Te enfrentaste con ellos y salieron corriendo después de atacarte.

—Sofía, yo solo intentaba que no subieran a casa y te hicieran daño.

—Lo sé, Ramón, y te lo agradezco tanto que no sé cómo expresarlo. Arriesgaste tu vida por mí. Es el mejor regalo que me ha hecho nadie jamás. Y lo peor es que no creo merecerlo.

—No me vengas con moralinas. No lo soporto. Lo hice porque quise. Yo tampoco soy un santo, Sofía. Pero hubo algo en mí que me llevó a hacer aquello. Y ese sentimiento me pone en paz conmigo mismo. A pesar del riesgo, a pesar de los navajazos. ¿Dónde los tengo, por cierto?

—Uno te perforó el estómago, otro el brazo derecho y otro más el muslo izquierdo.

—La vida se ve de otra manera hecho un colador.

—Ramón, he tenido mucho miedo por ti.

—Pero Sofía, no irás a llorar ahora. Mira que me estreso y no es bueno estresar a los moribundos.

—Te vas a poner bien. El médico ha dicho que estás casi fuera

de peligro.

—Pero ¿dónde se ha quedado tu sentido del humor? Te lo birlaron ese par de cabrones, ¿no?

—No tengo ganas de reírme, lo siento. Es que llevo sin dormir desde que te trajeron aquí.

—Cariño, venga, vete a casa e intenta echarte un rato. Ya ves que yo estoy vivo y coleando. Tienes que descansar, que sabes que las lágrimas y las ojeras te ponen feísima.

—Ramón, eres incorregible. Me alegra oírte hablar así, porque es señal de que te recuperas. Me parece un milagro, ya te lo he dicho antes. Los médicos no se explican cómo has sobrevivido.

—Quería vivir. Eso es todo.

—A veces con eso no basta.

—Sí. Eso es básico. Yo soy la prueba viviente, y nunca mejor dicho.

—El caso es que no te has ido.

—Quería vivir. Lo quería. Intensamente. Por la luz de la luna que no existe.

—Eso decías en tu delirio hace unas horas: «Bajo la luz de la luna que no existe».

—Eso no fue un sueño. Eso existió. Lo sé.

—Pero ¿qué? ¿Qué no fue un sueño?

—Un polvo extraordinario en la terraza de casa.

—¿Tuyo?

—Sí.

—¿Con quién?

—Contigo.

—No lo recuerdo. Sería hace tiempo.

—No, fue tan solo hace unos días. La misma noche del asalto.

—Pero Ramón, te lo he explicado ya. No subiste a casa después de que te atacaran. Era imposible que pudieras. Me avisó el portero. Estabas malherido y te recogieron un par de enfermeros. Te subieron en una camilla a la ambulancia. Ibas inconsciente. ¿Me quieres decir cómo un ser humano puede echarse un polvo extraordinario en ese estado si no es en sueños?

—Yo me lo eché. Y también tú, porque era contigo. ¿Cómo es posible que no te acuerdes?

—Pues ahora que lo dices, sí, puede ser. Mira, creo que voy

recordando. Te abrí la puerta y venías arrastrándote, con el rostro enajenado. Querías sexo. Venías muerto, como de costumbre, pero esta vez el deseo podía más que tu agotamiento. Yo me arrastraba contigo, contagiada de tu pasión, por el pasillo, la alfombra del salón; cruzamos toda la casa reptando, enroscados el uno al otro. De pronto, no sé cómo, estábamos en la terraza, bajo la luz de la luna que no existe, y tú sangrabas como un cerdo y me cubrías de vísceras y coágulos mientras me cabalgabas penetrándome con toda la ansiedad de quien no cuenta con más de unos minutos porque se tiene que ir enseguida a operar a vida o muerte. Y yo sorbía tu sangre como un vampiro en celo, extasiada en tus jugos, mientras tú no dejabas de hacerme el amor como si fuera la postrera cópula de tu existencia. Al propio tiempo los camilleros aporreaban la puerta y tú les gritabas que esperasen un poco, que tuvieran paciencia, que ya, que ya te venía, y yo me excitaba cada vez más al contacto de tu estómago vaciado sobre mi vientre, perdida de rojo, suplicándote que siguieras, que ya te coserían en el quirófano, que era mejor que fueras bien follado, no fuera a ser que no salieras de aquella, y eso que te llevabas en el cuerpo, que en el más allá nunca se sabe. Y además yo quería hacer el amor contigo, porque quizá sería la última, y deseaba guardar en el recuerdo ese polvo memorable ensangrentado. Cómo no lo iba a recordar, hombre. Pues claro, claro que hicimos el amor en la terraza, Ramón, qué despistada soy. Justo al llegar al clímax el semen se te vació por todos los agujeros abiertos, y parecías el surtidor de un autoservicio de fertilización *in vitro*. Luego entraron los camilleros y tras oír que te corrías, delicados, con el respeto debido a la culminación de nuestro encuentro, te recogieron primorosamente las tripas desparramadas por el césped artificial, como si manipularan las reliquias de un héroe caído en la batalla en acto de servicio, y yo pensaba que aquellas manchas ya no saldrían jamás por mucho que yo frotara y frotara. Aplaudían los vecinos y te vitoreaban mientras salías por el portal, entusiasmados y arracimados a tu alrededor, admirados de tu hazaña en la terraza, lleno de agujeros pero cumpliendo como un macho con el débito conyugal. Y yo te despedía con un pañuelo empapado de lágrimas, entre los estertores de un orgasmo que todavía reverberaba en mi interior haciéndome sentir la mujer más feliz sobre la tierra. Ese es mi hombre, parecía decir yo, con la

barbilla bien alta, el pecho henchido de orgullo, mientras contemplaba como lo que quedaba de ti, el conjunto de tus miembros, inertes ya, agotados por un esfuerzo más que sobrehumano, desaparecían tragados por la puerta de la ambulancia camino de un destino incierto.

—Bueno, Sofía, yo no lo hubiera descrito así, pero me vale, vaya que si me vale. De hecho, esa versión es infinitamente mejor que la mía. Estaba viviendo con la reina del realismo y yo no lo sabía.

—Más que realismo es surrealismo, ¿no crees?

—Por algo se empieza.

—Para que veas que no todo es ñoñería por mi parte.

—Es cierto, Sofía. Empiezo a descubrirte ahora que he estado a punto de palmarla.

—Y yo a ti, querido, que eres un sentimental y un romántico. Ha sido toda una sorpresa para mí.

—Más bien un semental, Sofía. Fíjate que me he puesto cachondo con tu relato. Tienes la virtud de ponérmela dura hasta en la UVI.

—Menos mal, Ramón, porque el médico me dijo ayer que por causa de la herida del muslo igual te quedaba afectado el pene y no volvías a tener una erección jamás.

—¿Qué? ¡Estás de broma! ¿No?

—Cálmate, no te alteres, que el aparato está dando pitidos. ¡Enfermera! ¡Enfermera!

Agosto

—No sé cómo decirte adiós.

—No me lo digas. El hecho de que me vaya de la ciudad no es motivo para que dejemos de vernos. No quiero perderte.

—¿Qué hubiera pasado si nos hubiéramos besado hace veinte años?

—Probablemente lo mismo que ahora.

—No estábamos hechos el uno para el otro.

—Lo estuvimos. Lo estamos aún. Eso es inevitable. Pero uno está hecho para infinitos otros. Tu sitio está junto a Ramón, por ahora. En ningún lugar está escrito que sea para siempre. Y sin embargo en Ramón tienes un campo por explorar todavía. Es una mina no agotada. Dale su tiempo, date tu tiempo. Si decides romper con él que sea porque se acabó el amor de verdad, no por haber encerrado el amor en el arcón de lo por venir, siempre en espera de una nueva pasión, dando la espalda a lo que ya posees. El futuro no es real, solo el presente cuenta. Gástate, pues, el amor en el presente. Dilapídalo con generosidad, como si tiraras los besos por la ventana. El amor nunca se gasta. Solo se acaba en los brazos de alguien, un buen día, para volver a nacer en otros brazos. Pero mientras exista una caricia, mientras se mueva el corazón detrás de una mirada, aunque sea una miseria, aunque casi ni lo percibas, mientras tu cuerpo siga yendo hacia Ramón, desde lo más profundo, aunque te digas una y mil veces que ese hombre no es el hombre, que no estáis hechos el uno para el otro, que vaya mierda te ha tocado, que eso no es lo que soñaste y predijiste y esperaste jamás para tu vida, guíate por la intuición de tus manos. Déjalas sueltas, dales la libertad de elegir, desconéctalas de tu cerebro, y si las manos van a Ramón, ellas solas, como autómatas, sigue con él, porque es señal de que sigue siendo el hombre de tu presente.

—Te voy a echar de menos, Jorge. Necesito hablar contigo. No puedo soportar la idea de estar alejada de ti.

—Tenemos una amistad hermosa, trabajada a lo largo de los años. Yo también necesito hablar contigo. Y mi necesidad es eterna. Siempre tendré necesidad de ti, Sofía. Esto no es una despedida, sino un reencuentro.

—Para mí ha sido como recuperar un brazo o una pierna. Como si al verte de nuevo hubiera podido reconocerme mejor, sentirme entera por fin.

—Ya. A mí me pasa lo mismo. Pero aunque creamos que eso ocurre por la presencia del otro, en el fondo no es así. No dependemos más que de nosotros mismos para ser felices. La magia la hemos hecho por separado.

—Si he ganado algo es que ya no siento que la vida se me va como antes.

—Ya sabes, la vida no se va…

—… Se viene.

—Eso está mejor.

—Ramón se ha repuesto ya casi del todo. Mañana sale del hospital, aunque todavía le queda una larga recuperación.

—Pues aquí es donde yo desaparezco.

—No sé si contarle lo nuestro. Si decirle que eras tú el amante de su Sofía.

—No creo que haga falta, porque en realidad él ya lo sabe.

—¿Lo sabe? ¿Estás seguro?

—Ramón no es tan idiota. Por lo que sé de él, posee una intuición que es como un radar del tamaño de un aeropuerto.

—¿Y por qué no me ha dicho nada?

—Porque él también tiene su lado oscuro, e iluminarlo requiere su tiempo. Y además, cuando todo se sabe, no hay necesidad de decir nada. Porque los dos sabéis ahora más del otro que antes de que el mundo se nos pusiera al revés.

—Siento que tendré que adaptarme a ver el mundo boca abajo.

—Siempre será más excitante que verlo del derecho, como los demás.

—¿Y eso no es soberbia?

—Sí. Lo es. Pero un poco de soberbia no viene mal a nadie.

—Me siento liberada de una carga. Más liviana, más capaz de

volar.

—¿Menos encorsetada?

—Tal vez.

—Eso es que ya no cargas con el mundo. Ahora es el mundo el que te sostiene.

—¿El mundo está al revés y me sostiene?

—Es la única manera. Ese es nuestro secreto, Sofía.

—Últimamente no hago más que decir adiós. Estoy destrozada. No me caben más adioses dentro del cuerpo.

—Esto no es un adiós. Me marcho por un tiempo, nada más.

—Otra que tal. ¡Vaya manía de desaparecer tenéis todos!

—Es mejor así. Queda más elegante.

—Esto no es una película.

—¿Y me lo dices tú?

—Sí, yo. Sofía la fantasiosa.

—Por lo que se ve, Sofía la exfantasiosa, me parece.

—¿Es que os habéis confabulado todos contra mí?

—Supongo que no. Sencillamente, que los demás también tenemos nuestros sueños. Tú no eres la única.

—Sí, o sea que ahora que empiezo a ver la vida con otros ojos, sin disfraz ni adornos, sin perifollos baratos, me sales tú con los sueños.

—¿Y qué tienen de malo los sueños?

—Que impiden vivir la vida, eso pasa.

—De eso nada, guapísima. Lo que impide vivir la vida es no ponerlos en práctica, y tenerlos almacenados en la recámara, bullendo y enjaulados.

—Nunca lo había visto de esa forma. Pero a eso se refería Jorge, ahora me doy cuenta.

—Pues ya sabes, aplícate el cuento, princesa, este cuento de hadas que está esperando que te subas a él y lo protagonices. Y nada de besar ranas, que eso ya está muy visto.

—Te quiero mucho, Patricia. No sabes cuánto.

—Pero yo a ti te quiero. Sin adverbios. Te quiero a secas. No te quiero mucho o de verdad o sinceramente. Te quiero. El verbo solo me basta. Y son los adverbios los que me separan de ti.

—Me muero de dolor.

—Yo ya me he muerto. Por eso me voy, en busca de un buen cementerio donde reposar mis huesos.

—No puedo soportar tus sarcasmos. Eres como Ramón.

—Por eso me elegiste.

—¿Qué yo te elegí? Pero ¿tendrás morro?

—Bueno, en realidad fui yo, pero tú pusiste mucho de tu parte.

—Tú me chantajeaste. No tuve otro remedio.

—¿Me vas a decir en serio que te acobardó mi amenaza?

—Puedes ser muy persuasiva cuando quieres, monada.

—Reconoce que te gustó la idea.

—Está bien, sí. Me atrajiste desde el principio. Conocerte, quererte ha sido fundamental para mí. Lo volvería a hacer. No me arrepiento de nada.

—Lo mismo digo. Ha sido un honor y un placer tenerte entre mis brazos. Lástima que fuera tan breve.

—Tienes mucha clase, Patricia. Igual que Jorge, o que Ramón. Me siento inferior a vuestro lado, despreciable, atormentada, hay algo en mí que me golpea interiormente. Y no sé lo que es. Tal vez porque la búsqueda continúa.

—¿Y no será al revés?

—¿Al revés? Otra vez el revés.

—Admitir que has encontrado lo que buscas puede ser aun más duro que la búsqueda en sí.

—¿Cómo puedo saber que lo que busco es Ramón? ¿Cómo estar segura?

—Quizá no estar segura del todo es lo que en realidad te da motivos para vivir.

—Todos sois sabios menos yo.

—No es cierto, Sofía. Te has buscado en cientos de lugares. Es un trabajo agotador y hace falta mucho coraje. Tu inteligencia te ha llevado finalmente al conocimiento. Pronto te darás cuenta.

—¿Y qué he ganado? Dime qué he conseguido. Que todos os vayáis de mi lado.

—No se puede tener a la gente encerrada en una vitrina del salón. Eso es para las bandejas de plata.

—Eso es lo que yo querría, encerraros a todos en un joyero para teneros siempre cerca.

—Pero la gente está mejor por la calle, o volando, o tirándose en paracaídas. Es el estado natural del hombre. Dentro de un joyero nos faltaría el aire y acabaríamos odiándote. ¿No te das cuenta?

—Perfectamente. Solo estaba expresando un deseo inalcanzable.

—O un miedo insoportable. El de perder a aquellos a quienes amas.

—Esa es mi verdad. La única que cuenta. No te vayas, Patricia. Te lo ruego.

—No puedo verte llorar, Sofía. Simplemente no puedo. Me rajo en dos, se me hunde el alma en un pozo sin fondo. Me desintegro de la peor manera, que es sintiéndote dentro de mí como una niña que se cae y a la que no puedo agarrar.

—Lo siento, lo siento. Perdóname. No tengo ningún derecho. Pero es tan difícil probar a ser diferente.

—Inténtalo. Verás como puedes. Yo también hago mis pinitos.

—Está bien, pero prométeme que volveremos a vernos.

—En lugar de una promesa quiero hacerte un regalo. ¿Te acuerdas del día en que nos tiramos juntas en paracaídas?

—¿Cómo no me voy a acordar?

—Pues este es el arnés que te sujetaba a mí. Quiero que sea tuyo.

—Es maravilloso, Patricia.

—Para que te sientas bien sujeta a la tierra.

—Este es el lazo que me une a ti.

—Y ya sabes, si te va mal con Ramón llámame inmediatamente. Lo celebraremos juntas volviendo al lago. Es mi secreta esperanza.

—Te doy mi palabra.

Septiembre

—¡Qué gusto volver a casa!

—He cambiado algunas cosas.

—Has movido los muebles.

—Sí, para que te diera la sensación de llegar a un piso nuevo. Siempre estás quejándote de lo aburrido que es ver día tras día todo en el mismo lugar y he querido darte una sorpresa.

—Espero que la terraza siga en su sitio.

—Pues claro. ¿Por qué lo dices?

—Por nada, por nada.

—Puedes echarte en el sofá y descansar un rato.

—No quiero que me trates como a un inválido. Ahora mismo podría correr una maratón y llegar el primero.

—Sí, ya. Estoy casada con Superman.

—Superman es un blando comparado conmigo.

—Sí, un gay, vamos.

—Bueno, tampoco es eso. No me voy a poner a dudar a estas alturas de las tendencias heterosexuales de ese gran héroe de ficción.

—Mira, Ramón, tú eres un ser humano. Con todas sus limitaciones.

—No, yo soy tu héroe, muñeca.

—Déjate de héroes. Me basta con que seas tú.

—Pero Sofía, siempre has querido estar casada con un héroe. ¿Qué coño te pasa ahora?

—Pues que he cambiado, Ramón. Todo eso son tonterías. Échate en el sofá mientras yo voy abajo al supermercado.

—Vaya, mujer, ahora que me he vuelto un caballero andante, mi dama se convierte en una pragmática descreída que se va a hacer la compra para alimentar a su discapacitado marido. Esto es el mundo

al revés.

—Me dirás que antes estaba el mundo al derecho.

—No, antes parecía derecho, pero estaba torcido.

—Me da igual cómo estaba. Lo cierto es que ambos somos seres de carne y hueso, no fantasías librescas.

—Yo soy Superramón.

—Ya, y yo Blancasofía.

—No, yo Tarzán, tú Jane. ¡Ongagua, ongagua! Pero nos falta Chita.

—Pues la encargo en la tienda de mascotas de la esquina.

—Pídela por teléfono. Seguro que hay algún *telemascota* en la guía.

—¿Sí, por favor? Quería una Chita. ¿La oferta de la semana? Bueno, pues el par de cervezas y la bolsa de patatas fritas. ¿La Chita? Con pepperoni, doble queso y aceitunas. ¿En media hora? Vale, gracias. ¡Ah, oiga! No tenemos cambio. De acuerdo. Adiós.

—¿Y las anchoas? Sabes que me encantan, Sofía.

—Pues ahora te compro un kilo en el súper.

—Hala, vete, que yo me quedo en el sofá como un niño bueno.

—Te dejo el teléfono aquí por si lo necesitas. Hasta luego, Ramón.

Cuando Ramón se queda solo lo primero que hace es coger las *Páginas amarillas* y llamar por teléfono. Después se acerca a la puerta de la terraza despacio, cojeando levemente, y sale afuera. Se asoma a la barandilla, mira hacia abajo, a los coches en fila sobre el asfalto, y se acuerda de su última meada en la calle. Luego, porque el recuerdo le da escalofríos, prefiere cambiar de ángulo y mira al cielo. Una avioneta salta de nube en nube, haciendo acrobacias a cierta distancia. Deja escrita en el horizonte una estela ilegible que Ramón sobreescribe sin darse cuenta con la palabra *extraños*. El algodón que ha esparcido la avioneta por la franja de cielo que divisan sus ojos permanece un tiempo estático, a modo de cartel anunciante del porvenir, pero poco a poco se va evaporando, como si alguien, disgustado con lo que se lee, fuera borrando esos manchones blancos, pincelada a pincelada, con una enorme goma invisible. Y a Ramón se le borran también sus letras de la imaginación conforme la estela se consume a lo lejos, comida por el azul rabioso de esa tarde de primeros de septiembre. Por medio de

ese extraño mensaje siente que se ha de borrar también esa palabra de su relación con Sofía.

Ensimismado en sus pensamientos no escucha llegar a su mujer, hasta que la nota detrás.

—Te has levantado.

—Sí, me tentaba el paisaje.

—Hace una tarde muy bonita.

—Creí que nunca volvería a asomarme a la vida desde esta terraza.

—Ha sido duro.

—Las cosas se ven de otra manera.

—Pero el paisaje sigue siendo el mismo.

—Es el mismo, pero lo veo con más nitidez, y lo disfruto más.

—¿Y yo?

—Tú eres justo la parte del paisaje que he escogido para pintar.

—¿Me vas a hacer un retrato?

—Con la lengua.

—¿No oyes? Creo que llaman a la puerta.

—Eso parece. Ve a abrir.

—¿Y tu lengua?

—Puede esperar.

Sofía va hacia la puerta y cuando llega abre la mirilla al tiempo que pregunta quién es.

—De la floristería.

Un ramo de rosas choca contra el cristal de su círculo de visión, al otro lado, y le araña la vista a través de esa minúscula ventana. Ella adivina la procedencia en un segundo. Abre la puerta, recoge las flores, firma el albarán y da propina al repartidor en otro segundo más. Cierra por fin y corre a la terraza con los ojos nublados por unas lágrimas a punto de reventar, mientras su rostro ya se interna en la espesura de los pétalos, aspirando el perfume de las rosas rojas. Luego levanta la mirada hacia Ramón, expresando toda la incredulidad del pasado, reflejando toda la emoción del presente.

—¿Estás sorprendida?

—Sí y no.

—Vaya respuesta. Primero dime por qué sí.

—Porque no te pega. Ya sabes, regalar flores es una mariconada

según las normas de tu reglamento.

—Y ahora dime por qué no.

—Porque te estás volviendo marica.

—En fin, si así ha de ser… Y he de reconocer, aunque me pese, que la homosexualidad tampoco está tan mal.

—Depende.

—¿Ah sí? Explícame el matiz.

—De si la pluma te afecta en todos los sentidos.

—Creo que el médico acertó con su diagnóstico después de todo.

—No me digas, Ramón. ¿De verdad lo piensas?

—Sí, me temo que sí.

—¿No notas nada? Recuerda que cuando despertaste del coma se te puso dura.

—Eso te dije, pero bromeaba.

—No puede ser, cariño. No puede ser. Te digo que no puede ser.

—Pues lamentablemente es así.

—¿Y por qué no me has dicho nada hasta ahora? ¿Por qué no lo dijiste en el hospital?

—Porque estaba aterrado y tenía la esperanza de que con algo de tiempo todo volvería a funcionar como antes.

—Oh, querido mío, no te preocupes. Ya verás como no es nada. Ya verás como no.

—Es que ya no me excito.

—Porque no había nada de excitante en aquel sitio.

—Fíjate, estoy seguro de que incluso si te viera desnuda mi aparato seguiría como muerto.

—Eso lo arreglo yo. Dame un minuto y vamos a hacer la prueba.

—¿Tú crees que funcionará, Sofía?

—Estoy segura, Ramón. Además, ¿qué perdemos por intentarlo?

—No quiero que malgastes tu tiempo conmigo.

—Tenemos toda la vida, amor mío.

—Bueno, bueno, pero no hay necesidad de esperar a mis noventa, ¿no crees?

—Ya me quito la ropa, ya me la quito.

—A ver, a ver. Has adelgazado un poco.

—Con tanta preocupación…

—No, si no digo nada, tú sigue.

—¿Qué tal? ¿Ya vas notando algo?

—No, nada. Quítate el sostén y esa braguita tan mona. A ver qué pasa.

—Lo que tú digas. Mira, ya está.

—¡Oh, Sofía! Estás realmente guapa. Hay que reconocer que el ajetreo te sienta bien.

—Gracias, Ramón, pero lo que yo quiero saber es si sientes algo. Dime, anda.

—Nada, sigo igual.

—Quítate los pantalones inmediatamente.

—Ayúdame tú, por favor, que ya sabes cómo ando.

—Venga, cariño, y ahora los calzoncillos también.

—Es que no sé si debo.

—Sí. Anda, sí. No tengas vergüenza, que hay confianza.

—Bueno, pero porque tú lo has querido, ¿eh?

—¡Ramón! ¿Qué es esto si puede saberse?

—Una tremenda erección, ¿es que hay que explicártelo todo, querida mía?

—¡Vaya, qué sorpresa! Así que era una falsa alarma.

—Es muy raro. Yo te aseguro que no me había dado ni cuenta.

—Bueno, pues ahora que ya hemos visto que no tienes ningún problema, ya puedes volver a vestirte, que yo voy a hacer lo propio.

—¿Qué? Pero… ¿y si es pasajero? ¿O un acto reflejo? ¿Y si no funciona hasta el final?

—¿El final?

—Quiero decir que ¿y si no soy capaz de penetrarte?

—¿Y qué podemos hacer?

—Digo yo que aprovechar el momento.

—Quieres decir ¿aquí? ¿En la terraza?

—Hoy podemos probar en la terraza. Solo para ver qué pasa.

—Pero tendremos que hacer la prueba en varios sitios, para quedarnos tranquilos, para asegurarnos de que estás verdaderamente sano.

—Si tú lo dices…

—Sí, creo que será necesario. Anda, ten cuidado, no se te vaya a abrir la herida. Ven aquí.

—No te preocupes por la herida y dame tu lengua.

—Solo a cambio de la tuya.

Epílogo

—¡Señoras y señores, pasen y vean! Suban a bordo. La Compañía Terminal les da la bienvenida. Por favor, abróchense los cinturones, porque por un breve espacio de tiempo van a tener el mundo bajo sus pies, e incluso del revés; y aunque esto es la sal de la vida, siempre resulta algo peligroso. Aquí todo va deprisa. Ya estamos despegando. Tal vez no vuelvan a volar con nosotros, y yo nunca se lo reprocharía, pero mientras estamos en el aire quiero contarles una historia. Me la contaba mi abuelo cuando era niño y yo he tardado años en averiguar su significado. *Érase una vez el reino del mundo al derecho. Imaginen ustedes: el juego del tenis no conocía el revés, las monedas eran iguales por las dos caras, y los regnícolas carecían de culo, aunque como contrapartida poseían recto. Nadie tenía reveses en la vida, nadie iba nunca de culo y nada era una cruz para nadie. Todo estaba vertical, así que no había inclinaciones. Nadie se torcía o desviaba. Darle la vuelta a un razonamiento se consideraba una ofensa. Ponerse boca abajo era una perversión y ver el otro lado de las cosas, un vicio feo. Por otro lado, tener derechos era obligatorio; quien no los tuviera iba a la cárcel, y además estaba prohibido tumbarse. Los capitanes tenían órdenes severas de no escorar sus barcos*. Los pilotos jamás podrían darle la vuelta a sus cacharros como yo hago ahora mismo. Esto se llama *loop* y hace cosquillas en la barriga. *La torre de Pisa era una broma a veces, y otras, ejemplo de arquitectura fatal. Los cuadros jamás aparecían torcidos, la madera no se alabeaba, los sombreros no se ladeaban y los viejos no se encorvaban. Y en fin, todo tenía bastante fácil remedio, menos lo de los viejos, así que los mataban. Y colorín colorado*. Pero esto es solo un cuento,

mientras la vida real está allí abajo, en el interior de esas casas que ahora parecen de juguete, en los corazones de esas gentes desde esta altura más pequeñas que un escuadrón de hormigas. Por ponerles un ejemplo, probablemente ahora mismo se esté casando en aquella minúscula ermita, la de piedra con campanario, una pareja de novios recalcitrante, Silvia y Carlos. Si no me equivoco era el trece de septiembre. Y martes. Ya saben. A pesar del refrán todavía hay locos que se atreven a tanto. Y es muy probable también que en el interior de la mencionada ermita se haya colado un tal Fermín, que detrás de una columna estará llorando porque aquello no es un funeral. Y mucho más allá, en alguna terraza de aquellos bloques se estarán dando el lote Ramón y Sofía, esos dos pervertidos, que no piensan más que en el sexo, vaya pareja. Y allí, en aquel cementerio, Ifigenia pondrá flores sobre la tumba de su padre, y llorará un rato, porque las penas son hondas y requieren de infinidad de pañuelos. Y en aquel edificio de pisos Dafne está rehaciendo su vida, como si hiciera ganchillo con ella, que la vida exige tejer muchos puntos de sutura al jersey que vestimos. Y en aquella manzana vive Judith, que justo a estas horas de la tarde pasea del brazo de un trapecista, que el amor no tiene fronteras, y menos las aéreas. Y en aquel otro edificio seguro que Aída se prepara la merienda, un bocadillo de jamón, con toda su exquisita grasa, y unas patatas fritas, y un trozo de tarta de frambuesa casera, y un batido de chocolate. Yo sé por qué lo digo. Y allá, miren allá abajo, justo detrás de aquella esquina, Patricia vigila su propia vida con los prismáticos de su mirada puestos sobre la diana de una estupenda morenaza, y como siempre muriendo por sus huesos. Y finalmente allí mismo, en aquella casita en mitad de la nada, estará Alicia colgada del teléfono, comprando y vendiendo el mundo, mientras acuna a un bebé que todavía no existe. Porque la vida, señoras y señores, es esto.

Lola Beccaria (Ferrol, A Coruña, 1963) es una escritora española. Es Doctora en Filología Hispánica por la Universidad Complutense, y se ha formado en Terapia Gestalt por el Centro de Terapia y Psicología de Madrid. Desde el año 1987 trabaja en la Real Academia Española, en calidad de lexicógrafa y lingüista. Además de numerosos relatos, artículos de prensa y de investigación, ha publicado hasta la fecha seis novelas: *La debutante* (1996), *La luna en Jorge* (finalista del Premio Nadal 2001), *Una mujer desnuda* (2004), *Mariposas en la nieve* (2006) *El arte de perder* (Premio Azorín 2009) y *Zero* (2011). Con excelente acogida por parte del público y la crítica, *Una mujer desnuda* ha sido ya traducida al francés, portugués, italiano, rumano, etc. En el campo de la investigación, ha sido la descubridora y editora de una comedia perdida de Lope de Vega, *El Otomano famoso* (1996). En el ámbito del cine, es autora, con La Fura dels Baus y Fernando León de Aranoa, del argumento de la película *Fausto 5.0* (VII Premio Méliès de Oro a la mejor película europea de cine fantástico). Así mismo, también realiza guiones para largometrajes de animación (*La Tropa de Trapo en el País Donde Siempre Brilla el Sol*, estrenada en octubre de 2010, Abano Produccións S. L., Anera Films y Continental Producciones. Premio Gaudí 2010 a la Mejor Película

de Animación. Nominada a los premios Goya 2010 a la Mejor Película de Animación).